El secreto del camino

Antonio Bascones

El secreto del camino
Antonio Bascones

Editado por:
CULTIVA LIBROS
Lantia Publishing S.L.
C/ Méndez Álvaro 18 2ª Pl.
Madrid 28045
España
912049636
www.cultivalibros.com
info@cultivalibros.com

Impreso en España
ISBN: 9781629341170

Maquetación, diseño y producción: Cultiva Libros
© 2013 Antonio Bascones
© 2013 Cultiva Libros, de esta edición

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de esta edición mediante alquiler o préstamos públicos.

Dedicatoria:

A mi gran familia: hijos y nietos que me acompañan cada día y a mi esposa Consuelo que me acompañó parte de ese camino y también cada día.

A Javier García Fernández, peregrino impenitente, que me enseñó a amar el camino y encontrar su mensaje.

A Agustín Guimerá y Manuel Barrachina que me acompañaron, con su conversación y amistad, muchas leguas por trochas y veredas.

A mi buen y querido amigo Enrique Beotas, promotor de la amistad en palabras de Bieito Rubido, que hizo el camino en un maldito tren y encontró la muerte en Santiago, cumpliendo un deseo, donde como él decía recordando a Cunqueiro: Un gallego no es el que nace en Galicia sino el que desea morir en ella.

A todos los que de una u otra manera hicieron el camino y encontraron su secreto. Todos lo tenían a la vista aunque no todos lo supieron captar.

Índice

1 15
2 31
3 39
4 49
5 57
6 65
7 73
8 81
9 91
10 97
11 107
12 115
13 127
14 135
15 147
16 159
17 173
18 185
19 195
20 205
21 217
22 227
23 233
24 243
25 257
26 271
27 285
28 295
Epílogo 305

El secreto del camino

1

Aquel día Sarria se levantó entre brumas. Era el mes de marzo, lluvioso y frío, triste y melancólico, pero eso a nuestro hombre no le importaba. Era lo que deseaba para el Camino de Santiago. Estaba en una fase de su vida en que necesitaba la soledad, la reflexión y un camino por delante para recorrerlo poco a poco, saboreándolo como se paladea un buen vino, como se degusta un caldo de la región. Esa bruma que traspasaba los cristales de su habitación era tonificante y, aunque para muchos fuera algo intempestiva y desagradable, para Andrés era algo parecido al amanecer en un puerto de mar del norte de Europa. Le recordaba esas películas en las que varios estibadores descargan las mercancías, junto a los barcos anclados en un puerto de principios de siglo pasado o aquella calle, empedrada y llena de humo, en la que la bruma lame las paredes desconchadas de las casas de un pueblo triste y silencioso, desvencijado por fuera y por dentro. Ese silencio de la melancolía, de lo lejano, de lo especialmente abúlico y desmadejado.

Había decidido hacer el camino en una etapa de su vida en que necesitaba reencontrarse consigo mismo y saber cuáles eran sus prioridades futuras. El trabajo en la universidad le gustaba, pero había llegado a un punto en que tenía que valorar lo que estaba haciendo y aplicar un proceso de reevaluación a su trabajo, sus necesidades y sus deseos. Compaginar ese triángulo era básico y la oportunidad que se le presentaba podía ser la respuesta que estaba buscando. Por lo tanto, no lo pensó dos veces, contactó con un tipo que se anunciaba en Internet y contrató sus servicios. Prefería tener un coche de apoyo y caminar sin peso en la espalda. De esta manera, pensaba, tendría más tiempo y estaría en mejores condiciones para sopesar sus proyectos futuros.

Tenía que levantarse; alguna vez debía tomar esta decisión sin tener la mirada fija en la bruma de la mañana. Ese día tenía por delante su trabajo, su afán. Era necesario recorrer entre veinte y treinta kilómetros y con esa bruma y la lluvia que amenazaba no era una fiesta lo que se le presentaba. El interés de cada día era diferente y el que se le presentaba, ahora, era una experiencia distinta.

Se lavó y, con cierta desgana, se puso unos calcetines gruesos que le habían aconsejado para no tener ampollas en los pies. Las botas, también especiales, las compró en las semanas anteriores. Le dijeron que debía utilizarlas durante un

cierto tiempo pues no era conveniente iniciar el camino sin antes haberlas estrenado; ya conocían sus pies y se habían amoldado a ellos. Unas botas eran las mejores amigas para unos pies andarines.

Cuando decidió hacer el Camino de Santiago lo hizo sin tener una explicación concreta y por supuesto nada convincente. Unos, le dijeron, lo hicieron por una promesa; otros, por vivir una experiencia nueva y los más, por una manera diferente de hacer turismo, pero él no tenía una respuesta especial. Lo hacía porque sí. ¿Es que siempre debe haber una razón para hacer las cosas? Como aquella vez en la facultad, cuando le dijo a su Decano que no quería aceptar el cargo de Vicedecano. Quería ser libre, no estar atado a los puestos y a las personas. Si lo hubiera aceptado no hubiera sido independiente. Siempre había huido de la dependencia del sistema y de las personas. Libertad y coherencia eran sus valores. Recordaba cómo aquella otra vez en que un padre le quiso comprar las preguntas para su hijo y él le echó con cajas destempladas de su despacho. Las cosas son como son, pensaba, y se quedó mirando la bruma del campo y pensando. En este punto sonaron unos golpes en su puerta.

—El desayuno está servido— una voz recia al otro lado le indicaba que debía apresurarse si quería ir con el grupo.

—Enseguida bajo, dos minutos.

No conocía al grupo. El guía en Madrid le dijo que eran unas diez personas pero no sabía sus edades ni si iban solos o en pareja. «Les conocerás allí», fue la contestación que recibió al hacer la pregunta. Acabó de vestirse, con la ropa adecuada, siguiendo las instrucciones del correo que le enviaron y se dispuso a bajar al comedor, desde donde ascendía el olor del café. Se encontraba en una casa rústica, bien situada, a unos dos kilómetros del centro de la ciudad, donde le habían citado. Sólo sabía que debería estar la víspera del día de la salida. Llegó tan tarde que no tuvo tiempo de ver a nadie, se metió rápido en la habitación y ahora, a esta hora intempestiva, estaba preparado para conocer un grupo nuevo de personas.

Con el ruido de sus pisadas, en la escalera de madera, todos se volvieron a ver al nuevo visitante que bajaba lentamente como si de una fiesta de presentación se tratara, donde el protagonista, bajando los escalones despacio y recreándose en cada uno de ellos, intenta ver una cara conocida, al tiempo que mira orgullosamente al auditorio que le observa desde abajo y con un porte altanero les dice: ya estoy aquí, ¿no me esperabais? pues ya he llegado ¿y ahora qué? Su figura y sus ojos eran el arquetipo de la soberbia, la quintaesencia del no

más. Al llegar al primer rellano, como obligado por las circunstancias, frenó el descenso y paseó su vista por todo el comedor.

La mesa era grande, rectangular, de madera gruesa, y ocupaba gran parte de la habitación. A un lado, la chimenea, donde chisporroteaban unos leños y junto a ella, apilados, otro grupo de ellos esperaban turno para ir a la hoguera, no de la Inquisición, pero al fin y al cabo daba lo mismo; iban a la destrucción por ignición.

En los cuatro lados de la mesa se sentaban diferentes personas, de edades desiguales y sexos distintos. En una primera impresión, le pareció que algunos se conocían de antes. Más tarde corroboraría esta percepción. Con esta ojeada rápida decidió que era momento de bajar y sentarse en la mesa, lo que hizo en un instante, ocupando el único lugar libre que había. Las miradas de intriga dieron paso a un ambiente algo menos tenso que cuando bajaba las escaleras.

—Buenos días, soy Andrés. Imagino que todos somos del grupo que va a iniciar el camino esta mañana.

Asintieron con la cabeza al tiempo que apuraban la humeante taza de café con tostadas. Ninguno se levantó para darle una bienvenida más calurosa, decir su nombre y darle la mano. Fue una entrada fría, como la bruma del exterior. Andrés ni se inmutó y se sirvió la consabida taza de café mientras el resto del grupo, como estimulado por un resorte, comenzó a hablar entre sí.

—¿Cuándo llegaste? —esta pregunta realizada junto a él era lo más cálido del momento. Agradeció, desde lo más íntimo, la interpelación como una tabla de salvación. Tenía que aprovechar la oportunidad que se le presentaba y tratar de hilar la curiosidad femenina con una respuesta que diera, posteriormente, lugar al inicio de una charla.

Se limitó a mirar de dónde procedía la voz y vio una chica bien parecida, de unos veinticinco años, pelo rubio, delgada y amplia sonrisa que enmarcaba unos dientes blancos bien alineados. Esperaba la respuesta y Andrés no dudó que no debería romper lo único tierno de esa mañana fría.

—Llegué anoche de Madrid. ¿Y tú?

—Nosotros llegamos a mediodía, unos de Madrid y otros de Valladolid y Salamanca. Yo vine de Valladolid con una amiga. Es la que está enfrente —y, al decir esto, bajó la voz—. Es la que está hablando con el que tiene al lado, que es de Salamanca.

—¿Cómo te llamas? —preguntó Andrés con curiosidad.

—Ana, y mi amiga se llama Clara.

—Encantado Ana, yo me llamo Andrés.

Ya estaba roto el hielo. Afuera parecía que la bruma clareaba ligeramente. Habían sido suficientes unas pocas palabras para que el cuerpo a cuerpo fuera algo más íntimo, más sensible. El café hizo el resto. Le tonificó y le preparó para el duro día que se le presentaba.

Mientras saboreaba el café, y se preparaba unas tostadas, se dedicó a pasear la vista por la mesa con el fin de amoldarse al grupo con el que iba a convivir una semana. Parecían todos de la misma edad. La tercera década de la vida era la predominante, aunque había un par de tipos de unos cincuenta años. En una rápida impresión le pareció que no todos se conocían y que claramente había varios grupos diferentes. En primer lugar Ana y Clara, que ya dijeron que eran amigas y habían venido juntas; en segundo lugar, en la esquina de la mesa había dos parejas que intimaban mucho, por lo que no era equivocado colegir que eran amigos y venían juntos. Los dos hombres de cincuenta años también parecía que eran amigos, pues no dejaban de hablar animadamente entre ellos. Completaba el grupo otra pareja que estaba aislada y no mantenían contacto con el resto y una chica que daba la impresión que venía sola. En total doce personas componían el grupo, seis hombres y seis mujeres. La ley de la igualdad llegaba a su cénit en este punto. Un buen grupo, pensaba, mientras daba buena cuenta de las tostadas y de la fruta.

La mañana iba ya avanzando y el campo se vestía de una mayor claridad propia de la hora. La neblina dejaba paso a la luz más intensa.

—Te levantaste con hambre —se oyó una voz detrás.

Andrés levantó la vista y pudo ver que los dos hombres que iban solos se le acercaban como para presentar sus respetos.

—En efecto, llevaba muchas horas sin probar bocado.

—Bueno, ya que vamos a estar una semana caminando debemos conocernos. Me llamo Juan y mi amigo Luís. Trabajamos juntos en una empresa en Madrid y hemos decidido a hacer juntos el camino. Nuestras mujeres nos han dado permiso.

—Y lo hemos aceptado antes de que se arrepintiesen —contestó Luís, que hasta este momento había permanecido callado—, y no creas que ha sido fácil —añadió con un gesto de la cara que denotaba extrañeza.

—Yo no tengo nadie a quien pedir permiso —contestó Andrés, esbozando una ligera sonrisa.

—Pues esa es una buena ventaja.

En ese momento de la conversación entró el guía para decir, o más bien ordenar, que en quince minutos se pusieran en marcha y que debían estar todos preparados en la puerta de la casa.

Sin más dilación todos se dirigieron a sus respectivas habitaciones para preparar el equipaje, que por otro lado era muy escaso. Mientras Andrés subía las escaleras se le acercó la pareja, que iba sola, para presentarse.

—Soy José y mi novia se llama Patricia. Venimos de Sevilla. Este clima y esta humedad se nos meten en los huesos. No estamos acostumbrados a esta bruma.

—Yo soy de Madrid y tampoco estoy preparado para esta temperatura, pero espero que conforme avancemos en el camino nos acostumbremos y no extrañemos otros climas.

—Para cuando lleguemos a Santiago ya nos hemos hecho al tiempo—terció la chica que iba sola.

—¿Vas sola? —preguntó Andrés.

—Sí, ¿es que no se puede ir sola? ¿Es necesario ir acompañada?

—No te enfades, mujer. Era sólo un comentario. Me llamo Andrés ¿y tú?

—Elena, mi nombre es Elena, pero sin h. No es la Helena griega, hija de Zeus.

—Ah, entonces a ti no te ha raptado Paris, el príncipe de Troya —interrumpió Andrés, con una mirada no exenta de sorna—. Me quedo muy tranquilo.

—Pues ya ves que no. Si hubiera sido así no estaría en el camino.

—Claro, no se me había ocurrido —para ironías, Andrés se bastaba solo—, pues estás para que te rapten.

—Un comentario poco adecuado ¿no te parece?

—No te enfades. Intentaba ser amable, nada más.

Con la conversación tan frívola, y en un punto fuera de tono, que sirvió para romper el hielo de los primeros minutos, ya habían llegado a las puertas de las habitaciones que estaban contiguas.

Meter las cosas en las mochilas no llevó al grupo más de cinco minutos y justo unos instantes antes de la hora señalada por el guía estaban todos pertrechados con los bastones y las mochilas.

—Mi nombre es Miguel Ángel —se oyó la voz ronca del guía tratando de que todos le oyeran perfectamente—. A partir de ahora —continuó— el grupo

deberá ser compacto, todos somos una misma persona. Nadie tratará de hacer las cosas por su cuenta. Nuestro objetivo es llegar a Santiago el domingo y cubrir estos casi ciento veinte kilómetros en el menor tiempo posible, sin llegar destrozados, por supuesto. Claro que para caminar no todos tienen por qué llevar el mismo ritmo. Éste es personal.

—E intransferible —añadió Andrés socarronamente.

—¿Qué pasa si uno se encuentra cansado y no puede continuar? —inquirió Juan, uno de los hombres que parecía más avejentado.

—No pasa nada, que llamamos al coche de apoyo; termina el día sentado cómodamente y llega antes que nadie a la comida. La idea es llegar entre las dos y las tres de la tarde a nuestra meta y allí comeremos y descansaremos hasta el día siguiente.

—¿Pero no hay un descanso a media mañana para el bocadillo? —preguntó Elena, como si ya estuviera cansada antes de ponerse en marcha.

—Por supuesto, ahora os iba a contar el plan de ruta —contestó Miguel Ángel con cierta paciencia, algo que por otro lado no le sobraba.

—¿Qué hacemos con las mochilas? —preguntó Ana, que parecía que no iba a ser capaz de soportar el peso de la que le había tocado en suerte.

—Vamos por partes. Las mochilas las podéis colocar, en este momento, en el coche. Quedaros con mi teléfono móvil y con una botella de agua, pues el camino es largo y la podéis necesitar. El móvil hay que llevarlo pues puede ser práctico en algún momento, ya que se presupone que el grupo no va a ir junto todo el rato. El descanso lo haremos para tomar un bocadillo a las once de la mañana en este punto —dijo señalando un pueblo en la mitad del itinerario—. Cada uno debe caminar a su propio ritmo y es de pensar que éste no será el mismo para todos. Si tenéis alguna pregunta este es el momento de hacerla —concluyó con la perorata.

—Está todo muy claro—dijeron las dos parejas que no se separaban ni a sol ni a sombra y que hasta el momento no habían abierto el pico.

Andrés miró, una a una, la cara de todos, notando una extraña sensación de alivio por comenzar el camino al mismo tiempo que nerviosismo por tratar de hacer las cosas lo mejor posible. Estaba claro que no todos eran deportistas ni estaban acostumbrados a andar, por lo que la preocupación se veía en algunos que no disimulaban su bisoñez en esta nueva experiencia. El chófer metió las cosas en la camioneta y esperó, con un cigarrillo en la mano, a que el grupo iniciase el camino. Debería tomar la carretera. Los caminantes tenían el sendero.

En algún lugar se encontrarían. Ese momento era el del descanso. Miguel Ángel les acompañaría en los primeros momentos.

Con cierto disimulo Andrés se colocó al lado de Elena. Era la única que venía sola; el resto iba en pareja.

—¿Caminamos? —le dijo viendo que los otros ya se habían puesto en marcha.

—Adelante, iniciemos el camino —apuntó con voz marcial, no exenta de femineidad.

Ahora la estaba observando. Se trataba de una chica de unos veinticinco años. De porte bien parecido, delgada, de pelo largo y suelto hasta media espalda. La nariz bien conformada, de arquetipo griego, unas ligeras pecas distribuidas alegremente y de manera desordenada por la cara y unos grandes ojos completaban la alegre figura de su acompañante. En líneas generales, sin ser una gran belleza, era sumamente atractiva y Andrés, ahora, que la observaba con cierto detenimiento mientras avanzaba por el sendero a sólo unos pasos delante de él, pudo constatar que su belleza era de lo más atrayente que se había encontrado, hasta el momento, en su corta vida de estudiante y, desde luego, como peregrino iba a ser una buena acompañante. Se prometía un buen camino.

Detrás avanzaban Ana y Clara y la pareja de hombres mayores, bueno, pensó, mayores de unos cincuenta años, pero para él que no llegaba a los treinta sí que lo eran. Las dos parejas que venían juntas caminaban las primeras, tratando de demostrar que eran los mejores. El camino era largo, meditaba Andrés, y hasta el final no se dice la última palabra.

Cerrando la comitiva, caminaban José y Patricia, de cuando en cuando acaramelados, a veces haciéndose carantoñas y otras con paso lento, parándose en cada recodo del camino, en cada árbol que les llamara la atención, pero siempre muy cariñosos. Eran los novios perfectos, sin molestar y sin aspavientos extemporáneos desagradables para el resto del grupo. Caminaban siempre dentro de los límites de las lindes del camino.

—¿En qué piensas? —le preguntó Elena, al tiempo que marcaba el paso a su ritmo.

—Estaba pensando en el grupo, en quién era quién y en las motivaciones que ha tenido cada uno para venir al camino. Creo que serán muy diferentes y sí que me gustaría conocerlas.

—Pienso que cada uno las tendrá distintas —contestó Elena mientras se agachaba a cortar una flor de tomillo que nacía en la linde del camino.

—*Todo pasa y todo llega/pero lo nuestro es pasar/pasar haciendo camino/caminos sobre la mar.*

—*Caminante no hay camino/se hace camino al andar* —remarcó Elena, dando pruebas de que conocía a Machado.

—Creo que estos versos vienen muy bien en este instante en que tenemos por delante un camino que andar, un sendero que desbrozar, unas reflexiones que interiorizar y en suma unos momentos de intimismo.

—Esa es una de las razones por las que decidí andar el camino. Estaba en una fase de mi vida que lo pedía a gritos, y no quería dejar más tiempo en dar la respuesta a esta situación.

—Cuando cortas una flor para ti, comienzas a perderla, porque marchitará en tus manos y no se hará semilla para otras primaveras.

—Pues algo parecido es lo que estaba sintiendo antes de iniciar esta experiencia —añadió Elena al tiempo que le ofrecía la flor de tomillo que había cortado momentos antes.

—Aprende en el camino de la vida la paradójica lección de la experiencia: siempre ganas lo que dejas y pierdes lo que retienes. No recuerdo dónde leí este pensamiento pero ha sido mi motivación personal para hacer el camino.

—¿Ves? Cada uno tenemos nuestra razón personal para venir aquí. Quizás alguno del grupo haya venido por deporte, pero yo creo que hasta el que tenga motivos más prosaicos, encontrará en esta experiencia algo más de lo que creía que iba a encontrar.

—Pienso que el contenido de la maleta al acabar el camino será diferente del que tuvo al inicio. Habrá más espiritualidad y humanismo y menos materialismo.

Andrés, en ese momento, se dio cuenta que había sintonizado con Elena. Era diferente a las demás chicas con las que había tratado. Tenía una especial sensibilidad que le daba un atractivo característico.

Las nubes, mientras se estaba desarrollando la conversación, tomaban un color grisáceo intenso que variaba en ciertos momentos a una tonalidad negruzca amenazante de lluvia. Hasta ese instante las gotas de agua eran escasas, lo típico de Galicia, pero de un momento a otro, parecía que iba a descargar con fuerza. Ya les advirtieron que la lluvia sería su acompañante constante y que, para ello, nada mejor que un chubasquero.

—Hay un bar en la subida de este repecho, sugiero tomar un café y esperar a que escampe —se oyó la voz de Miguel Ángel.

—No es mala idea, llevamos casi hora y media de camino y un descanso no nos vendrá mal —añadió Andrés dirigiéndose a Elena con una amplia sonrisa que dejó ver sus dientes blancos en perfecta alineación.

—Sin embargo, éste no es el descanso de media mañana. ¿Está claro? —añadió el guía, siempre tan dispuesto a ser amable con todos.

Los demás asintieron, unos por descansar, otros por el café y los más por sentarse a contemplar el camino. Era la hora de la reflexión y no estaban dispuestos a perderla.

En el bar había otros peregrinos que entraban y salían, en animada conversación. Era como una parada obligada, la clásica posta de los carruajes antiguos. El cielo seguía encapotado, triste, amenazante de lluvia, aunque por el momento esta amenaza no se llevara a cabo.

Andrés entró al bar y pidió dos cafés con leche, ofreciéndole uno a Elena. Se encontraba bien con ella y la conversación que había tenido le pareció muy significativa. Se sentaron en un banco de piedra, junto a la puerta, en la fachada principal. La casa era de construcción humilde pero recia, al igual que los dueños que la regentaban. El bar era lugar de cita de los paisanos al acabar la jornada de trabajo diario. Había tres o cuatro mesas de madera que debían de servir para que los parroquianos jugaran a la brisca o al mus. A esa hora no había ninguno, todos estaban en las faenas del campo. Elena no dejaba de observar a las personas que entraban y salían. La mayor parte de ellas, por no decir todas, eran peregrinos que paraban al descanso: o a tomar un café o al bocadillo de media mañana.

Acudían en grupos de tres o cuatro, aunque se veían algunos que recorrían el camino en soledad, si bien eso era difícil ya que nada más andar unos metros entraban en conversación con el primero que se pintaba. El camino serpenteaba a través de un campo verde, cubierto de hierba, donde unas vacas retozaban en la distancia, sin importarles quién era el caminante que pasaba junto a ellas. Les observaban con indiferencia, con una cierta desgana contemplativa. A unos doscientos metros, en el aprisco, unos pastores cuidaban el ganado.

Andrés y su grupo reiniciaron el camino después de un descanso, no demasiado amplio aunque, muy necesario. Unos perros se cruzaron en su camino rompiendo con sus ladridos el silencio de la fría mañana. La niebla ya se había levantado; sólo unas tenues lenguas, en lontananza, lamían la falda de la montaña. El día era gris, triste, lánguido. Una buena mañana para el camino, para ir conversando con Elena, para observar el campo cubierto de rocío, desperezándose aún, a pesar de que el día caminaba a su cénit. Quedaba un

buen trecho para acabar los deberes de esa jornada y, por lo tanto, no era conveniente ir rápido. Era necesario mantener el ritmo pues había mucho tajo por delante. En ese momento, todo el grupo caminaba compacto. Nadie se destacaba en su caminar.

Andrés y Elena se encontraban a gusto. Habían llegado allí casi por casualidad, sin ninguna razón objetiva y se encontraban en la mitad de un sendero cubierto de barro en algunos lugares; un sendero que caracoleaba entre alheño, terebintos y castaños. Una fina lluvia les acariciaba y unos peregrinos, que se cruzaban de cuando en cuando, daban la nota espontánea a la escena. Algo parecido era lo que habían imaginado, allá en Madrid, cuando la monotonía del trabajo y la vida diaria les atormentaba, atenazándoles, hasta un punto en que estaban perdiendo su libertad y su manera de ver la vida.

Cada uno trabajaba en un lugar diferente y en una profesión distinta. Elena trabajaba en una empresa informática como secretaria de dirección y Andrés era profesor en la universidad. No tenía un puesto alto ya que estaba finalizando su tesis doctoral disfrutando de una beca. Sin embargo, había llegado a un momento en su vida que necesitaba liberarse del ambiente que le rodeaba, que en algunas circunstancias le ahogaba. Necesitaba poner tierra de por medio, marcar distancias, alejarse y ver los problemas con una óptica diferente, otra perspectiva. Siempre había leído que cuando los problemas que te rodean te ahogan, lo ideal y el mejor tratamiento era alejarse y verlos desde un plano superior. Poner tierra de por medio. Eso era lo que quiso experimentar, lo que estaba haciendo; y en las pocas horas que llevaba caminando ya había comenzado a notar esta sensación.

A Elena, en su empresa de informática se le cruzó su superior, que la acosaba. Su trabajo era de secretaria de dirección de la empresa y su jefe pretendía que al mismo tiempo que desarrollaba su trabajo en sus horas extras y fuera de jornada, se convirtiera en su amante. Al principio unas miradas; después unos ligeros escarceos dialécticos; más tarde unos acercamientos casuales y finalmente unos besos apasionados. Ella al inicio se dejó llevar. Le siguió la corriente en sus miramientos e indirectas, y cuando llegaron los besos, aquella mañana de un sábado, en que le pidió que acudiera a la oficina para terminar un trabajo de un cliente, no le puso demasiados reparos. Su jefe la besó y ella aceptó. Pero eso fue todo. Enseguida paró el carro y le dijo que no pensara que era una mujer fácil, que con ella no se podían hacer las cosas como con otras, que la estaba tomando de una manera equivocada y que por ese camino no iba a seguir. Los besos eran una cosa pero subir de piso era otra. Además, no quería ir

tan deprisa. ¿De qué le conocía a él? ¿Estaba casado? No sabía nada de su vida. Había entrado a trabajar tan sólo hacía un par de semanas y en ese tiempo tan pequeño se encontraba besándole un sábado en la mañana de un mes de febrero. Muy deprisa recorría este camino y cuando, más tarde, se lo contó a amiga le dijo que pusiera tierra de por medio durante unos días. Para ello, nada mejor que hacer el Camino de Santiago; y ahora se encontraba allí, en la mitad de una jornada gris y lluviosa, junto a un compañero del grupo. Este chico le gustaba, su compañía le hacía tener sensaciones distintas. De momento la experiencia había sido más que positiva.

Comparaba esta situación de ahora, con toda su libertad y pureza, con la de las últimas semanas con su jefe en mitad del acoso, en un encuentro, cuerpo a cuerpo, que le revolvía el estómago y que la llevó a vomitar después de que su patrón la pusiera contra la pared, aquella mañana, cuando el personal de la oficina había bajado a tomar el café de mediodía. Era un descanso de media hora, obligado por los sindicatos, que su jefe aprovechó para iniciar un ataque final. Esa embestida fue prólogo de aquel sábado, etapa final en su trabajo, que la decidió a ser peregrina durante unos días. Había roto el inicio de algo que podía, de haber continuado, ser una traición en su vida. Hubiera iniciado su declive. ¡Cómo no se dio cuenta antes! Perdió su trabajo pero se encontraba feliz y libre, libre como un pájaro que vuela en la mañana gris y lluviosa del camino. Ese camino del que tanto había oído hablar y que tantas veces la habían animado a recorrer. Pero debes hacerlo, le decían, con una visión amplia, con una especial sensación de encontrarte a ti misma, de rebuscar en tu interior, de navegar en las aguas procelosas de tu pensamiento y en fin, tratar de encontrar la calma y la quietud de tu vida. Seguramente la tienes en tu profundidad, sólo debes intentar que aflore. «Ése es tu trabajo para estos días», le dijo su amiga, que hizo lo mismo unas semanas antes.

Habían iniciado la subida de un repecho, el sendero en ese momento faldeaba la ladera, y casi sin enterarse se encontraban al borde del camino, bajo un olmo ancestral, mirando las vacas que apaciblemente pastaban en el campo separadas por una cerca que les impedía salir de su lugar.

—Llevas un buen trecho sin decir palabra —le interrumpió en sus devaneos reflexivos.

—El camino no es sólo para conversar, también hay que pensar —contestó Elena con una amplia sonrisa—. ¿Es que tú no piensas?

—Sí, por supuesto, lo hice al tiempo que tú. No creas que eres la única filósofo del grupo. ¿En qué pensabas?

—Supongo que lo mismo que tú. Qué es lo que estoy haciendo aquí.

—Pues sí, la verdad es que esta reflexión era la que yo iba desgranando. Cuáles eran las razones que tuve para venir al Camino, si hice bien o mal, si estaba perdiendo el tiempo y si sólo estaba realizando un proyecto deportivo sin más elucubraciones. Al principio me mostré muy reticente, pero conforme fui dándole vueltas a la idea, más me enamoró llevarla a cabo.

—Parece, pues, que ambos tuvimos nuestras dudas. Yo también fui muy renuente a la idea que me sugirió una amiga.

—Ambos estamos aquí, que eso es lo que importa finalmente —concluyó Andrés al tiempo que tomaba una piedra del camino y la lanzaba con fuerza.

No se habían percatado, con la conversación, que Ana y Clara se les acercaron para preguntarles cómo iban.

—¿Estáis cansados?

—En absoluto, es un día perfecto para caminar. No hace frío y la llovizna que nos acaricia de vez en cuando es muy tonificante —contestó Elena, mientras Andrés miraba distraídamente unas vacas que pastaban junto a la valla que las separaba del sendero.

—¿De dónde sois? —preguntó Andrés a bocajarro.

—Somos de Valladolid. Trabajamos juntas en un colegio y esta semana nos han dado permiso para poder realizar el Camino. Llevábamos mucho tiempo con la idea; no queríamos que terminara el año sin realizarla. Dentro de un par de meses habrá mucha gente por lo que elegimos estas fechas que serían más tranquilas —apuntó Ana, que era la que parecía que llevaba la voz cantante. La otra era más callada y parecía más reflexiva.

—¿Y por qué os decidisteis por hacer el Camino? ¿Qué os impulsó a ello?

—Supongo que como todo el mundo. Hacer una parada en la vida y pensar.

—Sí, eso, pensar —apuntó Clara, que por fin se decidió a dar una opinión.

El resto del grupo llegó en ese momento. Se sentaron debajo del árbol para un merecido descanso. Desde el café no habían parado y ya habían recorrido más de hora y media. A este paso serían unos seis kilómetros. En ese momento deberían de llevar dos tercios de la etapa.

—Llevamos quince kilómetros —señaló la voz recia del guía—, a este paso llegamos a comer en dos horas.

Era un buen momento para tomar un vaso de agua dado que todos llevaban una botella.

—Estamos muy bien y no nos hemos cansado nada —comentó Elena dando un pequeño saltito para demostrar lo que decía.

—Ya me lo diréis dentro de tres días. El primero es el mejor, pero los problemas y el cansancio son acumulativos. Tenéis que reservaros para ese día.

Este comentario final de una persona experimentada sumió al grupo en un silencio profundo. Por la cabeza de algunos pasó la idea de que no podrían acabar el recorrido. Andrés y Elena se miraron con complicidad. Mira que si después de todas las dudas que tuvieron para realizar este proyecto, ahora resulta que no podrían acabarlo.

—Bueno no adelantemos acontecimientos —le dijo Andrés mirando a Elena, como si hubiera adivinado sus pensamientos.

—Ya veremos cómo acaba todo.

El resto del grupo se quedó en silencio, sin fuerzas para reponerse ante este comentario que cayó como una losa en la cabeza de todos. Estaban frescos, contentos del camino andado, de lo bien que estaban y ahora venía el aguafiestas del guía a decirles que no cantaran victoria y que los próximos días estarían peor. Era para volverse a casa, ahora que se hallaban en el inicio del camino. Pero no, no iba a ser este tipo el que les fastidiara la ilusión que habían puesto en llevar a cabo esta idea.

—Bien, ya llevamos diez minutos descansando y no conviene perder el calentamiento que teníamos, así que arriba y a seguir —cortó Miguel Ángel, el guía.

A esta voz de mando, todos se levantaron como un resorte, más que nada por aquello que dijo de no perder el calentamiento.

El sendero era majestuoso desde el principio y a lo largo del mismo tuvieron la oportunidad de recorrer los Concellos de As Paredes, Vilei, Barbadelo, Peruscallo y Pena. El románico se palpaba en todos los lugares, los puentes medievales, las pasarelas rústicas y los corredores rurales eran de visita obligada.

En el convento de la Magdalena, gótico renacentista, Elena, asombrada, no pudo menos que quedarse extasiada ante tamaña belleza de los padres Mercedarios. Después, descendiendo junto al muro del cementerio llegaron a río Pequeño, un afluente del Sarria. Al cruzar el ponte Áspera, de la época medieval, Andrés comentó que parecía que iban caminando hacia atrás en la historia. Era como una vuelta al pasado, como si el reloj se hubiera parado.

—¿Sabes una cosa, Elena?

—Si no me la dices nunca la sabré —cortó con una sonrisa tierna.

—Parece que estamos varios siglos atrás. El tiempo camina con nosotros hacia el pasado.

Elena se quedó pensativa y no supo o no quiso contestar.

El grupo se dispuso a ascender un repecho del camino bordeado de castaños para llegar al Concello de As Paredes. Posteriormente una pista vecinal daba paso a Vilei, donde la escultura de Germán Arias preside el lugar.

—Es increíble todo esto ¿no os gusta? —preguntó Ana acercándose a Andrés, que conversaba animadamente con Elena.

—Es muy interesante —contestaron al unísono ambos.

—¿Qué es lo que más os agrada? —insistía con la pregunta.

—A mí lo que más me satisface es la paz interior que se vive, la tranquilidad de espíritu que emana de cada cosa —contestó Elena.

—¿Y a ti, Andrés?

—A mí lo que más me ha llamado la atención es la vuelta al pasado. Es como si ahora nos encontráramos en el siglo VIII o IX.

—Yo también tuve esa sensación, especialmente cuando cruzamos el puente medieval. Fue algo indescriptible.

Ahora pasaba un grupo de peregrinos que caminaba a un paso rápido. Hablaban inglés y francés. Se habían juntado en el albergue y decidieron caminar juntos el resto del camino. Un testimonio de la globalización, mejor solidaridad, se atrevió a pensar Andrés, que siempre hacía alarde de su perspicacia e intuición.

—Esto es muy creativo —dijo Juan acercándose al grupo.

—¿Creativo? —inquirió Andrés.

—Quizás no sea la palabra exacta. Quiero decir que es muy estimulante, que el camino es muy atractivo y que, por lo tanto, es creativo.

—Sí, yo también experimento, por momentos, estas sensaciones.

Entre disquisición y comentario, entre reflexión y pensamiento, se iba andando el camino. La hora de comer ya estaba cerca. Todo el grupo apostilló las ganas que tenía de almorzar, por lo que decidieron acelerar el paso. En la parroquia de Barbadelo pudieron visitar la iglesia románica de Santiago, junto al camposanto. En Peruscallo vieron varios hórreos que le gustaron a Elena, la cual quería a toda costa conocer la historia de ellos. En Mirallos, otra iglesia románica, la de Santa María.

Adivinando su pregunta Andrés tomó la palabra y dirigiéndose a Elena le dijo:

—El hórreo es un almacén de grano que se remonta a la época de los romanos. Este granero se soporta en unos pilares que se levantan del suelo con el fin de que no entren los roedores. En las paredes existen unas ranuras para la ventilación. Allí se almacenan, entre otras cosas, los granos de maíz, patatas, alubias y los aperos de labranza.

—Yo había oído que hay diferentes tipos de hórreos —inquirió Elena, a quien estas cosas siempre le habían interesado.

—Sí, por supuesto, los hay en Asturias, Galicia e incluso en la Vascongada y en Navarra. Son de diferentes estilos, cada uno tiene su personalidad propia. Hay también distintos tipos de almacenes en el Norte de Europa, Noruega, Austria, Suiza y otros países como Francia. Los hay cuadrados y rectangulares.

—A mí me llaman mucho la atención y te hace pensar en las connotaciones sociales y en la manera de vivir de la época.

El grupo entró en el pueblo de Porto Marín a través del arco de un viejo puente romano medieval donde se asentaba una pequeña capilla. Había que subir las últimas escaleras de la etapa.

—Me parece que ya estamos en casa —dijo Elena mostrando su cara alegre.

—No pierdas de vista que mañana tenemos otro camino como este. Así que lo que toca ahora es almorzar y descansar. En la tarde podremos dar una vuelta, pero sólo eso, una vuelta. Debemos preparar los pies para mañana. Los días se hacen duros uno detrás de otro. Lo importante es finalizar el Camino y llegar, sanos y salvos, a Santiago para dar el abrazo al Santo.

2

En el albergue la comida ya estaba preparada. Eran las tres de la tarde y los pucheros no podían esperar así que, sin tiempo nada más que para lavarse las manos y dejar las mochilas en la habitación, el grupo se dirigió, sin dilación, al restaurante, una amplia habitación cuadrada con mesas de madera que hacía las veces de refectorio, sala de juego de cartas y salón de estar. En un extremo la chimenea, con una lumbre que chisporroteaba dando una nota calórica al ambiente. De cuando en cuando, los dueños solícitos colocaban un madero para mantener el fuego vivo; era necesario en esa época del año. En las habitaciones, la calefacción mantenía una buena temperatura.

—Creo que voy a descansar un rato. Si quieres después nos vemos y damos una vuelta por el pueblo —dijo Andrés dirigiéndose concretamente a Elena.

—Yo también lo necesito. Un par de horas estará bien. Nos podemos ver aquí a las cinco y media, ¿te parece?

—Perfecto, hasta luego —contestó Andrés al tiempo que subía las escaleras hacia las habitaciones que se encontraban en el piso superior.

El albergue era una casa con una antigüedad de varios siglos. Debía de ser de la época del descubrimiento de América más o menos. Era una construcción de piedra maciza, muros de piedra vista y techo con vigas de madera. En la planta baja un patio de luz con un pozo de agua de aljibe y varias habitaciones que salían de ese patio, donde en verano los dueños salían a conversar. En la puerta de acceso principal a la casa, en el frontispicio, había un escudo heráldico, que con toda seguridad perteneció a los antiguos dueños. Habría que remontarse a muchas generaciones atrás para conocer la verdadera historia de esa casa.

Andrés estaba tan cansado que rehusó dirimir más detalles acerca de su nueva morada. Decidió que si tenía un par de horas para reposar, las iba a aprovechar con toda intensidad.

Estaba en un medio sopor cuando oyó unos golpes en su puerta.

—Soy yo, Elena, ábreme por favor.

Andrés notó un atisbo de angustia en sus palabras, por lo que rápidamente se levantó.

—¿Qué pasa?

Elena temblaba sin poder articular palabra. Estaba pálida y apenas un tenue hilo de voz salía de su garganta.

—Déjame que me siente. No te lo vas a creer.

—Pero dime, ¿qué es lo que pasa?

—He encontrado una carta fechada en 1495.

—¿Una carta? ¿En 1495? ¿Qué me quieres decir?

—Pues eso, es fácil entenderlo, que he descubierto una carta de hace muchos años, escrita por un tal Jerónimo Münzer.

—Pues no sé quién es.

—Parece que era un señor de alta alcurnia, de origen alemán, que hizo el camino en esa época.

—No entiendo nada.

—Bueno, pues ven a mi habitación y lo comprenderás.

Andrés se dirigió a la habitación contigua y cerrando la puerta tras de sí, observó unos papeles a manera de pergamino encima de la cama.

—Estaba mirando la calidad de la piedra de las paredes cuando vi grabada en una de las esquinas la cruz de Santiago. Introduje los dedos en su profundidad y apareció un resorte que al moverse dio paso a una caja de metal donde estaban estas cartas. Eso es todo. Ahora lee y opina.

Esto era demasiado para la mentalidad crítica de Andrés, el cual siempre se movía con un espíritu cartesiano. Necesitaba razonar todo y después situarlo en un plano de pensamiento ortodoxo. Esta situación le superaba con creces.

—Lee —le ordenó Elena, al tiempo que le daba una carta.

—Pero son dos las cartas, ¿no es así?

—Quieres saberlo todo en un minuto. Son dos cartas, una de ellas de 1495 y la otra…La otra de hace unos años.

—Dame la primera. Veamos la más antigua. Quiero empezar por el principio.

Andrés se sentó en una butaca y con una cierta parsimonia, no exenta de teatralidad, comenzó su lectura.

Querido peregrino que estás en el Camino de Santiago. Si lees esta carta debes tener en cuenta que todo lo que se dice en ella es verdad, como fue verdad que Dios Nuestro Señor murió en la cruz por nosotros. Empezaré por el principio.

Soy Jerónimo Münzer de la ciudad de Núremberg, donde ejerzo la profesión de médico, además de ser humanista, geógrafo y cartógrafo. Acumulé una gran fortuna que dediqué a la compra de libros, siendo mi biblioteca privada una de las más cotizadas de la actualidad. Tenía una gran familia pero mi espíritu viajero me llevó a realizar diferentes viajes por Europa y he visitado a lo largo de más de siete mil kilómetros países como Suiza y Francia. He conocido muchas personas de diferente condición, cultura y clase. En España, país en el que me encuentro ahora, he visitado Sevilla, Toledo, Alcalá de Henares, Madrid, León e incluso visité al rey Juan ll de Portugal, con el que coincidí en esta última ciudad. En este momento estoy en el Camino de Santiago con mi hijo muy amado, y deseábamos visitar la tumba del apóstol, por lo que nos encaminamos juntos con un pequeño séquito de apoyo. La suerte nos dio una mala pasada y a la vuelta de un repecho, antes de cruzar el puente del río Miño, cerca ya de la ciudad en la que estás leyendo esta carta, Pons Minea, según el códice Calixtino conocido también como Porto Marín, nos atacaron unos rufianes y dieron muerte a mi hijo. Los criados huyeron del lugar a toda prisa. Destrozado por el dolor llevé el cuerpo de mi amado hijo al Hospital de los peregrinos, atendido por la orden de Santiago y la Encomienda de San Xoán. Allí sólo pudieron realizar los rezos convenientes y prepararlo para el enterramiento. Ahora su cuerpo reposa en lugar cristiano y eso para mí es reconfortante.

Es necesario que aclare que lo que buscaban los rufianes, por orden de mis enemigos, eran unos libros que había obtenido en mi viaje por Sevilla y Madrid. Estos eran libros únicos que servirían para enriquecer mi biblioteca. Habrás de conocer, querido peregrino, que el libro del que estoy hablando es la Biblia de 42 líneas, realizada por Johannes Gutenberg, de la ciudad de Maguncia. En esta ciudad imprimió varias biblias entre los años 1450 y 1456. La mía era una de las más sofisticadas, fechada en 1454, dos tomos y 1282 páginas. Además llevaba la firma del impresor. No hay muchas copias, por lo que el valor de la misma es incalculable.

El otro libro que llevaba conmigo, estaba escrito en latín, y era la historia de los godos (godos, vándalos y suevos) de Isidoro de Sevilla. La historia se refiere a un periodo muy importante de España entre los años 265 y 624. Mi libro era la versión más larga que fue terminada en el año 624. Ambos libros fueron adquiridos, con mucha discreción y dinero, en una librería de Sevilla. Eran un regalo para mi hijo, que a partir de este momento iba a ocuparse de llevar mi biblioteca privada.

Los asaltantes no los encontraron, ya que en el viaje decidimos que no irían con nosotros y que los enviaríamos una jornada por delante con uno de los criados de la casa. Esta argucia sirvió para que los libros llegaran incólumes a su destino y hoy reposen juntos. Ya que, pues, era la ilusión de mi hijo, justo es que viajen juntos a la eternidad.

Al llegar a esta parte Andrés dejó la carta encima de la cama y miró fijamente a Elena.

—¿Nos está diciendo que enterró a su hijo con los libros?

—Está muy claro, ¿no crees?

Sin contestar tornó a leer nuevamente.

Al pernoctar unos días en esta aldea, decidí ocuparme de todo lo relativo a mi hijo. Una vez realizado el enterramiento cristiano y finalizadas todas las pompas fúnebres de la ocasión, escribí esta carta con la finalidad de que si alguien la encontraba, años después, tuviera la libertad de actuar conforme a su conciencia y conocimiento. Por mi parte, yo sigo el camino con el único fin de llegar a ver la tumba del apóstol y arrodillarme ante él, pidiéndole perdón por mis pecados y la gloria para mi hijo.

Querido peregrino, que en el camino te encuentras, cuando leas esta carta con toda seguridad yo no estaré entre los vivos, reza por mi alma y la de mi hijo, ofrece unas misas en nuestro recuerdo y actúa en conciencia de caballero, como imagino que eres.

En el nombre de Nuestro Señor Jesucristo, yo Jerónimo Münzer, te saludo desde el más allá.

Porto Marín, abril de 1495

Andrés y Elena se miraron a los ojos incrédulos y remisos a creer lo que estaban leyendo.

—Bueno, pues ahora, si estas repuesto, lee la segunda carta —le dijo Elena alargándole un papel.

Esta carta parecía actual, escrita hacía pocos años. Andrés, antes que nada, miró el final y vio que estaba fechado en abril de 1920, es decir que el autor, si viviera, tendría ahora unos noventa años.

La letra era clara, con trazos sencillos, propios de una persona no muy mayor. Así por encima calculaba que debería tener, cuando fue escrita, unos cincuenta años.

Querido peregrino:

Tienes en tus manos una carta que desde el principio hasta el fin te va a resultar extraña. Todo lo que te relato en ella es verdad y de ti depende que tomes una u otra decisión en relación con lo que en ella te digo.

Empezaré por el principio. Estamos en el mes de abril del año 1920 y me encuentro recorriendo el Camino de Santiago. Una de las paradas es esta aldea en la que te encuentras. En ella me alojé varios días. Uno de ellos, paseando por el camposanto, divisé unas piedras colocadas sobre un montículo que parecía una tumba. Estas piedras estaban situadas de manera que conformaban una cruz. En ella sólo rezaba un nombre: Albretch Münzer. El nombre de Albretch me llamó la atención pues me recordó el de Alberto Durero, artista famoso del Renacimiento alemán. Por esta razón me quedé observando la tumba y en especial la cruz. Tanto fue mi detenimiento en ella, que pude ver en la parte de atrás una piedra que se movía, y al retirarla dejó ver en su oquedad la carta que acabas de leer. Más tarde sabrás por qué te digo que la acabas de leer.

Andrés, al llegar a la altura de estas líneas, se quedó pensativo, sin comentar nada; en su interior le estaba dando vueltas a esta última frase.

Lo que dice esta carta ya lo sabes. Jerónimo Münzer enterró a su hijo con dos libros incunables continuando su viaje a la tumba del Santo. Imbuido por la curiosidad, como tú que en este momento te encuentras, decidí ver el contenido de la tumba y provisto de una pala escarbé hasta llegar al féretro. Con cierta dificultad pude abrirlo y la sorpresa fue que junto a los huesos había un cofre con dos libros, la Biblia de 42 líneas de Johannes de Gutenberg y la Historia de los godos por Isidoro de Sevilla. Ambos libros son de un incalculable valor. También pude ver otros libros de menor valor bibliófilo pero también interesantes y buenos incunables.

Durante unos minutos estuve inmóvil sin poder reaccionar y al fin tomé la decisión, no sé si equivocada, de dejar las cosas como estaban, por lo que coloqué los libros en la tumba, y la carta de Jerónimo Münzer y la mía las puse en la casa donde estaba pernoctando, en la habitación en la que en este momento estás. En la pared preparé un agujero y lo tapé poniendo la cruz de Santiago en el exterior, con el fin de salvaguardar el secreto.

La decisión de lo que hagas ahora está en tu mano y en tu conciencia. Yo en este momento tomé la de mantener el secreto que tantos siglos había guardado el Camino.

Te deseo todo lo mejor.

Abril 1920

Luis Sastre

Andrés no daba crédito a lo que estaba leyendo. Si la primera carta le extrañó, la segunda le produjo angustia. Su mano trémula sostenía entre sus dedos las dos cartas, mientras que Elena, sentada enfrente, le miraba con curiosidad.

—No tengo palabras para expresar mi estado anímico.

—Comprendo por lo que estás pasando. Pero vete preparando para más sorpresas.

—¿Más sorpresas? —cortó incrédulo.

—Esto no ha hecho nada más que empezar.

—¿Qué me quieres decir? ¿A qué te refieres?

—Pues que yo me llamo Elena Sastre. ¿Qué te parece?

—¿Que qué me parece? No entiendo nada.

—Muy sencillo: Luis Sastre era mi abuelo.

—¿Tu abuelo?

—Sí, mi abuelo. Me crie con él, ya que mis padres murieron cuando yo era muy pequeña. Un accidente de coche… Bueno, no quiero hablar de esta parte, que además no tiene nada que ver con la historia que te voy a contar.

—Pues empieza que estoy en ascuas —dijo Andrés, al tiempo que se sentaba en uno de los butacones de la habitación.

—Al quedarme huérfana, muy pequeña, fui a vivir con mi abuelo, que era viudo. Como comprenderás yo era su vida y su única razón de existencia. Cuando cumplí los dieciocho años, es decir la mayoría de edad, me contó la historia con la que te acabas de enfrentar en este momento.

—Sigue, por favor, no te entretengas.

—Ten paciencia, cada cosa en su momento. La historia es que cuando mi abuelo hizo el Camino, estuvo varios días en este pueblo y en uno de sus paseos por el cementerio encontró la tumba de Albretch Münzer y le llamó la atención, según me contó, que la cruz no era como las demás, sino que tenía unas piedras dispuestas de una manera especial, lo que le picó la curiosidad y estuvo manipulando un rato en ellas. Esta fue la causa de que una de ellas se moviera y dejara entrever un hueco donde estaba la primera carta, la que escribió Jerónimo Münzer. Por ella supo de los dos incunables que estaban enterrados en la tumba con el cuerpo de su hijo.

—Me dejas de una pieza —acertó a balbucir Andrés pálido y demacrado por el relato de la historia.

—Pues así es. Estuvo dándole vueltas al tema, hasta que por fin se decidió a cavar en la tumba y allí vio junto con los huesos desparramados un cofre metálico muy bien cerrado, con los dos incunables que ya conoces y los otros libros. Durante bastantes minutos se quedó mirando fijamente los volúmenes hasta que tomó la decisión de volverlos a colocar en el mismo lugar, escribir una carta aclaratoria y esconder ambas en una oquedad que hizo en mi habitación. No ha sido casualidad, como te podrás imaginar, encontrar el lugar donde estaban las dos cartas. Yo escogí esta habitación sabiendo lo que hacía.

—¿Así que ésta fue la razón que te hizo realizar el Camino?

—Sí, esta fue la razón, aunque no el momento. El momento ya te lo dije cuando te conocí. El acoso de mi jefe es el que marcó justo el día que decidí hacer el Camino. Tenía que huir de aquella situación pero ya tenía decidido hacer este camino y reencontrarme con el legado de mi abuelo. Su voluntad fue que viniera aquí y leyera las cartas y después actuara en consecuencia siempre de acuerdo a lo que dictase mi corazón.

—Pues ahora tenemos que tomar una gran decisión —apuntó Andrés, siempre interesado en la historia y en el secreto de la misma.

—Menos mal que mañana estaremos en este pueblo y tenemos tiempo de ir al cementerio. Ahora ya es un poco tarde —señaló Elena.

—Creo que deberíamos madrugar y dar un paseo al cementerio. Allí podemos investigar lo que tu abuelo nos dice en la carta.

Elena enseñó a Andrés otra carta que le había escrito su abuelo hacía bastantes años, donde le refería el lugar exacto en el que había escondido su carta y la de Jerónimo, aunque siempre había la posibilidad de que alguien la hubiera encontrado antes. No era demasiado probable, pero la ocasión siempre existía.

—Ahora lo que debemos hacer es dar un paseo y que el grupo nos vea, pues puede extrañarse de que hayamos desaparecido —argumentó Andrés.

La tarde tocaba a su fin y el olor del campo húmedo ascendía para expandirse por el ambiente. Era una bonita tarde de un invierno tardío que presagiaba una lozana primavera. La luz, tenue y difuminada, ofrecía un espectáculo lánguido que remedaba los atardeceres del otoño madrileño, pero en esta ocasión cubierto por la neblina del campo gallego. Por ese camino, señalaba Elena, han caminado muchos peregrinos en busca de la paz, y del

sosiego sempiterno, que todos buscamos y muy pocos encuentran. Las nubes en la distancia, grises unas, oscuras las otras, amenazantes de lluvia todas, giraban alrededor marcando la hora de las brujas y de los secretos del Camino. A esa hora todos escuchaban los ruidos, las pisadas de los peregrinos, que hora tras hora, avanzaban en búsqueda del sosiego y de la felicidad. El ruido de las hojas secas, al ser aplastadas por el caminante errático, colaboraba en dar un efecto taumatúrgico. Todo el camino era pura quimera y de ella se impregnaban los que lo recorrían. Andrés y Elena no eran una excepción a esta regla. El ambiente les había impresionado, y el camino, la hojarasca hollada por los peregrinos y las cartas indicando que en una tumba cercana se encontraban los libros de hacía varios siglos, eran aspectos que les envolvían en una neblina de misterio. El manto de la noche les llevó a un lugar lejano, extraño, que les hizo temblar ante la posibilidad de un futuro incierto.

3

La mañana, fría y desapacible, les recibió para el desayuno. Eran los únicos del grupo que se habían levantado a una hora tan intempestiva, pues aquel día estaba dedicado al descanso. Según les dijo el guía, un día era de marcha, unos veinticinco kilómetros, y al otro de descanso, con el fin de que pudiesen disfrutar del ambiente de las aldeas gallegas y convivir con las gentes y su entorno. Esto era una de las maravillas del Camino.

—¿Qué tal has descansado? —rompió el silencio Elena con su natural sonreír.

—Muy bien, he dormido de un tirón, aunque me costó al principio conciliar el sueño. Estuve dándole vueltas al descubrimiento de las cartas y a lo que nos iba a deparar el destino el día de hoy.

—Ya veremos. Ahora lo que toca es desayunar rápido para que los demás no vean adónde vamos y hagan preguntas incómodas.

—Me tomo un café y una tostada y estoy preparado —contestó Andrés.

A los cinco minutos ya estaban con los chubasqueros puestos, aguantando una ligera llovizna, en dirección al cementerio. Un sendero estrecho les condujo desde la casa hasta el lugar donde reposaban los muertos. Era una distancia pequeña, apenas quinientos metros, pero lo suficiente para alejarse del lugar, evitando de esta manera a los curiosos del grupo que, con toda seguridad, harían preguntas indiscretas, aun a sabiendas que muchas de ellas no tendrían respuesta.

Unos matorrales espesos y un repecho del camino eran la antesala del camposanto. No había tapias, nada de muros, todo al aire libre, sin límites, como continuación del sendero. «Del sendero de la vida», apuntó Elena, en un arrebato de filosofía.

Las tumbas estaban distribuidas de manera aleatoria, sin orden, como el mundo en el que vivieron. Todas tenían una cruz y como no eran demasiadas, buscar una lápida que llevase el nombre de Albretch Münzer no debía ser difícil.

—Tú empieza por ese lado y yo revisaré este otro —apuntó Andrés con su particular modo de organizar las cosas.

—Aquí está —gritó Elena al cabo de unos segundos.

—La verdad es que estaba fácil. Son todas de la época medieval. El cementerio de los habitantes actuales debe de estar en otro lugar.

Se acercaron a la cruz que la presidía, con cierto miedo no exento de prudencia. No sabían lo que iban a descubrir y, sólo, el hecho de estar en esa circunstancia les infundía una presión a la que no estaban acostumbrados. La cruz remedaba una época antigua, bien labrada y con unos herrajes propios de la Edad Media. Uno de los resortes de la cruz dejó al descubierto un hueco.

—Aquí debía estar la carta escrita por Jerónimo Münzer y que descubrió tu abuelo.

—Mi abuelo, lo que hizo fue trasladar la carta a la casa donde la encontramos, pero éste debió de ser su emplazamiento original.

—Mira el nombre que reza en el pie de la Cruz. Albretch Münzer 1475-1495. Tenía sólo veinte años cuando fue asesinado.

Un frío recorrió el cuerpo de ambos, pensando en aquello a lo que se enfrentaban. Miraron en derredor para ver si había algún instrumento o herramienta con la que pudieran escarbar.

—Aquí hay una pala —señaló Andrés.

—No me extrañaría que fuera la que utilizó mi abuelo hace muchísimos años.

—Concretamente en 1920. Da la impresión de que por aquí no ha pasado nadie y, si alguno pasó, lo que está claro es que nadie ha tocado nada del escenario.

Durante unos minutos cavaron la tierra, que al estar húmeda hacia fácil la tarea. Fueron turnándose cada diez minutos. No habría pasado más de una hora cuando dieron con el féretro. Un golpe seco lo señaló.

—Ya hemos llegado —avanzó Andrés, ufano, al tiempo que se secaba el sudor de la frente pues, a pesar del frío de la mañana, el sudor era una realidad por el esfuerzo que estaban llevando a cabo.

Necesitaron aún unos minutos más para limpiar la tierra que estaba sobre la tapa y dejar el hueco suficiente para que esta pudiera girar sobre sus goznes, lo que hizo fácilmente, dada la antigüedad de la madera muy carcomida y destruida.

Al levantar la tapa pudieron ver una serie de huesos desparramados, sin orden y concierto, y un cofre metálico, bien labrado y herméticamente sellado. Abrirlo les costó un tiempo dado su cierre especial. En su interior, tal y como había avanzado el abuelo de Elena, había dos libros que llamaron

poderosamente su atención, la *Biblia de 42 líneas* de Johannes Gutenberg, fechado en 1454 y la *Historia de los godos* de San Isidoro de Sevilla, fechado en el año 624. Coincidía en todo con lo que Jerónimo ponía en la carta. También había otros libros, de Kojiki, de Kells y el *Arte de la guerra* de Sun Tzu. En suma, una verdadera riqueza para un bibliófilo y amante de las letras y de las artes.

—Debía ser un gran coleccionista de libros. Su biblioteca en Núremberg tendría que ser de las mejores de la época —comentó Elena, presa de un nerviosismo que le recorría el cuerpo.

—Quién sabe si algún día la visitaremos. Estamos ante la historia. Fíjate si hay siglos que nos contemplan. Nadie, a excepción de tu abuelo, ha entrado en este secreto.

—Y él no se atrevió a seguir, por lo que decidió dejar todo tal cual.

—¿Y nosotros qué hacemos? —se atrevió a preguntar Andrés, que estaba ensimismado con la contemplación del escenario que tenía ante sí—. ¿Nos arriesgamos a seguir?

—Yo creo que mi abuelo siempre se arrepintió de la decisión que tomó, por lo que dejó las cartas escondidas y me contó la historia, con el fin de que viniera aquí y la terminara. Él siempre tuvo la sensación de que dejó las cosas a medio terminar y no era hombre que dejara los temas de esta manera. Tuvo la ilusión de que fuera yo la que acabara su obra.

—Si es así debemos coger los libros, ya veremos lo que hacemos con ellos, y dejar la tumba como estaba. No nos corresponde irrumpir en el sueño de los muertos.

—Creo que tienes razón.

Ni corto ni perezoso Andrés echó tierra al foso, procurando que quedara igual que cuando ellos llegaron, tratando de eliminar cualquier huella humana. Colocaron la cruz en su posición afianzándola fuertemente para que resistiera los envites del viento. Tomaron la precaución de caminar hacia atrás y con unas ramas de hojarasca fueron borrando las huellas de las pisadas. Al llegar a unos metros de la tumba, recorrieron con la vista todo el lugar, coincidieron ambos en que todo estaba igual que antes. Volvían los años antiguos a aprisionar este trozo de tierra.

—Ahora tenemos que tener mucha prudencia con el resto del grupo. No deben vernos ningún paquete extraño —dijo Andrés.

—Va a ser difícil lo que comentas. ¿Qué te parece si enterramos este cofre debajo de este castaño y después de terminar el camino venimos a recogerlo?

—Me parece una idea extraordinaria, propia de ti.

—Es que vamos a estar nerviosos todo el camino y lo van a notar. Además, quién sabe si en algún momento revisan los equipajes. Este cofre no puede pasar desapercibido. Cuando lleguemos a Santiago, nos despedimos y al día siguiente tomamos un autobús que nos deje cerca de este lugar. En ese momento será muy fácil todo y ya sabremos lo que vamos a hacer con los libros, ¿te parece?

—Ya te he dicho que me ha gustado. Ha sido una buena idea por lo que debemos poner manos a la obra y cavar un pequeño hueco bajo este castaño.

Antes de proceder al enterramiento del tesoro Andrés y Elena acariciaron tiernamente las páginas de los libros, y con un especial fervor, no exento de miedo, colocaron el cofre y echaron tierra encima.

—Creo que es suficiente profundidad. Dentro de unos días estaremos de vuelta.

Sin más comentarios, escondieron la pala bajo unos matorrales y se fijaron en el árbol en el que habían dejado el cofre. Era el más majestuoso del camino, un castaño soberbio y orgulloso, imponente, que se levantaba encerrando, en sus profundidades, un tesoro de la Ciencia. No había equivocación para cuando regresaran. Allí estaría esperándoles.

Como si tal cosa, se dirigieron paseando a la casa, donde el resto del grupo, sin sospechar nada, estaban terminando el desayuno.

—Hace una mañana muy bonita, aunque un poco fría —comentó Andrés al llegar, al tiempo que tomaba una tostada de pan con mantequilla.

—El paseo nos abrió el apetito —dijo Elena mientras imitaba a su compañero.

—Hoy tenéis el día libre para pasear, descansar y leer. Mañana nos espera una jornada dura —avanzó Miguel Ángel, el guía, que no perdía oportunidad de marcar su espacio de director de orquesta.

Ana y Clara, sonrientes, comentaban la excelencia del desayuno. El caminar les abría el apetito y el optimismo.

Afuera, las nubes grises se arremolinaban amenazantes de una lluvia suave y liviana, que refrescaba el ambiente, aunque a esas horas no era necesario, pues el calor no era ni tan siquiera agobiante. Era un día fresco y agradable.

Las dos parejas seguían un poco aisladas del grupo. Educadas, pero en su punto, sin alharacas. José y Patricia, la pareja que iba sola, conversaban con el guía y con los dos hombres mayores. Les estaba gustando el Camino y

mantenían una agradable discusión acerca de las bondades del mismo y de las múltiples ventajas de hacerlo.

—Creo que diez días es poco para impregnarse del espíritu del Camino —comentó Patricia, al tiempo que extendía con sumo cuidado la mantequilla sobre la tostada. En esta actividad había conseguido cotas de perfección muy altas.

—Pues si nos gusta, al año que viene lo hacemos de tres semanas. ¿Qué te parece la idea? —repuso José mientras alcanzaba la última tostada de la mesa.

—Tenemos que tomar todas las vacaciones de verano.

—Pues se toman. Es una experiencia inolvidable.

—¿Qué os parece si vamos en grupo a ver el pueblo? La iglesia es muy interesante. Claro que si alguno quiere ir por su cuenta no hay problema. Nos vemos a la hora del almuerzo aquí —señaló Miguel Ángel.

—A nosotras nos parece muy buena idea —contestaron Ana y Clara al unísono.

—Por nosotros está bien también —añadió el resto del grupo.

Sin más preludio, se levantaron como un resorte y se dirigieron a la puerta, con los chubasqueros, ya que en ese momento comenzaba a lloviznar.

—Que nadie se olvide de los impermeables. El paseo estará pasado por agua —masculló Miguel Ángel.

Andrés y Elena ya no se acordaban de los libros y de la experiencia que habían tenido a primera hora de la mañana. El enterrar el tesoro —para ellos eso era en realidad— había sido una buena idea, ya que se encontraban libres, para caminar y compartir con el resto del grupo, sin levantar sospechas ni tener que estar todo el rato vigilando las pertenencias. Estaban seguros de que nadie les había visto, a primera hora de la mañana, caminar entre los matorrales y alejarse en dirección quién sabe dónde.

—A mí me parece un tipo extraño este guía que nos hemos agenciado —dijo Elena, siempre tan suspicaz y observadora.

—Un pelín raro sí que parece, pero nada más.

—Obsérvale con detenimiento y verás que tengo razón. Hay algo en su manera de comportarse que no es normal y que encierra segundas motivaciones para hacer las cosas.

—Me parece, Elena, que exageras un poco.

—Llevo observándole dos días. Ten en cuenta que yo he estado en contacto con él más tiempo que tú, ya que vinimos en grupo desde Valladolid y tú te

incorporaste hace dos noches. Llegaste a la cena y prácticamente no has tenido tiempo de conocerle. No hablaste con él ni dos palabras seguidas. Yo, en cambio, he mantenido una larga conversación.

—En eso tienes razón. La experiencia siempre es un grado y en este caso la experiencia es el conocimiento y tú conoces más que yo.

—Chico, ¿siempre eres tan filosófico? —contestó con una dosis de guasa.

—Es la realidad. No hay nada que decir sobre ello. De todas maneras le observaré para ver si tienes razón. En el poco tiempo que nos conocemos, he podido constatar que eres muy observadora y eso me pone en guardia.

—Estate tranquilo, utilizo la observación sólo en ciertos casos y no con todas las personas. De momento, puedes bajar la guardia, no utilizaré mis cualidades contigo.

El paseo fue comentado muy favorablemente y a gusto de todos. El sendero, que salía de la casa, llevaba directamente a la plaza del pueblo donde se encontraba la iglesia.

—¿Te das cuenta de la buena construcción de antes? —comentó Andrés a Ana que se acercaba en ese momento.

—Esto ya no se hace. Antes era como una búsqueda de la excelencia, del trabajo bien hecho. Ahora es pasar y cuanto antes mucho mejor. No hay esa ilusión por las cosas y por lo bien realizado —repuso Ana, que no apartaba los ojos de los muros de la iglesia.

—¿Cómo se llama? —preguntó Elena.

—Es la iglesia de San Juan, aunque también se la conoce como iglesia de San Nicolás. Es una mezcla de iglesia fortaleza que se construyó entre el siglo Xll y Xlll en la orilla del río Miño —apuntó Clara, dando muestras de su cultura.

—¿A orillas del río Miño?

—En efecto, inicialmente se construyó ahí pero creo que fue en 1962, con la construcción del embalse de Belesar, cuando se trasladó a este emplazamiento —contestó Clara.

—¿De qué estilo es? —preguntó Elena, para quien el arte no era su fuerte.

—Es un estilo románico de una sola nave de cinco tramos, con un gran rosetón que da luz al templo. Bajo el mismo está la típica puerta de entrada. Como podéis ver es al más puro estilo románico. Fijaos bien en las almenas que dan el aspecto de fortaleza —continuó Clara con la explicación.

—Una pregunta ¿esto lo sabías o te lo has estudiado? —cortó Andrés, extrañado por tanta abundancia de conocimiento.

—Soy Licenciada en Arte y el románico es mi especialidad. No obstante, antes de venir al camino he repasado algunas cosas. Conviene refrescar los conocimientos.

—Pues nos ha encantado la explicación —contestó Elena.

—Vamos adentro y veremos las pinturas murales y los retablos. Son de una gran riqueza.

El grupo iba arracimado alrededor de Clara, oyendo sus explicaciones, mientras oteaban de arriba abajo el exterior y el interior de la iglesia. Todos estaban encantados y querían conocer más sobre la historia. Al salir del templo se dirigieron a la plaza.

—No sé si sabéis que este pueblo se desarrolló a ambos lados del puente construido por los romanos en el siglo XII. Es ruta obligada de los peregrinos ya que es el único lugar por el que se puede cruzar el río Miño. Originalmente había un pueblo en cada margen del río, el de San Pedro en la margen izquierda y el de San Juan en la derecha. En ambas márgenes se establecieron las órdenes de Santiago: la Orden del Templo, en la izquierda y la Orden de San Juan de Jerusalén en la derecha. De ahí el carácter guerrero de la iglesia fortaleza de San Nicolás que se ve desde la distancia.

—Muy interesante esta explicación. Por lo tanto el puente de los romanos sirvió para que en la Edad Media hubiera división entre ambas márgenes y el desarrollo de las respectivas órdenes marcó importantes diferencias —comentó Elena asombrada de tantos conocimientos históricos y artísticos.

—No sé dónde he leído que el puente fue destruido —preguntó Andrés, que seguía estas explicaciones con atenta mirada.

—En efecto, doña Urraca lo mandó destruir en el siglo XII al huir de su marido Alfonso l el Batallador, pero Pedro el Peregrino lo reconstruyó de nuevo y formó la Encomienda de la Orden de San Juan y mandó edificar el hospital de peregrinos. El año 1801 una riada se lo llevó por delante lo que significó que los ganaderos, cada vez que querían acudir a la feria de ganado, tenían que atravesar el río mediante barcazas. Treinta años después se construyó uno nuevo, que en la actualidad está sumergido bajo las aguas. El que habéis visto es otro.

—No sé qué hubiéramos hecho sin ti en este viaje. Eres un libro abierto —señaló Elena.

—Un libro abierto es un cerebro que habla; cerrado, un amigo que espera; olvidado, un alma que perdona; destruido, un corazón que llora...

—interrumpió Clara, con la humildad que siempre le había caracterizado, la explicación histórica artística que había realizado.

—En este camino podemos tener todas estas sensaciones y reflexiones, hablar, esperar, perdonar y por qué no decirlo, llorar —terminó Elena.

El resto del grupo estaba extasiado ante tantos conocimientos, tantos pensamientos reflexivos y tanta vida acumulada en un instante.

—Esto es el Camino —se atrevió a concluir Andrés, con una sonrisa y una mirada de complicidad a Elena.

Con tanto paseo y explicación el tiempo avanzaba y era necesario repostar fuerzas y para ello nada mejor que un buen aperitivo. En las calles aledañas a la plaza había varias terrazas. El grupo aprovechó que el sol empezaba a salir para sentarse en una de ellas. Unas buenas cervezas y unas raciones de pulpo cerraron la mañana cultural.

Andrés, mientras tanto, observaba al guía, sin perder detalle, para ver si Elena tenía razón. Y aunque no había visto nada especial, todo el conjunto le llevaba a pensar que algo no funcionaba de manera normal. Estando en estas disquisiciones, se oyó la voz de mando que informaba que la hora del almuerzo había llegado y éste no podía esperar.

El grupo se dirigió a la casa y almorzaron con buen apetito. Parecía que las dos parejas se abrían ahora un poco más, pues hasta este momento habían permanecido un poco distantes. Al terminar el almuerzo el grupo ya era algo más compacto que cuando salieron; las confidencias parecían ser más explícitas y sinceras. Las normas de educación de Sarria daban paso a una mayor complicidad entre todos.

—Ahora tenéis tiempo libre hasta la cena. Una sugerencia es que descanséis un poco y a media tarde dar un paseo cada uno por su cuenta; y o bien nos vemos en la terraza donde estuvimos antes o bien nos vemos en la cena. No quiero que nos acostemos tarde ya que mañana nos espera un largo camino y tendremos que madrugar —argumentó Miguel Ángel al tiempo que hacía lo propio y subía a su habitación.

Andrés y Elena subieron las escaleras y al llegar a la puerta de la habitación Andrés le ofreció a Elena comentar el secreto que ambos compartían.

—Pasa a mi habitación. Podrás descansar en ella mientras comentamos qué es lo que vamos a hacer —se ofreció Andrés.

Elena dudó un instante, pero no necesitó más de cinco segundos, ya que enseguida aceptó la invitación. Había una sola cama, pero lo suficiente ancha para que no hubiera ninguna tentación. Además, no sabía nada de ese chico, y

aunque le llamaba la atención, era muy temprano para tomar en consideración ninguna cosa. Todo a su tiempo. Y este no era ese momento ni, por supuesto, el lugar.

—Te invité a que entraras para estar un rato a solas y conversar —lanzó Andrés de sopetón la explicación con el fin de aclarar cualquier malentendido.

—Por supuesto, no pensaba que iba a ser con ninguna otra intención.

—Es que me he pasado toda la mañana dándole vueltas al guía y creo que tienes razón, es bastante extraño, aunque no te puedo precisar el porqué. Quería decírtelo en privado.

—Me di cuenta enseguida.

—No sé si lo observaste pero se pasó toda la mañana espiándote. Podría decir mirándote, pero creo que el término más adecuado es espiar. No sé si sospecha algo y está tratando de dilucidar los entresijos de su recelo. No lo tiene nada claro y por eso te mira y te mira, para ver si te encuentra en algún renuncio.

—Me pareció un poco impertinente con sus miradas, pero no le di mayor importancia.

—Pues a mí me da la impresión de que te conociera o de que le hubieran hablado de ti. Eran unas miradas especiales. Unas miradas que te cortaban la piel con un bisturí, en una palabra, que trataban de desnudarte, pero no con lascivia, sino con idea de entrar en tu pensamiento y saber qué es lo que estabas tramando.

—Pues me dejas muy tranquila con tu comentario. Espero que no me pierdas de vista por si necesito que me ayudes en algún momento —añadió temblorosa Elena de tan solo pensar en lo que le podía pasar.

Andrés, al ver lo compungida que estaba su amiga, se levantó y acercándose lentamente le dio un beso en la mejilla.

—No te preocupes de nada, aquí estoy yo.

Elena, emocionada, le devolvió un beso rápido, pero esta vez en los labios. Andrés se quedó extasiado y sólo acertó a repetir «no te preocupes por nada, aquí estoy yo».

Estaban cansados, por lo que durmieron un par de horas. Al despertar ambos se miraron sonriendo.

—¿Te has dado cuenta de que hemos dormido juntos? —dijo Andrés.

—Pues sí, ya me había dado cuenta —dijo Elena poniendo una nota de perspicacia en la conversación.

—¿Has descansado?

—Un poco, aunque he pensado mucho en el descubrimiento. Llevaba muchos años con este secreto y, ahora, de pronto, lo comparto con una persona que ni siquiera conozco y además, por más señas, estoy en la cama con él. Bueno, dicho esto en un sentido figurado.

—De figurado nada, es una realidad. Otra cosa es que no hayamos hecho nada, pero en la cama sí que estás. Eso es incontrovertible —sentenció Andrés.

—Creo que liberarte de este secreto para poder transmitirlo a otra persona es bueno.

—Voy a mi habitación a darme una ducha y si quieres nos vemos abajo en media hora para dar un paseo.

—Me parece muy bien. Yo haré otro tanto. Mira que no haya nadie en el pasillo. Mejor lo haré yo y te digo cuándo puedes salir.

Elena salió despacio, con disimulo, y en un abrir y cerrar de ojos ya estaba en su habitación. Andrés pensaba, mientras tanto, en todo lo que le había ocurrido desde que salió de Madrid. Necesitaba también una buena ducha y dejar a su pensamiento volar.

4

La situación no dejaba de ser curiosa. Andrés había ido a realizar un camino con los únicos objetivos de la reflexión, el intimismo místico de lo religioso y el conocimiento personal de algo que hasta este momento no se había planteado y, de pronto, todo su esquema cambia y se transforma en algo más de lo que en un principio imaginó. Estaba encontrando en el poco camino realizado un destello de quimera, de imaginación, que unido al misticismo, daban a la experiencia una tonalidad diferente.

Inmerso en estos pensamientos unos golpes en la puerta le distrajeron de los mismos.

—¿Estás preparado?

Era Elena que venía a buscarle para ir a dar un paseo y a cenar. Porto Marín era muy pequeño y la plaza donde se encontraba la iglesia de San Nicolás tan recoleta que nada más sentarse, en una de las cafeterías de la misma, se encontraron con varios del grupo.

—Sentaos con nosotros —dijo Andrés, que no quería dar la impresión de ser individualista. Ante todo su idea era no llamar la atención. Eran un grupo y debían actuar como tal.

—Encantadas —dijeron Ana y Clara al unísono, mientras el camarero les acercaba unas sillas.

Al poco, llegaron el resto y el círculo se amplió con la presencia de Juan y Luís y de José y Patricia, que no habían dejado de hacerse carantoñas desde que salieron de Sarria. Las otras parejas estaban ya sentadas en la cafetería contigua.

—¿Dónde está el guía? —se atrevió a preguntar Ana.

—Nos dijo, en Sarria, que a partir de la hora de la comida su tiempo era libre y hacía su vida. Que no debíamos contar con él para nada —contestó Juan.

—Pues peor para él —añadió Ana, a quien el guía no le caía muy bien.

—Si os parece pedimos unos aperitivos y unas cervezas, ya que conviene que nos acostemos pronto. Dijo el guía que mañana debemos estar en la puerta del albergue a las siete en punto, listos para el desayuno —comentó Elena.

No habían pasado más de quince minutos cuando en la mesa estaban en sendos platos varias raciones de queso manchego, bien curado, repitió Andrés varias veces, otras de queso de la región, salchichón, chorizo y pulpo.

—La verdad es que el queso está de cine —advirtió Clara, que hasta este momento había permanecido callada, dada su natural timidez.

—Pues a mí me gusta el queso de esta zona —dijo Patricia, mirando con arrobo a su novio.

—Es que tu novio está como un queso —contestó Clara, cuya gracia rieron todos.

Elena y Andrés se encontraban a gusto con el grupo, pues sus temores habían desaparecido.

La tarde era fresca; la primavera comenzaba a nacer, pero faltaba mucho para que estuviera en todo su esplendor. En la mañana, el sol rompía con fuerza, de cuando en cuando, contra los muros de la iglesia, pero en la tarde, en especial al anochecer, se levantaba un suave viento que, al amparo de la lluvia, azotaba los cuerpos maltrechos de los peregrinos. Era necesario ponerse a cubierto, como estaban ahora ellos, bajos los soportales de la plaza, abrigados por las enormes columnas, observando las piedras de la iglesia que se mostraban en toda su soberbia y antigüedad. Esa noche descansaron a pierna suelta. El Camino les liberaba de complejos y ataduras y se sentían más libres.

Al día siguiente todo el grupo estaba reunido alrededor de unas tazas de café y unas tostadas de pan con mantequilla. Miguel Ángel, el guía, explicaba el recorrido de una manera monótona y sin poner el alma en ello. ¡Tantas veces lo había explicado!

—Hay que cruzar el río —decía con voz callada— y a partir del momento en que crucéis una pasarela metálica, ascenderéis por la falda del monte de San Antonio durante al menos un kilómetro, para después llanear entre prados y pinares. Más adelante seguiréis paralelo a la carretera hasta que la crucéis a la altura de una fábrica de ladrillos. En el camino veréis un hórreo en piedra y madera decorado con un rosetón y rematado en un pináculo y una cruz.

—¿Viene ya el bocadillo? —preguntó Ana, siempre tan prosaica, que parecía que a todas horas tenía hambre.

—Todavía no. Es necesario llegar a la parroquia de Gonzar y ver la iglesia de Santa María. Allí está el bar donde descansaremos. Estaré en unas tres horas por si alguien necesita algo. La segunda parte del camino os la explicaré mientras tomamos el bocadillo —dijo mirando a Ana.

Con esta pequeña explicación, el grupo se puso en marcha y al poco rato ya estaba deshilachado. Lo que comenzó compacto, pronto se deshizo en varios pequeños grupos. Cada uno a su ritmo, era la voz del guía que remataba cada una de sus explicaciones.

—¿Cómo te encuentras esta mañana? —preguntaba Elena a Andrés.

—Como una rosa recién aflorada. Ya sabes cómo nace la rosa, con su colorido y belleza, recién bañada por el rocío de la mañana. Pues así me encuentro. Como una rosa —remachó.

—Espero que sin espinas —contestó socarronamente.

—Sólo las necesarias y convenientes —precisó Andrés, para quien las ironías eran la clave de su conversación—, aunque no creo que las tenga que necesitar para ti.

—Pues en ese caso espero no las utilices.

—Lo que yo espero entonces es que no lo requieras.

Una conversación con tanto golpe directo, por otro lado sin ánimo de hacer daño, era lo menos conveniente para la subida que estaban realizando. Afortunadamente, con este ir y venir, el repecho se hizo más suave de que lo que prometía, por lo que en poco tiempo ya estaban en el llano entre los verdes prados.

—Esta parte es preciosa, me recuerda a mi casa del norte —dijo Andrés, mientras disimuladamente le pasaba el brazo sobre el hombro.

Eran los últimos del grupo, por lo que no había temor de que fueran observados. Elena reaccionó a este gesto de afecto, aceptándolo y posando suavemente su cabeza. El gesto no duró más de unos segundos, el suficiente para demostrar la complicidad que ambos estaban desarrollando. No sabían si era el secreto que compartían o el *feeling* que habían tenido.

—Buen camino —se oyó a sus espaldas. Un grupo de estudiantes les alcanzó y les pasó a un ritmo rápido.

—Buen camino —contestaron ambos. Era la contraseña del Camino; el deseo de los peregrinos. El objetivo de todos, llegar y llegar de la mejor manera.

Elena y Andrés lo llevaban bien. De vez en cuando paraban su ritmo, se miraban, sonreían, se echaban sus miradas pícaras y continuaban. Era un descanso sustancioso.

Una necesidad imperiosa de decirle al otro: aquí estoy yo junto a ti, aquí estamos los dos juntos, aquí compartimos nuestro deseo y nuestro secreto. Algo necesario en esos verdes valles, en los pinares antiguos, en las piedras medievales, en las pequeñas iglesias románicas que regaban el camino. De esta manera el recorrido presentaba otro proyecto bien diferente al que se habían marcado en el principio.

—Tengo como desdibujada la imagen de mi vida antes de llegar aquí —apuntó Andrés mientras con el bastón daba un golpe seco a una rama del sendero por el que caminaban.

—A mí me está sucediendo lo mismo.

—Es algo intangible, pero a la vez fuerte. Parece como si mi vida anterior no hubiera existido hasta que he llegado a este lugar.

—¿No será que el camino nos está trastornando?

—Quién sabe, pero es extraño lo que me sucede. Yo que soy profesor de literatura y estudio los textos bajo el prisma de la cultura de la época, en este momento no me siento capaz de precisar y encuadrar adecuadamente las dos épocas a las que nos enfrentamos, la medieval y la actual.

—Yo me dedico a la informática, era la secretaria del director de una empresa dedicada a esta actividad y tampoco sabría explicar lo que está pasando.

—Tendremos que dejar que el tiempo nos haga reposar nuestros pensamientos. Cada momento tiene su afán y quizás el afán del camino todavía no ha llegado.

—Fíjate en un detalle. Yo estoy aquí por unas razones que ya te expliqué, aunque tuve también la motivación importante y fundamental de mi abuelo: cumplir sus deseos. Por pura casualidad tú y yo entablamos contacto. Podría ser algún otro del grupo y sin embargo….

—Sin embargo qué.

—Sin embargo eres tú el que estás junto a mí, el que me besaste ayer, el que…

—¿Quieres terminar las frases de una vez?

—Es que me cohíbes. Quería decir el que me gusta.

—Bueno, en cuanto a los besos no quiero recordarte que tú también me besaste, y por cierto, de una manera más íntima que yo.

Estaban bajo un gran castaño en el borde del sendero. No había nadie en derredor, por lo que Andrés se atrevió a iniciar un conato de beso que fue respondido por Elena de una manera generosa y extendida en el tiempo.

El camino empezaba a dar su fruto. El intimismo, el encuentro, la reflexión y la mística iban componiendo la red, la maraña en la que todos se enredaban alguna vez. Habían construido las cuatro patas de la mesa, en tan sólo los tres primeros días, y en ella estaba puesta su vida y sus temores. El tiempo diría si había sido un buen aprendizaje.

En el trayecto a Palais de Rei aún tuvieron oportunidad de cruzar la carretera un par de veces más hasta llegar a Hospital da Cruz, una aldea de la parroquia de San Mamede de O Río, que correspondía a Portomarín. Dejando a un lado la aldea de Previsa se llegaba al Pazo y la capilla de San Marcos. Al llegar al crucero de Lameiros, que data de 1670, Andrés no pudo por menos que quedarse unos minutos admirando semejante obra.

—Es una maravilla —exclamó con una voz llena de embeleso.

—Ya lo creo —acertó a decir Elena marcando un cierto deleite en sus palabras acompañadas por una mirada extasiada en el tiempo.

—He leído que pronto llegaremos a Ligonde y allí está la cruz que marca el cementerio de peregrinos. Allí veremos la Casa de Carneiro, donde estuvo como huésped Carlos V en 1520 cuando viajaba para ser coronado emperador. También estuvo en ella Felipe ll en mayo de 1554, camino de La Coruña, para casarse con María Tudor.

—Veo que te sale la vena histórico-literaria —dijo Elena con un atisbo de arrobo.

—Antes de venir al camino estudié algunas cosas. Siempre es más interesante si sabes por dónde andas.

—Y lo que hicieron otros antes que tú —cortó Elena.

—Sin embargo, habrás de reconocer que nadie tuvo la experiencia que hemos tenido.

—¿A cuál te refieres?

—No pensarás que a los besos —remarcó con ironía Andrés—. Supongo que algún peregrino antes que nosotros también gozó de esta experiencia.

—Imaginaba tu respuesta —contestó lacónicamente Elena.

—Mira —dijo Andrés señalando un grupo que estaba sentado en un bar del camino—. Son los nuestros que ya han llegado al bocadillo, y parece que tienen hambre.

—¿Dónde andabais que llevamos media hora esperando? —dijeron al unísono.

—Viendo las aldeas y las iglesias del camino. Merecen la pena. Vosotros os las estáis perdiendo.

Andrés entró en el bar y pidió dos bocadillos de jamón con pan recién horneado, traído de una tahona donde a diario, en especial estos días de tantos peregrinos, amasaban y preparaban los panecillos que eran la delicia de los caminantes. Como postre final, un par de plátanos invitaban con fuerzas

renovadas a terminar la etapa. Habían cubierto la mitad de la distancia que debían recorrer en el día.

—Parece que el sol calienta y que no lloverá en el resto del camino —aseveró Ana, que ya había dado buena cuenta de su bocadillo.

—Yo no tengo nada de frío. Tampoco calor, creo que el día es perfecto para caminar —comentó Juan, desde la mesa contigua.

—¿Qué tiempo queda para llegar al albergue? —preguntó Luis, dirigiéndose al guía, que, como siempre marcaba las distancias.

—Depende.

—¿Depende de qué? —insistió.

—De la velocidad que os impongáis. Al ritmo de esta mañana, os quedan unas tres horas más.

—En ese caso unos 10 kilómetros ¿no es así? —cortó Clara que siempre, haciendo honor a su nombre, gustaba tener las cosas claras.

—Pues así es. Si nadie viene en el coche, nos vemos en el albergue a comer. Estaré encargando los menús hacia las tres-tres y media. Creo que para esa hora ya habréis llegado todos.

—De acuerdo —dijo Andrés, al tiempo que se levantaba e iniciaba la marcha con nuevas fuerzas.

El grupo comenzó su andadura, dividiéndose en varias partes, cada una a su distinto ritmo. Cruzando un puente sobre el río Airexe y dejando a un lado la iglesia de Santiago se llega a la aldea de Portos, perteneciente al concello de Palais de Rei. Por el camino se atraviesan varias aldeas como Os Valos, A Mamurria, A Brea, O Rosario para llegar después de varios kilómetros a Palais de Rei, donde se entra a través de la rúa do Cruceiro, visitando la iglesia de San Tirso, muy cercana al albergue, donde el guía esperaba con los platos calientes. Era el menú del peregrino, que alimentaba los cuerpos.

El olor de la sopa y la reflexión se unieron en una mezcla de cuerpo y alma que alimentaba ambos, haciendo que un grupo heterogéneo coincidiera en un punto y en un momento exacto. El camino estaba cumpliendo su función. Estos pequeños detalles no pasaron por alto para Andrés y Elena, que observaban todo, siempre con un espíritu más crítico que los demás. Su visión era distinta y no sólo por el descubrimiento de los códices sino por tener, ante ellos, una mezcla de épocas donde se enfrentaban las historias de hacía varios cientos de años. Eso era lo verdaderamente estimulante, conocer cómo se desarrollaron los acontecimientos en aquellos tiempos y trasladarlos al momento actual. No era

nada ineluctable, la respuesta estaba ante ellos, sólo tenían que comprenderla. Andrés y Elena estaban dispuestos a ello y en cada paso que daban, en cada mirada y en cada pequeña observación, trataban de vislumbrar una contestación a sus dudas y, por qué no decirlo, a sus temores. Antes de llegar a Santiago querían tener la aclaración y eso, en el momento actual, en el estado en que se encontraban sus averiguaciones era muy difícil.

5

Corría el año 1100 cuando en la ciudad de Albi, Pedro de Bruys, viajero infatigable durante más de veinte años por las comarcas del Languedoc, Gasconia y Provenza, fundó una corriente religiosa cuyos miembros escribieron grandes páginas de la historia y que se escindió del catolicismo clásico de la época. Multitudes de personas le acompañaban, asistiendo a sus sermones en los que denunciaba la utilización de imágenes —especialmente de la Cruz—, la veneración de María, los sacramentos y el bautismo. Nunca reconoció la autoridad de la iglesia por lo que fue quemado públicamente en la plaza de Saint Gilles el año 1116.

El movimiento al que dio lugar fue el de los cátaros, palabra griega que significa «puro» y deriva del griego *Katharoi*, hombres buenos, basado en el componente maniqueo de la ambivalencia entre el bien y el mal. Esta doctrina fue desarrollada por Mani, profeta persa, que acuñó las doctrinas de Zoroastro, Buda y Jesús en la idea de que el mal tenía la misma fuerza que el bien, por lo que nunca debía ser menospreciado. La creación del mundo se debía a un ángel llamado Satán.

El universo espiritual emana del dios del Bien y el corpóreo del dios del Mal. De esta manera el hombre está creado por el dios del Bien, pero posteriormente es uncido por el dios del Mal. Los pertenecientes a estos movimientos, que abarcaron en un principio a grandes sectores de la población, fueron reconocidos con los nombres de bogomiles, cátaros y valdenses, que no eran nada más que diferentes nombres a hermanos idénticos. Este movimiento se extendió por el centro de Europa, dando lugar a un grupo herético enfrentado a la iglesia convencional de Roma, por lo que fueron quemados y martirizados con el único objetivo de que abjuraran de sus creencias. La idea de hacerse *perfectos* pasaba por vender sus propiedades y dedicarse a la obra, pero no siempre era así, pues algunos seguían manteniendo sus haciendas y pertenencias.

Nunca reconocieron la autoridad de los Reyes, de los Obispos y del Papa, por lo que se enfrentaron con los curas del Languedoc y por lo tanto se convirtieron en los enemigos de la Iglesia Romana, siendo por ello perseguidos por esta, siempre ayudada por los Reyes.

A la muerte de Pedro de Bruys, Enrique de Cluny, monje y diácono, tomó la bandera del grupo y merced a su capacidad oratoria extendió su magisterio religioso, siendo como una llama que incendió parte de Francia, en especial el sur y el mediodía. Los representantes de la iglesia convencional estaban horrorizados y temerosos ante este movimiento. Sin embargo, una persona de carácter místico, Bernardo de Clarvaux, intentó detener la extensión de la herejía. Finalmente, Enrique fue apresado y sentenciado a muerte en la ciudad de Toulouse. El Papa Inocencio III decidió acabar completamente con los herejes para lo que solicitó el apoyo de los señores del sur de Francia.

La cruzada contra los albigenses fue liderada por Simón de Monfort. Los pueblos del sur fueron devastados y destruidos y sus habitantes muertos, en su mayor parte en las hogueras. Todo quedó cubierto de cenizas y odio. A la solicitud por parte del conde Rogelio de piedad para las mujeres y los niños, Simón dio como respuesta matar a todos, ya que Dios reconocería a los suyos. Durante más de veinte años todos los pueblos donde había proliferado el catarismo fueron destruidos. El Concilio de Tolouse completó la destrucción con la creación de la Inquisición, movimiento de fanatismo religioso que se extendió por toda Europa y llegó a España, destrozando todo lo que se ponía ante ellos.

Con el asesinato, en el año 1208, de Pedro de Castelnou, representante pontificio, Inocencio III decidió utilizar la violencia contra los cátaros y emprendió las cruzadas que dieron lugar a su destrucción y casi desaparición. De esta manera la monarquía francesa del norte de Francia ocupó los terrenos del sur. La Inquisición acabó, pocos años después, con la obra de estos grupos que renunciaban a la vida material, al fasto y a la suntuosidad de las fiestas, viviendo una verdadera fraternidad espiritual.

Mientras Pedro de Bruys y Enrique de Cluny se dedicaban a la obra de los cátaros, allá lejos, en la antigua Jerusalén, en el año 1118 se fundó la Orden del Temple o de los caballeros Templarios, también conocida como la Orden de los Pobres Caballeros de Cristo. Su fundador, Hugo de Payens, después de la primera Cruzada se marcó como objetivo la protección de los cristianos que peregrinaban a Tierra Santa. Pocos años después esta Orden fue aprobada por Roma, con lo que la Orden del Templo creció rápidamente extendiéndose por el mundo civilizado. Todos ellos se distinguían por vestir una capa blanca con una cruz roja. Dentro de la Orden había un grupo que no luchaba y que sólo se ocupaba de desarrollar la estructura económica, lo que fue un gran éxito ya que cultivaban terrenos, abrían nuevas vías de comunicación, reducían el pago de los impuestos y protegían a comerciantes y peregrinos en sus caminos y

movimientos. Su economía era tan poderosa que en algunos casos llegaron a financiar la construcción de grandes edificios, góticos en su mayor parte. En su desarrollo económico llegaron a utilizar la letra de cambio y diferentes transacciones. En el Camino de Santiago se ocuparon de ser los guardianes de las peregrinaciones, fomentando la construcción de santuarios e iglesias.

Sin embargo, el secretismo con que era llevada la Orden, las ceremonias de iniciación y la gran pujanza financiera, crearon una gran desconfianza en la Corona Francesa, por lo que Felipe IV de Francia presionó al Papa Clemente V para que tomara medidas con las que pudieran controlar la Orden. En el año 1307, un gran número de templarios fueron arrestados e inducidos a confesar bajo amenaza de tortura, infligiéndoles grandes martirios que finalizaron en su mayor parte en la hoguera. No obstante, y a pesar de ello, siguieron con sus objetivos, manteniendo el control y defensa de las peregrinaciones tanto de Jerusalén, como de Roma y Santiago.

En cierto momento llegaron a poseer una autonomía real frente al poder de los Obispos, estando sólo sujetos a la autoridad papal, permitiéndoles tener sus propios capellanes y sacerdotes, recaudar bienes y dinero, así como ciertos derechos sobre las conquistas en Tierra Santa. En el momento en que estas reglas fueron aprobadas, el número de templarios aumentó ostensiblemente y se extendieron por tierras de Francia, Alemania, Reino Unido, España y Portugal. En la Corona de Aragón tuvieron mucha responsabilidad ya que el conde de Barcelona Ramón Berenguer III entró en la Orden y el rey Alfonso I de Aragón cede su reino a los templarios, a los hospitalarios y a la Orden del Santo Sepulcro. Más tarde, Ramón Berenguer IV, conde de Barcelona, llegó a un acuerdo con ellos para que colaboraran en la Reconquista y a cambio recibieron diferentes donaciones como castillos, tierras y dinero en metálico. En Castilla se desarrollaron en Hervás, una población del Señorío de Béjar; en Portugal tiene un gran predicamento con la condesa Teresa de León y en el Reino Unido Ricardo Corazón de León, a la sazón Ricardo I de Inglaterra, fue un benefactor de la Orden y a su fallecimiento fue enterrado con el hábito de la Orden.

Finalmente, el último Gran Maestre fue fray Jacques de Molay, el cual se negó a fusionar las órdenes militares bajo el Rey Felipe IV de Francia, el Hermoso. Éste supo presionar al Papa Clemente V para que iniciase un proceso contra la Orden bajo la acusación de sacrilegio a la Cruz, herejía, sodomía y adoración a ídolos paganos. Con la ayuda de Guillermo de Nogaret, canciller del reino, se perpetuó la desaparición de la Orden. Felipe despachó diferentes correos a distintas ciudades de Europa con la misión de abrir el sobre el día

anterior al viernes 13 de octubre de 1307, ordenando la detención conjunta de todos los templarios. Se les conminó a arrepentirse de la Orden, se les martirizó y finalmente fueron condenados a morir en la hoguera. Aunque el Papa no estuvo totalmente convencido de la culpabilidad de la Orden del Templo y no creyó las denuncias de herejía de las que se les acusaba, fueron todos condenados a muerte. La debilidad del Papa frente al Rey Felipe IV de Francia le llevó a dictar la siguiente bula *Ad Providam* que aún en estos días no ha sido derogada.

"... Hace poco, Nos, hemos suprimido definitivamente y perpetuamente la Orden de la Caballería del Templo de Jerusalén a causa de los abominables, incluso impronunciables, hechos de su Maestre, hermanos y otras personas de la Orden en todas partes del mundo... Con la aprobación del sacro Concilio, Nos, abolimos la constitución de la Orden, su hábito y nombre, no sin amargura en el corazón. Nos, hicimos esto no mediante sentencia definitiva, pues esto sería ilegal en conformidad con las inquisiciones y procesos seguidos, sino mediante orden o provisión apostólica".

Tanto los cátaros como los templarios acabaron de una manera abrupta en la hoguera, martirizados por oponerse en gran medida al poder de Roma y de la monarquía francesa en especial. La Inquisición, que incendió Europa, acabó con estos grupos de órdenes y sectas religiosas, que fueron tildadas de heréticas, pero tras las cuales la apología de los principios católicos dejó paso en gran medida a la heterodoxia religiosa. Ambos grupos cruzaron sus destinos en muchos lugares y en distintos periodos. Ciudades, caminos, villas y aldeas tuvieron como habitantes a grupos escindidos, que o bien huían o bien trataban de rehacer sus vidas en otros lugares más tranquilos a sus intereses.

De Jerusalén vino en el año 1205 una familia de templarios, en la que el padre y los dos hijos defendían los valores de la Orden creada por Hugo de Payens. Tardaron varios meses en llegar a Carcassonne[1], una ciudad del Midi francés, y se asentaron en ella. La fortificación creada estratégicamente por los romanos alentó el desarrollo de la ciudad como centro administrativo. Los sarracenos y los visigodos la ocuparon y construyeron más fortificaciones y, en estos años, el prestigio hacía florecer un enriquecimiento de la región que era envidiado por las ciudades próximas.

[1] Carcassona en Occitano

La familia formada por Godofredo de Montpetit, su esposa Acalais y sus hijos Archembaud, Jacques y Juana se desmarcaron del grupo principal y también de las Cruzadas, entendiendo que su misión no era en exclusiva la defensa del catolicismo y la protección de los Santos Lugares, y desde la ciudad de Jerusalén iniciaron un viaje sin retorno a la ciudad de Carcassona. Después de tantos años de batallas en Tierra Santa, ahora podían dedicar sus esfuerzos a la vida administrativa y financiera de la Orden. Ocupándose en estas actividades, pensaron con buen criterio, también se podía pertenecer a la misma. Por lo tanto decidieron instalarse en esta localidad y, amparados por la fortificación de la ciudad, construyeron su nueva vida, lejos del mundillo del mercadeo, y de los cotilleos de las gentes, que florecían siempre que venían familias nuevas desde tierras lejanas. Así, al albur de la prudencia y sencillez, huyeron de posiciones donde se pudiera ver la soberbia de la pertenencia a la Orden. Esta era la vida que habían decidido llevar a cabo en el futuro.

Godofredo y sus hijos compraron un pequeño terreno, cercano a la casa que ellos mismos construyeron, que les diera la posibilidad de sembrar algunas cosas cuya cosecha les alimentara. Debido a sus conocimientos económicos y administrativos, decidieron participar en el asesoramiento de sus vecinos, por lo que montaron un pequeño negocio basado en la compra y venta de terrenos, materiales y casas. Con el dinero obtenido realizaron ciertos préstamos, a un interés más bajo que el que exigían los usureros, lo que les dio pingües beneficios. Al principio las ganancias eran pequeñas, pero poco a poco, con paciencia y honestidad, pudieron amasar una cantidad de dinero nada despreciable, lo que estimulaba la envidia de sus vecinos.

Eran los principios del siglo XIII, una época difícil, donde las guerras y enfermedades, especialmente la peste, diezmaban las poblaciones. La familia Montpetit ya tenía experiencia en estas vicisitudes, por lo que se dedicaron a cultivar, lo mejor que podían, el amor y la sencillez en sus relaciones sociales.

Sin embargo, su paz se ve truncada cuando en el año 1209 el ejército de los cruzados de Simón de Monfort fuerza la rendición de la ciudad y toma como prisionero a Raimundo Roger Trencavel, convirtiendo la ciudad en una frontera entre Francia y la Corona de Aragón. La batalla posterior, en 1213, conocida como batalla de Muret, ganada por Simón de Monfort, marca el preludio de la dominación de la monarquía francesa sobre Occitania. Es en estos años cuando la familia Montpetit decide viajar a España y sentar su nueva residencia en algún otro lugar más tranquilo.

—Recorrer el Camino de Santiago y tratar de encontrar un lugar, en el mismo, no sería una idea desacertada —soltó de improviso Godofredo un día, después de un refrigerio algo más suculento de lo normal.

—Eso está muy lejos y ya no somos unos jovencitos —cortó la esposa, siempre más prudente en sus apreciaciones.

—No temas, mujer, aún tenemos suficientes fuerzas para iniciar una nueva vida, y además debemos pensar en los hijos. Es el futuro de ellos el que nos debe guiar.

—Ya lo hicimos cuando decidimos trasladarnos desde Jerusalén a esta ciudad.

—En efecto, pero como estás viendo las cosas cada vez se están complicando más. Ya no hay tranquilidad en las calles. La rapiña y los asesinatos, para robar lo poco que las gentes llevan en la bolsa, están a la orden del día. No vivimos tranquilos como hace unos años y esta no es la vida que queremos para nuestros hijos —insistió nuevamente.

—En eso estoy de acuerdo, pero es necesario sopesar muy bien los pros y los contras.

—Además hay otro hecho importante. Parece que algunos vecinos sospechan que pertenecemos a la Orden del Temple y sabes tú mejor que yo, que en estos tiempos no está demasiado bien vista. Hay muchos que piensan que somos herejes y los movimientos de la Inquisición, favorecidos desde Roma, están prosperando.

—Siempre ves peligro en todas partes.

—Ahora parece que el temeroso soy yo, cuando siempre lo fuiste tú.

—No es temor, es prudencia lo que debes tener —dijo ella, mientras avivaba el fuego para calentar la sopa.

—Hay un detalle que no te he comentado. Ayer al mediodía en la plaza, unos vecinos comentaban cosas sobre los templarios y, al decirlo, me miraron disimuladamente. Enseguida capté el mensaje ya que la disquisición no pasó a mayores. Pero esto, y algunas cosas más, me hacen sospechar que estamos en el punto de mira de algunos.

Enredado en estas conversaciones entraron los tres hijos y empezaron a participar en la discusión. Ya tenían una edad para ello, pues la hija, que era la menor, tenía a la sazón dieciocho años.

—Yo creo que es una buena idea —apuntó Juana—, pues sin ir más lejos, esta misma mañana asaltaron delante de mis narices a un pobre anciano para

quitarle la bolsa y le dejaron malherido. Yo cada vez tengo más miedo de salir a la calle sola.

—Siempre te dije que no lo hicieras —cortó en seco el padre—; para eso tienes a tus hermanos, que son buenos mozos y te defenderán.

—Si vas con cualquiera de nosotros no tienes problema. Yo me puedo enfrentar a varios hombres —contestó con orgullo Archembaud, al tiempo que marcaba los músculos de una manera presuntuosa.

Su hermano Jacques hizo lo mismo, mientras con un gesto brusco del antebrazo remedaba un golpe a su ficticio rival. Toda la familia rio la gracia del pequeño, al que todos miraban con ojos de ternura, ya que sus apariciones siempre iban seguidas de comentarios jocosos y simpáticos.

—A mí me gustaría comenzar una vida nueva en España; la que tenemos aquí, aunque próspera, no es la mejor para formar nuestra familia futura —dijo Juana bajo la aseveración de sus hermanos, que movían la cabeza en señal de aprobación al comentario.

—Está bien, iniciaremos los preparativos cuanto antes —cortó Godofredo, al ver que su familia estaba aceptando el cambio sin mayores discusiones. Eran una piña y así debían continuar.

—Sin embargo, debemos mantenerlo en secreto. No conviene que nuestros vecinos sepan nada, ni que tan siquiera lo sospechen —añadió Acalais, mientras con un hierro atizaba el fuego, pues en el exterior el frío ya lamía las paredes de la casa.

—Lo primero que habrá que hacer es tratar de reunir el dinero que tenemos disperso y esconderlo para iniciar el viaje dentro de unos días —comentó Godofredo, siempre preocupado por las finanzas familiares.

—Los caminos no son seguros, hay muchos salteadores y ladrones. ¿Qué vamos a hacer con el dinero? —preguntó Acalais, siempre temerosa y prudente.

—Ya lo pensaremos, pero se me ocurre una idea y es hacer el Camino con alguna caravana que se ponga en marcha. No tenemos prisa, por lo que cuando tengamos noticias de algún grupo que se traslade en esa dirección caminaremos con ellos. Iremos a la ciudad que vayan todos, como simples comerciantes, y allí esperaremos otra caravana. De esta manera podremos llegar al lugar que queramos.

—Padre, me parece muy buena idea la que acabas de darnos. Pondremos las antenas en guardia con el fin de conocer quién o quiénes se ponen en marcha —añadió Jacques, que había permanecido, hasta este momento, en silencio.

—Lo más importante es guardar el secreto de nuestro viaje. No podemos comentarlo con nadie. ¿Está claro?

—Clarísimo, padre amado —contestó Juana, al tiempo que se tiraba a su cuello dándole besos—. Nos dará mucha pena dejar esta ciudad, pero luego no nos arrepentiremos. Será para bien, ya lo veréis.

—Pues si estamos todos de acuerdo no hay nada más que hablar hasta el momento en que estemos preparados. Y ahora silencio sobre el tema.

—Las paredes oyen —cortó Jacques riéndose de su comentario.

La cena ya estaba servida, pues mientras esta conversación se desarrollaba, Acalais preparaba el guiso y lo ponía sobre la mesa. El olor, acompañado del calor de la lumbre, se extendía sobre la habitación e incluso llegaba a otras estancias como los dormitorios. Eran días de estofados y guisos calientes, ya que el frío así lo requería.

Poco tiempo después el silencio era la tónica general de la casa. Todos dormían con sus propios sueños. Una nueva vida se les presentaba y aunque con un cierto temor, la alegría era la protagonista de sus ilusiones. Conciliaron el sueño bajo la perspectiva de la dualidad temor-curiosidad. Al tiempo que les embargaba un miedo ante la nueva etapa que se les avecinaba, todos estaban imbuidos por la sensación de desconocer lo que les depararía el futuro.

La noche dio paso al nuevo día, que con sus brumas y fríos acariciaba las paredes y se metía entre sus oquedades y entresijos. El desayuno marcó un momento definitivo. La familia estaba en la idea de iniciar el cambio. Cada miembro sabía lo que tenía que hacer y a esta tarea se iban a dedicar en cuanto traspasaran el umbral de la puerta. Lo más fundamental era no aparentar ningún movimiento que alimentara suspicacias. Era una familia observada en todas sus acciones, por lo que no podían dejar entrever nada que levantara sospecha de algo extraordinario.

Ninguno contó nada de la conversación del día anterior. Todos sabían cuál era su misión y no había necesidad de hacer ningún comentario adicional. Mientras el día de la marcha no tuviera lugar, la vida debería ser lo más natural posible, sin cambios, sin estridencias que llamaran la atención, procurando en todo momento ser como siempre. Ningún paso debería denotar nervios o cambio de actitudes.

6

Jerónimo Münzer se puso en marcha desde su ciudad de Núremberg. Con su hijo Albretch, decidió recorrer España con la finalidad de hacer unas visitas y comprar unos libros para enriquecer su biblioteca. Aquel día del año 1494 formó una pequeña caravana e inició su andadura hacia tierras de Hispania. También tenía la intención de visitar la tumba del apóstol, pero siempre después de viajar a Sevilla, donde le habían hablado de un librero que tenía incunables de gran valor.

El camino hacia España no estaba exento de peligros, por lo que apertrechó la caravana con buenos soldados que la defendieran en caso de que fuera atacada. Tenían que atravesar muchas aldeas y villorrios; los salteadores estaban emboscados en cualquier lugar. Irían con pies de plomo, le dijo a su hijo cuando le explicaba los pormenores del viaje. Era una aventura y, sin embargo no debían verla como tal sino como una encomienda, cultural y religiosa, pues después de los libros visitarían la tumba del apóstol Santiago. De esta manera completaría sus dos valores más importantes, la religión y la cultura. A ambos había dedicado sus mejores años.

Era un día del mes de julio, un día de mucho calor. Según los mapas que poseía tardaría bastantes semanas en llegar a Sevilla. Si las cosas se les daban bien, su cálculo era llegar hacia el mes de Noviembre. Recorrería tierras extrañas, poco conocidas por su grupo, a través de Francia y España, por lo que la preparación del viaje requería tiempo y experiencia. No en balde la tenía, al menos en parte, dada su afición a los viajes. Había realizado varios por Alemania y centro de Europa. Además les acompañaría un guía especializado en ese trayecto.

Era una buena fecha pues calculaba estar en la ciudad un par de semanas, mientras entraba en conversaciones con el librero, tiempo más que suficiente para su propósito. Quería comprar un incunable que le habían comentado que poseía el coleccionista sevillano. Era la *Biblia de 42 líneas* realizada por Johanes Gutenberg. Había muy pocas, todas impresas entre los años 1450 y 1456. Su valor era incalculable y si la conseguía sería una de las mejores piezas de su biblioteca, a la sazón, una de las más reconocidas del mundo occidental, al menos entre lo que se conocía hasta ese momento. Por lo tanto no estaba

dispuesto a que se le escapase. Era como una buena pieza de caza, en la que el cazador va detrás de la presa, paso a paso, lentamente, hasta que se pone a tiro.

Su orgullo era poseer esta biblioteca tan exquisita, no teniendo reparos en gastar su fortuna en adquirir una obra, allá donde se encontrase, y fuera cual fuera su precio. En el monasterio de Ponc de Riba existía una rica biblioteca, fundada por Ramón Berenguer IV, con valiosos códices, bulas papales, cartas de reyes y demás documentos de alto valor.

Las obras, que Jerónimo Münzer quería comprar, servirían para colocar a su biblioteca en el primer lugar, ya que tenía cierta rivalidad con otros mecenas y monasterios de la cultura, aunque estaba claro que él era el primero y con estos libros colocados en el mejor lugar de sus anaqueles se convertiría en el indiscutido humanista y mecenas de la cultura europea. El viaje debería contribuir a ello.

La caravana se puso en marcha aquel día del mes de julio, al alba con las primeras luces, cuando el sol no había hecho su aparición aún. Su idea era, mientras caminaran en la época de verano, iniciar el camino antes de que saliera el sol, descansar en las horas de mayor calor y a la caída de la tarde reiniciar el viaje, andando unas leguas más. Al anochecer, resguardados de los animales y salteadores, descansarían unas horas. Generalmente, al abrigo de un monasterio o abadía, donde otros caballeros de órdenes hospitalarias descansaran también.

Su profesión de médico y los conocimientos adquiridos en la ciudad de Núremberg le hacían, cada vez que recalaba en un monasterio, acudir a la biblioteca a leer libros nuevos sobre medicina y, en particular, sobre las incisiones, un tema que siempre le había obsesionado. Al mismo tiempo, tenía especial cuidado en adquirir otros conocimientos herbolarios como los emplastos de piedra pómez, azufre y alumbre empleados en los procesos que cursaban con exudación. El opio, la pimienta, la mirra y el castóreo también centraban su curiosidad.

De esta manera, pensaba que para el mes de noviembre estarían entrando en la ciudad de Sevilla. Allí le aguardaban unos amigos que le pondrían en contacto con el librero. Lo que sucediera a partir de ese momento ya era cosa suya pues, si conseguía el libro o no, era una labor que a él sólo incumbía y dependía no sólo del dinero sino de sus dotes de convencimiento.

A lo largo del día procuraban cobijarse en algún lugar cercano a un riachuelo o en prados verdes, que en esa región abundaban sobremanera. Al cabo de unas jornadas llegaron al monasterio cisterciense de Maulbronn, fundado años atrás por los monjes pertenecientes a esta Orden. La iglesia,

construida en el año 1147 bajo el mandato del Papa cisterciense Eugenio III, está a caballo entre el románico y el gótico.

La llegada de la caravana, comandada por Jerónimo Münzer, fue celebrada con mucha alegría por los monjes, dado que hacía tiempo que no pernoctaba ninguna en sus inmediaciones. Lo que más llamó la atención de Jerónimo fue la vida y el trabajo de la orden, alrededor de la agricultura y de la piscicultura, especialidad donde habían alcanzado grandes resultados. Toda la arquitectura y la vida monacal estaban dotadas de una gran cohesión.

—Buenos días —saludó Jerónimo al abad cuando le llevaron a su presencia.

—Buenos días en el Señor. ¿Qué se le ofrece?

—Llevamos varios días de camino, desde la ciudad de Núremberg y querríamos descansar, si fuera posible, unos días en este remanso de paz.

—Por nuestra parte no hay problema, siempre y cuando no interrumpan las labores de trabajo y rezos. Seguimos la primitiva regla de observancia estricta creada por San Benito de Nursia, que en el año 540 fundó la Orden. De ella procedemos y a ella nos atenemos. Nuestro lema es *ora et labora*. Nuestra Orden es del Císter, somos monjes cistercienses y se nos conoce como monjes blancos, por nuestro hábito.

—Puede estar tranquilo que por nuestra parte no habrá ningún problema. Pernoctaremos donde nos digan y nos recogeremos cuando nos lo soliciten. Nos vendrá muy bien el descanso del cuerpo y del alma.

Ya en la biblioteca, el monje encargado de la misma, le comentó que San Bernardo de Claraval dio un gran impulso al desarrollo de la Orden, que en 1153 ya contaba con cerca de 350 monasterios repartidos por toda Europa.

—Fue tal el desarrollo, que de ella salieron varios Papas. Sin embargo, debo aclararles —comentaba con su gran oratoria que siempre había sido la admiración de quien le escuchaba—que la Orden del Císter fue creada como Santa Orden del Císter en el año 1098 por Roberto de Molesmes, en una abadía cerca de Dijon. Alcanzó gran influencia en occidente —seguía con la explicación—, donde el ascetismo, el rigor litúrgico y el trabajo hacen que el patrimonio histórico y cultural sea muy importante. Somos los monjes blancos, en contraposición a los monjes negros de los benedictinos—. Terminó remarcando las últimas palabras con un cierto orgullo.

—Ya lo veo, no tengo nada más que mirar la iglesia. Estoy extasiado por tanta paz y tanta belleza espiritual.

Con esta información tan extensa Jerónimo y su grupo se retiraron al refectorio, pues llevaban varias horas sin probar bocado. La comida, no

demasiado abundante, les sirvió para al menos engañar a los intestinos que ya protestaban.

Según fueron pasando los días, Jerónimo pudo ver con detalle la arquitectura medieval del monasterio, así como las diferentes unidades que formaban un todo, maitines, forja, establo, molino y prensa. Una serie de edificios de administración y vivienda rodeaban el patio del monasterio al que se accedía traspasando tres puertas. Estos edificios eran la enfermería, el refectorio, la capilla y demás lugares de trabajo y rezos. Se había conseguido una uniformidad entre el ascetismo contemplativo y la arquitectura manifiesta.

Por la tarde Jerónimo y su hijo dieron un paseo por la huerta, observando el trabajo de agricultura de los monjes. Habían sembrado hortalizas, vides, maíz y patatas, además de poseer varios árboles frutales, por lo que tenían garantizada la comida durante todo el año.

—Si no fuera por la misión que tenemos que cumplir, este lugar es para quedarse a vivir, al menos un año —dijo Albretch, mientras alcanzaba una manzana.

—Pues nos conformaremos con unos días.

—No creas que lo siento. Podíamos al regreso pasar nuevamente por aquí ¿qué te parece la idea? —avanzó el hijo.

—En este momento no debemos distraernos de lo que tenemos que hacer. Después ya veremos. Quizás al año que viene desde nuestra ciudad queramos venir unos días a descansar. Ya viste que no tardamos nada más que unas cuantas jornadas.

—Y eso que hemos venido despacio —apuntilló Albretch, sin disimular la emoción por la idea que le acababa de dar su padre.

El sol se estaba poniendo en la lejanía. Eran días más largos que los del invierno y había que aprovechar las luces para el paseo, el descanso y avanzar en el camino.

—Creo que nos quedaremos sólo tres o cuatro días. Ese tiempo será suficiente para reponer fuerzas.

—¿Dónde iremos después? —preguntó Albretch.

—Creo que iremos a visitar otra abadía en Dijon, perteneciente a esta misma orden, la de Pontigny. Me dijo el monje bibliotecario que fue fundada en el año 1114. Es la iglesia cisterciense más grande de Francia.

—¿Pero no nos desviamos de la ruta?

—No es el camino más directo, pero es muy importante que nos vayamos resguardando de vez en cuando. Debemos reponer fuerzas en lugares donde estemos seguros. Además tenemos posibilidad de cambiar las caballerías en estos sitios y eso es fundamental en nuestro viaje, si queremos ir frescos y rápidos.

—Como tú digas, padre.

—Para mí es una gran satisfacción hacer este viaje contigo. Serás, a mi muerte, el responsable de nuestro patrimonio. La biblioteca es lo más importante y lo que tendrás que vigilar. A ella dedicarás tu mayor esfuerzo e ilusión. Por ello en este camino, por tierras de Francia y España, vas a conocer y experimentar cosas muy importantes para tu desarrollo cultural y religioso. No en balde eres el heredero de la familia —acabó su discurso poniendo una mano en la cabeza de su hijo, a manera de bendición y afecto.

Eran tiempos difíciles, donde la unión entre padre e hijo era básica para el proyecto que tenían entre manos. Del éxito del mismo dependían muchas cosas, siendo una de las más importantes colocar la biblioteca familiar como un referente a nivel europeo. Las futuras generaciones enriquecerían, más todavía si cabe, el legado histórico que Jerónimo quería transmitir a su hijo.

Dos días después de esta conversación entre padre e hijo, las primeras luces filtradas a través del ventanuco de la celda donde dormían fue la señal indicada para iniciar de nuevo la ruta. Afuera, las caballerías ya preparadas, los soldados prestos y el carruaje con las viandas y los pertrechos necesarios, ya en su lugar, esperaban la indicación para iniciar la marcha. El día prometía calor. Los campos, verdes por la lluvia de los días anteriores, esperaban ansiados los rayos del sol que en pocas horas les acariciarían suavemente. La caravana se puso en camino. Atrás quedó la abadía con su paz y descanso, sus rezos y el bisbiseo de los maitines que les despidieron.

Después de descansar unos días en la abadía de Pontigny, decidieron seguir la ruta turonense del camino francés de entrada en España. Por lo tanto pasaron con las caballerías por Orleans, Tours, Poitiers y Burdeos para entrar en España por Valcarlos y Roncesvalles.

—Estamos en el lugar donde en el año 778 Carlomagno, rey de los francos, fue derrotado por los vascones, pobladores de esta parte de España. El desfiladero donde atacaron y mataron a diez mil soldados, cuentan las crónicas, se llama Valcarlos.

—¿Y qué hacía Carlomagno en tierras españolas? —preguntó Albretch con la inocencia de la juventud, pero al mismo tiempo con su simplicidad.

—Entró en España a la llamada del gobernador de Zaragoza, Sulaymán al-Arabi, que se había rebelado contra Abderramán I deseando ocupar su puesto, por lo que pidió ayuda a Carlomagno bajo la promesa de darle la plaza de Zaragoza, Saraqusta en árabe. La promesa no se llevó a cabo y durante la retirada de las tropas del rey franco, solicitado en su país por la invasión de los sajones, fueron atacados en el desfiladero de Valcarlos y muertos los soldados carolingios. De aquí derivó el poema épico francés de la canción de Rolando, escrito en el año aproximado de 1060, siendo los versos de gesta más antiguos en Europa, atribuidos al monje Turoldo.

—¿Padre, cómo sabes tanto?

—Las horas pasadas en mi biblioteca no han sido en balde.

—Lo que no entiendo es cómo, si la batalla fue en el año 778, casi trescientos años después es cuando se escribe este poema.

—Las cosas en la historia son así. A veces tardan siglos en hacerse patentes. Carlomagno en retirada cruza los Pirineos, su retaguardia al mando de Roldán es atacada. A pesar de los consejos del sabio Oliveros, Roldán no quiere tocar su cuerno, el olifante, para avisar a su tío de que regresara en su ayuda. Pelean como valientes pero allí mismo sucumben. Cuando toca por fin el olifante, lo hace con tanta fuerza que le revientan las sienes. No puede romper su espada Durandarte, pero lo intenta con tanta fuerza que rompe la piedra. Carlomagno regresa pero ya es tarde.

—Muy interesante esta historia que me acabas de contar. Deseo con todas mis fuerzas tener tiempo para leer todos los libros que me aconsejes. Quiero ser tan culto e ilustrado como tú.

—Deberás estudiar, pasar muchas horas en la soledad de la biblioteca, leer a los clásicos y a los actuales. El alba tiene que encontrarte despierto y con la mente presta al estudio. Deberás dormir pocas horas y afanarte en la lectura y la meditación. En todos los libros se aprende algo. Después tendrás que madurar todo aquello que hayas leído, enriquecerte con la conversación con personas cultas, que tengan buenas bibliotecas y que dediquen a la lectura parte de su vida. No es fácil, pero si lo intentas lo conseguirás. La paciencia es virtud necesaria para ello.

—Seguiré tus consejos, padre amado. Necesito que confíes en mí.

—Tendrás todo mi apoyo para lo que necesites.

El día tocaba a su fin. El sol en el ocaso irradiaba sus últimos rayos y el cielo, de un color rojizo, daba una nota de belleza al bosque que rodeaba el lugar en el que pensaban pernoctar; un lugar frondoso, donde un claro permitía, con una

buena hoguera, que los viajeros pudieran guarecerse del ataque de las fieras. Al día siguiente, cuando las primeras luces rompían la noche, iniciaban el camino y dentro de unos días dormirían en un lugar de reposo, un monasterio del que les habían hablado, en donde les cambiarían las caballerías, les darían cobijo y paz durante un tiempo.

Sevilla, cada vez, se encontraba más cerca y la consecución del objetivo ya era casi una realidad. Lo que antes, entre las paredes de su castillo, era simplemente un deseo, ahora se había convertido en algo al alcance de la mano. Enredados con estos pensamientos durmieron varias horas despertándose con los primeros fríos de la mañana. El fuego mantuvo a raya a los animales y alimañas del bosque que se mantuvieron a una distancia prudencial, sin atacar a las personas ni caballerías,

El sueño fue verdaderamente reparador y con las primeras luces el ánimo del grupo estaba recuperado y dispuesto a seguir con renovadas fuerzas.

7

Palais de Rei era una pequeña villa de pocos habitantes, aunque en los últimos años había prosperado mucho. Su crecimiento había sido exponencial, en gran medida, por ser una ciudad básica en el camino de Santiago. Sin embargo, su nombre se debe al palacio real del rey visigodo Witiza, construido en el año 702. El estilo románico presenta una buena muestra en la iglesia de Vilar de Donas. La Edad Media fue un periodo de prosperidad para esta villa, en la que seguramente los cátaros y los templarios pasearon sus caravanas, en los últimos tramos de la ruta jacobea. Los restos de fortalezas, torres, castillos y casas blasonadas atestiguan un pasado ilustre, lleno de historia, que Elena y Andrés no pasaron por alto, en su paseo cotidiano por las calles de la ciudad.

—He leído que Álvaro Cunqueiro y Emilia Pardo Bazán se inspiraron en parte en esta ciudad —comento Andrés, dando prueba de su cultura literaria.

—Tenía que ser excitante haber vivido la época de la Edad Media, en esta ciudad, rodeado de peregrinos.

—No sería ciudad; en todo caso una pequeña villa, formada por casas de adobe y pequeñas parcelas de labranza.

—Sí, pero interesante —insistió Elena, a quien le costaba dar su brazo a torcer.

—¿Vas a discutir a un Concheiro que hace el camino?

—No es mi intención, válgame el Cielo —contestó con la ironía que siempre la caracterizaba.

—Me han dicho que esta tarde a las siete hay una conferencia en el Ayuntamiento sobre el Camino. ¿Quieres que vayamos?

—Me parece una buena idea. Así podemos comprender algo más sobre esta experiencia tan interesante que estamos realizando.

En el Ayuntamiento, una habitación rectangular, sobria, sin una decoración que llamara la atención; un hombre sentado en una mesa se dirigía a los asistentes, que en número aproximado de treinta personas, le escuchaban con atención.

—El camino francés —decía con aire profesoral— se reduce en Francia a cuatro vías principales, la turonense que pasa por Tours, la tolosana por Toulouse, la podense por Le Puy y la lemovicense por Limoges. Era costumbre,

en los tiempos antiguos, viajar por el camino hasta la tumba del Santo e incluso mucho antes las gentes viajaban hacia el punto conocido como Finisterrae, el fin de la Tierra. En cuanto al camino, en Puente la Reina, Pons Regine, cerca de Eulate, se unían dos rutas, la de Roncesvalles y la de Summus Portus. A partir de este lugar, el camino se hace único hacia Burgos y León. Los templarios fueron dejando vestigios de su pasado en estos lugares con construcciones de tipo octogonal. Cuentan las leyendas que a lo largo del camino fueron enterrando sus tesoros, pues la Orden desapareció como tal, aunque sus representantes de manera individual siguieron con sus ideas y proyectos. Así, pues, toda construcción que veáis a lo largo de vuestro Camino con la hechura de tipo octogonal responde a estos parámetros templarios. Quizás ninguno de vosotros conozca que el templo de Salomón en Jerusalén, el del Cantar de los Cantares, donde hoy día se alza la mezquita Qubbat al-Sakkra o Cúpula de la Roca, tiene una estructura de tipo octogonal. Al lado de esta mezquita está la que lleva como nombre Al-Aqsa, que los templarios utilizaban como residencia monástica. Muchas ciudadelas y fortalezas en Tierra Santa y en Europa presentan la estructura templaria del triple recinto concéntrico y planta octogonal.

—No en balde, la Orden de los Pobres Caballeros de Cristo o del Temple fue creada en Jerusalén en el año 1118 por Hugo de Payens. Esta influencia salomónica debía de extenderse a lo largo del camino —comentó Andrés al oído de Elena, en un momento en que el conferenciante bebía agua.

—Es interesantísima esta historia —contestó Elena, para quién todo lo que estaba escuchando era nuevo.

—En Puente la Reina —continuaba la disertación— la torre de la iglesia termina en una cúpula octogonal; es la iglesia de Nuestra Señora dels Orzs, que fue propiedad de los templarios hasta que la Orden fue disuelta. Su finalidad era acoger a los peregrinos, que como vosotros hacían el Camino. A lo largo del mismo, no sé si os habéis fijado convenientemente, existen muchos lugares donde esta influencia está bien remarcada. Todas estaban relacionadas con la ayuda al peregrino. Sin embargo, muy cerca, a tan sólo dos kilómetros escasos de Muruzabal se encuentra la iglesia de Santa Maria de Eunate, justo en el lugar donde se juntan los caminos de Santiago de Somport y de Roncesvalles. La iglesia es de estilo románico; la leyenda no aclara si es de origen templario, aunque la armonía de planta octogonal rota por un ábside pentagonal lo indicara.

—Me gusta lo que estoy oyendo —dijo con aire infantil Elena.

—En Torres del Río, cerca de Logroño, existe otra capilla templaria, realizada de la misma manera. Bien, creo que con lo que os acabo de contar, vuestra imaginación estará a tope. Tened en cuenta que el camino que recorréis existe desde hace mucho tiempo y que está lleno de historias de templarios, cátaros, peregrinos de alta alcurnia y gentes de baja estofa. Todos arremolinados al albur de una leyenda donde se entronca el peregrinaje religioso y el de la búsqueda del fin de la tierra. Mañana seguiréis vuestro periplo, pero estoy seguro de que lo haréis de manera distinta. Muchas gracias por vuestra atención.

Las últimas palabras resonaron en los oídos de Elena y Andrés de una manera especial. Al darse la vuelta vieron que parte del grupo estaban en las últimas filas. Habían escuchado la conferencia con suma atención no exenta de perplejidad.

—El camino debe estar lleno de tesoros de los templarios, enterrados en sus templos —comentó Ana, que como profesora agradecía la información que le habían dado, demostraba, de la misma manera, muestras de una imaginación alada.

—Pues a ver si nos encontramos con alguno —contestó Clara.

—Tendremos que ir con los ojos bien abiertos —dijo sonriendo Elena, y al decirlo pensó que ella ya había encontrado su tesoro.

Andrés le dirigió una mirada de complicidad mientras una sonrisa comenzaba a florecer en su boca. Había imaginado el pensamiento de ella.

—¿Vamos a tomar algo? —preguntaron Juan y Luis que al término de la conferencia se acercaron al grupo.

—¿Dónde está Miguel Ángel?

Parecía que el guía se había esfumado. Fiel a lo que dijo el primer día, en la tarde su tiempo era libre. Su obligación llegaba hasta que terminaba la comida y les dejaba en el albergue. Después, tendrían que buscarse, ellos solos, la vida.

—Mejor así —dijo Andrés—. Vamos a buscar una terraza.

—¿No hace un poco de frío para estar fuera? —comentó Elena.

—Allí tenemos una mesa libre, es un buen rincón y estaremos abrigados, si fuera tenéis frío —dijo Juan.

—Me ha encantado lo que dijeron sobre los templarios. Me hubiera gustado que lo hubiera completado con alguna información sobre los cátaros. Este grupo también recorrió el camino y pudo dejar, igualmente, sus vestigios culturales.

—No tenía necesidad de hablar de los cátaros, con que hubiera hablado de los edificios de esta villa, hubiera sido suficiente. Yo leí antes de venir aquí sobre

la casa-torre de Figueira, de Fontcuberta, el Pazo de Laia, la casa de Ulloa, donde se encuentran varios escudos heráldicos y varios Pazos de la zona.

—Si me permiten yo les puedo explicar alguna cosa sobre los cátaros —una voz que partía de la mesa contigua se dirigió a ellos —, perdonen si me entrometo, pero les he oído decir que les gustaría conocer algo sobre el tema y yo, modestamente, algo conozco.

—Estaríamos encantados. Siéntese en nuestra mesa y estamos prestos a escucharle.

—Lo primero que debo aclarar es que por estas rutas del camino, rutas jacobeas, no sólo circulaban los peregrinos y devotos, sino que había más personas de diferente cariz como traficantes, falsos monjes, salteadores, maleantes y pillos de todas las especies.

—¿Así que los cátaros fueron una parte de ellos?

—En efecto, los herejes convencidos y los conversos que cumplían penitencia impuesta por la Inquisición, también recorrían nuestras tierras. Tal era el movimiento de las gentes en estos caminos; muchas veces la identidad de las personas permanecía en el anonimato y eso era lo que buscaban estos grupos. La clandestinidad era su lema y su manera de actuar. Los conocimientos apologéticos de la época hicieron que los cátaros fueran considerados herejes a los que había que exterminar, por lo que cualquiera que perteneciera a este grupo tenía que pasar su vida en clandestinidad. El sigilo y el misterio eran sus normas para pasar desapercibidos en el desarrollo de sus principios ideológicos y prácticas religiosas. Tan estrictos eran que para ellos la riqueza, cualquiera que hubiera sido el modo de obtención, era obra del diablo.

—Imagino lo que pensarían en el momento actual de los ricachones de este mundo —cortó Elena con una cierta sorna.

—Pues seguro que su dinero era obra del diablo. La verdad es que —continuaba con la explicación el espontáneo disertante— utilizaban toda clase de artimañas, como hacerse pasar por religiosos y en secreto de confesión tratar de inducir al penitente a su doctrina; sembrar la confusión con falsos milagros o bien con ciertas artimañas. Una de ellas era esparcir por los montes cédulas perfumadas con almizcle, para que las encontraran los pastores y las llevaran a los clérigos, diciendo que habían sido escritas en el cielo y prometían indulgencias a quienes las copiasen. Era una manera de crear confusión. En este nivel de desorientación contribuyeron a la difusión de imágenes deformes tanto de la Virgen como de los Santos.

—Por lo que vemos no buscaban la austeridad sino la deformación —comentó Andrés.

—Su idea era romper moldes religiosos. La confusión llegó a un punto álgido al representar la Cruz en forma de T en contraposición con los sectores eclesiásticos que defendían que la verdadera forma era la de cuatro brazos, es decir la románica.

—¿Piensas que tuvieron un protagonismo importante en el paso del románico al gótico? —inquirió Andrés, al hilo de este comentario, siempre dando nota de su formación cultural.

—Una buena pregunta que, por supuesto, esperaba. Yo creo que tuvieron una colaboración oportunista y circunstancial en la divulgación de estas fórmulas novedosas, aunque ignoramos hasta qué punto existió esta colaboración. Pensar que la relación fue más que oportunista es demasiado exagerado. El paso del románico al gótico fue la consecuencia de muchos factores socio-religiosos y culturales. Con la aparición de este estilo, el gótico, el románico fue diluyéndose, cada vez más, aunque al principio hubo iglesias que mezclaban ambos estilos.

—En efecto —cortó Andrés—. El gótico se desarrolló en Europa occidental durante los siglos finales de la Edad Media, en especial en el norte de Francia. Sin embargo, en el siglo XIX, el entusiasmo por lo medieval, con connotaciones románicas, desarrolla diferentes restauraciones de edificios medievales, un movimiento nacido como contraposición al neoclasicismo academicista y el historicismo. Este estilo fue conocido como neogótico. Hay que concluir que frente al románico reflejado por una sociedad rural compuesta de campesinos y guerreros, surge el gótico en plena plenitud y crisis de la Edad Media, prototipo de la sociedad urbana compuesta de burgueses y universidades. En este contexto se desarrollan las órdenes monásticas como el Cister, las órdenes mendicantes, franciscanos y dominicos, teniendo lugar los conflictos con los grandes cismas y herejías. La peste negra, asolando Europa, contribuye al exterminio de la población. En este panorama excitante y cambiante, es cuando surge la luz reflejada en las grandes catedrales del gótico, frente a las oscuras iglesias del románico. La pintura y la escultura contribuirán en gran medida al desarrollo de este proyecto. La cruz latina es la base de las catedrales con su cabecera en el ábside y el desarrollo de las naves, capillas, girolas, bóvedas de crucería, contrafuertes y arbotantes, lo que permitió la construcción de edificios más amplios y elevados.

—El espacio acerca los fieles a los valores religiosos y simbólicos —añadió el circunspecto espontáneo que no apartaba oído de la conversación.

—¿Cuándo nació el estilo gótico?—interrumpió Elena.

—Alrededor del año 1140 en Francia, como os dije, al albur de las órdenes monásticas, aunque cada una supo imprimir su especial personalidad, como los cistercienses, al mando de Bernardo de Claraval, que desarrollaron el arte que lleva su nombre.

—Yo he leído que la presencia de las vidrieras y los rosetones tienen una explicación —inquirió Elena.

—En efecto, la luz era la base del gótico, era el elemento más noble de la construcción, el menos material, el que acercaba al creyente al misticismo. La luz transfiguraba, desmaterializaba y conseguía dotar al conjunto sensaciones de ingravidez y elevación. Era la sublimación de la fe cristiana.

El grupo estaba absorto y Elena extasiada. Miraba a su amigo con ojos apasionados, quizás no sólo por su conocimiento, sino también por el afecto que minuto a minuto iba creciendo en ella. El cariño iba parejo con la admiración.

—Ha sido una clase magistral —interrumpió Ana—. ¿A qué te dedicas?

—Soy profesor de Literatura e Historia. Debo declarar que mi tesis doctoral fue sobre este tema. Siempre me interesó lo que supuso en la cultura de la sociedad la transición del románico al gótico.

—Así ya se puede. Eso es jugar con cartas marcadas —dijo Ana riendo su gracia, que fue acompañada por el resto del grupo.

—Eso le dije yo misma hace un rato —asintió Elena.

—Pues me ha gustado lo que he oído, completa mi información sobre lo que conocía del arte. Tenían que tener relación todos estos movimientos religiosos con el cambio de estilo —añadió el espontáneo visitante del grupo.

—Las influencias siempre vienen remarcadas por ciertos valores y costumbres —dijo Patricia, hasta este momento callada—, en Sevilla vivimos el arte en todos los sitios.

—Por cierto, no sabemos su nombre —Andrés se dirigió al conocido sentado a su mesa como si le conociera de toda la vida.

—Me llamo Jorge y soy maestro en este pueblo.

Andrés hizo las presentaciones de todo el grupo.

Era casi de noche; el día era en esos lugares más largo y un suave viento se levantaba, acariciando todo lo que encontraba a su paso. Eran los postreros finales del invierno, que a veces se extendían hasta bien avanzada la primavera.

El guía les había prevenido que al día siguiente, tenían una etapa dura; la puntualidad a la hora del desayuno era fundamental. Allí mismo les daría las explicaciones convenientes. Tenían que recorrer cerca de treinta kilómetros hasta llegar a Arzúa, aunque descansarían, dijo, en la comida que tendrían en Melide. «El pulpo, bien merece la pena, debe ser ingerido en un buen descanso», dijo.

Andrés y Elena, aún dieron una vuelta por el centro de la ciudad. Había varias casas solariegas, bien iluminadas les dijeron, que merecía la pena verlas en la noche. Con las últimas luces, las sombras proyectaban filos de cuchillo sobre las paredes, dando una perspectiva maléfica a toda la plaza. Parecía que las brujas se despertaran y comenzaran a ejercer su influjo pernicioso por doquier.

Elena sintió un brusco temblor, bien por frío, bien por temor, a las sombras nocturnas y se apretó al cuerpo de Andrés. Su contacto le pareció la caricia del rocío sobre la flor en la mañana invernal. Era una sensación de pureza, de liviandad, de algo indescriptible que empezaba a florecer.

En un viaje que había realizado, huyendo del acoso de su jefe y como cumplimiento a la promesa que le hizo a su abuelo hacía unos años, se encontró con dos tesoros, el del corazón y el de los incunables. Además, el camino la estaba impregnando de un aroma especial. Algo intangible y etéreo, que la marcaba intensamente, predisponiéndola a no conciliar el sueño como estaba acostumbrada. A partir del camino, su vida cambiaría, estaba dispuesta a ello. Mientras caminaba con estas reflexiones, su cuerpo notaba el calor del de Andrés. Cada vez se apretaba más y él lo admitía, dando la aceptación a algo que echaba flor, que florecía. Nunca se pudo imaginar él que en esta visita, en este proyecto de recorrer el camino, iba a enfrentarse a estas sensaciones encontradas. Cuando decidió hacerlo, era más por una idea de reflexión interna, de cultura trascendental que de influencia religiosa; nunca pudo imaginar que ahora estaría junto a una mujer, extraña hacía tan sólo tres días y que en este momento era su complemento y su pensamiento único. Entre ambos tenían que encontrar las respuestas a las muchas preguntas que se hacían a cada momento.

—¿Tienes frío? —preguntó solícito Andrés.

—Junto a ti, no —y al decirlo unos rosetones surcaron sus mejillas. La noche evitó que Andrés se diera cuenta. Al menos eso se creía ella. La respuesta casi no pudo nacer en la boca de Elena, ya que un suave beso al principio, tierno después, intenso al final, le cerró cualquier intento de continuar con la frase.

Pocas personas caminaban en este momento por la plaza; sin embargo, al espíritu crítico y observador de Andrés le pareció observar en un rápido atisbo,

detrás de unas columnas, una sombra que se replegaba, tratando de buscar un rincón apropiado. No fue nada más que un instante, una mínima percepción y, aunque no estaba totalmente seguro de ello, le manifestó a Elena su deseo de retirarse, ya que como dijo de manera apropiada, no son horas para caminar en la noche de las brujas.

A Elena le recorrió el cuerpo otro temblor y apretándose de nuevo al cuerpo de Andrés aceleró el paso en dirección al albergue. Afortunadamente no estaban nada más que a unos trescientos metros, por lo que el recorrido no duró más de cuatro minutos, tiempo suficiente para que la sombra desapareciera del campo visual de Andrés.

Al entrar en el albergue, los dos respiraron profundamente; la sensación de peligro la tuvieron durante todo el tiempo aunque mantuvieron la calma.

—No sé si te diste cuenta de que alguien nos observaba detrás de una columna —comentó Andrés, al tiempo que subía las escaleras en dirección a las habitaciones.

—Sí, pero no te dije nada. Estaba muy asustada. ¿Te diste cuenta de que estaba temblando?

—Era tan patente que…

—Fue un paseo, que dimos, con mucho miedo. Aún lo tengo metido en el cuerpo.

—¿Quieres dormir en mi habitación?

Elena se sonrojó, sonrió y temblando los labios le abrazó intensamente.

—¿Te parece que mi respuesta es afirmativa?

—Parece que no dejas lugar a la duda—repuso Andrés al tiempo que abría su habitación y la empujaba suavemente.

Aquella noche vivieron una noche loca. Cumplieron sus deseos, sus anhelos y dejaron de lado sus temores y presagios. El amor los invadió, los envolvió y los acogió en su seno.

En los sueños que tuvieron, cuerpos abrazados uno contra otro, los caballeros templarios atacaban la fortaleza donde ellos estaban defendiendo los libros que habían encontrado y enterrado. Se defendieron como pudieron pero finalmente fueron apresados y condenados a la hoguera en la plaza pública. Una lápida con el nombre de Albreth Münzer sobrevolaba los sueños entre sombras que aparecían y desaparecían consecutivamente. Se despertaron sumidos en un mar de sudor, cuerpos desnudos temblando y entrelazados, dando pábulo a la imaginación y a la historia.

8

Cuando en 1208 Pedro Castelnou muere, la situación en la región del Languedoc se estaba complicando. Ya unos años antes, en 1116, habían quemado en plaza pública de Saint Gilles a Pedro de Bruys. El Concilio de Toulouse, poco después, crea la Inquisición y de la ciudad de Albi comienzan a huir los diferentes grupos. Carcassone juega un gran papel contra los albigenses que se concentraron en la ciudad de Albi.

En el año 1209 Simón de Monfort inicia una batida de destrucción y muerte. La ciudad de Albi se convirtió en el centro de odios y rencillas. Los cátaros, considerados herejes, fueron los más atacados. Murieron a cientos, quemados en plazas, asesinados fríamente en las oscuras callejas de las ciudades.

Se les conocía como albigenses, debido a su principal localización en esta ciudad. Sin embargo, fueron reconocidos como la ramificación de otra secta herética, la de los bogomilos o bogomiles, del área de los Balcanes. Rechazaban la violencia, la mentira y el juramento, presentándose ante las gentes como predicadores y pobres que seguían estrictamente las enseñanzas de Cristo, concretamente del sermón de la montaña. La castidad no tenía para ellos el mismo valor que para los católicos; no condenaban la actividad sexual, mientras fuese estéril. Por lo tanto el matrimonio y la procreación no eran bien venidos. Los cátaros creían que no había un solo Dios sino dos. Uno bueno, espiritual y otro malo, material. La no aceptación de la autoridad del Papa significó, en gran medida, que fueran perseguidos. Su nivel herético alcanzó un gran predicamento al defender que la cruz era un símbolo de tortura y muerte. No les gustaba el comercio de reliquias, negocio a la sazón muy interesante para la Iglesia de aquellos tiempos, lo que fue otra razón para ser perseguidos. Pero la base de la persecución es que se convirtieron como un apéndice religioso al margen de la autoridad papal.

Estaban divididos en dos grupos, los creyentes y los perfectos, aquéllos al servicio de éstos. Los principios maniqueos del bien y del mal, la luz y la oscuridad, eran sus creencias y los derroteros por los que caminaban.

El Papa intentó, con esfuerzo vano, llevarles a seguir la ortodoxia católica. El asesinato de Pedro de Castelnou marcó el punto de inflexión, tras lo cual Inocencio III decidió el cambio de táctica hacia el empleo de la violencia. El 14 de enero de 1208, Castelnou fue asesinado cuando se disponía a cruzar el río

Ródano, al volver de la reunión de Saint-Gilles. El asesinato no fue ordenado por Raimundo pero sobre él y sus tierras cayó toda la responsabilidad. El papa Inocencio III acusó claramente al Conde de Tolosa. La cruzada militar iba a sustituir a la cruzada pacífica.

La ayuda de la monarquía francesa del norte contra el sur, fue definitiva para arrasar cualquier vestigio de herejía. La Inquisición acabó de terminar en los años posteriores la tarea de destrucción y muerte. Los odios, los intereses religiosos, económicos y de poder entre las diferentes monarquías, se concentraron en un punto exacto: hacer que los cátaros desaparecieran de la faz de la tierra.

Sólo quedaron pequeños vestigios en Occitania y específicamente en la ciudad de Albi. Una familia de cátaros reunida en una noche de temor y muerte, decidían huir hacia España.

En 1213 esta familia recibió de la casa de Foix, muy poderosa en Occitania y concretamente de Esclarmonda, dama de mucho prestigio entre los cátaros, ordenada por la iglesia cátara, la transmisión de cierta parte de los tesoros de la secta. Esta dama era una gran protectora de las artes y humanidades, y al entrar en la Orden, cedió sus riquezas. No había seguridad para nada y para nadie, por lo que en ese año de 1213, les llamó y les encargó que las pusieran a salvo y se dirigieran a España, donde pensaba que estarían libres de robos.

A una reunión similar, aunque con fines diferentes, asistió Arnau Almaric, clérigo occitano, nombrado abad de Citeaux, gran combatiente en contra del espíritu cátaro, siendo quizás uno de los primeros perseguidores que utilizó métodos expeditivos de destrucción. En ella se decidió acabar con los últimos retazos del catarismo.

La familia Périgord, perteneciente a un grupo cátaro asentado en Albi, en mitad de este ambiente peligroso para ellos, tuvo que ponerse en marcha urgentemente, recibiendo al mismo tiempo el encargo de dirigirse a España con parte del tesoro de la casa Foix. En aquella época, alguno de los grupos que pertenecían a la Orden de los Templarios tenía también connotaciones, tanto personales como familiares, con los cátaros, y aunque sus ideologías eran distintas y sus objetivos diferentes, unían a veces sus esfuerzos ante el enemigo común, la Inquisición, que atacaba a cualquier grupo que se saliera de las directrices puramente católicas. El sendero era muy estrecho y las normas había que cumplirlas. Por lo tanto toda la región del Languedoc, principalmente las ciudades de Carcassonne, Albi, Beziers y Montauban fueron escenario de luchas y destrucción.

Todavía se oía el eco de aquellas terribles palabras pronunciadas en el verano de 1209 en la ciudad de Beziers por Arnaul Amaury, abad de Citeaux, que imbuido por su fervor contra el catarismo, pronunció su célebre frase de «matad a todos, que Dios ya reconocerá a los suyos».

Armand Périgord estaba por esos días en la ciudad de Béziers, ocupándose de unas transacciones comerciales, y escapó de milagro. El ataque a la ciudad le cogió en plena calle pudiendo refugiarse junto con un gran número de personas en la catedral de Saint-Nazaire. Allí entraron —ahora lo recordaba meridianamente bien— varios caballeros que al grito de que los herejes habían profanado el lugar santo y blandiendo la espada, a diestro y siniestro provocaban la muerte y el dolor de los allí congregados. La fría penumbra de la iglesia sirvió a Armand para esconderse en un rincón apartado del grupo. Cuando salió, le rodeaban el terror y la muerte. Aún resonaba en sus oídos el ruido de la espada al entrar en el cuerpo del *perfecto* que, en ese momento, estaba con el grupo de personas. Podía describir claramente cómo la túnica negra estaba empapada de sangre cuando cayó al suelo. La masacre era inmensa. Todos los que con él huyeron estaban muertos; yacían en charcos de sangre, algunos con los miembros cortados y otros con heridas mortales. Tuvo que tener cuidado para no caer encima de los cuerpos esparcidos por doquier. La sangre, viscosa y rojiza, impregnaba todo, dibujando un espectáculo dantesco. Miró en derredor, no había vida en la iglesia. Todos estaban muertos y los asesinos estaban en otro lugar cumpliendo la misma tarea. Sembraban el terror y la muerte en nombre de una religión que consideraban verdadera. El abad cisterciense, legado papal de Arnaud Amaury, había cumplido la misión con orgullo del que se sabe en posesión de la verdad completa. Como pudo, días después, cuando las cosas se habían tranquilizado y las gentes enterraban a sus muertos, aquello que el fuego no había destruido más, salió de la ciudad y se fue a su casa. Allí llegó, cubierto de sangre y miedo. Nunca contaría a nadie lo que vio. Era tan trágico, que sólo recordarlo le producía temblor.

Los Périgord procedían de Montauban, pero, imbuidos por el espíritu cátaro, dirigieron sus pasos a la ciudad de Albi. Al principio llevaron una vida tranquila, sumida en la prudencia y en el oscurantismo, pero cuando las cosas se fueron complicando, por las denuncias de sus vecinos, decidieron iniciar una huida controlada, de manera que, sin dar cuartos al pregonero, un día del año 1213, con las primeras luces, salían por la puerta de la ciudad, con una cierta nostalgia, sabiendo que ya nunca regresarían. Se unieron a una caravana que ese mismo día iniciaba el viaje con destino a algún lugar del Camino de Santiago. Las noticias que habían recibido decían que una gran cantidad de peregrinos

cruzaban este camino a diario y que confundirse con ellos no sería tarea difícil, por lo que Armand Perigord y su hijo Gillaume, con parte de las riquezas que les entregó Esclarmonda de Foix, se disfrazaron de simples mercaderes que se trasladaban a España. Era una forma sencilla de viajar dentro de un grupo grande, lo que hacía que pudieran estar al abrigo de los delincuentes.

Armand había vivido, los últimos años, en la ciudad de Albi, junto con su hijo. Cuando falleció su esposa, en Montauban, se trasladó con su vástago tratando de desarrollar nuevos proyectos de mercadería. Sin embargo, en esos años el catarismo estaba muy perseguido y aunque ellos no se significaron nunca como tales, cualquier denuncia o mal paso sería muy peligroso, por lo que poco a poco fue madurando la idea de que su estancia en esa ciudad era provisional y tendrían que rehacer su vida lejos de allí. Por ello, en cuanto recibieron el encargo de la casa de Foix decidieron que no iban a perder más tiempo en cábalas y se unieron a aquella caravana.

Con los trajes de mercaderes, los pocos enseres y el tesoro de Esclarmonda, la carreta inició el camino junto con otras que pertenecían a unos mercaderes que viajaban desde Alemania con destino a Portugal. Pasar como simples mercaderes fue muy sencillo, pues en cada ciudad por la que cruzaban intentaban mercadear con sus telas, de las que se habían aprovisionado en cantidad para tal menester.

Mientras Armand montaba la mesa donde colocaban los tejidos, su hijo Gillaume trataba de atraer a las gentes hacia el improvisado local. Era tal el empeño de ambos que nadie reparaba en otra cosa que no fuera la compra de los materiales que vendían. Pusieron tanto énfasis en su trabajo, que el jefe de la caravana les ayudaba cada vez que tenían que instalarse en un sitio diferente. Así pasaron varios meses hasta llegar a la ciudad de Sarria, donde decidieron acampar por un tiempo.

El lugar era propicio para sus intereses, pues habían conseguido ya lo que se propusieron al salir de Albi: llegar sin levantar sospechas hasta las cercanías del apóstol Santiago y la ciudad en la que estaban estaba a unas cuantas leguas. Por esta razón se despidieron del resto de la caravana, que seguía su camino hacia Portugal, y asentaron sus reales en una ciudad que como Sarria era afín a sus objetivos.

Lo primero que hicieron fue alquilar una casa, con un pequeño corral en su parte trasera, donde, según dijeron a los vecinos, podrían criar algunos animales que después les sirvieran a ellos como alimento. Era una costumbre que adquirieron en las ciudades de Montauban y Albi, donde vivieron varios años.

Con los vecinos utilizaron la misma táctica que en los otros lugares, cierta prudencia no exenta de una amistad lo suficientemente superficial para mantener las formas, pero que al mismo tiempo les relacionara con el exterior y en caso de necesidad que les echaran una mano si la necesitaban. De esta manera su vida iba conformándose, entre ambos, de una forma perfecta en la que nada ni nadie se interponía.

Pasaron varias semanas en las que Guillaume y su padre habían conseguido infundir cierta armonía a su vida, además de mantener una buena relación de vecindad. De los facinerosos y desalmados estaban a cubierto favorecidos por el grupo de vecinos al que pertenecían. La identidad, que pretendían mantener en secreto, de pertenencia al grupo de los cátaros, permanecía en el más estricto anonimato. Habían alcanzado el objetivo previsto y ahora tenían ante sí la segunda parte de su aventura: ¿qué hacer con las joyas y dineros de la familia Foix?

—¿Qué te parece que hagamos con los tesoros? —preguntó Armand a su hijo.

—Se me ocurre que debemos enterrarlo en algún lugar que sea difícil de encontrar para las gentes, pero del que podamos dar referencia exacta a Esclarmonda, para que en algún momento que ella considere oportuno pueda recuperarlo.

—El único lugar que se me ocurre es una lápida de un cementerio.

—¿Una lápida?

—Sí, una tumba. Es el mejor lugar para ocultar algo. A nadie se le ocurrirá que junto a unos huesos hay un tesoro escondido.

—Entre Sarria y la tumba del apóstol tiene que haber muchos cementerios favorables a nuestra idea. Sólo es necesario encontrarlo. Mañana si te parece nos pondremos en marcha.

—¿No será peligroso que vayamos con esta riqueza los dos solos? Ten en cuenta que hay muchos desalmados y delincuentes en el camino.

—Contrataremos unos soldados que nos acompañen.

—Tendremos que poner cuidado en que no sepan la razón de nuestro traslado.

—Les diremos que vamos a ver a unos conocidos a un pueblo cercano. Yo creo que Porto Marín puede ser una buena excusa. Ayer me contó un conocido, que encontré en el mercado, que en esta aldea existe una bonita iglesia y un

cementerio medieval. Yo creo que podemos echar un vistazo, pues a lo mejor es un buen lugar para nuestro objetivo.

Al día siguiente, con el alba y las caballerías a punto, Armand y Guillaume se pusieron en marcha acompañados de cuatro soldados reclutados al efecto. El piafar de los caballos señalaba la necesidad que tenían de ponerse en marcha lo antes posible. Al mediodía ya habían llegado a la aldea y en ella buscaron aposento. El camino se desarrolló sin mayores tropiezos por lo que al llegar a la posada despidieron a los soldados, con unos maravedíes, y se dirigieron a las habitaciones. Con el tesoro a buen recaudo, bajaron al comedor y dieron buena cuenta de un generoso pedazo de carnero y unos odres de un excelente vino de la tierra.

—Si te parece esta tarde podemos dar una vuelta para estudiar el terreno y mañana temprano procederemos a esconder el tesoro.

A unos metros de la puerta de la posada un sendero estrecho, de aproximadamente unos quinientos metros, les condujo a una zona más espesa, cubierta de arbustos y de maleza: el preludio de la entrada del cementerio. Una claridad en el estrecho camino, al albur de la luz que dejaba traspasar los arbustos, permitía entrever una zona más plana donde, junto al claro, los arpegios musicales del riachuelo cercano se fundían con el silencio mayestático de los tiempos ancestrales. De no saber nada al respecto, nadie podría sospechar que allí se encontraban restos medievales. Las lápidas señalaban el nombre y los años; las fechas que debían corresponder al nacimiento y al fallecimiento.

—Este es el lugar adecuado —dijo Armand—, sólo necesitaremos, para nuestro propósito, una pala y un pico.

—He visto en el corral de la posada estas herramientas. Yo creo que si mañana salimos con el alba, nadie podrá sospechar nada.

—Perfecto, pues mañana hacemos nuestro trabajo.

Al día siguiente con las primeras luces Armand y su hijo Gillaume recogieron la pala y el pico del corral y sin hacer ruido se dirigieron por el sendero, que habían explorado el día anterior, al cementerio. Encontraron varias lápidas, pero por seguridad y dado que se encontraba en el extremo opuesto de la entrada, eligieron una que rezaba con el nombre de Albretch Montagut (1160-1210).

—Esta parece adecuada. No es muy antigua y no creo que sea complicado removerla —afirmó Armand.

—De las que hay, me parece que es la más adecuada.

—Además, tan sólo tiene tres años de antigüedad, por lo que no creo que nos cueste mucho trabajo.

Sin más discusiones pusieron manos a la obra. La operación no les llevó más de media hora, al cabo de la cual dieron con una caja de madera cuya cerradura fue fácil de abrir. Depositaron la bolsa que contenía las joyas y las monedas de oro, un gran tesoro para quien lo encontrara, que con toda seguridad solucionaría su vida y la de sus descendientes por varias generaciones.

—Este lugar será siempre muy seguro. A nadie se le ocurrirá abrir esta tumba.

—Y si a alguien se le ocurre, de la sorpresa que recibirá tendrá un repente y caerá en la tumba como si un rayo le hubiera traspasado.

—No me gustaría estar en su pellejo —sentenció finalmente Gillaume.

Dejaron las cosas como estaban, procurando disimular en todo lo posible cualquier vestigio de huella, incluso las pisadas, que borraron caminando hacia atrás; sacudieron el polvo del sendero con unas ramas cortadas al efecto. Al volver la vista, no pudieron ver ninguna señal que delatase que por allí había pasado una persona. El invierno y sus nieves harían el resto y en unos meses todo estaría como antes. El pasado al pasado.

En unos días mandarían recado, con alguien de confianza, a Esclarmonda para que tomara nota de dónde habían colocado sus riquezas. La orden de los cátaros ya tenía un lugar seguro, aunque como dijo Armand, «como este escondite hay muchos en Europa. No podemos olvidar que las luchas contra nuestra gente por parte de la Inquisición, de la Monarquía y de Roma, han propiciado nuestra defensa de esta manera. Las generaciones futuras de nuestra Orden estarán cubiertas de padecer pobrezas y penurias».

Aquel día descansaron en la posada a pierna suelta y al otro día se encaminaron, ya sin soldados, a su casa de Sarria. Con la misión cumplida, como unos simples mercaderes, podrían rehacer sus vidas al tiempo que mantener el anonimato.

Esa noche cenaron con la familia Montpetit, la cual había llegado también de la región de Albi. Godofredo y Acalais eran un matrimonio que, junto con sus hijos Archimbaud, Jacques y Juana, procedía de Jerusalén. Llevaban sólo unos pocos años en la región de Languedoc y habían decidido, al mismo tiempo que ellos, encaminarse al Camino de Santiago, huyendo de los avatares de las guerras y atropellos que las huestes de Simón de Monfort y otros caballeros estaban propiciando últimamente. Era una época de destrucción y huidas que

hacían que nadie se encontrara tranquilo en donde estaba. La consecuencia era la movilidad de las gentes, los caminos llenos de peregrinos y mercaderes en busca de cierta tranquilidad.

Las dos familias entraron en conocimiento unos días antes del enterramiento del tesoro. Ocurrió casualmente, cuando Juana de Montpetit vio a Guillaume pelear con unos bergantes en la plaza y avisó a sus hermanos, los cuales acudieron en ayuda de su vecino, con el que no habían cruzado hasta ese momento más de dos palabras. Estaban impresionados por la desigualdad de las fuerzas ya que Guillaume se batía con cuatro adversarios al mismo tiempo. Esto les llamó a buscar justicia y rápidamente entraron en pelea. Pocos minutos tardaron en dar cuenta de los cuatro bribones, ya que los jóvenes eran buenos luchadores y de talla fornida. Al acabar la pelea, con los bellacos en el suelo, descalabrados y malheridos, le faltó tiempo a Guillaume para invitarles a unos vasos de vino en su casa.

—Creo que es buen momento para catar un vino que tengo en unos odres que espero os hagan revivir, si en algún momento os encontrasteis cansados.

—Aceptamos de buena gana, pero no nos minusvalores. Esto para nosotros ha sido un juego.

—No pensaréis que para mí ha sido otra cosa —contestó ufano Guillaume.

—Pues en ese caso no se hable más. Vayamos, no hagamos esperar un buen caldo.

De esta manera tan sencilla, y al mismo tiempo tan intensa, es como las dos familias entraron en conocimiento. El resto lo hizo el tiempo, ya que entre Juana y Guillaume creció una amistad más intensa de lo normal.

Todavía no tenían mucha confianza por lo que los corazones de las dos familias no se habían abierto completamente. Sólo sabían unos de otros de dónde procedían. Ambos recalaron en la ciudad de Albi y allí es donde iniciaron el camino a Sarria, donde se habían asentado hacía ya varios meses. De la estancia en Albi sólo comentaban los temas de mercadería a los que se dedicaban. La familia Montpetit también ejercía labores de asesoramiento financiero y de apoyo a pequeños comerciantes en sus menesteres diarios.

Ahora, en la ciudad de Sarria, ambas familias habían iniciado una nueva vida, merced al anonimato y prudencia en la que se desenvolvían. La amistad entre ambas iba creciendo con el tiempo y el amor entre Guillaume y Juana florecía como las rosas de su jardín. Ninguno dudaba ya que pronto o tarde la situación fuera a acabar en boda. Incluso las mujeres de la casa hablaban

abiertamente de la primavera, como época ideal para el casamiento. Sería para el mes de mayo, del año 1214, cuando el desposorio se debía celebrar.

Para cerrar el trato de la ceremonia, y todos los aspectos relacionados con el ajuar, tuvieron una cena bien regada con unos vinos especiales que Armand hizo traer para la ocasión. Las mujeres tomaron jugo de aloja, una bebida de agua, especias y miel que Acalais preparaba con mucho primor.

Los regalos de boda fueron acordes con la ocasión y con los medios económicos, que no eran escasos, de las dos familias. Armand regaló a su futura nuera un bargueño castellano que compró a unos vecinos que se iban a trasladar de ciudad. La pieza, original por su marquetería y herrajes, de una belleza sin par, hizo las delicias de todos aquellos que lo quisieron ver. Por su parte, Godofredo regaló a Guillaume, su hijo como ya le llamaba, una colección de arcabuces y mosquetes de diferentes países, adquiridos todos ellos a un mercader que provenía de Flandes camino de Sevilla. La colección, de doce piezas, de un valor incalculable, era envidiada por todos los vecinos de la ciudad, ya que a las dos familias se las reconocía como gente importante en la sociedad. El ajuar de la novia estaba compuesto de buenas telas de lino y seda, amén de una vajilla especial, regalo de los hermanos de la novia.

—¡Por los huesos de mi padre y por los siglos de mi madre! —exclamó Archimbaud—. Esta va a ser la boda del año.

—La boda del siglo diría yo —añadió Jacques, con una media sonrisa. Hasta ese momento había estado callado. Su ensimismamiento no le dejaba hablar.

De esta manera, entre alharacas, risas y comentarios sobre el futuro, pasó la cena, hasta que al final Acalais rompió la timidez de ambas familias para preguntar:

—¿Cómo llamaréis al varón? Pues el primero será un varón, supongo.

—Nos gusta el nombre de Alonso —contestaron vívidamente al mismo tiempo.

—¿Y si es hembra? —se atrevió a preguntar Godofredo.

—Si es hembra, la llamaremos Inés.

—Ambos nombres son muy bonitos —contestó Armand, que estaba muy pensativo durante esta discusión.

Las semanas siguientes se ocuparon en los preparativos habituales, siendo el primero y más principal la búsqueda de una casa. La idea principal es que tenía que estar cercana a la de ambas familias, por lo que había poco para elegir aunque, sin embargo, había dos o tres casas de unos mercaderes que se estaban

trasladando a Santiago, ya que habían decidido iniciar unos negocios en esa ciudad, relacionados con el peregrinaje.

Una de ellas fue la que más gustó a todos, no sólo por el patio central que tenía, sino también por la galería porticada, una de las más bellas de la ciudad y sus alrededores. Ponerse de acuerdo en cuanto al precio no fue difícil pues ambas familias tenían una situación financiera desahogada y querían lo mejor para sus hijos. El afán de ellos era que formasen una gran familia y que siguieran con los asuntos económicos de los padres.

La boda fue de las que marcó época en la región. Sonó la música hasta altas horas de la madrugada. Las vihuelas y los panderos amenizaron una cena donde los carneros, aparte de los novios, fueron los protagonistas principales. Los odres contenían buenos vinos que ayudaron a la digestión. Con la noche las hachas y luminarias ayudaron a conseguir un marco adecuado y romántico. El baile se prolongó durante horas y las primeras luces del alba dieron la señal de que la fiesta acababa. La iglesia estuvo cubierta de flores, no sólo en el altar, sino también en el pasillo central, por donde avanzaron los novios al son de la música de un órgano, cuyo pianista fue traído al efecto desde la ciudad de Santiago. Después de la ceremonia, los novios dieron un paseo, en carroza descubierta, por toda la ciudad. Todos los detalles fueron estudiados convenientemente pues hasta la manija de la portezuela del carruaje estaba cubierta por flores blancas. A la fiesta todo el pueblo estaba invitado. Era la boda más importante de los últimos años y nadie debería estar ausente de la misma. El derroche de comida y vino era la base de la alegría del momento.

El tiempo pasó y al cabo de un año y medio nació Alonso, que hizo las delicias de ambas familias. A los tres años nació Inés, por lo que la pareja de hijos eran la admiración de amigos y vecinos. Todos recordaban la boda tan principal de hacía tan sólo tres años. El recuerdo perduraría aún durante mucho tiempo. Alonso, el primogénito, e Inés se criaron como buenos mozos en respeto a sus padres y abuelos. La familia era un remanso de paz y amor. Los tiempos del Languedoc habían quedado, afortunadamente, atrás y ahora sólo eran un recuerdo en el pensamiento, pues las conversaciones casi nunca giraban sobre estos temas. Hablar de estas cosas eran temas prohibidos y se evitaba, a toda costa, cualquier comentario que girase sobre el particular. La existencia anterior eran páginas que habían quedado en blanco, hojas que se habían desprendido del libro de su vida. Comenzaban otra actividad, en un lugar diferente, y su subsistencia dependía, en gran medida, de cómo enfocasen su nueva situación.

9

Jerónimo Münzer y su hijo Albretch caminaban a buen ritmo en dirección a la ciudad de Sevilla. Según sus cálculos llegarían a mediados del mes de noviembre, cuando aún los fríos no hacían mella en los viajeros. Las caballerías habían resistido bien el camino y no hubo necesidad de cambiarlas, nada más que una vez en la zona de Francia, ya casi a la entrada de España. Las conversaciones entre ambos sirvieron para cerrar cada vez más el estrecho círculo y transmitir a Albretch que sería el heredero de la enorme biblioteca de la familia. Debía por ello preocuparse de todo lo relacionado con la misma.

Con las primeras luces del día veinte de noviembre, de acuerdo a los planes previstos, avistaron los numerosos campanarios de las iglesias de Sevilla, así como las imponentes murallas de la ciudad. De todas, destacaba una que se levantaba con más prestancia y soberbia sobre las demás. Era la torre nueva de la iglesia Mayor. Atravesaron la torre del Oro y la torre de la Plata junto al Arenal donde atracaban y partían las flotas para el Nuevo Mundo. Había gran cantidad de muchachos que descargaban la mercadería, toneles, barriles, fardos y botijas de las naves que llegaban. Las apilaban en una zona donde los mercaderes las recogían para realizar los tratos comerciales posteriores. Era un desconcierto completo, pero dentro del desorden, siempre había una especial organización que hacía que nada estuviera fuera de control. La turbamulta se agolpaba alrededor de las caballerías de Jerónimo y su grupo. Caminaban despacio entre la muchedumbre tratando de no lastimar a nadie, en especial a algún chiquillo que se cruzaba entre ellas.

—¿Hay alguna posada cerca para poder recogernos y dejar las caballerías? —preguntó Jerónimo a un muchacho que se acercó con ánimo de solicitar alguna moneda.

—Esa información vale dinero. Puedo hacer de escudero el tiempo que estéis en la ciudad.

—Esa pregunta bien merece una respuesta espaciada. De momento danos la información que te pedí y después ya hablaremos.

—Sigan recto y salgan por la segunda a mano derecha. Al final de esa calle encontrarán una posada con un buen patio y un cobertizo para dejar las caballerías. Les atenderán a ellas y a ustedes como señores que son y se merecen.

—Pásate por la posada en una hora, el tiempo que necesitaremos de adecentarnos un poco y hablaremos sobre tu futuro.

—Muchas gracias, señor —dijo el joven al tiempo que hacía una reverencia hasta casi dar con la nariz en el suelo.

—¿Cuál es tu nombre, muchacho?

—Martín, para servir a Dios y a usted. ¿Y su gracia cuál es, señor?

—Me llamo Jerónimo, Jerónimo Münzer de la ciudad de Núremberg y mi hijo se llama Albretch.

—Muy bien excelencia, en una hora estaré con vos —contestó el muchacho con voz no tanto servil como con deseo de agradar a su nuevo amo.

En la posada les dieron una habitación con un buen baño. Los maravedíes que ofrecieron abrieron todas las puertas. Una buena camisa, un jubón limpio y unos calzones adecuados, amén de unas botas bien lustradas y el chambergo colocado en su lugar, fueron los detalles necesarios para demostrar un porte adecuado.

En la estancia inferior les estaba esperando Martín, que ya se había apresurado a indicar al posadero que sirviera unas buenas viandas a su señor, el cual estaba muy bien acostumbrado a estas cosas, según le dijo, aun a expensas de haberle conocido tan sólo unos minutos antes.

Cuando bajaron la escalera, padre e hijo acapararon la atención de los allí hospedados y transeúntes, pues el donaire y la galanura de ambos era para proferir exclamaciones de admiración y sorpresa.

Martín, orgulloso de estar a las órdenes de su señor Jerónimo, aun a costa de no haber cerrado el trato todavía, procuraba ensalzar la imagen de un gran señor que venía de tierras lejanas con idea de aposentarse en la ciudad durante un tiempo y de realizar labores de mercadería. No sabía cuáles eran las intenciones, pero él no se iba a quedar callado ante lo que imaginaba era un gran noble de otro país, que por conversaciones de calle con sus amigos, conocía como lejano y rico. Esa era su idea sobre la ciudad de Núremberg, cuya pronunciación le costaba lograr. Sin embargo, le importaba un ardite si esta ciudad estaba lejana o no. Lo fundamental para él, ahora, era que había entrado al servicio de un gran caballero. Al menos eso lo daba por descontado.

Jerónimo, mientras tanto, pensaba en la importancia que tenía entrar en tratos con el librero y conseguir los libros por los que tanto ansiaba. De momento lo que se presentaba era bregar con una buena comida y con un descanso, para más tarde entrar en tratos con Martín.

—¿Qué sabes hacer? —preguntó de sopetón Jerónimo.

—De todo un poco. Aquí necesitará un guía que conozca la ciudad y nadie mejor que yo para este menester. Estoy seguro de que será necesario escudriñar,

abrir los ojos y los oídos a cualquier cosa, entremezclarse con las gentes. En una palabra, hacer cosas que a su excelencia le están vedadas.

—Chico listo, este Martín —dijo Albretch dirigiéndose a su padre.

—Sí, creo que nos interesa. Te daremos diez maravedíes por semana. Si las noticias son importantes subiremos la cantidad a quince. ¿Qué te parece?

—Por mí está bien —contestó, al tiempo que pensaba que era un salario tres veces del que tenía idea recibir—, trataré de hacerme ganar los quince. ¿Por dónde quiere que empecemos?

—Me interesa conocer los libreros que hay en la ciudad. Tengo curiosidad por este tema.

—Eso está hecho. Ha dado con la persona indicada —contestó como si fuera un estudioso de las letras y no hubiera salido de ellas en los años que tenía.

—Pues eso es lo que deseo en primer lugar. Te entremezclas con la gente, estudias el terreno y me dices quién o quiénes son las personas, hidalgos, cristianos viejos o libreros, cualquiera, me importa un ardite, que tenga algún libro interesante del que quiera desprenderse. No des demasiadas pistas, ni denotes interés. Sólo curiosidad. Eso es importante. ¿Está claro?

—Claro como el agua de la fuente de la plaza.

No había desaparecido el eco de las últimas palabras de Martín, cuando ya había desaparecido por la calleja de la derecha. Sin lugar a dudas, había sido una buena elección —pensaba Jerónimo— mientras se echaba un vaso de vino al coleto.

El posadero, hombre grueso y de aspecto bonachón, se acercó a la mesa con idea de enterarse del negocio de sus visitantes. No daba crédito a que personajes tan ilustres, máxime después del baño y el cambio de vestimentas, hubieran decidido aposentarse en su casa. Además por lo que dejaron entrever, no sería sólo por unos días, ya que parecía que al menos se quedarían dos semanas.

—¿Y qué le trae por aquí? —escupió la pregunta al tiempo que les servía unos vinos.

Jerónimo no tenía muchas ganas de entrar en conversación pero pensaba que callar sería más llamativo que contestar, por lo que se atrevió a dar, sin una mayor trascendencia, una simple explicación.

—Esta es una buena tierra para hacer negocios —contestó lacónicamente.

—¿Qué tipo de negocios? A lo mejor le puedo ayudar.

—Nada especial, un poco de aquí, un poco de allá.

Parece que el posadero se dio cuenta que su cliente no tenía ganas de dar mucha información, pero su ánimo no se amilanó por ello y volvió a la carga con nuevas preguntas.

—Aquí los mejores negocios son los relacionados con los materiales que llegan del Nuevo Mundo. Es una mercadería segura, que sólo necesita tener dinero para iniciarla. Después, todo viene rodado.

—Habrá que pensar en ello —contestó Jerónimo, arqueando las cejas y dando muestras de una simpatía desmesurada en la cuestión, cuando en la realidad no tenía la menor muestra de interés.

—Yo puedo mantenerle informado, si lo necesita. Sólo tiene que decirme cuál es su intención.

El mesero no daba por perdida la batalla. Quería tener la información, a toda costa, de cuáles eran los objetivos de tan insignes personajes. Nunca entró gente tan importante y esta vez, que había sucedido así, no la iba a desperdiciar.

—¿Qué les parece el carnero? ¿Está a su gusto?

—Exquisito. Bien merece este vino que nos ofreció.

—Pues si me dan unos minutos iré a traerles el mejor caldo de mi bodega.

Dicho y hecho. El posadero se dirigió escaleras abajo, en dirección a su bodega, a la que se accedía a través de una trampilla que había detrás del mostrador. Pocos minutos después asomaba su cabeza redonda, medio calva y mofletes sonrojados, con una botella en la mano. Sólo mirarla ponía los pelos de punta. Era un vino de hacía veinte años. Al descorcharla dijo: «mis huéspedes son los mejores paladares que he tenido en muchos años en mi casa y se merecen este vino». Mientras pronunciaba esta frase, escanciaba el suave licor en los vasos, haciendo comentarios sobre el color del caldo.

—Es muy aromático y suave. Es el perfecto vino para acabar una mesa. Con esta botella no es necesario comer nada. Sólo paladear y paladear.

—En efecto, es quizás el mejor vino que he tomado nunca —dijo Jerónimo, mientras paladeaba. Comentario que tenía mérito, dado que, allá en su tierra, era poseedor de grandes vides siendo una de sus aficiones favoritas.

La frase hizo mella en el posadero, el cual se hinchó un poco más de lo debido, hasta el punto de estar a un paso de explotar.

—Es gracia que me hace vuesa merced —dijo a modo de contestación—, una cortesía como ésta bien la merece una persona de su alcurnia y boato.

Jerónimo y su hijo, al mismo tiempo, se inclinaron en señal de educación y agradecimiento por la lisonja recibida.

La botella de vino no duró demasiado tiempo por lo que la siguió una segunda, ante la insistencia del posadero, que afirmaba que de ninguna de las maneras unos señores tan ilustres se iban a levantar de la mesa después de haberse bebido sólo una. Las botellas iban en pareja y así debía ser. Mediada estaba la tercera, pues no hay dos sin tres, en palabras del dueño de la posada, cuando afortunadamente para la bodega regresó Martín con las buenas nuevas.

—Tengo muchas noticias que darle, mi señor —dijo al tiempo que pidiendo permiso con los ojos, se sirvió un buen vaso de vino a rebosar.

—Desembucha, pues, si tu vida valoras en algo —contestó Albretch, dando muestras, ante su padre, de brío y rudeza.

El padre miró a su vástago con orgullo, aunque pensando que no era necesario demostrar tanta brutalidad en las preguntas.

—Hay un cristiano viejo que tiene una buena biblioteca. No sé si la vende, habría que entrar en tratos con él. También tengo noticia de unos judíos que poseen buenos libros y desde luego varios libreros con almacenes al público, en los que se pueden ver muchos libros. Entré en la tienda de uno de éstos, quizás el más principal, pudiendo ver la gran cantidad de ellos en las estanterías. Lo que no sé es si están los que le interesan a su merced.

—Eso ya lo veremos después. Ahora lo importante es hacer una lista con todas las personas que tengan buenos libros. Aunque no los vendan. Todo tiene su precio y por un doblón de más o de menos no me voy a quedar sin el que me interesa.

Con la conversación la tercera botella se había acabado. No era el momento de seguir con la bebida, pues ya los efluvios empezaban a actuar y eran malos consejeros para los negocios.

—Además es una buena hora para dar una vuelta por la ciudad y así despejarnos un poco.

—¿Por dónde quiere ir? ¿Qué es lo que desea conocer? —preguntó solícito Martín, para quien todo era deseo de hacerse el imprescindible.

—De momento sólo quiero hacerme una idea de esta ciudad.

—Daremos una vuelta por el Arenal y por el castillo de Triana, donde se encuentran las cárceles y los tribunales del Santo Oficio —y al decirlo, un temblor le recorrió el cuerpo de abajo arriba.

Con la tarde bien entrada y las luces encendidas, cuando la ciudad se encontraba en un duermevela, el grupo compuesto de Jerónimo, su hijo, Martín y dos soldados que les acompañaban a todas partes desde que salieron de la ciudad de Núremberg, se dirigieron a través de diferentes callejas a la iglesia Mayor, que a esa hora estaba cerrada. Los mercaderes que se sentaban en las gradas para hacer sus negocios del Nuevo Mundo ya se habían retirado. Era la

hora de las tinieblas y de las sombras del miedo. El tráfago de gentes, que tan sólo hacía pocas horas era intenso en esta plaza, había desaparecido. Las gentes de buen vivir se habían retirado a sus casas y aquellos que, ateridos por el frío y el hambre, no poseían un lugar adecuado donde dormir, estaban al resguardo bajo fardos y lonas que en el día ocupaban las mercancías.

Pasaron por el Compás de la Laguna, zona dedicada a la prostitución, donde las mujeres salían al quicio de la puerta a ofrecer sus servicios. De vez en cuando se veía algún soldado con su barragana de turno, conversando tranquilamente en espera que sus compinches acabaran su trabajo y se reunieran con él para seguir la juerga. Eran unas callejas destartaladas, viejas, como el oficio que en ella se realizaba. Había alguna casa de lenocinio mejor que otra. Por supuesto eran más caras, les aclaró Martín, para quien estas cosas de la vida no ocultaban ningún secreto. A pesar de sus dieciocho años ya tenía una vida intensa y su experiencia, como les dijo después, era amplia. No temía a nadie ni a nada. Bueno, con la sola excepción del hambre, pero a estas alturas de la vida, ya sabía cómo arreglárselas para esquivarla. E incluso —les decía— a veces hasta un buen vaso de vino se echaba al coleto.

El grupo, tan compacto y armado, daba respeto a los delincuentes, facinerosos, bellacos, violadores y criminales que a esas horas salían de las casas en busca de negocios. En las calles pululaban por doquier por lo que era aconsejable ir siempre acompañado y mejor con una buena espada y algún soldado, que ya retirado, se alquilaba a los grandes señores para defenderlos de cualquier mal encuentro. En Sevilla, esos años de luchas y calamidades, se podía encontrar cualquier cosa, por lo que no estaba de más ir preparado para cualquier eventualidad.

Martín les contaba que en aquella esquina —señalaba con la mano— el día antes de antes de ayer encontraron a una mujer muerta que había sido violada. «En la casa por donde ahora estamos pasando —decía—aparecieron la semana pasada dos muertos. Parece ser que en lucha pasional por una vecina que tenía amores con ambos». Y así entre dimes y diretes, la visita por el centro de la ciudad y sus arrabales se hizo más llevadera.

Cuando terminaron el paseo ya era bien entrada la noche y las sombras que se proyectaban sobre las paredes blancas de caliza daban un tono mortuorio al ambiente. Las luminarias, en las esquinas de las calles, servían para poco, más que nada, para señalar algún testigo inoportuno.

Jerónimo decidió dirigirse a la posada. ¡Había sido un día largo!

—Puedes dormir con los criados, si así te place —dijo dirigiéndose a Martín, que en la puerta se hacía el remolón para irse—, no son horas para que un mozo como tú ande solo.

10

El día amaneció destemplado. Una fría niebla reptaba por las paredes de las casas y las faldas de las montañas circundantes. El albergue estaba frío y levantarse a esa hora era un suplicio.

Elena se desperezaba lentamente a la par que emitía una sonrisa de satisfacción al despertar. Había pasado una gran noche, eran sus palabras como saludo del nuevo día.

—Me encuentro a tope. He descansado maravillosamente —dijo Elena poniendo ojos cándidos.

—Yo también me encuentro perfectamente —contestó Andrés lánguidamente.

El amor había calado profundamente y la noche pasada era testimonio de ello. Atrás quedaban los miedos de las sombras nocturnas, de las figuras humanas que les seguían por detrás de las columnas de la plaza porticada.

Se prepararon rápidamente para la marcha del día. La etapa comenzaba, como les dijo el guía la tarde anterior, a las ocho de la mañana, de Palas de Rei a Arzúa. En total unos treinta kilómetros. Cuando bajaron ya estaban varios del grupo en el desayuno oyendo las explicaciones del guía. Estaban todos. Sólo faltaban Juan y Luís que, cosa extraña, siempre eran los primeros en estar preparados. El guía seguía con sus explicaciones, haciendo oídos sordos cuando le decían que esperara a todos para la información de la etapa.

—Ya bajarán —comentó de mala gana—, ayer os dije a todos que la etapa se pone en marcha a las ocho en punto y que a las siete hay que estar desayunando.

—Voy a ver qué pasa, a lo mejor se han quedado dormidos. Es muy extraño —añadió Andrés, al tiempo que subía las escaleras en dirección a las habitaciones.

La puerta de la habitación estaba cerrada y nadie respondió a los golpes que Andrés se afanaba en dar. Elena, como no bajaba, subió a ver qué pasaba.

—Es imposible, no contestan.

—Tendremos que ir a buscar al dueño del albergue para que nos abra la puerta —sentenció Elena.

—Me parece que le he visto desayunando abajo. Vete y dile que suba, por favor.

No habían pasado más de dos minutos cuando el encargado del albergue subía con la llave maestra.

—Esto no me da buena impresión —le soltó de golpe Andrés, al tiempo que se apartaba para dejarle que abriera la puerta.

Una suave vuelta de la llave en la cerradura dio paso a una fuerte impresión. Luís y Juan, uno en cada cama, estaban muertos con un tiro en la sien. Un espectáculo macabro que tardarían tiempo en olvidar. La habitación aparecía toda revuelta, como si hubieran buscado algo que tenían escondido. Daba la impresión de que quienes fueron buscaban algo valioso y por lo visto parecía que no lo habían encontrado. En otro caso no habría tanto desorden, aunque lo que sí estaba claro es que los dos muertos eran la consecuencia de la búsqueda, hubiera sido ésta positiva o negativa.

—No toquemos nada. Vamos a llamar a la policía que a su vez llamará al juez de guardia. Voy a avisar a los demás —dijo Andrés con voz autoritaria.

El grupo había terminado de desayunar y estaba a la espera de ver lo que ocurría con sus compañeros.

—Ha ocurrido una desgracia. Luís y Juan… muertos —dijo con voz compungida.

—¿Muertos? —dijeron al unísono Clara y Ana.

—Sí, muertos y bien muertos —insistió.

—¿Qué es lo que ha pasado?

—No sabemos nada. Lo hemos dejado todo como estaba.

—¿Pero con un tiro? —preguntó Miguel Ángel.

Andrés no recordaba haber dicho el modo de la muerte. ¿Cómo Miguel Ángel se adelantó? En ese momento no podía pensar en nada, sólo en informar.

—Un tiro en la sien —contestó escuetamente.

—Lo haría con una pistola con silenciador, no oímos nada —atajó el guía.

Nuevamente, pensaba Andrés. ¿Cómo sabía que la pistola debía de llevar silenciador? Él tenía la puerta contigua y debería haber oído algo, quizás lucha o conversación, primero algo que delatase que se encontraba un extraño en la habitación.

Todo eran cábalas y conjeturas. Hasta que no viniera el juez lo mejor sería estarse quietos sin hacer comentarios que no servirían nada más que para enredar la cuestión.

El grupo se quedó quieto sin saber qué decir, mientras que Andrés tomaba las riendas de la situación, tratando de animar a la gente, en especial a Clara y

Ana, que estaban sumidas en el dolor, en un mar de lágrimas al borde de un ataque de nervios. Miguel Ángel mientras tanto, seguía con el desayuno como si tal cosa e incluso pidió una tostada más con más mantequilla, «porque cada vez ponéis menos mantequilla en las tostadas y el zumo de naranja lo hacéis más pequeño» le dijo al posadero.

Estos comentarios no pasaron desapercibidos para Andrés que no podía entender cómo, en estas circunstancias, alguien podía preocuparse del tamaño del jugo de naranja o de la cantidad de mantequilla en la tostada.

No habían transcurrido diez minutos cuando se presentó la policía en el albergue. En primer lugar recabó la presencia de todos y tomó nota de los nombres, direcciones y documentos de cada uno de los que estaban en ese momento, sea desayunando o durmiendo. Todos fueron citados en la cafetería y las puertas permanecieron cerradas con un policía en cada una de ellas para que nadie entrara o saliera. A cada uno le preguntaron qué es lo que había hecho desde la tarde anterior, ya que estimaban que la muerte había sucedido en un horario entre las doce de la noche y las siete de la mañana. Todos fueron dando razones de lo que habían hecho y si tenían algún testigo que corroborara la versión. Andrés y Elena, primero por separado y después juntos, dijeron que estuvieron en la misma habitación, la contigua y no oyeron ningún ruido. Elena, al manifestar que había estado en la habitación de Andrés, se sonrojó y tuvo que entrar en explicaciones a la policía del porqué no había elegido la suya, dado que tenía una habitación individual. Esta versión afortunadamente fue corroborada pelo por pelo por Andrés.

Los demás dieron toda suerte de explicaciones sobre el particular. Como todos iban en parejas, y sus explicaciones cuadraban, en principio no se observó ningún problema. El guía había estado con unos amigos tomando unas copas y se retiró a su habitación hacia la una de la madrugada.

Andrés estuvo prestando oídos a todas las versiones, en especial a la del guía, ya que se había quedado con la mosca detrás de la oreja con aquello del tiro. ¿Cómo pudo suponer que la causa de la muerte era un tiro de pistola? ¿Y que ésta llevaba silenciador? El asesinato bien podía haberse realizado fuera del albergue y el asesino o los asesinos llevar los cuerpos a la habitación. Eso lo tendría que decir el forense, que para eso tenía preparación en criminología. Había demasiadas preguntas sin respuesta y desde luego, como le volvió a repetir a Elena, la cara del guía nunca le había gustado. Ella pensaba lo mismo y como estaba presa de los nervios, no quiso entrar en más detalles. Para el comienzo del día ya era suficiente, pues no eran más de las ocho y media y ya

habían pasado cantidad de cosas. No creía que en su vida tuviera una experiencia igual ya que, al entrar en la habitación con Andrés y el encargado, pudo ver los cuerpos con la sangre coagulada que les bajaba de la sien. Y cosa curiosa, a la que antes no dio mayor importancia, los dos tiros fueron en la sien izquierda. ¿Sería zurdo el asesino? ¿Sería diestro? ¿Ambidiestro? ¿Los mató de frente o de espalda? Andrés no supo contestarle a esa pregunta. Él era profesor de Literatura e Historia, pero nada más.

El ambiente estaba enrarecido. Todo el mundo sospechaba de todo el mundo. Las miradas de unos y otros eran torvas, cautelosas, sin visos de claridad. Parecía, a los ojos de Andrés, que todo el mundo tenía algo que ocultar. No era este el momento de entrar en conversaciones con nadie. Clara y Ana en un rincón, calladas, tensas, tristes; parecía que habían sido ellas las últimas que habían hablado con Juan y Luís antes de irse a dormir. Ellos les dijeron que iban a tomar unas copas y que se acostarían temprano.

Eran las nueve o nueve y media cuando se retiraron a su habitación y ya no les volvieron a ver. Esto es lo que dijeron a la policía.

En el otro extremo de la cafetería estaban José y Patricia y las otras dos parejas que hasta este momento no habían dicho esta boca es mía. Estaban tan impresionados que ni siquiera entre ellos hablaban. José apretaba con fuerza la mano a Patricia. En la barra, Miguel Ángel tomaba el segundo café de la mañana y conversaba informalmente con el camarero. Parecía que la cosa no iba con él.

Andrés no perdía ripio de nada ni de nadie. Para él, excepto Elena y él mismo, todos eran posibles culpables, aunque el que iba en cabeza era el guía, tan extraño, tan distante, tan… no sabría cómo explicarlo, pero era un especial tufo el que desprendía y no era precisamente de mal olor.

Mientras tanto, la policía y el juez, que ya habían llegado, investigaban la habitación y los pormenores del asesinato. Más tarde llegó el forense, el cual también tomó nota de los distintos aspectos de la habitación.

—Hay que leer lentamente el escenario del crimen, es como un libro; sin querer nos dice muchas cosas que aparecen en una exploración ordenada y pausada —dijo el forense dirigiéndose al juez, el cual se mantenía sentado en una butaca observando la actuación de su compañero.

Al cabo de dos horas se ordenó el levantamiento de los cadáveres, que fueron trasladados al Instituto Anatómico de Sarria, ciudad que al ser más importante gozaba de las comodidades para hacer una buena autopsia. El forense comentó con el juez, lo que pudo oír Andrés desde las escaleras, que quizás habían sido asesinados mientras dormían, de ahí la falta de lucha que

encontró en la habitación. En las manos de los fallecidos no había pelos del asesino, pues con toda seguridad fue uno el que disparó a la sien. Tampoco se encontraron en las uñas muestras de arañazos o de cualquier otra prueba de lucha. En síntesis, según el forense, el asesino los mató mientras dormían. La conversación duró más tiempo, pero no pudo captar más, ya que uno de los policías decidió bajar a por dos cafés para el juez y el forense.

—Ya han hecho una primera declaración todos ustedes. Ahora deben de permanecer en la ciudad unos días, hasta que tengamos más información. Trataremos de que sean los menos posibles, pero deben comprender que nosotros hacemos nuestro trabajo. Ahora pasa a un segundo lugar su peregrinaje —ordenó con voz de mando el jefe de policía.

—¿Podemos salir del albergue? —preguntó Elena.

—Sí, pero no se alejen de la población. Deben estar todos juntos y en un radio de un kilómetro máximo. En cualquier momento les podemos necesitar. Tenemos los teléfonos móviles de todos y les podemos llamar en caso de necesidad.

—Está bien, así lo haremos.

Eran ya las doce del mediodía y el calor comenzaba a apretar sin demasiado ánimo. El grupo estaba destrozado, no sabía dónde ir ni por dónde pasear.

—Estoy desmadejada, sin fuerzas, me gustaría dejarme caer en una tumbona y no levantarme en horas —dijo Elena.

—A mí me pasa lo mismo —contestó Clara con una voz fina que no le llegaba al cuello.

—Pues si os cuento lo que me pasa a mí —añadió Patricia acercándose al grupo.

—En fin, que ninguno estamos tranquilos. Es un mal trago que nos ha tocado pasar —razonó Andrés sin dejar de mirar de reojo al guía, el cual fumaba como si no hubiera sucedido nada.

—¿Por qué no tomamos algo en la plaza? Nos vendrá bien —dijo una de las parejas que no se separaban ni a sol ni a sombra.

El encargado del albergue les indicó un pequeño recorrido que no se apartaba del radio que les había dado el policía y que terminaba en un bar de la plaza, donde podían estar sentados un rato.

A Elena le daba la impresión, en la calle, de que todo el mundo les miraba, que les señalaban con el dedo, como enterados ya por radio macuto de la mala nueva. La gente se volvía a su paso y hacían comentarios en voz baja. Alguno

algo menos pusilánime hacía algún comentario en voz alta. El paseo duró apenas quince minutos pues enseguida se encontraron fuera del radio convenido. Encontraron el bar que les dijo el encargado y se sentaron un rato.

—Vaya trago que se han encontrado —les dijo el camarero por todo saludo.

La noticia ya era la comidilla del pueblo. Nadie hablaba de otra cosa que no fuera los asesinatos de los peregrinos, como así se les conocía desde primeras horas de la mañana.

Nadie contestó al saludo. Silencio y pesar, esa era la tónica general del grupo.

—¿Y ustedes cómo se encuentran? —insistía el camarero, al cual todo aquello de la necrofilia le gustaba.

—No queremos hablar del asunto —cortó en seco Andrés.

—Está bien, perdonen si les he ofendido. ¿Qué desean tomar?

—Traiga unas cervezas y algo de queso del país. También traiga algo de chorizo y un poco de pulpo —pidió Andrés, que parecía que era el que estaba más entero de todos.

El guía permanecía todo el tiempo en silencio y fumando un tabaco de pipa especial, difícil de encontrar. «Ha debido de traerse una buena cantidad —comentó Elena cuchicheando al oído de Andrés—, pues aquí no se encuentra esta marca».

El tiempo pasaba lentamente, nadie se atrevía a decir nada, estaban como unos zombis, sin pensar, sin articular palabra, sin capacidad de movimiento. En una palabra, como en estado catártico.

Al cabo de media hora se acercó uno de los policías y les dijo que el comisario les quería ver en unos minutos. Que se fueran acercando de dos en dos para hacerles unas preguntas y que fuera cada treinta minutos para dar tiempo al interrogatorio.

Andrés y Elena quisieron ser los primeros y se dirigieron a la comisaría acompañados por el policía.

—El comisario es muy puntilloso y le gusta atar todos los cabos —dijo el policía a Elena, que se encontraba cerca de él.

—La verdad es que esto nos ha superado. Ustedes estarán acostumbrados pero nosotros no.

—A los asesinatos no se acaba de acostumbrar nadie. Para ello hay que ser canalla y los que pertenecemos al cuerpo somos personas como las demás.

—¿Tienen alguna idea de lo que ha pasado? —se atrevió a preguntar Elena.

—Idea, ideas muchas. Lo que les aseguro es que les cogeremos.

Elena respiró algo más tranquila en la confianza de las últimas palabras que había escuchado. Sin saber por qué el policía le infundía tranquilidad y respeto, lo mismo que el comisario que les hizo el primer interrogatorio.

Con esta corta conversación llegaron a la comisaría, donde ya les estaban esperando.

—Muy bien señorita Sastre —soltó de sopetón el comisario—, estudié con su padre en el colegio. Fue un buen amigo mío y sentí mucho su fallecimiento.

—Qué casualidad, no sabía nada.

—¡Cómo iba a saberlo si usted no había nacido aún!

—Claro… ya me imagino.

—Bien, vayamos al grano. ¿Me dicen que no oyeron nada estando en la habitación contigua?

—En efecto así es —ahora era Andrés el que se atrevió a contestar.

—A qué hora se acostaron, vamos, quiero decir que a qué hora se durmieron —aclaró con cierta timidez y dirigiéndose al policía le dijo—: ¿Quiere hacer el favor de salir un momento y dejarnos solos? Hay cosas que es mejor comentar en la intimidad. Me gustaría que me explicaran, bueno explicarais —hizo el comisario la pregunta de otra manera, pensando en que fue compañero de su padre— la razón por la que si teníais dos habitaciones individuales, decidisteis dormir en una de ellas.

—La explicación entra dentro de lo privado —contestó Andrés ligeramente airado.

—Aquí los límites entre lo privado y lo público los marco yo. ¿Está claro?

—Muy sencillo, nos habíamos caído bien, nos gustamos y quisimos pasar la noche juntos. No creo que sea nada malo. Somos dos personas adultas y sabemos lo que hacemos.

—Pero no es esa la cuestión que me interesa, sino el por qué elegisteis la habitación contigua a la de los asesinados.

—No elegimos la habitación contigua, sino que elegimos mi habitación. Esa es la respuesta acertada y correcta —contestó Andrés remarcando sus palabras.

—Bueno, pues aparte sutilezas, me interesa aclarar por qué no oyeron un ruido estando tan cerca. Este dato es fundamental. Tómese el tiempo necesario para contestarme y piénselo bien. ¿A qué hora se durmieron?

—Creo que sería como la media noche. No creo que pasara de las doce y media.

—¿Y ni antes ni después oyeron nada?

—Sí, así es. Nada de nada. Aunque resulte extraño esa es la verdad.

—¿No sería que estaban demasiado ocupados?

—Ese comentario me parece inapropiado viniendo de quien viene.

—Tiene razón. Era sólo una broma.

—Pues de mal gusto, pero… el tener la sartén por el mango no le da derecho a ello.

—Bien dejémoslo. Siento el comentario.

—¿Y qué tiene que ver para ser tan importante el oír ruido o no?

—Es fundamental para conocer varias cosas, pero de acuerdo con el forense hemos pensado en la posibilidad de que estuvieran drogados y que el asesino tuviera fácil el tiro en la sien mientras ellos dormían plácidamente. Un silenciador no hace nada de ruido. Es como un ligero golpe seco.

—Ahora que lo dice sí que oímos dos pequeños golpes como si se hubiera caído un libro al suelo. Nada más. Eso es lo que nos pareció.

—Sí, así fue. Sólo eso y no le dimos más importancia—cortó Elena.

—Pues fijaros si la tiene. Asesinados a la par que drogados. Eso nos lo dirá la autopsia, pero si así se demuestra, sólo nos quedaría saber con quién o con quiénes estuvieron en la noche tomando copas. Hubiera sido muy fácil echar algo en ellas. Los análisis nos lo dirán. La química no se equivoca y sólo será cuestión de días. Las muestras las mandaremos a Santiago y la respuesta no tardará en llegar. Ya está el forense con la autopsia.

—Veo con agrado que la policía se mueve deprisa —afirmó Andrés.

—No le quepa duda. Este caso lo cerraremos muy pronto, por eso sus testimonios eran básicos para nosotros. Lo que no podía pensar el o los asesinos es que en la habitación contigua estuvierais ambos y despiertos a esa hora. Por el momento es suficiente. No creo que os necesitemos más y por lo que a mí respecta, pasado mañana podéis continuar con el camino. Entre hoy y mañana terminaremos todas las diligencias que nos quedan. Ahora continuaremos con el resto del grupo.

—¿Podemos pasear algo más lejos que el radio que nos han marcado?

—Sí, podéis ir donde queráis, siempre que durmáis en el mismo lugar —y al decir estas palabras una ligera sonrisa, imperceptible para ellos, se escapó de sus labios.

Elena y Andrés se levantaron y se dirigieron a la puerta y ya desde el otro lado de la misma le dirigieron un lacónico saludo de despedida.

—Es un poco borde el amigo de tu padre ¿no crees? —comentó Andrés ya en la calle al abrigo de miradas impertinentes.

—Pues sí que lo es. Luego, cuando entras en materia y estás un rato hablando con él, deja de parecerlo. A lo mejor es su papel.

—O a lo mejor es que te acostumbraste a sus ironías fuera de contexto.

—Sí, también puede ser.

—Bueno, pues ¿dónde te apetece comer?

—Podíamos ir a un lugar tranquilo, al amparo de miradas indiscretas. En esta ciudad parece que todo el mundo nos conoce.

—Ayer al pasear vi un lugar que me pareció interesante y que creo que te gustará. Después, si quieres, vamos a echarnos la siesta —y con la pregunta se le escapó una suave sonrisa.

—Veo que tu propuesta y tu pregunta se acompañan de un adarme de ironía.

—Es que me he acordado de la noche pasada y podíamos repetir la experiencia ¿no te parece?

—Siempre y cuando no sea en tu habitación. Le tengo un poco de prevención.

—Pues tenemos donde escoger —ahora la afirmación sí que se acompañó de una amplia sonrisa, seguida por la de ella junto con un amplio eritema facial.

El almuerzo y la siesta posterior fueron de los que marcaron época. Con el primero quedó saciada su hambre y con la segunda sus impulsos y sentimientos encontraron su liberación. En ella se realizaron y cumplieron sus deseos más íntimos. Compartieron sus preocupaciones y quedaron libres de sus ataduras. Ahora quedaban lejos los incunables enterrados, los muertos que iban a sepultar y sus miedos. Parecía que todo eso era un sueño, distante en el tiempo, como de otra galaxia y ellos flotaban en una nube de amor y dicha.

Al despertar se sintieron más positivos para enfrentar los problemas con una visión diferente, con una perspectiva distinta.

En la calle el resto del grupo caminaba hacia la cafetería de la mañana. Parecía que no conocían otro lugar. El camarero ya les saludaba familiarmente, aunque sin atreverse a preguntar directamente; sólo utilizaba pequeños comentarios sin importancia como ¿todavía siguen por aquí?, ¿cuándo continúan el camino? y cosas parecidas.

Elena y Andrés se les unieron con el fin de conocer cómo habían ido los interrogatorios. Cada uno contó el suyo y quien más o quien menos, señaló que

la policía no tenía ninguna idea acerca del caso. Cuando Clara y Ana hicieron estos comentarios, Andrés miró disimuladamente a Miguel Ángel, el cual tuvo inconscientemente un reflejo en su mirada, algo imperceptible si no lo esperas, pero que para él significó mucha información. A partir de ahora le vigilaría, sería su sombra, no se apartaría de él nada más que lo imprescindible. Estaba seguro de que ocultaba algo; no sabía hasta qué punto, pero que había algo, no le cabía la menor duda.

Los demás no sospechaban de nadie, por lo que la conversación entre ellos era libre y sin ataduras que la menoscabasen.

Para la cena tomaron lo mismo, unos aperitivos a base de queso de la región, pulpo, jamón y cervezas. No tenían demasiado apetito por lo que dejaron la mitad en los platos. Regresaron pronto al albergue. Se había hecho de noche y ya las sombras invadían la plaza y las calles aledañas. Andrés y Elena no querían experimentar lo de la noche anterior y se retiraron con el grupo. Además había un acuerdo tácito, nadie debía ir por su cuenta. Lo mejor era ir todos juntos. Al llegar al albergue Elena le propuso su habitación.

—No podría dormir en tu habitación, sabiendo que en la puerta contigua esta noche hubo dos asesinatos. Mejor nos vamos a la mía ¿qué te parece?

—Pues no puedo estar más de acuerdo contigo.

Por la noche hicieron el amor de nuevo. Ambos estaban deseosos de ello por lo que cumplieron sus deseos ampliamente. Nadie ni nada les perturbó un sueño tranquilo, reposado, sin interrupciones de ningún tipo, aunque con ciertos pensamientos y resquemores que desaparecieron en seguida.

11

Las primeras luces del día enfilaron la abertura de las contraventanas de la habitación de Jerónimo Münzer y su hijo. Se lavaron con agua fría; no les habían subido el caldero de agua caliente y bajaron rápido a desayunar.

La mujer del posadero había preparado unos cuencos de leche a rebosar con unas pastas recién horneadas. No habían empezado a tomar el sabroso desayuno, cuando Martín entraba en la estancia con la sonrisa burlona que le caracterizaba. Era un nuevo día y la faena que tenían ante ellos era importante.

—Hoy deberemos ir a ver, en primer lugar, al cristiano viejo que me dijiste. A ver qué es lo que tiene y si le puede interesar en algún caso una venta. Quiero que hagas correr la voz de que me interesa un libro que se llama la *Biblia de 42 líneas* de Johannes Gutenberg.

—Eso está hecho. No hay nada más fácil para mí y para mi grupo. Se lo diré a mis compadres y no tardará esta noticia en saltar a todos los lugares públicos de Sevilla.

—En especial me interesa que hagas llegar esta noticia a todos los centros culturales de la ciudad. Estoy seguro que alguien nos dará razón. Transmite que cualquier respuesta la dejen en la posada. Allí la podemos recibir fácilmente.

—Les dejaré en la casa del cristiano y me ausentaré por una hora para dar la noticia. Esta hora de la mañana es un buen momento para ello.

—Pues sin más dilación pongámonos en marcha. El tiempo se pasa rápido y no es bueno perderlo.

La casa del cristiano se encontraba en la calle Boticas, un estrecho callejón por el que no cabía un carruaje. Uno de los vecinos que estaba sentado en la puerta de su casa les dio razón del hombre que iban buscando. Sancho, que así se llamaba, les recibió amablemente. Jerónimo, haciendo gala de una educación exquisita, se quitó el chambergo y le hizo una reverencia, no tanto de servilismo como de saludo. El respeto era para todo el mundo y ése era un buen momento para manifestarlo.

—¿Qué se les ofrece?

—Buenos y santos días nos dé Dios, amigo Sancho, que así nos han dicho que es su gracia.

—En efecto, así me conocen todos, desde la cristiandad hasta el Nuevo Mundo.

—Por eso venimos a hablar con vuestra merced. Soy el caballero Jerónimo Münzer, de la ciudad de Núremberg y vengo a España buscando el camino de Santiago por una promesa de juventud, pero antes quise venir a Sevilla con el fin de ver la posibilidad de comprar algunos libros para la biblioteca de mi palacio.

—Vuestro latín es muy bueno, se ve que sois una persona culta y leída.

—También vos habláis un buen idioma. Sospecho que cuidáis estos extremos convenientemente.

—En efecto, dedico todos los días varias horas a la lectura y la reflexión. Mi biblioteca es aceptable, aunque no creo que pueda compararse con la vuestra. Intuyo que debe ser una de las mejores de Centro Europa. Si habéis venido con la intención de enriquecerla sospecho que debe ser muy buena y valiosa.

—Me enorgullezco de poseer, en este momento, una de las dos mejores de Europa. Sólo me quedaría encontrar un par de libros para que fuera la primera, la mejor de todas. Ese es mi único deseo. Después será mi hijo, aquí presente, el que la mantenga entre las primeras del mundo.

—Buen deseo, a fe mía. Ya me gustaría tener un hijo que siguiera mis pasos y se ocupara de esta labor, pero Dios no me dio ninguno. Mi esposa murió hace años y hoy día me encuentro solo con mis libros.

—¿Cuándo comenzó con su biblioteca?

—Parte de ella la heredé de mis padres y parte la acrecenté yo con mi esfuerzo y trabajo. No soy rico de cuna, pero mis ahorros fueron gastados en este menester, para el que Dios siempre me dio vida y fuerza. ¿Y vuestra merced cómo empezó?

—Lo mío fue más fácil. También mi familia, no sólo mis padres, sino también los padres de mis padres y así por varias generaciones, tuvieron el acierto de dedicar sus dineros a la compra de libros e incunables de las más diversas bibliotecas del mundo. Yo por mi parte me he limitado a seguir con esta línea de inversiones y compras. Esta es la razón por la que he decidido venir a esta ciudad al socaire de informaciones que he recibido sobre sus importantes tesoros bibliófilos.

—Si quiere pasar y ver mi pequeño tesoro, me sentiré muy honrado por alguien tan ilustre que visita mi casa.

—El que se siente honrado soy yo, por la gentileza de su ofrecimiento y la generosidad de su persona. Una persona instruida como vos, siempre tendrá el paso franco.

Jerónimo y su hijo pasaron al interior de la casa, donde un patio central daba acceso a diversas estancias. Una de ellas, la del fondo, era la dedicada a biblioteca. Se trataba de una gran sala que ocupaba tres habitaciones con salida al patio. No había mampara ni tabique que las separara, por lo que era una estancia amplia y luminosa, ya que todas las habitaciones presentaban grandes ventanales que permitían la entrada de la luz, lo que facilitaba la lectura en dos grandes mesas centrales con unas luminarias en sus extremos, con el fin de poder dedicarse a la lectura en horas nocturnas.

—Buena biblioteca —exclamó Jerónimo— para haber sido desarrollada por una sola persona, sin más ayuda que su esfuerzo personal.

Albretch, mudo de asombro, no habló nada, sólo paseaba por los diferentes anaqueles, hojeando libros, documentos e incunables, de los que había algunos.

—Ten cuidado con los libros valiosos —reconvino el padre al hijo—, algunos son únicos y no es posible su sustitución.

—Pierde cuidado padre —contestó el hijo—, para mí estos libros son una joya y como tal los cuido.

—La verdad es que hay varios que son verdaderamente inigualables, pero desgraciadamente son los menos, aunque en conjunto, la biblioteca merece la pena poseerla. Muchos querrían tenerla y a pesar de que algunos libros no están catalogados ni bien ordenados, me siento orgulloso de la misma.

—Bien puede estarlo. Este espectáculo pocas veces se contempla y más en una casa, me permitirá decirlo, sin escudo ni blasón en el frontispicio.

—Soy cristiano viejo, provengo de una familia de burgueses dedicada al comercio, pero de una honradez a prueba. Mi linaje se basa en la honestidad y el trabajo diario. Ese es mi escudo de armas.

—Nunca pensé lo contrario y en mi ánimo no estuvo hacer un comentario que pudiera herir su sensibilidad.

—Lo sé y es por ello por lo que le ofrezco mi casa y lo que en ella se encuentra, incluida mi persona. Y ahora dígame ¿qué libros son los que más le interesan?

—En general todos. Tener un libro entre mis manos me satisface plenamente. Ahora bien, lo que en este momento más me preocupa es tener la posibilidad de comprar la *Biblia de 42 líneas* de John Gutenberg.

—Veo que es un hombre con buenos gustos. Instruido ya me di cuenta, pero con estilo es ahora cuando lo constato.

—De este libro se han hecho muy pocas ediciones. Concretamente fue en 1454 cuando se editó. En Alemania y las regiones centro europeas no se encuentra ninguno en venta y es por eso que decidí venir a Sevilla donde me dijeron que había uno.

—En efecto, hay un ejemplar, pero no creo que su dueño lo venda. Su poseedor es muy amigo mío. Se trata del judío Isaac, que posee una tienda de libros, dedicándose a la compra y venta, aunque no creo que éste sea uno de los que tenga a la venta. Con seguridad ni estará en la tienda.

—¿Podría presentármelo? —contestó Jerónimo visiblemente nervioso.

—No creo que haya problema en este menester, suele venir por las tardes a mi casa y hablamos sobre lo divino y humano durante un buen tiempo. También está viudo como yo y su único placer son los libros y la conversación sobre ellos.

—Me place lo que vos me decís, amigo Sancho. Será para mí un honor volver a pisar vuestra casa esta tarde.

—Id con Dios, pero antes me gustaría que me hicierais el honor de aceptar como regalo y recuerdo de vuestra presencia en mi casa estos libros que tengo en gran estima.

Jerónimo miró los libros que le estaba entregando. Se trataba de un libro japonés del autor Kojiki fechado en el año 712 y del libro de Kells, algo posterior al año 800. Dos joyas que para un bibliófilo hacían las delicias de su biblioteca.

—No puedo aceptarlos, querido Sancho. Son unos incunables únicos que no podría encontrar en ningún lugar del mundo.

—Lléveselos, con seguridad en su biblioteca harán más apaño que en la mía. Ocuparán un lugar mejor, estoy seguro.

—Es un honor el que me hace para el que no tengo palabras de agradecimiento.

—También me gustaría que aceptara, y este es para su hijo, el *Arte de la Guerra* de Sun Tzu, famoso autor militar del año 500.

—Muchas gracias, querido señor —Albretch se atrevió tímidamente a articular esta frase, a modo de cumplido, sin salir de su asombro.

—Pues con nuestro agradecimiento infinito nos retiramos y volveremos esta tarde.

—Os espero, id con Dios nuevamente.

Al salir de la casa Martín esperaba, silbando, apoyado en el quicio de la puerta, la finalización de la visita.

—¿Habéis cumplido con vuestro cometido? —le espetó Jerónimo a boca de jarro.

—Martín siempre cumple. Hice correr la especie de que mi señor tenía interés en un libro titulado la *Biblia de 42 líneas* o algo parecido. La respuesta no se hizo esperar. Parece que hay un judío que lo tiene. Esta tarde me darán su nombre y dirección.

—Ya no es necesario, vendrá a esta casa a las seis y tendremos una cita en la misma. Veremos qué sale de ella.

—Parece que vos tampoco perdéis el tiempo.

El mediodía se acercaba y en la posada les esperaba un buen cocido con carne de cabrito y un vino especial, que según palabras del mesero, tenía otras características distintas del que habían libado la noche anterior. Era necesario catar diferentes vides, según les dijo, al sentarse en la mesa. «Eso sólo corresponde a las personas de vuestro linaje y alcurnia», les dijo mientras les llenaba las copas.

Jerónimo no paraba de darle vueltas a su cabeza sobre la visita que habían tenido y en especial sobre la que iban a tener. ¿Sería posible que al día siguiente de llegar a Sevilla hubieran cumplido con su objetivo? Ahora lo que se terciaba era almorzar y descansar un poco para estar fresco a la tarde y entrar en buena conversación.

Después del descanso se asearon convenientemente y se dispusieron a avisar a Martín, que vigilaba en el piso inferior, mientras le hacía arrumacos a una de las sirvientas de la casa.

—¿Estáis preparados Martín? —una voz desde la habitación le llamaba para que se pusiera en guardia.

—Lo estoy, señor —contestó mientras se desembarazaba de la chica que se encontraba abrazándole de una manera descarada.

—Pues vamos —dijo el caballero Münzer mientras bajaba las escaleras.

—¿Habéis descansado bien?

—Estamos como las rosas en primavera.

La tarde era fresca aunque no fría. La gente había sacado las sillas a la puerta de las casas y conversaba amablemente ante unos vasos de vino. El grupo se dirigió a través de unas callejas solitarias a la casa de Sancho el cristiano viejo.

Le encontraron en el umbral de su casa, sentado y esperando pacientemente. La paciencia era su mayor virtud, les dijo, al entrar en conversación.

—Todavía no ha llegado mi amigo, sois demasiado puntuales, como buenos alemanes.

—En mi país, la puntualidad no es una virtud, es una obligación. La educación nos lleva a ella y ya desde pequeños la ejercitamos convenientemente.

—En efecto, mi querido amigo, la puntualidad es una norma de educación y de las personas ilustradas que respetan el tiempo de los demás como el suyo propio —contestó al tiempo que, sin preguntar, le servía un vaso de vino—. Probadlo, es exquisito. Me lo regala un hidalgo que vive unas calles más arriba y que lo cultiva en sus vides fuera de la ciudad.

—Es extraordinario —dijo paladeándolo suavemente—. Tiene cuerpo y aroma al mismo tiempo. Ya me gustaría llevarme a mi país algunas ramas para tratar de cultivarlas allí.

—Si tenemos tiempo, trataré de pedírselas. No habrá ningún problema. Los sarmientos para los injertos no será difícil que prendan si se saben utilizar adecuadamente.

—Espero llevarme las vides junto con los libros, y de esta manera daré por bien hecho el viaje y el esfuerzo de llegar hasta aquí, aunque sólo conocerle, amigo Sancho —continuó la frase—, bien merece un viaje hasta estas tierras maravillosas, donde reina la alegría y el humor.

Al cabo de unos minutos entró el judío, cubierto con la kipá y con el talit gadol bajo el brazo. Su traje negro le daba un porte elegante. Bajo la camisa se veía el katán y los clásicos tzitzit, flecos, que son como una metáfora de la luz trascendentemente infinita de Dios. Su ropaje era una significación de la responsabilidad y lo que trasmitía Isaac giraba todo alrededor del misticismo religioso.

—Debéis perdonarme el retraso ya que vengo de los oficios religiosos, que se han prolongado algo más de la cuenta.

—No os preocupéis, la conversación con el amigo Sancho es siempre de una gran enjundia y enriquecimiento. Me estaba poniendo al día en todo lo relativo al idioma español, tan vivo y floreciente.

—Pues caballero, vos diréis —dijo el judío, una vez que el cristiano viejo hiciera las presentaciones—, estoy para serviros.

—Nada más sencillo y a la par complicado. Estoy tratando de aumentar el patrimonio bibliófilo de mi biblioteca, allá en mi lejana tierra de Núremberg, con algún libro raro y único. Me han hablado de *la Biblia de 42 líneas*…

—No andáis descaminado caballero.

—Sí, la *Biblia de 42 líneas* que se imprimió en la ciudad de Maguncia entre los años 1450 y 1456 por Johannes Gutenberg.

—Cómo os decía estáis buscando un verdadero tesoro. Ese incunable es fantástico y de una belleza exquisita. Se hicieron muy pocas ediciones de la misma. Yo tengo una de ellas fechada en 1454, dos tomos y 1282 páginas con la firma del impresor.

—¿Vos la tenéis?

—Por supuesto, pero ahora dejadme unos minutos para que ponga en orden mis ideas y os referiré la historia completa. Es un recuerdo que me queda de mis años mozos.

El caballero y su hijo se retiraron fuera de la casa en espera de que el viejo judío pusiera en orden la cabeza. Por la calle aún pasaban algunas gentes riendo y cantando. Algunos estudiantes que iban de juerga y algunas mozas que buscaban avío para esa noche. Las luces poco a poco se hacían menos intensas y las sombras cada vez más espesas. Era la vida nocturna que comenzaba a florecer y se apagaría, horas después, con la aparición de las primeras luces. Así, un día y otro también, se repetía con una cadencia horaria relacionada con la intensidad de la luz. Las costumbres giraban alrededor del baile del sol y de la luna. Cada cosa a su tiempo y con el alba, todo ese mundo nocturno, volvería a cambiar hasta la noche siguiente en que todo renacería nuevamente.

12

—Sí, es una historia larga de contar —dijo nada más entrar el caballero y su hijo—, pero si no tenéis prisa os haré un pequeño resumen de la misma. Estaba yo hace años en esa ciudad de Maguncia, pues habéis de saber caballero, que yo también en mis años mozos he viajado por Europa. Desde joven, mi padre me enseñó junto con el arte de los libros y la lectura, el arte de la espada, siendo siempre un espadachín hábil con ella. Saliendo en cierta ocasión de casa de un amigo, y ya bien entrada la noche, oí un ruido de golpes y cuchillos y dando vuelta a la esquina de la calle, me encontré con tres tipos que luchaban denostadamente con un caballero de buen porte. Sin dudarlo, me encomendé a Dios y al diablo, bueno, eso es un decir, sólo a Dios, y me puse a su lado. En pocos minutos di al traste con los tres, pues eso para mí no era gran cosa y al cabo dos de ellos rodaban por el suelo, malheridos y el tercero ponía tierra de por medio, viendo que la suerte no le acompañaba. El caballero no tenía palabras de agradecimiento y me llevó a su casa, a la vuelta de la calle. Estuvimos departiendo largo tiempo y ya entrada la noche me ofreció acomodo en su casa; un criado me acompañó a la estancia de invitados, en el piso superior, donde una cama con un gran dosel me dio cobijo toda la noche. Al día siguiente por la mañana me levanté tarde. Ya el caballero había salido de la casa, pero el criado me entregó una nota en la que me invitaba a almorzar con él, pocas horas después.

—Bonita historia y muy generoso por su parte defender la justicia. ¿Sabéis quién era ese caballero?

—Al principio no tenía la menor idea, pero más tarde me enteré que era nada más y nada menos que Johannes Gutenberg, que salía de su imprenta, dos calles más arriba y se dirigía a su casa al terminar el trabajo.

—Buen encuentro tuvisteis a fe mía.

—Pues sí, pero el agradecimiento del caballero llegó a tal extremo que a los postres, comentando yo mi interés por la lectura y la posesión de una pequeña biblioteca, en mi ciudad en la que estáis ahora, se levantó de su asiento y sin más ritual que el necesario para estos casos, me dio la Biblia de la que estamos hablando. «Un ejemplar único, de 1454. Son dos tomos, en total 1282 páginas, una a una realizada por mí y mi equipo», me dijo sin presunción. Y sin más demora, tomó la pluma y estampó su firma en la primera página. No cabía en

mí de gozo y nervios. «¡Pero esto es demasiado!», acerté a balbucir con palabras entrecortadas por la emoción. «La vida que me disteis tiene más valor para mí. Tengo dos ejemplares más y desprenderme de este es una obligación, por la nobleza de vuestra acción anoche. Sin vuestra ayuda, yo estaría ahora muerto. ¿De qué me hubiera servido la Biblia?» me preguntó. «Tenéis razón, pero eso no es óbice para que yo os esté muy agradecido por tamaño obsequio» respondí yo. «A cambio os pediré un pequeño favor, que me pagaréis con vuestra presencia y es que me acompañéis después al taller donde os explicaré mi trabajo. De esta manera daréis más valor a los libros que poseéis. ¿Qué os parece la idea?» inquirió él. «Magnífica y propia de vos. Compartiré todo mi tiempo en vuestra compañía» accedí. Los dos nos dirigimos a un edificio cercano a la casa, una vieja fábrica de telas.

»—«Aquí es donde he iniciado la técnica de impresión y la he desarrollado con un equipo de personas que me han ayudado. Hay gente que atribuye este invento a Mentelín de Estrasburgo y otros que dicen que corresponde a Castaldi de Italia, pero he sido yo el que inventó todo el proceso» me explicó.

»—«¿Cómo empezó todo?» le pregunté, pues la curiosidad me corroía.

»—«Gracias a un prestamista judío, Juan Fust, que me ayudó al principio ya que yo no tenía financiación para ello. Cuando inicié el desarrollo de la impresión aposté porque haría una copia de la Biblia en menos de la mitad de tiempo que lo haría un monje copista. Y ahí está mi obra. La tiene en sus manos» declaró.

»—«La verdad es que es una maravilla» aserté.

»—«En vez de utilizar las tablillas de madera que con el uso se desgastaban, hice unos moldes en madera de cada una de las letras del alfabeto rellenando los moldes con hierro y de esta manera tenía las letras que imitaban la escritura de un manuscrito. Utilicé una vieja prensa de vino. En este punto me quedé sin dinero y Juan Fust me prestó más, pero ahora con la exigencia de ser mi socio. Me impuso como condición que su sobrino Peter Schoöeffer trabajara codo con codo conmigo, a lo que no puse objeción».

»En este momento de la explicación entró Schoöeffer, que me fue presentado.

»—«Una gran obra y un invento que revolucionará las artes y la cultura del mundo. A partir de ahora, los libros no serán patrimonio de unos cuantos, sino que su posesión se extenderá como una mancha de aceite» sentenció el judío, mientras paseaba por la imprenta, acariciando cada instrumento y cada tablilla.

»La visita duró casi toda la tarde. En unos anaqueles de una habitación contigua, encontré varios libros impresos con esta técnica. Mi éxtasis no tenía límite. Nunca pude soñar con esta visión a pesar de que algunos viajeros, llegados a Sevilla, me habían contado que una imprenta en Alemania se dedicaba a imprimir los libros en un corto espacio de tiempo y que ya no era necesario echar mano de los monjes copistas.

»—«Ahora si me lo permitís, iremos a un lugar cercano a cenar. Tomaréis el mejor vino de la región y lo recordaréis con tanta viveza como la imprenta que habéis visto»—la voz de Gutemberg sonó a mis espaldas, sacándome del ensimismamiento que me embargaba.

»—«Me habéis hecho muy feliz con lo que he visto» le contesté, enormemente agradecido por la visita y sus enseñanzas, «para mí es un hito estar enfrente del inventor de la imprenta».

»—«Pues de no ser por vos, nunca se lo podría haber enseñado a nadie» contestó con una sonrisa, «y ahora vayamos a tomar esa carne y ese vino que nos está esperando» añadió. «Peter, cierra tú la imprenta, yo ya no volveré esta noche» dijo mirando a su colaborador, que a unos metros esperaba órdenes de su jefe.

»El mesón no estaba muy lejos y aunque Gutemberg sabía que le acompañaba una buena espada, pidió a dos de sus colaboradores que nos acompañaran hasta la puerta de la posada. A esas horas, no estaba de más ir bien acompañado. Era imperativo. Las callejas eran estrechas, las sombras intensas, la luz de los candiles poca y los facinerosos muchos. Una mezcla, que bien agitada, era peligrosa. No sólo había que saber defenderse, sino también ser varios en el grupo, ya que los atacantes solían ser siempre cuatro o cinco, por lo que un buen espadachín, a veces, no era suficiente para protegerse.

»En el mesón, nada más entrar, se acercó el dueño para ofrecernos dos vasos de vino del Rhin, un vino blanco, aromático, de sabor frutal y cuerpo medio de la región de Rheingen.

»Al poco tiempo de servirnos dos sustanciosas copas, nos ofreció unos vasos del Mosela.

»—«Es un vino que se basa en el microclima, pues la orientación e inclinación de las vertientes, así como la intensidad solar reflejada por el río y la cadena de montes protectores que desvía el viento, son factores que contribuyen al sabor y calidad final» me explicó mientras servía generosos vasos del mismo, «el sabor es diferente, pero ambos son una maravilla de la naturaleza» terminó

la disertación, al tiempo que ponía una cara de orgullo patrio, propio del que sabe que lo que dice es muy suyo.

»Mientras comíamos una buena carne de carnero y degustábamos los diferentes vinos que el posadero ponía antes nosotros, Johannes iba relatándome las vicisitudes por las que había pasado para poner en marcha su proyecto, las envidias, los golpes bajos, la falta de dinero. Los principios no fueron fáciles, me decía, pero he llegado a este punto y a partir del mismo todo será diferente. «La prueba son los libros que he visto» me decía, «aunque mi obra maestra es la Biblia» terminó con una nota de orgullo en sus palabras.

»—«La verdad es que estoy muy agradecido a mi Dios de que me haya puesto en su camino, pues de lo contrario no sólo no le hubiera conocido, sino que tampoco tendría en mi poder su gran obra» agradecí.

»—«El que está orgulloso de haberle conocido soy yo, pues de lo contrario no estaríamos bebiendo este delicioso vino del Rhin y del Mosela» me contestó riendo, «y ahora vayamos a mi casa y terminemos la fiesta allí».

»Dicho y hecho. Nos encaminamos, dando algunos pequeños tumbos, a su residencia, donde finalizamos la noche con sendos vasos de otras vides. Creo que en esos días probé todas las clases de vino de Alemania. A los dos días, con harto pesar por mi parte, inicié el camino de regreso a mi ciudad de Sevilla. Johannes, en el umbral de su casa, me dio un gran abrazo y me dijo que volviera cuando quisiera. Allí estaría él esperándome con los brazos abiertos. Al poco tiempo me informaron de que había muerto totalmente arruinado. Su proyecto lo devoró. Así son las cosas.

—Había oído parte de esta historia, aunque no los detalles de la misma. No sabía lo de los facinerosos que se enfrentaron con ustedes. Pero los datos de la impresión de la Biblia han venido a corroborar lo que ya conocía y ésta es la razón por la que estoy aquí —aclaró Jerónimo Münzer.

—Hice el camino de vuelta algo nervioso por si me robaban, pero la verdad es que todo fue normal y gracias a Dios no tuve ningún percance. El libro está a buen recaudo.

—Me gustaría verlo ¿Es posible?

—Si así lo desea, mañana en la mañana se lo puedo enseñar. No lo tengo en mi casa como usted comprenderá y he de mandar a buscarlo, pero a primera hora lo tendrá como desea. Tuve que buscar un lugar seguro ante la amenaza de la posibilidad de un robo.

—Pues no se diga más. Mañana a las nueve de la mañana estaremos en su casa. Dígale a Martín, mi escudero sevillano, la dirección exacta, que el proveerá todo lo demás.

Jerónimo, su hijo Albretch y Martín salieron de la casa del cristiano viejo, dando gracias muy expresivas por su amabilidad. En la posada les esperaba de nuevo el mesero con buenos vinos, una sopa de verduras que hizo las delicias de los concurrentes a la mesa y una carne propia de reyes y gente de mucha alcurnia, les dijo al servirla en la mesa.

Esa noche reposaron ampliamente la cena pantagruélica. Martín acudió al dormitorio de una de las mozas que servían en la posada desquitándose todo lo que pudo. La chica, buena moza aunque metida en carnes, disfrutó del joven escudero dándole cobijo y buen colchón. Pasaron toda la noche gozando y riendo, tanto que sus voces en algún momento llegaron al cuarto próximo de las otras sirvientas, las cuales envidiosas de su compañera entraron en el dormitorio para afearles los gritos y desmanes que estaban teniendo. Martín no por eso se amilanó y continuó con el festín por lo que, a falta de llegar a un acuerdo con una de las otras criadas, la propuso sumarse a su fiesta particular, con lo que el alba inundó de luz a los tres solazándose en la cama. «Una noche para recordar», le dijo en el desayuno a su señor.

—Me levanté más cansado que me acosté.

—Puedes hacer lo que quieras, pero nada que pueda interferir en mi proyecto. Yo he venido aquí a conseguir algo y con ello quiero regresar —le dijo Münzer con voz grave y marcando su espacio—, una cosa es el trabajo y otra la diversión; uno y otra no deben cruzarse. Ten eso claro.

—No os debéis preocupar por nada. Sé cuidarme y sé cuál es mi trabajo. Cuando decidáis nos vamos a casa del judío. Ya debe estar esperándonos.

—Quedan quince minutos para la cita. ¿A qué distancia estamos?

—Ese tiempo es suficiente y aún nos sobrará algo para descansar antes de entrar en la casa.

—Vayamos y no le hagamos esperar.

La mañana era fresca y clara. La luz inundaba las casas, blancas, limpias, con las ventanas abiertas al sol que trataba de entrar tímidamente, al principio con ganas, después al mediodía intensamente. Las mujeres aireaban las casas al tiempo que cantaban canciones. Los hombres se afanaban en su trabajo, unos en los oficios, otros en sus despachos; las gentes de Sevilla estaban vivas. Cada una tenía su propio afán.

El caballero Münzer también tenía el suyo y para ello llevaba unas buenas bolsas con doblones de oro por si la Biblia se ponía a tiro. Ya vería cómo se desarrollaban los acontecimientos, pero siempre era necesario ir preparado para cualquier eventualidad.

El judío les estaba esperando con sendas jarras de zumo fresco de naranja.

—Buenos días, amigo Isaac.

—*Boker Tov, Shalom* querido Jerónimo. Permitidme que le llame así —le saludó al tiempo que le daba un abrazo y le ofrecía unos vasos de jugo.

—*Toda* —le contestó Münzer que conocía algunas palabras del idioma.

—Y ahora si estáis preparados os enseñaré la joya de la que tanto hemos hablado —y sin más preámbulos se dirigió a la alacena, único mueble de la habitación, y abriendo un cajón extrajo el incunable.

Jerónimo Münzer no acertaba a pronunciar palabra y su hijo se quedó extasiado, con la mirada fija en la encuadernación y en el papel pergamino de cada página. Los dibujos que la acompañaban eran un trabajo de una gran perfección y belleza. Tanta era la emoción que le embargaba, que se vio obligado a tomar asiento para evitar un vahído que comenzaba a tomar presencia en su cuerpo.

—¿Has visto qué perfección de trabajo? —le preguntó a su hijo mientras le dejaba que tocara el libro. Además fíjate en la firma de la primera página, de Gutemberg. Es la Biblia de la que me han hablado, dos tomos y 1282 páginas. La fecha es de 1454. ¿Qué te parece?

—Es la mejor obra que he visto en la vida. Una belleza así debe cuidarse con todo esmero y cariño —acertó sólo a decir con palabras entrecortadas.

—¿Cuánto quiere por ella? —preguntó Münzer de sopetón.

—No había pensado en venderla, me trae tan buenos recuerdos, aunque bien me vendría ya que mis dineros se están agotando.

—Dígame qué precio me pone y hablamos.

—Una obra como esta no tiene precio.

—¿Le parece bien tres bolsas de doblones de oro?

—Me parece una oferta excesivamente generosa. Servirá para no caer en la pobreza los años que Dios me de vida. *Toda, Toda* —le dijo con lágrimas en los ojos, no sólo por la generosidad del caballero, sino también por la pérdida de una joya semejante.

A su recuerdo vino el encuentro con Gutemberg, la lucha en su defensa con las espadas en alto, la amable invitación que le hizo quedándose en su casa tres

días y todo el cariño que puso en su persona. Pero ahora se trataba de otra cuestión. Últimamente había gastado muchos ahorros de su pequeña hacienda y temía pasar sus años finales viviendo de la caridad ajena. La venta de la Biblia, aun siendo un golpe difícil de sobrellevar, le aliviaría económicamente ya que a partir de ahora no pasaría más penurias.

—No penséis que vendéis una joya, pensad más bien que un hombre culto y honesto la expondrá en su biblioteca como la obra principal de la misma.

—Por eso y por la necesidad que me embarga, os la cedo gustoso y orgulloso de que vos la tengáis. Es para mí un honor. Pero como el precio que me pagáis es muy alto, más de lo que yo pudiera hacerme idea, os voy a donar el libro de Isidoro de Sevilla sobre la historia de los godos, vándalos y suevos entre los años 265 y 624. La fecha de impresión es el año 624.

—El precio de ambos libros es incalculable. Sabré hacer honor a los mismos. Estarán en el anaquel principal de mi biblioteca. ¿Cómo obtuvisteis el libro de Isidoro de Sevilla?

—Os referiré esta historia lo mismo que os relaté la otra. Trataré también de que no os aburráis. Hace ya muchos años, habitaba en esta ciudad de luz y música un judío como yo, creyente, fiel a sus principios, muy religioso y enormemente rico. Poseía un gran patrimonio en tierras y casas. Tenía varias hijas, y de una de ellas, Alissa, la más hermosa de las mujeres que jamás se haya visto, me enamoré y ella me correspondió. Su nombre significa «la divertida», y así era; su belleza sin par en la ciudad y su alegría regaban todos los lugares por los que pasaba. Nuestro amor siguió los cauces de nuestra religión y mi ímpetu juvenil me llevó a pedirle que se casara conmigo. Mis veinte años mozos no debían ser obstáculo y aunque ella sólo tenía dieciocho, éramos tal para cual. Sus dos hermanas se llamaban Adina, la delicada, y Esther, la oculta, la recatada, que competían en belleza con mi amada. Así pasamos aquellos dos años, esperando que nuestros padres nos dieran el permiso para iniciar la ceremonia del casamiento y yo visitando la casa todas las tardes y compartiendo conversación con ella, en presencia de sus padres, que me obsequiaban con sus sonrisas y el cariño del hijo que nunca tuvieron. Como regalo de novios le entregué un broche de diamantes que había sido de mi abuela y de mi madre después. Su padre me regaló el libro de Isidoro de Sevilla que le acabo de enseñar. Un libro único y de un valor incalculable. «Es único en este mundo», me recalcó al regalármelo, «pero nadie como tú lo guardará como el tesoro que es. Con él pierdo dos tesoros a cual más preciado, mi hija y el libro. Cuídame a ambos y te seré muy agradecido».

—Una historia muy romántica —cortó Jerónimo.

—Esperad y veréis. Un buen día, reunidas las dos familias, se sentaron las bases del casamiento, fechas, lugar del desposorio, ceremonia, banquete nupcial y todos los detalles de una boda sin par de la hija de un judío muy rico y del hijo de un judío menos acaudalado pero honesto y trabajador. Era la boda del año en Sevilla y para la misma, la ciudad entera se preparaba—aquí Isaac hizo un inciso para beber un vaso de zumo. Trataba de disimular la emoción que le embargaba—. Pero sucedió lo inesperado. Una tarde del mes de mayo, dos días antes del casamiento, Alissa y yo salimos a pasear a la caída de la tarde, una suave tarde de primavera sevillana. Al volver un recodo, unos bellacos nos asaltaron para robarnos. Yo le entregué lo poco que en ese momento llevaba en la faltriquera, unos maravedíes que supieron a poco a los ladrones, los cuales tomaron como rehén a mi amada amenazándola con un puñal. Al hacer yo un movimiento y lanzarme en su ayuda, uno de ellos no puso reparo en clavarle el puñal. Asustados, huyeron por la calle de enfrente. A mis gritos acudieron las personas que se encontraban en las casas contiguas y trataron en vano de ayudarnos. No hubo lugar, allí mismo se desangró en unos segundos. La puñalada había ido directa al corazón. No tengo que describirle el dolor de ambas familias. El mío se lo imaginará. Aquel día prometí aprender el arte de la espada, cuya habilidad conseguí poco tiempo después, ya que dedicaba varias horas al día a este menester. Cuando estuve bien preparado a juicio de mi profesor, uno de los mejores espadachines del lugar, busqué a los facinerosos que habían dado muerte a mi amada y uno por uno y diente por diente, los fui matando en justa lid, pues a ninguno amenacé por detrás y sin previo aviso. Fueron muertos en dura lucha de hombre a hombre. Después de este episodio es cuando decidí hacer un viaje por tierras de Alemania, donde conocí a Gutemberg y ya conoce usted el resto de la historia. Al regresar, varios años después, el padre de Alissa había fallecido. Visité a sus hermanas, que se habían casado y que me guardaban gran afecto. Traté de devolverles el libro, pero ambas me dijeron que su padre me había dado dos tesoros y que si había perdido uno, debía de tratar de conservar el otro. Y aquí me tiene usted, ya viejo, sin dinero y con dos libros en mi poder, que han sido las dos historias más bonitas de mi vida. La una salvando al inventor de la imprenta. En la otra no conseguí a quien más amaba. Pero al menos… —aquí sus palabras bajaron el tono— la vengué.

Jerónimo y Albretch estaban verdaderamente emocionados con la historia. El hijo a punto de llorar y el padre manteniendo la calma por la serenidad que dan los años.

—Una historia trágica a fe mía —acertó a decir el caballero Münzer.

—Sí que lo es. Ya no me casé y desde entonces he vivido solo en compañía de mis libros. Los amigos han sido los únicos que me han ayudado en este tiempo y Sancho, el cristiano, ha sido en muchas ocasiones un báculo importante y necesario. Si no hubiera sido por él, no sé qué hubiera sido de mi vida.

—Haberos conocido a vos y a Sancho ha sido para mí un honor y recordaré estas conversaciones mientras viva. Dedicaré en mi biblioteca de Núremberg dos habitaciones especiales para la lectura, que llevarán el nombre de Isaac una y la otra de Sancho. ¿Qué os parece?

—Es un honor que nunca esperaba y que llevaré con orgullo. Y ahora caballero debo retirarme a descansar. Mis años y mis achaques me obligan a descansar mucho tiempo, más que el resto de los mortales. Id con Dios y regresad a vuestra casa y encontrad a vuestra familia con salud. Os recordaré mientras viva. *Shalom* o mejor *Lehitraot*, —dijo mientras se retiraba renqueando.

—Quedad con Dios —dijeron cerrando la puerta.

Al día siguiente se ponían en marcha hacia la ciudad de Santiago, donde querían dar el abrazo al apóstol. Recorrer el Camino era una de sus ilusiones, iba a ser la peregrinación de su vida, ya que Jerusalén estaba demasiado lejos y a Roma había ido dos años antes. Antes de partir organizó toda la expedición y lo primero que hizo fue conversar con Martín para ver cuáles eran sus expectativas.

—Si vos queréis yo os puedo acompañar todo el camino y después de dar el abrazo nos despediremos. Regresaré por mi cuenta, no será difícil.

—Para mí sería de gran provecho teneros conmigo. Eres de confianza y conoces el asunto de los libros. Además, necesito que me consigas unas buenas caballerías y tres soldados, que hayan estado en alguna batalla, para que nos escolten hasta la ciudad. Los caminos están llenos de maleantes y bellacos y es mejor proveer una buena defensa.

—Déjelo de mi parte. Pero la salida tendrá que posponerse al día después de mañana. Yo necesito, al menos, veinticuatro horas para organizar todo lo que me ha pedido. Buscar lo mejor requiere tiempo. Si está de acuerdo me despido ahora y le veré, en el albergue, mañana a la caída de la tarde con todo lo que me ha solicitado.

—Está bien. No regatees precio, quiero lo mejor y que los hombres que contrates sean fuertes y de experiencia. Ahora marcha y haz tu trabajo.

El día siguiente Jerónimo y Albretch lo ocuparon parte en descansar y parte en acudir a la casa de Sancho para despedirse, ya que el día anterior no habían

tenido esta oportunidad. Después, fueron a la iglesia Mayor a rezar por el éxito de su regreso de España vía ciudad de Santiago, agradeciendo al Señor haber conseguido esos libros tan maravillosos, que harían la delicia de los visitantes y lectores de su biblioteca, pues tenía pensado dedicar parte del tiempo a que fuera un servicio público.

Al terminar el día, cuando las luces se trasformaban en un velo tenue y sin color, cuando las gentes se retiraban a sus casas y cuando las personas de mal vivir salían a buscarse la vida, es cuando Martín, ufano y soberbio en su juventud, llegó acompañado de tres sujetos, no diríamos de mal cariz, pero tampoco pertenecientes a la alta alcurnia de la sociedad sevillana. Lo que sí estaba fuera de duda es que eran sujetos curtidos en batallas, al menos por la cicatriz que a uno de ellos le surcaba de oreja a comisura y a otro por presentar el recuerdo de una cuchillada en el pecho, mención de la que, por otro lado, debía de sentirse muy orgulloso, ya que la exponía a la vista de los demás muy ampliamente.

Hechas las presentaciones y sentados en el mesón, unos vasos repletos de buen vino, es cuando Jerónimo les explicó la idea del viaje.

—Vamos a ir desde Sevilla hasta el pueblo de Sarria, una pequeña villa en el camino de Santiago y desde allí partiremos en dos grupos, en uno irá Martín con vosotros y en el otro iremos mi hijo y yo. Creo que el mejor camino será tomar la dirección de Madrid, donde tengo unos amigos que quiero visitar y desde allí dirigirnos a la ciudad de León para entrar en Galicia.

—Por nosotros está bien. Ya cerramos el asunto de los dineros con vuestro escudero, por lo que no hay más que hablar. Os escoltaremos todo el camino para que lleguéis sanos y salvos. Después si queréis os llevaremos a Roncesvalles para que crucéis a Francia y continuéis ya vosotros solos. ¿Qué os parece?

—Me parece muy bien. Esta todo claro. Ahora pedid aposento al mesero y mañana con las primeras luces partiremos. Martín, quedaos un momento.

—Quizás te haya extrañado lo de que nos dividiremos en dos grupos. La idea es que los libros los lleves tú cuando nos vayamos acercando a Sarria. Me han dicho que en el camino de Santiago hay muchos delincuentes y ladrones que, por el anonimato del peregrinaje, se dedican a saltear a los que transitan por esos caminos, por lo que si nos dividimos en dos grupos y tú llevas los libros, siempre habrá más oportunidades de que éstos lleguen sanos y salvos a su destino. Con nosotros iría sólo uno de los soldados.

—Todos vuestros deseos son órdenes para mí. Si no disponéis de otra cosa me retiro a mi habitación.

—Id con cuidado. Mañana nos vemos al amanecer.

Martín tuvo la precaución de despedirse de las criadas y acercándose a una de ellas, le dijo que la esperaba en su cama, que no tardara pues el tiempo apremiaba y lo que debía hacerse había que hacerlo cuanto antes.

La moza no tardó en obedecer sus deseos y, más bien pronto que tarde, a los pocos minutos ya estaba ofreciéndole sus apetitosas carnes de una manera desorbitada. Martín supo agradecerle generosamente tanta prontitud y celeridad en el cumplimiento de su deseo, así como la mucha voluntad que puso toda la noche. Voluntad que por otra parte no fue óbice para que el descanso fuera conveniente para lo que en los días próximos debía acontecer. Cuando el primer hilo de luz se filtró por las rendijas de su persiana la moza le zarandeó, como se hace con los manteles al quitarlos de la mesa, incitándole a abandonar presto su camastro, ya que el caballero al que servía estaba ya en movimiento en el piso superior. Además le dijo: «lo que teníamos que hacer ya lo hicimos y por cierto con mucha donosura por tu parte, por lo que ahora ve y regresa pronto que te estaré esperando sumida en un mar de lágrimas».

La partida no se demoró más de lo conveniente y en una hora estaban caballos y caballeros, escudero y soldados, prestos a salir hacia la ciudad de Madrid. Los cielos presagiaban lluvia. Los caminos, poco a poco, se llenaban de gentes que iban y venían, con aperos de labranza y herramientas de trabajo. Lejos quedaban las últimas luces de la ciudad.

13

Las primeras luces separaron los cuerpos entrelazados de Andrés y Elena, que lentamente se desperezaron al mismo tiempo, tratando de situarse en el tiempo y en el espacio. No eran más de las seis y media, pero a las siete habían quedado para el desayuno, pues a pesar que no tenían marcha, era un buen momento para comentar los acontecimientos y programar el día. Los postigos medio abiertos de las ventanas dejaron entrar, con fuerza, los rayos de luz que les anunciaron que se iniciaba un nuevo día y con ello otras preocupaciones.

Bajaron a desayunar cuando ya el grupo estaba con el café. Casualmente estaban todos, bueno, todos excepto los muertos, como señaló Elena al oído de Andrés.

—Voy a la habitación a cepillarme los dientes y bajo enseguida —dijo Andrés apoyando su mano en la de ella.

Subió a la habitación, donde le extrañó que hubiera una carta en el suelo. Supuso que era del encargado del albergue con alguna información sobre el pago o algún detalle de tipo administrativo. De manera automática rasgó el sobre y leyó la nota interior.

Tienes poco tiempo para tomar la decisión adecuada. Ya viste lo que les pasó a tus compañeros, que aunque fue una equivocación, qué más da dos muertos más o menos. Pensaba que eran ellos los que tenían los libros pero por varios detalles ya he visto que sois Elena y tú, por lo que no estoy dispuesto a perder más tiempo. Debes seguir las instrucciones paso a paso, de manera cuidadosa.

Andrés empezó a temblar y se sentó en el borde de la cama. No podía creer lo que estaba leyendo. ¿Qué es lo que pasaba? ¿Es que el asesino estaba cerca? ¿Es qué estaban bajo vigilancia? Siguió leyendo lentamente.

Escribes en un papel la información de dónde tienes los libros que encontraste, esto no me cabe duda a estas alturas, y lo dejas en el pasillo junto a tu habitación. Después te vas y te olvidas de todo. Esta es la única manera de

que Elena y tú sigáis con vida; de otra forma seguiréis el mismo camino que vuestros compañeros.

Andrés bajó a la cafetería y haciendo una seña a Elena subió de nuevo a la habitación.

—Siéntate, le dijo nada más entrar. Lee esta carta —al tiempo que se la daba y miraba, mientras la leía, por la ventana distraídamente.

Elena no daba crédito a lo que estaba leyendo. ¿Un asesino cerca? ¿Alguien que les vigilaba? ¿Que sabía lo de los libros? ¿Y cómo se había enterado de ello? Todo eran preguntas y cábalas que por el momento no tenían contestación.

Andrés como imaginaba lo que estaba pasando por la cabeza de Elena, le dijo sin que ella preguntase: yo tampoco entiendo nada.

—¿Y ahora qué hacemos? —preguntó Elena apoyando la cabeza en el hombro de Andrés.

—No se me ocurre nada más que una cosa. Hablar con el comisario, sin decirle nada de la carta pues eso sería nuestra tumba. Este punto debemos de ocultarlo, sea lo que sea.

—Nunca mejor dicho lo de la tumba —cortó Elena con cierta sorna.

—Lo que sí le contaremos son nuestras sospechas en relación al guía. Es incontestable que el asesino es uno y está cerca. Actúa en solitario, eso es seguro. Hay un detalle en la carta muy significativo que hay que leer entre líneas.

—¿Cuál es?

—Fíjate bien lo que escribe: esto no me cabe duda a estas alturas.

—Y lo que dice de por varios detalles —añadió Elena.

—¿Qué es lo que nos está diciendo? Muy sencillo, que lleva tiempo con este asunto y que ya lo tiene claro. En otras palabras que nos está siguiendo. ¿Lo entiendes? Está cerca de nosotros. Nos observa. No puede ser otro que el guía.

—Yo creo que no puede hacer nada contra nosotros pues rompería la cadena de su información. Si nos mata, nunca sabría dónde están los libros. Nuestra vida es su seguro. Aunque no lo quiera está atado a nosotros mientras nos mantiene asustados pero vivos.

—En efecto, estoy totalmente de acuerdo contigo. Es una bravuconada, pero no podemos pensar que pueda caer en saco roto. Al comisario le decimos lo que sospechamos. Ya veremos qué se le ocurre.

Bajaron las escaleras despacio, como si tal cosa y se dirigieron sin prisas a la comisaría. El comisario, rodeado de sus colaboradores, estaba fumando y

tomando unos cafés. Era una buena hora para planificar el trabajo del día y eso es lo que estaban haciendo ahora.

—¿Qué se les ofrece ahora? —dijo con una voz amable a verles.

—Nos gustaría hablar con usted en privado.

No bastó nada más que un gesto del comisario para que sus colaboradores salieran del despacho.

—Ustedes, bueno, vosotros diréis.

—Pues que tenemos alguna sospecha —Andrés empezó a hablar sin rodeos—, se trata del guía. Hay detalles que así nos lo hacen pensar. Por ejemplo cuando encontré los cuerpos, bajé a la cafetería y él sin venir a cuento y sin que yo hubiera hablado de la causa de la muerte, salió con eso de los tiros ¿recuerdas? —dijo mirando a Elena—, y además siguió desayunando como si la cosa no fuera con él, haciendo unos comentarios con el camarero bastante significativos.

—¿Qué comentarios?

—Simplemente que el vaso del zumo de naranja era pequeño y que le pusieran uno doble con más tostadas y mantequilla. No creo que esta fuera la conversación adecuada para un momento así. ¿No le parece?

—Buena observación —dijo el comisario como todo comentario.

—No sé, hay detalles circunstanciales que en un juicio no servirían, pero que hacen sospechar de la persona. Nos mira fijamente, está todo el tiempo observándonos.

—No nos quita el ojo —se atrevió Elena a decir.

—Bien, es necesario actuar, ya que estas sospechas las tenemos, también, nosotros desde ayer. Cuando entraron, estábamos madurando la idea de introducir uno de nuestros hombres en vuestro grupo y dado que salís mañana, continuando con el camino, hacia Arzúa, creemos que lo más conveniente es que se una a vosotros. Necesitamos de vuestra ayuda para ello.

—Nos parece una gran idea.

—Os podéis hacer los encontradizos en la plaza —dijo dirigiéndose a Andrés—, Dámaso, que así se llama, te saludará como un amigo del colegio al que llevas tiempo sin ver.

—¿Qué os parece la idea?

—Muy buena.

—Pues continuando con ella os lo presentaré.

No habían pasado dos minutos cuando entró en el despacho un tipo alto, fornido, de unos treinta años, con larga barba y pelo hasta los hombros. En fin, el clásico joven de la época hippie de los años sesenta. Nadie podía sospechar que era de la bofia. Un peregrino típico con el desaliño del intelectual progre.

—Encantado de conocerte. La verdad es que nadie puede sospechar nada viéndote de esta guisa —comentó Andrés con una media sonrisa entre admiración e incredulidad.

—Bien, ahora os quedáis juntos los tres durante media hora, concretando el encuentro en la plaza, los datos del colegio, aspectos personales que deben de estar claros ante la posible eventualidad de alguna pregunta capciosa por parte del guía o de otra persona.

—Nos parece muy bien —contestaron al unísono Andrés y Elena.

—Cuando termines la puesta a punto de los detalles —dijo el comisario dirigiéndose a su hombre— preparas la mochila—; y mirando a Andrés—: vosotros os vais a dar un paseo por la plaza hasta que Dámaso aparezca por ahí. Debéis procurar salir de uno en uno.

—Yo creo que no nos queda ningún detalle más —dijo Andrés y dirigiéndose a Elena le preguntó—:¿se te ocurre alguna cosa más?

—Nada, yo lo tengo claro, me parece muy buena idea este montaje de la operación —dijo mientras se levantaba y se dirigía a la puerta.

Media hora después Dámaso y Andrés se fundían en un intenso abrazo, como dos amigos que llevaban mucho tiempo sin verse.

—¿Qué es de tu vida?

—Pues ya ves chico, haciendo el camino de Santiago. Voy solo, pero es muy interesante.

Parte del grupo estaba con ellos y miraron con extrañeza la figura de la persona que acababa de saludar a Andrés.

—Nosotros también, pero vamos en grupo. Si quieres te puedes unir a nosotros. Aquí estamos algunos. El resto están en el albergue.

—Siempre que no pongan reparos el resto del grupo —cortó Elena.

—Yo creo que a nadie le importará.

—Por mí vale. Es una buena idea.

Se encaminaron al albergue donde estaban el resto reunidos alrededor de un buen caldo gallego. Nadie tenía ganas de salir a almorzar fuera.

—Bueno, ahora que estamos todos juntos —tomó la palabra Andrés—os voy a proponer, siempre que os parezca bien, que Dámaso, compañero del

colegio y que hace el camino solo, se una a nosotros. Lo acabo de encontrar en la plaza. Llevábamos varios años sin vernos. Tenemos una habitación libre… desgraciadamente y él la puede ocupar.

—Por nosotros está bien —contestaron varios.

Miguel Ángel no abrió la boca, solo asintió con la cabeza y dijo: «mientras pague…».

—Si no has comido siéntate con nosotros. Es un buen caldo gallego y después tenemos pescado y flan. El menú del peregrino —dijo Clara, al tiempo que le ofrecía la sopera para que se sirviera.

—Parece que ha entrado bien en el grupo —dijo Elena al oído de Andrés.

Al acabar la comida el guía dio las últimas instrucciones. Al día siguiente saldrían como siempre a las ocho, aunque el desayuno era a las siete. La etapa eran unos treinta kilómetros. Era la más dura, por lo que convendría que esta noche todo el mundo se acostara pronto.

La siesta fue amplia, como siempre ardorosa para Elena y Andrés; investigadora para Dámaso que no quería perder el tiempo y tomaba notas de todo; preocupante para el guía a quien un nuevo peregrino no le hacía mucha gracia y para Clara, llena de ilusión, ya que le gustaba el último fichaje del grupo.

Por la tarde caminaron de nuevo por la plaza y calles aledañas para sentarse en la misma cafetería de siempre. Cada esquina, cada calle, cada casa era familiar ya que habían pasado por ellas varias veces.

—Parece que no acaban de partir —les dijo el camarero intentando tener nuevos datos que le aportasen información actual—, estamos encantados de tenerles por aquí.

Nadie le contestó. Estaban hartos de su curiosidad impenitente. Dámaso le dijo a Clara que quería dar un paseo con ella, tratando de evitar al camarero y su morbosidad, pues no podía descartar que le reconociera y metiera la pata.

Clara se encontró con su deseo cumplido, ya que el nuevo inquilino del grupo era un tipo que le caía bien y con quien le gustaba charlar. Parecía un hombre culto.

—¿A qué te dedicas? —le soltó de sopetón, nada más quedarse solos.

—Soy director financiero de una empresa de seguros.

—¿Con estos pelos? —le preguntó con ironía.

—Con los pelos no dirijo la economía. Generalmente lo hago con lo que tengo debajo de ellos —contestó riéndose a carcajadas.

Una sonrisa abierta, amplia, que dejaba ver unos dientes blancos, bien conformados y colocados. Parecía la boca de un anuncio de pasta dentífrica.

—¿Y tú en qué trabajas?

—Soy profesora de colegio. Ana y yo trabajamos en Valladolid en el mismo colegio y aprovechando que nos han dado libres estos días, hemos decidido hacer el camino.

—Buena decisión.

—La verdad es que esta experiencia es fantástica, aunque se nos haya empañado, porque no sé si sabrás que dos compañeros que iniciaron el camino con nosotros aparecieron muertos hace dos días.

—No sabía nada. Andrés no me lo dijo.

—Seguramente no te quiso impresionar, pero el suceso fue muy desagradable y triste.

—¿Cómo fue?

—Aparecieron los dos en la habitación del albergue con un tiro en la sien.

—¿Con un tiro? ¿Y nadie oyó nada?

—Todos dijeron que no habían oído nada. Parece, según dijo un policía, que utilizaron silenciador, pero el forense todavía no ha dado el informe de la autopsia. En un primer vistazo parece que fue así, ya que se encontraron muchos restos de pólvora en el orificio de entrada. Esta parte de la investigación es muy larga, nos dijeron.

—Estas cosas son muy complicadas.

—Yo no entiendo de esto, pero me parece que el asesino no debe estar muy lejos de aquí. El móvil parece que fue el robo.

—¿Quieres decir que el asesino está en el albergue?

—No sé, olvídalo.

—La verdad es que yo tampoco entiendo de actos criminales. Mi trabajo son los números y la economía, a pesar de los pelos —contestó riéndose.

Así, con una conversación interesante para Dámaso que no perdía ripio de nada, transcurrió el paseo por el pueblo. Intentaba demostrar en la conversación cierta distancia con el asunto, aunque cada frase le llevara a él. Regresaron de nuevo a la plaza y Clara se acercó al grupo para decirles que era casi de noche y mañana tenían que madrugar.

La última noche en el pueblo presagiaba tormenta. Las sombras de las columnas en las paredes de las casas daban una nota de misterio y miedo. Era necesario entrar en la habitación lo antes posible y liberarse de estos presagios.

En un aparte Dámaso le dijo a Andrés que cuando estuvieran en la habitación les daría unos golpes suaves y entraría con ellos. Dormirían los tres juntos.

—Yo tengo mi propio saco de dormir —les dijo muy profesionalmente.

—Pues vaya gracia los tres juntos —dijo Elena.

—Es necesario —contestó Andrés—. ¿Qué prefieres, esto o la muerte?

—Hombre, puestos así, no me dejas elección.

Nada más llegar al albergue todos se retiraron rápidamente a sus habitaciones oyéndose, en el pasillo, correr los cerrojos al mismo tiempo. Elena y Andrés esperaron a Dámaso, al que le dieron una habitación en el fondo. Era la última del corredor.

—Voy a dormir vestida, con un extraño en la habitación tú me dirás —dijo Elena nada más cerrar la puerta.

—Ten paciencia, no creo que esto dure más de dos o tres noches. Si es el guía se descubrirá solo. Necesitamos darle tiempo para que se ponga nervioso y cometa alguna equivocación.

No habían terminado esta conversación cuando unos pequeños golpes en la puerta indicaron que el *okupa,* en palabras de Elena, estaba dispuesto a tomar posesión de la habitación.

En silencio, le franquearon la entrada. Venía pertrechado con su saco de dormir y una pistola en la mano. Apagaron las luces y Dámaso se dispuso a conciliar el sueño en un rincón, teniendo en su campo visual perfectamente localizada la puerta de entrada. Si al asesino se le ocurría entrar estaría bajo el cañón de su pistola. No tendría elección. La noche era larga, pero él estaría ojo avizor, presto a actuar en cualquier momento.

14

La noche transcurrió tranquilamente. Ningún incidente alteró el ritmo del albergue. Hacia el amanecer Dámaso se fue a su habitación. El asesino no actuaría de madrugada. Fue el momento en que Elena y Andrés aprovecharon para hacer el amor. Ambos estaban deseosos de ello, pero las circunstancias no les eran proclives.

—No he pegado ojo en toda la noche —dijo Elena desde la ducha.

—Yo tampoco he dormido bien.

—Tener a un extraño mirándote fijamente todo ese tiempo no es muy tranquilizador.

—Creo que debemos bajar a desayunar. Ya es la hora.

—Cuando quieras, ya estoy preparada.

En la cafetería estaban ya varios del grupo. Habían bajado José y Patricia, así como las dos parejas que siempre iban juntas. Eran amigos desde los tiempos del colegio. Faltaban Clara y Ana. Dámaso tampoco había bajado, según la táctica que quería llevar a cabo, de presentarse como persona que tiene el sueño muy profundo y no se entera de nada en la noche. Para sus intereses esto era lo mejor. Miguel Ángel ya estaba dando las instrucciones pertinentes.

—Recordad que esta etapa tiene cerca de treinta kilómetros. Comeremos en Melide, en la pulpería Ezequiel de la Avenida de Lugo. Cada uno que vaya a su ritmo, creo que en tres horas nos veremos allí para el almuerzo —sentenció Miguel Ángel, al tiempo que se subía a la camioneta.

—Pues adelante, vamos por la *rúa do Apostolo* —indicó Dámaso a Clara, que no se apartaba del nuevo fichaje.

—Hoy pasaremos por una iglesia románica en San Xulián do Camiño. Veremos su magnífico ábside —señaló Andrés, que se había preparado la lección a conciencia.

—También tenemos la iglesia de Santa María del románico de transición y cuando lleguemos cerca de Melide la parroquia de San Xoán de Furelos —contestó Dámaso.

—No debemos olvidar la capilla de San Roque y su crucero del siglo XIV —añadió Andrés.

—¿Qué pasa, que estáis en un concurso de a ver quién sabe más? —dijo con ironía Clara.

—Es que nos hemos leído la historia antes de venir. Eso es muy importante y positivo para comprender mejor el camino —señaló Dámaso, poniendo especial énfasis en la mirada que le echó a Clara.

—Cuando lleguemos a Melide tenemos que pasar por el antiguo hospital de peregrinos, por el convento del Sancti Spiritus y por el Ayuntamiento, que es del siglo XVII, así como la capilla de San Antonio —comentó Clara mirando fijamente a Dámaso—. Yo también sé leer —le dijo sonriendo y poniendo cara de ternura.

—Bueno, veo que somos el grupo de los cultos. Veremos si también somos el grupo de los que acaban la etapa bien —contestó Dámaso, haciendo como que no se daba cuenta de las miradas que le echaba Clara. Aceleró el paso para evitarlas.

Se encontraban muy bien cuando estaban juntos, aunque Dámaso no quería llegar a mayores, dada la misión que tenía que llevar a cabo. No quería que sus sentimientos fueran empañados por ella, ni tampoco servirse de ellos para conseguir información privilegiada aunque, bien era cierto que, desde esta posición, le sería más fácil conseguirla. Clara, por el contrario, no tenía inconveniente en seguir por esta vía ya que el chico merecía la pena, según le comentó la víspera a Ana, y además no tenía ninguna misión que cumplir.

El camino, entre bosques de abedules, castaños y chopos, alternando zonas donde era necesario cruzar la carretera, se hizo muy agradable, en especial para Clara que no se apartaba de Dámaso. Una atracción hacía que marcharan los dos al mismo ritmo.

Sin embargo, a Dámaso le interesaba hablar con todos para intercambiar impresiones, pues los diferentes puntos de vista eran importantes y era necesario hacerse una composición de lugar de todo lo que había ocurrido. Por ello, en un momento que tuvo a mano, dejó a Clara en compañía de Ana y se fue a hablar con José y Patricia.

—¿Cómo lo lleváis?

—Muy bien, estamos manteniendo el ritmo perfectamente; todavía no tenemos ninguna ampolla en los pies.

—Ya me ha contado Clara lo de la otra noche. Debió ser horrible. A mí me pasa algo parecido y no sé qué hacer.

—Sí, fue espantoso —dijo Patricia a punto de sollozar con el recuerdo.

—La verdad es que fue un mal trago, pues aunque no les conocíamos mucho, prácticamente hablamos unas palabras con ellos desde Sarria, eran unos compañeros de viaje, educados y que no se merecían eso —puntualizó José, al tiempo que cogía de la mano a su novia.

—¿Y vosotros dónde estabais cuando ocurrió?

—En la habitación durmiendo. Cuando recibimos la noticia desayunábamos en la cafetería —contestó rápidamente Patricia.

—Pero lo más extraño es que nadie oyera nada, ni un tiro, ni un golpe, ni tan siquiera algo de lucha. Eso es lo que me ha dicho Clara.

—Sí, nadie oyó nada. Es muy extraño pero así fue.

Dámaso trataba de informarse y de clasificar los datos en su cabeza. Cualquier pequeño detalle era importante y, captado en una entrevista directa con los protagonistas de la escena, mucho mejor que el que se pudiera extraer de un interrogatorio, enlatado, en que las personas están tensas y no dan de sí todo lo que saben. Por eso iba de unos a otros para tomar mejor su información. Eran datos de campo, como vulgarmente se dice en el argot. Tenía por costumbre, en sus investigaciones, dar confianza a su interlocutor para en el momento en que tuviera la guardia más baja entrar de golpe, desarmarle y hacerle confesar. De momento estaba en la primera fase. Todo llevaba su tiempo y, lo más importante, una regla básica en su trabajo era no ir deprisa pues despertar suspicacias era el fracaso de la operación.

Ahora quería entrar en contacto con las dos parejas que siempre iban juntas. No había hablado nada con ellas y tal como tenía observado eran poco dicharacheras. Preferían estar juntas sin abrirse a los demás. Eran agradables pero tímidas y parecía que no tenían mucha capacidad de trato social. La información que pudo extraer tampoco le sirvió de gran cosa. Coincidió con el resto en que no oyeron nada.

Todos estaban de acuerdo en lo del ruido, por lo que había que pensar que fueron asesinados mientras dormían y con toda seguridad estaban drogados. El asesino utilizó silenciador, otro punto que no planteaba dudas. Y si estaban drogados lo lógico es que la droga se la suministrara el asesino. Si todo esto era así, ya tenía varias cosas claras desde el primer día de caminata. Estaban intoxicados, se utilizó silenciador y la droga se la dio el asesino, que además actuaba en solitario. Para resolver todo el enigma debía de aclarar el móvil.

Ahora estaba la otra cuestión fundamental. ¿Cómo les dieron la droga? En el alimento no cabía pensar, pues el grupo entero tomó la misma comida. Siguiendo con la lógica, la droga debió de dársela a solas la víspera del

asesinato. ¿Y dónde? Pues si salieron juntos a tomar una copa, en ella la pudo disolver. Tenía que ver con quién había salido esa noche.

Parece que ninguno del grupo sabía gran cosa por lo que llamó al comisario y le pidió que alguien de la comisaría fuera al albergue a preguntar al encargado a qué hora se retiraron los peregrinos, especificando habitación por habitación, incluido el guía. En una palabra, todo el grupo.

De esta manera, fue cerrando los temas y acotando cada vez más la situación. Sólo le rondaba una pregunta pero ya sería contestada: el móvil. Esto era básico para cerrar el tema.

—Ya queda poco, ¿cómo te encuentras? —se acercó Dámaso por detrás de Clara.

—No estoy nada cansada, ¿y tú?

—Tampoco, pero yo tengo costumbre. Salgo todos los fines de semana al campo a andar.

—Creo que estamos llegando a Melide, cruzamos el río Furelos hace rato.

—Sí, esas casas pertenecen ya al pueblo —dijo Andrés acercándose a la pareja.

Mientras tanto Ana se había unido a José y Patricia y charlaba animadamente con ellos.

—¿Te has dado cuenta que el po…, Dámaso quiero decir, no pierde el tiempo? —indicó Elena acercándose a Andrés con el fin de que nadie les oyera.

La pulpería estaba en el medio del pueblo y cruzarlo no les llevó más de quince minutos. Habían andado cerca de la mitad de la etapa y tenían hambre. Les habían prometido un buen plato de pulpo y una ensalada.

El guía les estaba esperando, siempre con su cara circunspecta, con un bocadillo en la mano. Dámaso se sentó a su lado, tratando de entablar conversación. Era el único del grupo que le quedaba por entrevistar. Tendría que utilizar más artimañas que con los demás, ya que parecía un tipo más avieso, y pensando en que pudiera ser el sospechoso le pondría en guardia en todas las contestaciones.

—Una buena etapa, y dura —dijo Dámaso, al tiempo que se sentaba a su lado.

—Ya os lo dije esta mañana —repuso por toda contestación.

Dámaso tendría que emplear sus mejores artes, ya que la contestación no le dejaba posibilidad de continuar la conversación. Sería necesario utilizar otra táctica.

—¿Qué es lo que se pide aquí? —preguntó haciéndose el ignorante.

—Pulpo y ensalada —contestó lacónicamente.

Vuelta a empezar, no había manera de romper la línea de defensa que se había marcado. Quizás después de la comida o en cualquier otro momento, pero insistir de nuevo era demasiado sospechoso. Cuando entró Clara la llamó para que se sentara a su lado y de esta manera romper el círculo, que se había originado, con el guía. Era necesario entablar una conversación con ella; sería un buen distractor.

—¿Estás cansada?

—No demasiado, sólo lo necesario —contestó sonriendo.

—¿Te han salido ampollas?

—Ninguna, tengo los pies estupendamente.

—Pues eso es una buena noticia, una ampolla te fastidia el camino.

—Ana sí que se queja de los pies —contestó Clara, al tiempo que se servía una cantidad generosa de pulpo y ensalada.

—Veo que tienes hambre —Dámaso trataba, por todos los medios, de centrar la conversación en Clara, desviando la atención del guía, para tratar de aliviar la tensión que le estaba produciendo. Se había dado cuenta de que era difícil entrarle, pero para Dámaso era mucho más complicado que para el resto. De eso no le cabía ninguna duda; estaba tratando de adivinar la causa, ya que no le parecía que hubiera una razón convincente para ello. Lo único que se le ocurría era que su presencia en el grupo le infundiera sospechas o bien que de alguna manera le alterara sus planes futuros. De cualquier manera no era positiva su persona. Mientras tanto debía seguir con la táctica de entablar conversaciones laterales con los demás. Esta maniobra sería muy positiva y ya intentaría algo diferente más adelante.

La pulpería era un tráfago constante de personas que iban y venían, peregrinos del camino, visitantes turísticos, viajeros de aquí y de allá, foráneos y autóctonos, gentes de toda especie y pelaje. Los camareros no paraban de servir bandejas de pulpo y ensaladas.

Elena y Andrés, acaramelados, entrelazaban las manos de cuando en cuando; no hacían ascos al pulpo y sentados en un extremo de la gran mesa de madera, sonreían ante cada comentario de los allí presentes.

La comida terminó felizmente para el guía, que se encontraba nervioso al estar sentado al lado de Dámaso y con un simple comentario la dio por finalizada.

—Nos vemos en el albergue de Arzúa que está a la entrada del pueblo. Os quedan unos quince kilómetros.

—Pues nos lo tomaremos tranquilos —contestó Dámaso, que no quería otra cosa que entrar en conversación con el guía.

Clara se acercó a su chico, así le decía a Ana, y le inquirió para iniciar de nuevo el trayecto. Elena y Andrés les siguieron a escasos metros y detrás el resto del grupo. La salida del pueblo era como una procesión, todos en fila, siguiendo el camino. Cada vez había más personas y bicicletas, que hacían el trayecto semejante a una interminable catarata que no tiene fin. El grupo se añadió a la fila caminando siempre adelante, sin descanso, con un solo objetivo: llegar al apóstol y darle el abrazo. Dámaso tenía otro objetivo, cumplir su misión.

Cuando pasaron la parroquia de Santa María de Melide, de características románicas de finales del siglo XII con ábside semicircular, como bien señaló Andrés, pudieron observar la única reja románica de Galicia.

—Son increíbles estos prados y estos eucaliptos cercanos a este río —contestó Elena.

—Es el río Catasol, un afluente del Furelos. Más tarde pasaremos por el río Bonete y la iglesia de Santiago.

—¡Cuánto sabes! —dijo Elena, con voz almibarada.

—Es qué me gusta prepararme las cosas que voy a ver. No me gusta la improvisación y, en este camino, ya hemos tenido bastante de ella.

—Tienes razón, cada día es una experiencia distinta, un motivo a lo inédito y desconocido, cuando no al misterio —aclaró Elena cogiendo la mano a su novio—, porque ya somos novios ¿verdad? ¿Puedo decirlo?

—No creo que tengamos que llevar una pancarta para manifestarlo al personal. Creo que ya se han dado cuenta.

—Pues me está dando la impresión de que Clara y el po…, Dámaso, van por este camino.

—¿Por el Camino de Santiago? —preguntó Andrés con sorna, como si no hubiera entendido la ironía.

—No es precisamente lo que quiero decir y tú me has entendido.

Mientras tanto, Clara y Dámaso seguían en animada conversación, a pesar de que él trataba de separar al máximo el sentimiento que estaba impidiendo que aflorara y su trabajo en la misión encomendada. Si en algún momento viera que iba a tener interferencias, se decidiría sin lugar a dudas por su trabajo. Esto

era lo principal en este momento. Tiempo habría, más adelante, para recuperar el tiempo perdido.

—El río Iso, estamos llegando a Arzúa. Al otro lado del puente medieval está el hospital de peregrinos de San Antón, que en la actualidad es un albergue, pero no te inquietes, el nuestro es mucho mejor —comentó Dámaso.

—¿Es qué has estado anteriormente por aquí? —preguntó Clara.

Dámaso se quedó en suspenso. Había metido la pata y ahora tenía que salir del charco.

—Es la primera vez que estoy en esta región, ha sido el guía el que me dijo en Melide que nuestro albergue era muy bueno y de mucha calidad e imagino que éste, al ser público no la tenga.

Respiró hondo al salir del atolladero tan discretamente y sin levantar sutilezas en Clara. Eso sería lo que menos deseaba en estos momentos.

—Me parece que ya estoy viendo las casas de Arzúa, deben ser esas —dijo Clara, señalando un ramillete de casas encaladas de blanco, todas similares, con un patio trasero. Debían de ser segundas viviendas, pues no tenían las características de las casas abiertas todo el año.

Estaban llegando al albergue, que estaba a la entrada del pueblo, frente a unos almacenes de hierro y una gasolinera, les dijo el guía.

A cien metros de la llegada, sonó el teléfono de Dámaso y al ver quién llamaba, le dijo a Clara:

—Vaya, ahora mi madre. ¿Qué querrá? —mintió y dirigiéndose a ella—: vete adelantando que ahora voy, es mi madre.

Era el comisario preguntando lo primero que si había moros en la costa. La negación de ello y la ausencia de peligro, fue seguida por una información definitiva. Los últimos que entraron en el albergue sobre las once de la noche fueron Luís y Juan, que entraron con el guía. Lo recordaba el encargado, muy claramente, ya que ambos le pidieron una aspirina pues les dolía la cabeza. Les dijo que no debían beber tanto cuando estaban en el camino, pues al día siguiente tenían que estar en forma. Supuso que habían tomado la misma cantidad de alcohol. No le dio más importancia al asunto y cerró el albergue ya que estaban todos dentro.

—Por lo tanto ten abiertos los ojos, es el guía sin duda el que echó el veneno en la bebida. La autopsia nos dirá si estaban muertos ya cuando recibieron los disparos en la sien —terminó la información el comisario—. Mañana tendremos el informe provisional, pero con seguridad será bastante significativo.

—No se preocupe señor comisario, está todo bajo control, adiós —y diciendo esto cortó la conversación.

En recepción le esperaba Clara, ya que el resto había tomado posesión de las habitaciones para una siesta. Habían quedado sobre las siete para dar un paseo y cenar. Andrés también se había quedado a esperarle, con el fin de conocer cualquier pequeño imprevisto que pudiera surgir y controlarlo si fuera necesario. Dámaso le hizo un gesto significativo y en un aparte, le murmuró: «el guía es nuestro hombre. Está demostrado».

Subieron las escaleras y Clara se despidió de Dámaso en la puerta de su habitación con un beso que le dejó transpuesto. No se lo esperaba y por ello fue mayor la impresión.

—Muy bonita la despedida. Tendré una siesta pensando en ti —se atrevió a responder.

Por toda respuesta Clara repitió el beso, pero esta vez más tierno e íntimo. Juntó, intensamente, sus labios con los de él y no se separó hasta que oyó que alguien subía las escaleras.

—Yo también pensaré en ti —dijo, cerrando la puerta tras de sí.

Aquello fue inconmensurable para Dámaso. Entró en la habitación y tuvo que sentarse en el borde de la cama evitando una bajada de tensión. ¿Qué había pasado? ¿Cómo podía ser tan imbécil de llegar tan lejos confundiendo sentimiento con trabajo? ¿Y ahora qué le iba a decir? ¿Que estaba trabajando y no podía tener un escarceo con ella? Todo eran preguntas. Afortunadamente Andrés y Elena no habían visto la escena del pasillo, pues en ese caso ¿qué hubieran pensado? ¿Que era parte de su trabajo? Y si Clara se entera de cuál es su profesión ¿cómo hubiera reaccionado? ¿Pensaría que eran sentimientos falsos, motivados por su trabajo? Estaba decidido a pisar el freno. Después lo aclararía, pero ahora no podía dar un mal paso y sobre todo darle falsas esperanzas, las expectativas debían esperar a sentar las bases de manera más sólida; lo que cabe decir, cerrar el caso. Cada cosa a su tiempo, no había que precipitarse. Ahora tocaba detener al asesino; después llegaría el amor si lo había. Una buena siesta le vendría bien. Después ya pensaría en algo.

La habitación del guía había quedado en el piso superior y a través de la ventana, Andrés vio que se alejaba del albergue en dirección al pueblo, por lo que decidió echar un vistazo. Tomó unos instrumentos afilados que le sirvieran para introducir a manera de llave y subió lentamente. Era el único que estaba en ese piso, por lo que no tenía miedo de que alguien le viera manipular en la cerradura. Abrir la puerta no le resultó una tarea complicada ya que bastaron

dos minutos para poder franquearla. Lo primero que hizo es dar un vistazo general para ver si había alguna señal que pudiera delatar su entrada. Una mochila en un extremo y sobre la mesa, una agenda y una carta datada en el año 1250 y firmada por Guillaume Perigord. Sus nervios estaban a flor de piel. Trató de leerla rápidamente antes de que regresara el guía, aunque por la dirección que llevaba, cuando le observó por la ventana, no parecía que lo hiciera en la próxima hora.

Esta carta fechada en el mes de Abril del año 1250, en la ciudad de Sarria, se dirige a todos mis descendientes.

Nuestro hijo, nacido de matrimonio con Juana Montpetit, llamado Hugo, en honor del fundador de los templarios, Hugo de Payens, tiene el mandato, que así transmitirá a sus descendientes primogénitos, de que su apellido sea el de Perigord, que deberá perdurar para siempre junto con esta carta, escrita por mí en el lecho de mi muerte, indicándole que en una tumba de la villa de Porto Marín, cuya lápida pone Albretch Montagut, enterramos, en el año de Nuestro Señor 1213, mi padre Armand y yo, un tesoro, perteneciente a los cátaros.

Dicho tesoro deberá permanecer enterrado hasta que en el año 2010, año jacobeo por coincidir el día del apóstol en domingo, uno de los descendientes de nuestra estirpe lo desentierre. En este mismo instante podrá hacer con el mismo lo que quiera, pues así se cumplirá la profecía de Pedro Castelnou el cual, antes de morir en la hoguera en el año 1208 de esta era, predijo que aquel que hiciera el camino en el mes de abril, mes en el que fue condenado, martirizado y muerto y encontrase el tesoro, podría quedarse con él.

Una vez hubiera tomado posesión del mismo, sólo tendría obligación de construir una abadía, en el lugar que lo encontró, y dedicarla al culto de los cátaros. Ese era su legado y el de la familia cátara, para que su recuerdo perviva por los siglos de los siglos Amén.

Firmado por Guillaume Perigord en abril del año cátaro de 1250.

Andrés no sabía a qué atenerse. Su emoción y extrañeza rondaban lo indescriptible. Miró la primera página de la agenda en la que ponía el nombre del guía: nada más y nada menos que Miguel Ángel Perigord, nacido en Sarria y vecino de Madrid. No había más datos personales. Un número de teléfono, una dirección y poco más.

Estaba ante el móvil del asesinato. Sólo le quedaba responder a la pregunta. ¿Por qué Luís y Juan? Seguramente les confundió con ellos cuando regresaban

de desenterrar y volver a enterrar los libros. En la noche ambas sombras eran parecidas. Recordaba ahora, sin embargo, que cuando se estaban acercando al albergue al regresar del cementerio, delante de ellos caminaban Luís y Juan, que venían de dar una vuelta. Miguel Ángel sabía dónde estaba la tumba y creyó que había sido descubierta por ellos. Posiblemente el guía sospechó de ellos más que de Elena y de él, que venían de la mano y dándose besos. Lo recordaba como si hubiera sucedido hacía media hora. Creyó que los que venían del cementerio eran los otros. Esto fue lo que les salvó la vida. Estaba todo muy claro.

Dejó todo como estaba y salió despacio de la habitación. Nunca sospecharía que había sido capaz de entrar en ella. Rápidamente se encerró con Elena, que le esperaba ansiosa en la cama.

—¿Qué ha pasado? Has tardado mucho.

—Mejor no te lo cuento, no te lo vas a creer.

—Me tienes en ascuas. ¿Qué has visto?

—Entré en la habitación del guía.

—¿Y qué? ¿Me lo puedes decir sin tantos rodeos?

—Es un descendiente de la familia cátara que vivió en Sarria.

—Me dejas de una pieza.

—En la mesa de su habitación había una carta fechada en el año 1250.

—¿Qué me dices?

—Sí, y lo que es más fantástico, es que estaba escrita por alguien que pertenecía a la familia Perigord y ¿sabes cómo se llama nuestro guía? Pues Miguel Ángel Perigord. ¿Qué te parece?

—Que no sé si es un cuento que te acabas de inventar, que me estás gastando una broma o que te has tomado unas copas. Pienso que es lo primero, así que vente a la cama y haremos el amor que es más bonito.

—Ahora no es el momento Elena. De verdad te digo que esto es así.

—¿Pues qué decía la carta?

—En la carta se decía que debía ser transmitida de generación en generación a través de los primogénitos con el encargo de que la persona de esta familia que en el mes de abril del año 2010 esté haciendo el Camino, deberá ir al cementerio de Porto Marín ¿me sigues? —y al decirlo observó mirando por la ventana cómo el guía regresaba de su paseo—, y en una tumba donde aparece el nombre de Albretch...

—¿El nuestro? —interrumpió Elena.

—Déjame continuar, no te precipites. El nombre es el de Albretch Montagut y en ella hay un tesoro escondido. Parece que el firmante de la carta, Guillaume Perigord, lo escondió con su padre Armand, de la familia cátara, en el año 1250. Y continúa la carta diciendo que el que lo encuentre, construya allí mismo una abadía en recuerdo perpetuo de los cátaros y lo que le sobre que se lo quede.

—Estoy hecha un lío.

—Para de esta forma —continuó Andrés como si tal cosa— se cumpla la profecía que hizo Pedro Castelnou antes de morir en la hoguera, acusado de herejía por la Inquisición y por Simón de Monfort. Esto no lo pone en la carta pero te lo digo yo. El que, en un principio, era enviado del papa Inocencio III, murió por la lucha entre las diferentes facciones. La historia habla que murió al cruzar el río Ródano y otros en la hoguera. Sea lo que fuera la profecía estaba hecha.

—Es una historia tétrica que me parece que se ha caído de las páginas de una novela de misterio —señaló Elena, levantándose de la cama.

—Por eso tenemos que andar con pies de plomo. Es un tipo que sabe lo que hace y lo que quiere—continuó con su razonamiento—, no creo que sea de los que encuentran el dinero y lo utilizan para hacer una abadía.

—A mí tampoco me da esa impresión.

—Tenemos que ocultárselo a Dámaso, lo mismo que lo de los libros. Están las dos tumbas juntas por lo que podemos hacer la recogida al mismo tiempo —expuso Andrés con una cierta crudeza.

La tarde avanzaba, aunque no era la hora en que habían quedado para salir a cenar. Todavía debían cerrar muchas cosas y conseguir la carta no era una de las menos importantes, pues era fundamental para mantener en secreto todo el tema.

Había que separar los asesinatos de las tumbas donde reposaban los tesoros, le dijo Andrés.

—Es necesario que prestemos toda la colaboración posible para que el guía pague por los asesinatos pero, al mismo tiempo, es fundamental que no hable y diga nada sobre el móvil. De esta manera la policía cerrará el caso con el asesino, el arma y sin aclarar cuál ha podido ser el móvil. Quizás podamos indicarles que tenían cuentas pendientes y, con esto, el caso quede cerrado definitivamente.

—Pero para ello el guía tiene que morir sin hablar —señaló Elena.

—Buena observación.

—Tendríamos que llevarle a una trampa para que se enfrente con el policía y éste le mate sin dar lugar a ser detenido. De esta manera, bajo tierra, no hablará.

—Me parece buena idea pero difícil llevarla a cabo —contestó Elena—, además, puede ser peligrosa.

—Ya pensaremos en algo. Ahora vamos abajo, recuerda que quedamos sobre las siete para cenar y son las siete y diez.

15

Alonso, hijo primogénito de Guillaume Perigord y Juana de Montpetit, llevaba, como todos sus descendientes por orden de su padre, el apellido que debería transmitir a las generaciones futuras. En el año 1250, en el lecho de la muerte, su padre le entregó una carta con la obligación de que la debería dar a su hijo primogénito que así mismo la transmitiría a sus descendientes. De esta manera, le decía el padre, se cumplirá la profecía y el mandato que hizo Pedro Castelnou en la hoguera a punto de morir. Toda su vida mantuvo la carta en un baúl, junto con la espada que le dio su padre y el libro escrito por la Orden de los cátaros, en el que se relataban las normas de la Orden. Cuando en el año 1300, muy enfermo ya y a punto de morir, llamó a su hijo Arnaud y le transmitió el legado familiar, éste lo guardó en el mismo baúl que recibió como dote de boda y dispuso que así se lo transmitiría a su hijo. De esta manera el legado fue de generación en generación hasta llegar a Miguel Ángel Perigord.

Cuando Alonso cumplió los veintiún años, el padre de su mujer, Juana, le llamó para entregarle la espada que Hugo de Payens le había donado a su familia en Jerusalén. Godofredo, cuando decide dejar esta ciudad y dirigir sus pasos a la ciudad de Albi, recibe como legado la espada que Hugo le había entregado a su padre, el caballero Archambaud de Saint Agnan, uno de los nueve templarios que iniciaron la orden en el año 1118. Esta espada junto con un cofre que guardaba una importante cantidad de dinero en onzas de oro, reposaba en el baúl, el mismo que tenía la carta que le había entregado su padre Guillaume.

Ya en las postrimerías de su vida, decidió ir al cementerio y buscar la tumba de Albretch de Montagut para enterrar también la espada y el cofre con los doblones de oro junto con el tesoro de los cátaros que su padre había enterrado años antes. Al día siguiente se puso en marcha y se dirigió al cementerio de la villa de Porto Marín, buscó el lugar de enterramiento y la lápida que Guillaume le había indicado. Allí mismo puso la herencia de los templarios. De esta manera —pensaba con conocimiento de causa— estarían unidos en los tiempos el legado de los cátaros y el de los templarios. Cuando su hijo, Arnaud, cumpliese los veintiún años le relataría el encargo de las dos familias. Ahora eran ellos dos, los que transmitirían la historia y el mensaje que la Inquisición no pudo destruir.

La vida en la aldea de Sarria continuó en paz y trabajo. Ninguno de los vecinos sabía que Alonso Perigord provenía de la conjunción de una familia de cátaros y otra de templarios. Ambas mantuvieron este secreto, hasta que, cuando Alonso cumplió la mayoría, se reunieron Godofredo y Armand y le contaron sus orígenes, haciéndole depositario de todos los secretos de ambas órdenes, con la voluntad de mantener esta llama y transmitirla así mismo a los descendientes, cuando estos cumplieran la mayoría de edad.

Este legado histórico se mantuvo a través de los siglos hasta llegar a Alfredo, padre de Miguel Ángel. Muchos años antes y dos años después de que naciera el guía, su padre tuvo un hijo con una prostituta al que nunca reconoció, aunque sí que le ayudó económicamente. Este hijo se llamaba Luís. Al año siguiente, tuvo otro hijo fuera del matrimonio con la misma mujer de la vida al que llamaron Juan. Ambos se criaron juntos pero separados de Miguel Ángel, el cual les odiaba desde que eran niños. Algo mayor, siempre había sentido una animadversión por ellos, no podía soportar que su padre les ayudara y se ocupara de su educación, aun a pesar de que vivían muy lejos.

La envidia le llevó a controlarles todo el tiempo y en todo lo que hacían, pues a pesar de que su apellido no era Perigord ni estaban en posesión de la carta de la familia nunca tuvo claro si su padre, en el lecho de la muerte, cuando les llamó, les dijo algo sobre el secreto de la tumba. Él siempre consideró que la verdadera transmisión de este legado era para el que llevara el apellido y no para otros hijos dentro o fuera de matrimonio. Por eso, cuando se apuntaron para hacer el camino sabiendo que el guía era su hermanastro, pensaba que tenían una segunda intención y por eso les puso vigilancia extrema. Aquella tarde, al verles venir por el sendero que conducía al cementerio, creyó que eran depositarios de la información que su padre les habría dado en el lecho de muerte y por eso decidió darles muerte. Sus hermanos bastardos no se apoderarían de lo que era suyo por nacimiento y por apellido.

Su vida transcurrió monótonamente en una imprenta como linotipista, lo que le sirvió para leer los libros que pasaban por su mano, con lo que su conocimiento sobre la influencia de los cátaros y de los templarios en el Camino de Santiago fue muy grande. De esta manera, decidió dar el salto definitivo programando varios grupos de peregrinos para conocer el medio ambiente que rodeaba su secreto. Su presencia era conocida en toda el área, y sus movimientos no llamaban la atención. De esta manera pudo conocer perfectamente todos los aspectos del cementerio, las lápidas y sus nombres. En uno de los viajes, en el mes de febrero, en los que no había muchos peregrinos en el grupo, se decidió

por investigar la tumba de Albretch de Montagut, como rezaba la carta que su padre, Alfredo, le dio al cumplir la mayoría de edad. Desenterrar la tumba no fue difícil, a pesar de que el ambiente era frío y en ciertas zonas del terreno había nieve. En el féretro, tal y como imaginaba, estaba el tesoro de los cátaros, la espada y el cofre de los templarios. Dejó las cosas como estaban y esperó a mejor ocasión para recoger el tesoro. Por supuesto que no se le había pasado por la cabeza construir la abadía en honor del catarismo. Las riquezas eran suyas y nada más que suyas.

Lo que nunca supo Miguel Ángel es que Pedro Castelnou, junto con la profecía del tesoro, maldijo a aquellos que no la cumplieran y les aseguró que morirían de manera violenta. Se cumplió en el caso de Luís y de Juan que, conociendo el secreto, decidieron merodear por la zona para, unas semanas después, regresar y hacerse con el tesoro. Así la maldición tomaba cuerpo en los muertos del albergue.

Miguel Ángel en este último viaje estudió muy bien la zona y los componentes del grupo. Sólo le molestaban para sus planes sus hermanastros, los bastardos, que se habían apuntado al camino sin saber que el guía era él. Con total seguridad tenían otra intención aparte del camino, pues era mucha casualidad que ambos hicieran el camino siguiendo las mismas etapas que pasaban por el lugar donde estaban el cementerio y el tesoro enterrado.

Del resto de los componentes del grupo, ninguno le llamaba la atención, ni le ponía en guardia; parecían personas anodinas, sin relación con el asunto que tenía entre manos. Varias parejas de enamorados, una pareja de profesoras de colegio, una chica que trabajaba en una empresa de informática como secretaria y un profesor de Historia y Literatura de la universidad. Un grupo sin mayores preocupaciones para él. Pero ignoraba un dato fundamental: que la secretaria tenía en su poder información de su abuelo en la que le relataba el descubrimiento de los libros enterrados por un tal Jerónimo Münzer en 1495. Esta carta serviría para desentrañar parte del misterio y tirar del ovillo.

Para colmo de todo, Andrés, el profesor, encontró en el camino a Elena, con la que tuvo una relación amorosa, la cual le hizo partícipe de un hallazgo en un escondite de la pared de su habitación en el albergue de Porto Marín.

Miguel Ángel tampoco conocía que el profesor, acostumbrado a un espíritu crítico e investigador, estudió la carta encontrada en el escondite de la pared, firmada por Jerónimo Münzer, y la del abuelo de Elena, escrita en 1920, y con ambos datos pudo pergeñar una historia que se correspondía punto por punto con la realidad. Elena recibió el testimonio de su abuelo antes de fallecer en el

que le manifestó que, recorriendo el camino de Santiago, recabó en el cementerio de la villa de Porto Marín y que, casualmente, en una de las cruces que había sobre una lápida se movió una piedra, que dio lugar a una oquedad donde apareció la carta de Jerónimo. Este fue su lugar inicial y su abuelo la trasladó a la habitación del albergue. El descubrimiento de ambas cartas por Elena no fue casual, pues su abuelo se lo indicó antes de morir. Era su asignatura pendiente, le indicó a Elena, y no quería morir sin hacérsela partícipe.

El guía no conocía estos datos, por lo que en este momento estaba trabajando a ciegas, basado sólo en que vio a sus hermanastros venir por el sendero. Cuando pudo constatar que aparte de ellos, la pareja formada por Elena y Andrés tenían algo que ocultar, ya era tarde para sus hermanastros, que yacían muertos en la cama.

Ahora se encontraba con un tipo que se había unido al grupo, que le daba muy mala espina, pero no tenía ningún dato para tomar una decisión. Esperaba que no fuera nadie que se interpusiera en su objetivo. Lo tenía bien marcado y no estaba dispuesto a que nadie le impidiera obtenerlo.

En estas reflexiones estaba, cuando unos suaves golpes en la puerta le indicaron que el grupo le esperaba en la recepción para ir a cenar. Miró cómo dejaba la habitación y reparó entonces en el fallo que había tenido antes dejando su agenda y la carta encima de la mesa. Menos mal que la puerta estaba cerrada y nadie la había traspasado. No podía caer en estas equivocaciones, estaba demasiado nervioso y debía tranquilizarse. Nadie sabía nada, ni tenía idea de lo que sucedía, por lo que la tranquilidad debía ser la tónica de su actuación.

Guardó rápidamente la documentación debajo del colchón y se dirigió con el grupo para ir a la cena. No convenía dar una imagen extraña y evasiva. Tenía que adaptarse al grupo y mantener la sangre fría en todo momento. El otro día con Dámaso estuvo excesivamente áspero y eso no era positivo. Tuvo la impresión que no le cayó bien. Esta noche trataría de recomponer la situación hasta el lado agradable y hablaría con él. Además era una buena oportunidad para tratar de sonsacarle si tenía segundas intenciones al hacer el Camino. Sospechaba de todos y este tipo, al unirse en mitad del trayecto, no le inspiraba ninguna confianza.

—¿Estamos todos? —preguntó Elena cuando vio bajar al guía.

—Queda Dámaso —contestó Clara, preocupada por su chico.

—Ya baja, estaba cerrando la puerta de su habitación —añadió Andrés.

—¿Me esperabais?

—Sí, pero sólo han sido cinco minutos —señaló Clara, que no estaba dispuesta a que nadie hiciera algún comentario sobre la tardanza.

—Pues vamos a dar una vuelta por este pequeño pueblo.

Nada más bajar y unirse al grupo, Clara se enrocó al lado de Dámaso, manteniendo su espacio y cerrando la posibilidad de que alguien entrara en el mismo. Por el contrario éste trataba de ampliarlo, lo más posible, con el fin de no concentrar su actuación en una sola persona. Su misión estaba por encima de sus sentimientos, ya lo había decidido en la siesta, y no iba a apartarse de ella. Por lo tanto esa tarde conversaría con todos, en especial con el guía, al que pretendía atacar con armas diferentes. Estaba convencido de que tendría algún punto débil y su trabajo ahora debía centrarse en encontrarlo y atacar ese flanco.

—¿Queréis que vayamos al museo de la miel? —preguntó el guía, siendo esta la primera pregunta que hizo desde que salió de Sarria.

—Yo creo que es un poco tarde. Podemos dar un paseo y después tomar algo —contestó Andrés—. Bueno, esta es mi opinión —dijo avergonzado por haberse presentado con esa respuesta como el jefe del grupo.

—Yo estoy de acuerdo con Andrés —aclaró también Elena, que se dio cuenta de los apuros por los que estaba pasando su novio.

—Mi opinión es la misma —dijo Dámaso, seguido por la afirmación que hizo Clara con la cabeza.

—Pues no se diga más, vamos al paseo —repuso el guía al tiempo que señalaba una dirección.

Ya había conseguido el efecto deseado —pensaba Miguel Ángel—, ya que de esta manera había roto el fuego de la relación con el grupo. Desde el día anterior estaba preocupado por esta situación que le marcaba como persona rara, antisocial y podía hacerle sospechoso.

En este pueblo no llamaban la atención como en Palas del Rey, en el que todo el mundo sabía el grupo que era y, que tenían dos cadáveres en el armario era *vox populi*. Instintivamente, aunque no de manera directa, ellos eran los culpables, ya que los asesinatos ocurrieron en su espacio, en el albergue donde vivían y de noche. Alguno de ellos debía conocer algo más de lo que dijo al comisario. La negrura siempre llamaba al miedo y a los comentarios morbosos sobre el asunto y los pueblos del camino no iban a ser una excepción.

Dámaso y Clara iban detrás de todos, conversando de manera desinhibida. Había nacido entre ambos un especial *feeling*, en el momento del camino en el que se encontraban, que podía convertirse más adelante en algo diferente. Los dos se comportaban abiertamente, sin prejuicios y sin ataduras a los

convencionalismos externos, por lo que en alguna ocasión Clara tomaba de la mano a Dámaso y se la apretaba con la idea de enviarle un mensaje, que no era extraño para el resto del grupo. Ana le reconvenía, de vez en cuando, diciendo que no se llevara las cosas tan deprisa, que debía dar tiempo al tiempo y no tratar de recorrer el camino del amor en sólo unos días. Clara, por el contrario, siempre le ponía como ejemplo a Elena y Andrés. ¿No se conocieron hace cinco días en Sarria? Pues mira ya como van, si parecen dos tortolitos. No se separan ni un momento.

—¿Te has fijado como le mira ella a él? —le decía Clara.

—Pues no. Me he fijado como le mira él a ella —contestó Ana, sin inmutarse y con cierta sorna.

—No seas tan temerosa; eres tan prudente que pareces mi abuela.

—¿Pero qué sabes de ese chico? —decía apesadumbrada—. Le conociste hace dos días y ya le has dado unos besos.

—Pues si de mí dependiera le habría dado más. ¿Qué es lo que quieres si me gusta? ¿Que me lo quite alguna que venga y me encuentre descuidada?

—Si te gusta me parece bien que lo marques, pero no te pases. Vete más despacio.

Mientras esta conversación se estaba desarrollando, Dámaso contestaba el teléfono.

—Es mi madre otra vez —le dijo a Clara, que hablaba con Ana distraídamente.

El interlocutor de la llamada era nuevamente el comisario. Por ello, Dámaso tuvo la precaución de quedarse algo rezagado.

—¿Puedo hablar? —se oyó al otro lado de la línea.

—Ahora estoy tranquilo. No hay nadie junto a mí —y al decirlo, miró instintivamente al guía que avanzaba, en la cabecera del grupo, a unos cincuenta metros de distancia.

—Ya tenemos el informe del forense. Nos ha llegado por fax hace cinco minutos. Aunque es provisional todavía, hasta que estudien todas las vísceras, nos adelantan que en efecto eran cadáveres cuando recibieron los disparos. Habían fallecido media hora antes por un veneno que están tratando de analizar.

—¿Es seguro lo que me dice, mi comisario?

—Totalmente, no hay ninguna duda en este extremo. Nuestro hombre es el guía, el círculo se va cerrando. Cuida tus pasos y no hagas nada que pueda ponerte en peligro, ni a ti ni a los demás, por supuesto.

—Descuide, adiós —y al cortar la conversación omitió la palabra comisario, pues Clara se acercaba lentamente y podía oírle.

—¿Qué te quería tu madre? —preguntó curiosa.

—Pues me preguntaba cómo estabas y me dio recuerdos para ti —replicó con sorna.

—¿Crees que le caeré bien? —no entendió la ironía.

A Dámaso la pregunta le descabaló. No sabía qué contestar.

—¿No te parece muy pronto esta pregunta? ¿Qué es lo que pretendes?

—Era una broma —se atrevió a contestar con cierta tristeza.

—No te enfades, es que me ha cogido por sorpresa tu pregunta, no sabía si iba en serio o en broma.

—Bueno, no es nada grave lo de tu madre ¿verdad? Es que te ha llamado ya dos veces.

—Es el complejo de Edipo, ya sabes —negándose en banda a seguir con la explicación.

Mientras esta conversación se desarrollaba, llegaron al restaurante los primeros del grupo que habían ya cogido mesa para todos.

El camarero les estaba contando que, esa mañana, había ocurrido un accidente a un ciclista que hacía el Camino de Santiago y que un coche con excesiva velocidad le había atropellado.

—Afortunadamente —decía, mientras ponía unos vasos en la mesa—, no fue nada más que un susto. Unos huesos rotos, un politraumatismo, dos meses de baja y de nuevo al trabajo. Eso es todo. ¿Han oído que el otro día asesinaron a dos tipos en el pueblo de al lado? —preguntó con interés no exento de morbo.

El grupo palideció. Nadie supo contestar excepto Andrés, que se atrevió a decir que no habían oído nada y que ellos estaban haciendo el Camino sin necesidad de comentarios sórdidos ni malos farios. Querían pasar unos días agradables y que por favor—cortó Andrés— tomara nota de lo que querían.

—¿Qué es lo que desean tomar?

Todos pidieron unos entrantes y después un pescado a la plancha.

El camarero anotó lo que deseaban y se fue al interior a prepararlo.

No convenía cenar demasiado pues al día siguiente tenían una etapa complicada, comentó el guía.

La cena transcurrió en un ambiente agradable y relajado. Elena y Andrés estaban totalmente implicados en el grupo aunque, sin embargo, pudieron observar alguna mirada inquisitiva por parte del guía. Estaban muy preocupados, pero no querían dejar traslucir sus sentimientos. Externamente, no podían dar cuartos al pregonero; lo fundamental era reflejar tranquilidad, como si su posición fuera un remanso de paz.

Miguel Ángel, así mismo, también estaba nervioso y tampoco quería exteriorizar sus pensamientos. Ahora era el momento de plasmar una nota de simpatía, algo intrascendente en una conversación informal. Ya habría tiempo para tomar otras decisiones. Pero sabía que el tiempo corría en su contra y esto no era bueno. Tendría, mejor antes que después, que tomar alguna decisión por muy desagradable que fuera. Esa pareja no iba a tomarle el pelo. Ya les había advertido y eso era suficiente, aunque quizás una nota más fuerte les vendría bien.

—Me voy a la habitación, me duele un poco la cabeza —dijo el guía levantándose y dejando un billete de diez euros encima de la mesa.

Andrés y Elena le miraron irse despacio y pensaron que algo iba a ocurrir. No tenían idea de lo que era, pero sospechaban que no era positivo. El tiempo les dio la razón cuando al entrar en la habitación, poco después, vieron una carta en el suelo. Ya se había quitado la careta. Estaba nervioso, sabía que ellos sospechaban de él y no quería perder más tiempo en ditirambos y circunloquios. Cuanto antes cortara por lo sano era mejor, y estaba dispuesto a hacerlo en las próximas horas. Esta carta que ahora tenían en el suelo y recogían con verdadero temor, así lo patentaba.

—¿La lees tú o lo hago yo? —preguntó Andrés con cierto miedo.

—Léela tú mejor —contestó Elena respirando hondo.

Esta es la segunda, y última, misiva que os mando.

—Una cosa curiosa, ¿te has dado cuenta de que ahora emplea el plural? —comentó Andrés mientras se acomodaba en la silla para leer la carta.

No me gusta perder el tiempo y vosotros ya sabéis quién soy y cómo me las gasto y yo sé lo que vosotros sabéis; por lo tanto, y cartas sobre la mesa, lo mejor

para todos es cerrar el tema lo antes posible. Debéis saber que el tiempo se os acaba. O me dais la información que os requiero o debéis ateneros a las consecuencias. No os advertiré más veces.

Aquí la carta acabó de manera extemporánea; daba la impresión de que se hubiera dejado más cosas en el tintero, pero que no era el momento o quizás no estaba en disposición de escribir más.

—¿Sabes lo que te digo? Voy a su habitación a verle—dijo Andrés.

—Eso puede ser peligroso.

—Mientras nosotros sepamos el lugar exacto de la tumba, tenemos la seguridad de que nada ocurrirá. Eso lo sabe él.

Ni corto ni perezoso Andrés se dirigió a la habitación contigua. Estaba separada sólo por la de Clara y Ana. Llamó suavemente y al abrirse la puerta, entró dando un empujón fuerte.

—Ten en cuenta que Elena está preparada para llamar a la policía si me ocurre algo —fueron las primeras palabras que pronunció.

—¿Qué es lo que quieres?

—¿Qué nos quieres decir con esta carta? —preguntó Andrés, al tiempo que la agitaba en sus narices.

—Creo que está claro —se quitó la careta—. Quiero que me contestéis a lo que os pregunté hace ya dos días.

—Nosotros no sabemos nada y si lo supiésemos ¿crees que te lo íbamos a decir?

—No vengáis con monsergas. Todos sabemos en qué lugar estamos.

—¿Por qué mataste a Luís y Juan? —preguntó de sopetón.

—Esos tipos venían con intenciones de engañarme. El secreto era sólo mío pero mi padre se lo dijo a ellos, antes de morir; eran sus hijos bastardos. Mi padre los tuvo después que a mí, que soy el primogénito y el heredero de la familia cátara —contestó muy nervioso, con las venas hinchadas.

—¿Qué quieres decir? ¿Qué eres el heredero del mensaje del catarismo?

—Sí, lo soy —contestó en pleno éxtasis de nervios—. Me apellido Perigord y un antepasado mío enterró el tesoro en una de las tumbas del cementerio. Mis hermanos venían delante de vosotros, cuando regresabais de allí, y pensando que ellos estaban investigando en la zona, es por lo que decidí envenenarles y después deshacerme de ellos con un tiro en la sien. Eso os puede pasar a vosotros si no colaboráis.

Andrés, en su rápido proceso de razonamiento, pensó que estaban hablando de cosas diferentes. Miguel Ángel hablaba de un tesoro de los cátaros y ellos sólo conocían unos incunables enterrados. ¿Qué es lo que pasaba? No podía entender nada por lo que decidió continuar con la conversación.

—Vamos a ver si me aclaras algo más este laberinto. ¿Dices que hay un tesoro escondido?

—Lo sabéis, no te hagas el inocente. Es el legado de mi familia. Un antepasado mío —y al decirlo cogió la carta y se la mostró—, fue el que enterró el tesoro, por ello me pertenece. ¿Está claro? Te he descubierto todas mis cartas —dijo presa de los nervios—, ahora te toca a ti colaborar. Si lo haces me olvidaré de vosotros. Cuando lleguemos a Santiago nos despediremos y todo habrá acabado para todos.

Miguel Ángel estaba fuera de sí, las venas del cuello hinchadas, en un estado sudoroso, temblando, los ojos fuera de las órbitas, con las manos en el pecho por el dolor que le oprimía. Con todo su enorme cuerpo se lanzó sobre Andrés que, en un rápido escorzo, se movió lateralmente, con lo que éste cayó al piso sin pronunciar palabra.

Ya en el suelo, Andrés le tomó el pulso para comprobar que no latía. Decidió coger la carta y la agenda, dejando la habitación tal como estaba.

Elena le estaba esperando nerviosa y sin saber qué hacer. Le había dicho que si en diez minutos no regresaba que llamara a la policía y ese tiempo estaba a punto de terminar.

—¿Qué ha pasado? —preguntó nerviosa.

—Deja que me tranquilice. Han pasado tantas cosas…

—Me tienes en ascuas.

—Déjame cinco minutos, por favor —contestó temblando.

—Toma un poco de agua mineral —le alcanzó una botella que guardaba en la mochila.

—Lee la carta y después te cuento.

Elena dedicó unos minutos a leer la carta, que ya previamente había leído Andrés, tiempo suficiente para que éste se tranquilizara.

—No entiendo nada.

—No creas que yo entiendo mucho, pero te resumiré hasta lo que he podido razonar. Miguel Ángel se llamaba…

—¿Se llamaba?

—Sí, se llamaba. Ahora está muerto.

—¿Muerto? ¿Le has matado?

—No, qué cosas dices. Ha tenido un infarto fulminante mientras hablaba conmigo. Se puso furioso y el corazón le falló. Déjame unos minutos sin hablar y te lo cuento todo.

—Bien, me callaré.

—Miguel Ángel —volvió a empezar la explicación— se llamaba Perigord y recibió un legado de su familia, que era cátara. Los cátaros fueron un grupo, bastante numeroso, que se escindió de la iglesia católica, oponiéndose al Papa y no reconociendo su autoridad. En su pensamiento identitario, desarrollaron diferentes herejías que al estar al margen de los concilios católicos y desobedecer al Papa, fueron perseguidos por la Inquisición. Les martirizaron y condenaron a morir en la hoguera, sólo con el objetivo de que abjuraran de sus ideas. Algunos lo hicieron pero muchos no y murieron. Un grupo importante huyó de la ciudad de Albi, que es donde se centró principalmente su persecución, y vinieron al Camino de Santiago. En Sarria desarrollaron su vida familiar al amparo de la mercadería. Una familia de éstos fueron los Perigord, que cuando huyeron de Albi trajeron un importante tesoro que enterraron en Porto Marín. ¿Entiendes ahora? El guía no buscaba sólo los libros, también buscaba el tesoro. Debe de haber dos tumbas con el nombre de Albretch, en una están enterrados los libros y en la otra el tesoro.

—Si en la carta habla sólo del tesoro, ¿cómo sabía el guía que había dos incunables?

—Muy sencillo. Este tipo vino hace algún tiempo al cementerio y vio dos tumbas con el mismo nombre. Debió equivocarse y abrió, en primer lugar, la que contenía los libros. Después deshizo la equivocación y desenterró la otra. De esta manera se encontró con dos tumbas y dos tesoros. Necesitó de algún tiempo para preparar el transporte de la mercancía y estos días lo debía de tener todo preparado.

—Bueno, pues hemos solucionado el tema. Tú tienes la carta, el móvil del asesinato. El asesino murió de infarto fulminante de miocardio, con lo cual no podrá hablar. Así las cosas todos tranquilos y tema cerrado.

—No me parece tan sencillo, pero lo que está claro es que nuestra vida ya no corre peligro. Mañana nos encontraremos, en el desayuno, con el muerto, le harán la autopsia y ya veremos en qué queda todo.

Estaban cansados, Andrés y Elena durmieron plácidamente después de hacer el amor. Eso les relajó lo suficiente para que pudieran conciliar el sueño, al menos, unas horas.

16

Un filo de luz traspasó la ventana y, a través de los visillos, llegaba tenue y deshilachada, reflejándose en la cómoda, junto al armario, donde estaban las mochilas. La carta estaba junto a ellas en un tranquilo reposo. La historia había cambiado de signo en muy poco espacio de tiempo. Ahora no era un cátaro quien tenía la carta, sino unas personas de nuestro tiempo, modernas, con las ilusiones y deseos de cualquiera, con su misma sordidez, que desecharon el devenir del tiempo, y que no encontraban la solución al enigma de la historia. Su camino no estaba perfilado, aunque habían desentrañado el misterio de muchos siglos, donde se cruzaron diferentes pensamientos, ideas, costumbres, perfidias y miserias.

Unos golpes secos de Dámaso en la puerta les indicaron que bajaran rápido a recepción, donde les esperaba el grupo. Sospechando cuál era la causa de esa brusquedad, se medio vistieron y bajaron. Les esperaban todos excepto el guía, claro está —pensaba Andrés— mirando la cara de preocupación que se reflejaba en la mirada del grupo.

—¿Qué es lo que pasa? —se atrevió a preguntar Andrés, sabiendo la respuesta.

—El guía ha muerto —sentenció Dámaso, con una frase lapidaria que de no conocer la noticia, hubiera sido como pedrada en la frente.

—¿Muerto? —preguntó Elena con su voz más inocente.

—Sí, parece que ha sido un infarto. La autopsia lo dirá, pero no hay signos de violencia ni de robo.

—Le llamé a la puerta, como hice poco después con vosotros, y no contestaba. El encargado abrió con la llave maestra y nos encontramos con la escena de marras. Estaba encima de la cama. No había ni siquiera desecho las sábanas —explicaba Dámaso—, pero toda la habitación estaba en orden.

—¿Y ahora qué hacemos? —preguntó Clara.

—Por el momento suspender la etapa. Hoy nos quedaremos aquí, hasta ver qué es lo que dicen el juez, el comisario y el forense. Todos están viniendo. Les llamé hace cinco minutos.

—Este grupo lleva la muerte en sus entrañas —dijo sollozando Clara.

Dámaso se acercó y le ofreció una servilleta de papel, que ella agradeció con una media sonrisa.

Elena y Andrés intercambiaron sendas miradas de complicidad y se acercaron a la barra a recoger los cafés que el camarero les había preparado. Los próximos minutos serían decisivos y, de la reacción del policía y del comisario, dependía que el caso se cerrara o no.

Salieron a la calle pues el calor les agobiaba. A esa hora de la mañana ya empezaba a apretar la temperatura a pesar de que no había entrado el verano. Una suave lluvia refrescaba el pavimento y, después del café, un corto paseo hasta la esquina de la calle les vendría muy bien. Además tenían que comentar algunas cosas.

—Parece que todo va bien hasta el momento. No hay violencia, ni robo, ni nada que pueda hacer sospechar otra cosa que no haya sido el infarto. La autopsia confirmará todo y el comisario cerrará el asunto, sin saber cuál fue el móvil del asesinato que ocurrió en su demarcación —expuso Andrés, al tiempo que le daba un beso a Elena, más de apoyo que de otra cosa.

—¿Es el mismo comisario el de este pueblo que el del otro?

—No lo sé, pero como ambos casos están relacionados, seguro que vendrán ambos en caso de que sean diferentes.

No habían terminado estas palabras, cuando dos coches se pararon enfrente del albergue y de ellos bajaron varios hombres. Uno era el comisario que ya conocían. Parece que sería el único que iba a ser responsable del caso.

Al verles en la puerta se dirigió a ellos amablemente.

—Bueno, pues otra vez nos vemos. Parece que este grupo está maldito.

—Ya ve, señor comisario, cómo son las cosas. A este paso, de este grupo no va a llegar ni la mitad a dar el abrazo al Santo —contestó Andrés a medio camino entre la tristeza y la ironía.

—Vamos a entrar todos y que nos cuenten lo que ha ocurrido.

La entrada del comisario, al que todos conocían, fue recibida con cierto descanso, pues la tensión del ambiente se podía cortar con un cuchillo.

—Bien ¿qué ha pasado aquí?

—Esta mañana no contestaba nadie en la habitación del guía, entramos con la llave maestra y lo encontramos muerto encima de la cama —contestó Dámaso de manera escueta.

—¿Había signos de violencia o de robo?

—Nada de nada. En una primera exploración no observamos nada.

A Clara le extrañó que su chico no sólo llevara la voz cantante, sino que además contestara de una manera excesivamente profesional, lo que no estaba muy de acuerdo con su trabajo, o al menos con el trabajo que dijo que ejercía. Pero ahora no era el momento de entrar en más preguntas. Tiempo habría de aclararlo todo.

—¿Quién fue el último que le vio con vida?

—Todos, pues cenamos con él y se retiró unos minutos antes que el resto del restaurante, pero sólo unos minutos, nada más.

—¿Se encontraba bien cuando se retiró?

—No parecía a simple vista que le pasara algo. Todos pensamos que estaba cansado y quería acostarse. Es más, dijo que a la mañana siguiente habría que madrugar y por eso se iba a descansar. Pero durante toda la noche en el restaurante estuvo bien.

—Quizás podríamos decir que fue el día que más simpático estuvo —añadió Clara.

—¿Qué cenasteis?

—Nada del otro mundo, aperitivos y un pescado.

—¿Bebida?

—Vino blanco, pero tomamos dos botellas para todos, así que no creo que diera para más de dos vasos pequeños.

El informe del policía había sido estricto y correcto, por lo que ahora era necesario proceder a la exploración de la escena.

—Bueno, pues voy a inspeccionar el lugar. ¿Me acompaña usted? —y dirigiéndose a Dámaso dijo— indíqueme el camino.

El comisario subió a la habitación, precedido por él, seguido por dos policías. Cuando estaba llegando al piso superior entraban el juez y el forense. Clara les indicó el camino a seguir, mientras cavilaba en que la forma de actuar de su chico era especialmente sospechosa. Desde luego no era la de un director financiero de una empresa de seguros, como le había dicho.

Elena y Andrés estaban en un rincón de la cafetería con un zumo de naranja entre las manos, sentados en la misma mesa que Clara y Ana.

Patricia, en una mesa contigua, apoyaba su cabeza en el hombro de José llorando en silencio. Todo lo que estaba sucediendo era superior a sus fuerzas. Tenía ganas de llegar a Santiago y terminar con este viaje, le decía a su novio.

Las dos parejas, como siempre en silencio, observaban todo lo que ocurría a su alrededor. Dámaso daba toda suerte de explicaciones al comisario en el piso superior. Era, especialmente, un panorama un tanto sobrecogedor.

—Parece que no hay duda: ha sido un infarto fulminante. De todas maneras veremos qué nos dice la autopsia. Esperemos que no haya un veneno por medio, como en el otro caso —comentó el comisario.

—Aquí la cosa parece bastante clara —sentenció Dámaso, que ya actuaba como lo que en realidad era y no como un peregrino.

De todas maneras tenía que seguir fingiendo un tiempo más, ya que a Clara quería decírselo personalmente a solas.

No había pasado más de una hora cuando llegó una camilla y se llevó el cuerpo por orden del juez. El forense seguía la procesión con cara de pocos amigos. El paso del cadáver por la recepción imprimió un tono tenebroso en el ambiente. Todos estaban atemorizados por lo que estaban viendo. Su guía, hasta hace poco organizando su viaje, estaba en una camilla, camino de la *morgue* o como se diría en un lenguaje más técnico, instituto forense.

—Creo que el día de hoy lo tendrán que pasar aquí. Si todo marcha como suponemos, mañana podrán continuar el viaje —dijo el comisario, dirigiéndose a todo el grupo—. ¿Tienen alguna pregunta? —continuó.

—¿Podemos salir del albergue? —preguntó Patricia, que no soltaba la mano de su novio.

—Pueden hacer lo que deseen, sólo que no deben dejar el hostal hasta mañana —contestó el comisario—. Y ahora si no desean nada más, les dejo. Buenos días —y al decirlo un ligero temblor recorrió el cuerpo de varios de los allí reunidos.

—¿Qué vamos a hacer ahora? —le preguntó Elena a Andrés, que no había abierto el pico en todo ese tiempo.

—No tengo ni idea. Por el momento me voy a tomar otro café.

—¿Otro café? Ya van cuatro en una hora.

—Estoy muy nervioso ¿qué quieres que haga?

—Pues me parece que los cafés no son lo mejor para los nervios.

—Bueno, pues me lo tomaré descafeinado —cortó en seco.

Mientras tanto Dámaso había bajado con el comisario y salió con él hablando para despedirle en la puerta del coche.

—¿Qué hago yo ahora? —le preguntó mientras le abría la puerta.

—No lo sé todavía, déjame pensarlo. Tenemos todo el día.

—Bien, espero instrucciones.

—Tranquilo, sigue actuando igual. Te llamaré.

Al entrar en la cafetería, junto a la recepción, se encontró en primer lugar con la mirada inquisitiva de Clara, que ya sólo con los ojos le preguntaba qué es lo que se traía entre manos.

—Ya me explicarás —le dijo de una manera cortante.

—¿Qué es lo que quieres que te explique?

—¿Te parece normal tu actuación en lo que va de mañana?

—¿Qué es lo que hice de raro? —quería ganar tiempo con la pregunta.

—De todos los que estamos aquí, el único que no ha reaccionado normalmente has sido tú. ¿Te has fijado en cómo hiciste las cosas?

—Si lo dices porque fui el que subí a la habitación y encontré el cuerpo, podía haber subido cualquier otro.

—No sólo por eso; subiste, llamaste al comisario, nadie teníamos su teléfono y tú no necesitaste buscarlo. Cuando vino contestaste a sus preguntas de una manera muy técnica. Los demás no sabíamos ni qué hacer ni qué decir. Sólo tú supiste qué era lo que había que hacer en cada momento. Si no te parece eso raro…

—Quizás tengas razón. Te lo explicaré más tarde. Ahora no puedo.

Clara se quedó pensativa, distante sin saber a qué atenerse. Se acercó a la barra y pidió un zumo de naranja, ya que no había tenido tiempo de terminar de desayunar. Mientras tanto Patricia, asistida por José, no dejaba de sollozar. Las dos parejas, como siempre, calladas y sumidas en un silencio sepulcral. Elena, de vez en cuando, cogía la mano de Andrés, buscando apoyo.

—¿Y qué va a pasar ahora? —preguntó Clara.

—No tengo ni idea. Posiblemente mañana nos digan que podemos continuar el camino y aquí acabó todo.

—Sólo nos quedan dos etapas para llegar.

—No necesitaremos guía para ello —contestó Andrés.

—Y si lo necesitamos da igual, no lo tenemos. Haremos las etapas por nuestra cuenta.

—Llegamos a Santiago, damos el abrazo y nos despedimos. Entonces es cuando nosotros decidimos qué vamos a hacer —remarcó Andrés, bajando la voz al tiempo que Dámaso se acercaba.

—Bueno, pues el tema está cerrado ¿no os parece? —preguntó con un tono irónico; al menos eso le pareció a Elena cuando después se quedó a solas con Andrés y se lo comentó.

—Vamos a esperar a que el forense diga si ha sido en efecto un infarto o hay más cosas.

—¿Pero piensas que hay posibilidades de que haya algo más? —preguntó Andrés.

—No lo creo. ¡Después de lo que nos pasó el otro día! Parecía que habían sido asesinados con un tiro en la sien y estaban ya muertos por el veneno. ¿No te parece demasiado cruel?

—Si lo miras de este modo sí que lo es, mataron a dos cadáveres ¿qué te parece?

—Me parece una crueldad fuera de lugar —contestó Elena.

La conversación no duró mucho ya que Clara se acercó, en silencio, al grupo y se dedicó durante unos segundos a mirar a la cara a todos y en especial a Dámaso, al que no perdía ojo desde que sus sospechas iban en aumento. Sin embargo, decidió no iniciar el interrogatorio, en espera de que fuera él el que lo comenzase. Por otro lado, éste no sabía cómo empezar la explicación. Por ello se levantó de la mesa y, sin mayores vueltas, le dijo a Clara que quería dar un paseo con ella.

—¿Quieres que vayamos a dar un recorrido por el pueblo?

—Por mí está bien. Lo que tú quieras.

En silencio se alejaron del albergue ante la atenta mirada de Elena y Andrés que pensaron, con muy buen criterio, que en este paseo Dámaso le descubriría a Clara su verdadero papel en el grupo.

—Supongo que te ha extrañado mi sobreactuación en este caso ¿verdad?

—Pues sí, ahora que me lo dices sí que me ha extrañado —contestó con ironía.

—Pues era lógica. Soy policía —soltó de sopetón.

—¿Policía? —preguntó Clara, que ya tenía sus sospechas.

—Sí. En Palas de Rei, después de los dos asesinatos, el comisario sospechó que el asesino era alguien del grupo y después de una conversación con Andrés y Elena, que también tenían sus sospechas, decidió que yo debía infiltrarme. Mi perfil, mi experiencia en este tipo de actuaciones y sobre todo mis características físicas, hacían que yo fuera la persona indicada para este trabajo. Por ello me hice el encontradizo con Andrés en la plaza como si fuera un antiguo

compañero del colegio que estaba haciendo el Camino en solitario y me uní a vosotros. La verdad es que nadie sospechó nada e incluso el guía me aceptó relativamente bien.

—Y yo que pensaba que eras un tipo original, que me caías bien e incluso te besé en el pasillo ¿en qué lugar he quedado?

—No entiendo la pregunta.

—Mejor déjalo, no lo entenderías nunca.

—Intenta explicármelo a ver si puedo. No creo que haya habido diferencia por haber besado a un policía.

—Te lo diré claramente, me estaba enamorando de un tipo que no se correspondía con la realidad. Era otra persona la que me gustaba. No pensaba que había suplantación de la personalidad.

—Tú en cambio eras la que decías ser y esa era la que me gustaba ¿ves la diferencia?

—Cuando me diste el beso quién era el que me lo daba ¿el policía o el peregrino? Y cuando se lo di a él ¿a quién se lo di?

—¿Por qué te complicas tanto? Se lo diste al hombre. ¿Qué te parece? No creo —continuó con la contestación— que haya tanta diferencia entre lo que era y lo que pensabas que era. Mi corazón y mis sentimientos eran los mismos. ¿Es que han podido cambiar los tuyos por mi cambio de profesión?

—No puedo pensar que todo era un fingimiento para conseguir mejor tu propósito.

—Mi objetivo lo hubiera conseguido de la misma manera.

—¿Estás seguro?

—Completamente. Sé cuál es mi trabajo y cómo desarrollarlo. Mis sentimientos no intervienen demasiado, claro que a veces es difícil…

—¿Difícil?

—Sí, difícil, como en este caso —y al decirlo le dio un beso en los labios cerrando su respuesta, que murió allí mismo antes de nacer.

Clara, estupefacta, incrédula y entregada, correspondió dulcemente.

Así los encontraron Elena y Andrés, que habían salido a caminar poco después. No quisieron interrumpir la escena por lo que dieron la vuelta a la esquina y salieron a la plaza por otro lugar. Desde los bajos de unos soportales vieron cómo se acercaban hechos unos tortolitos. Al encontrarse de frente se sonrojaron pero no cambiaron la posición empalagosa de brazos y cuerpos.

—Vemos que habéis llegado a muchas conclusiones —se atrevió a decir Elena, que para estas cosas era poco tímida.

—Sólo las precisas —contestó Clara, que en lo de timidez no le iba en la zaga.

—Ya le he contado a Clara mi posición real en esta historia. Lo que no sé es lo que seguiré haciendo, depende de las órdenes del comisario.

—¿Pero está todo el caso cerrado? —preguntó Andrés.

—Parece que sí, pero aún no es definitivo. Estamos a la espera de la autopsia y del informe final.

—¿Queréis que comamos juntos? —dijo Clara—. Ahora podemos dar un paseo, hay alguna iglesia y lugares del románico interesantes —insistía con una dulce voz, que le recordaba a Andrés la de Grace Kelly en sus películas, de las que era un gran admirador.

—Por mi parte hecho —contestó Elena.

En la calle ya había bastantes personas que iban de un lado a otro, no era el tráfago y el bullicio de las grandes capitales, pero para ser un pequeño pueblecito era suficiente. Las caras no eran, sin embargo, de pararse a conversar. Tenían prisa por llegar a cualquier lugar, su casa, la oficina, el trabajo. Pero a diferencia con la gran ciudad, aún se paraban a saludarse unos a otros, ya que al ser un lugar pequeño, todos se conocían. Incluso algún paisano saludó a Dámaso cortésmente, el cual respondía al mismo, con una gran sonrisa. Clara vio en el corto trayecto del paseo que era bastante conocido y ahora se explicaba por qué en los otros pueblos casi no quería salir a pasear.

—Dime una cosa, no era tu madre la que te llamaba ¿verdad? —preguntó Clara.

—Era el comisario que me informaba de los acontecimientos, la primera vez para decirme… bueno, no sé si esto es secreto de sumario y no debo comentártelo.

—¿Pero no dices que el caso está casi cerrado?

—Entre el casi y el todo hay un trecho.

—¿Entonces no me puedes decir nada?

—Si no lo comentas te diré que el guía, cuando disparó a tus compañeros, lo que hizo fue disparar a dos cadáveres.

—¿Cadáveres?

—Sí, ya estaban muertos. Parece que estaban envenenados.

—¿Envenenados?

—Salieron a tomar una copa con el guía y regresaron los tres al cabo de un par de horas.

—Entonces se presupone que el guía les envenenó y poco después entró en la habitación y les disparó un tiro en la sien por si acaso.

—Eso es lo que ha dicho la autopsia.

—A mí cuando se alejaban del albergue, me extrañó que salieran a esas horas de la noche teniendo que madrugar al día siguiente, y observé que en la esquina de la calle se encontraron con un conocido del guía al que fueron presentados y se fueron los cuatro solos.

—¿Quieres decirme que no eran tres sino cuatro los que se fueron a tomar una copa?

—Sí, y además te digo dónde la tomaron.

—¿Tú sabes dónde la tomaron?

—Sí. Ana y yo no teníamos sueño y salimos a dar un paseo detrás de ellos, a una distancia de unos cincuenta metros. Ya sabes la comida reposada y la cena paseada.

—Déjate de coplas ahora y desembucha.

—Oye, oye, que yo no soy una sospechosa.

—Bien, perdona. Dime lo que sepas.

—Poco más. Se metieron en un bar que hay en la esquina de la calle principal, a tres cuadras del albergue. Ahora no te puedo decir el nombre, no reparé en él. No sé si Ana se fijaría, ya que no comentamos nada más que las ganas que tenían de tomar copas a esas horas.

—Esto que me dices es muy importante. Llama por teléfono a Ana y dile que venga con nosotros a comer y que nos cuente lo que recuerde.

Mientras tanto Andrés, en silencio, recordaba las películas de Ginger Rogers y Fred Astaire, que tantas veces había visto en su juventud, y cómo se deslizaban sus zapatos suavemente, con liviandad, como flotando en una nube. Era un recuerdo que le venía con cierta frecuencia, casualmente, cuando tenía ante sí un problema importante. Le vino en cierta ocasión en sus primeras oposiciones, cuando en los dos primeros minutos se quedó en blanco. Afortunadamente se repuso enseguida y el recuerdo de los bailarines se borró y se transformó en la clase que todos esperaban. Otra vez le vino cuando, en la facultad, en el segundo curso, salió por primera vez con una chica. Tuvo esta sensación más veces, pero ahora no las recordaba.

A Elena le pasaba algo distinto pero en cierto modo similar. La imagen que ella tenía era la de una niña de unos diez años que trataba de subirse a un árbol para coger una fruta. A pesar de los esfuerzos que realizaba nunca podía levantar los pies del suelo. Las dos imágenes tenían en común los pies, los unos como flotando en una nube y los de ella pegados al suelo sin poder levantar el vuelo.

Ambos estaban ensimismados en sus sueños de juventud, cuando Ana llegó con una cara alegre y preguntando para qué la habían llamado. ¿Era para invitarla a comer? preguntó con cierta sorna.

—Me gustaría que me contaras lo que viste la otra noche en Palas de Rei, cuando el guía se fue con tus dos compañeros muertos —preguntó Dámaso a boca de jarro—, ya Clara me ha contado su versión y quería ampliarla.

—No creo que tenga mayor importancia. Salimos a dar un paseo después de la cena, sólo unas cuantas cuadras —Ana había estado una temporada larga viviendo en Sudamérica y decía cuadra en lugar de manzana— y vimos al guía con nuestros dos compañeros unos metros por delante. Miguel Ángel saludaba a un hombre que no pudimos ver en la noche, pero que era de su misma altura y parecido, y se metieron en un bar llamado El Ocaso, que está a unos quinientos metros del albergue.

—¿Y cómo te acuerdas del nombre?

—Muy sencillo. Acababa de decirle a Clara que lo que más me gusta a mí es el ocaso en la playa. Y me llamó la atención que en ese momento vimos el nombre del bar, ¿te acuerdas?

—Sí, ahora me acuerdo. Te lo comenté como una casualidad —respondió Clara.

—Yo te dije, eso lo recuerdo perfectamente: mira qué cosa tan curiosa, estoy hablando del ocaso y estos tipos entran en el bar que lleva este nombre.

—No reparamos en que tuviera otra transcendencia, dimos la vuelta y regresamos a dormir. No comentamos más sobre el tema. ¿Es que tiene mucha importancia lo que te digo? ¿Y por qué me lo preguntas tú? —aquí mostró su extrañeza Ana.

—Ya te lo diremos más tarde —aclaró con cierta viveza Clara.

—Bien, ahora vamos a comer —dijo Dámaso al ver que el camarero se acercaba con su bloc de notas.

Dámaso se quedó pensativo con esta nueva información, pues no entraba en la lógica de los acontecimientos vividos en las últimas horas. Eran datos que

entraban en el *puzzle* para desbaratar la situación más que para cerrarla. El caso no se podría cerrar hasta no saber quién era aquel cuarto tipo que tomó una copa con ellos. Podría ser algo casual, sería lo más natural del mundo, pero también podría tener alguna relación con el hecho de la muerte de los peregrinos. Había cuatro hombres en el bar; hasta ahora pensaban que sólo eran tres. Luego había un testigo de lo que hablaron e hicieron. Hasta el momento no habían barajado esta posibilidad pues nadie les informó al respecto. De todas maneras, cuando alguien de la comisaría fue, a instancias de Dámaso, a interesarse por la hora de entrada en el albergue, a nadie se le ocurrió preguntar en los bares de la cercanía si los tres habían tomado una copa y qué tipo de copas. Otra pregunta básica, en estas circunstancias, era la de si la copa la tomaron los tres solos o había más personas. Era una información elemental que ellos consideraron irrelevante. Había que señalar, de una vez por todas, si el asesino actuaba en solitario o tenía algún cómplice.

Estando en estas tesituras sonó el teléfono de Dámaso.

—Mi madre de nuevo, —dijo sonriendo y mirando a Clara.

Se retiró de la mesa unos metros y oyó la voz al otro lado que decía:

—Hemos hecho la autopsia del guía —decía el comisario.

—¿Y qué?

—Pues siéntate si estás de pie.

—Ahora no puedo, me levanté de la mesa y no quiero que nos escuchen.

—Pues muy sencillo. El guía no murió de infarto, sino envenenado. ¿Lo entiendes ahora?

—Eso quiere decir que tenía un cómplice o alguien que no quería que siguiera vivo. Debía tener alguna información vital.

—En efecto, lo has pillado.

—¿Es el mismo veneno de los otros?

—Eso todavía no lo sabemos. Es preciso analizar las vísceras, y para eso hay que enviarlas a Santiago, donde tienen buen laboratorio de toxicología.

—¿Y cuándo sabremos la respuesta?

—En dos días, por lo que el grupo no puede moverse de Arzúa. Tendrán que estar ahí dos días más. Después de la comida, sobre las siete de la tarde, diles que nos reuniremos en la cafetería del albergue. No les des más información que la precisa.

—Imposible, algo tendré que decirles. Les acabo de contar que era mi madre la que me llamaba.

—Pues está bien, nos vemos esta tarde. Adiós.

—¿Qué te quería tu madre? —preguntó Clara con una miaja de sorna.

—Nada de particular, que cómo estaba y esas cosas que preguntan las madres —contestó sin mirarla, pues no estaba seguro de si algún gesto le descubriría.

—Vamos a dejar a las madres y a comer —contestó Andrés, que no se había tragado el sapo.

Elena y Clara miraban a Dámaso intrigadas por la llamada tan fuera de lo común. No se habían creído nada y sospechaban lo mismo que Andrés, que algo se cocía en los despachos de la policía. Sólo Ana se dedicaba despistada a partir el queso que el camarero había puesto encima de la mesa.

—Podría haberlo cortado en trozos más pequeños ¿verdad? —dijo Ana de una manera inocente y fuera de lugar.

La comida en silencio; cada uno pensando en cuál era la siguiente escena de esta tragicomedia en la que, sin quererlo, se encontraban. Nadie tenía ninguna duda de que aquella llamada era importante, y definitiva, y que cambiaría la situación en que se encontraban inmersos. Sólo Ana comía con fruición y se servía vino blanco en demasía. Estaba como desgajada de la situación. Los demás, preocupados, casi ni probaban bocado, sólo reflexionando en lo que ocurriría poco después. Aunque nadie sospechaba nada, Andrés y Elena pensaban que la trama había cambiado con esa llamada. No se equivocaban y al poco tiempo, casi terminando la comida, Dámaso les informó que a las siete vendría el comisario para tener una reunión con todos y que por el momento la información que tenía es que deberían estar dos días, al menos, en el pueblo. No podrían salir del albergue.

—¿Quieres decir que no podemos continuar el camino? —preguntó Elena a bocajarro.

—Parece que eso es lo que hay.

—¿Pero entonces era tu madre la de la llamada o no? —preguntó Ana, ante la mirada inquisitiva del resto de la mesa.

—Era el comisario.

—¿El comisario? ¿Y por qué te llama a ti?

—Eso es muy largo de contar, pero como ya lo saben Clara, Andrés y Elena y la única que está en el limbo eres tú, te lo diré. Soy policía y me infiltré en el grupo después del asesinato de vuestros compañeros. Era la única manera de tener hilo directo con todos vosotros, ya que estábamos convencidos de que el

asesino estaba muy cerca. Era la mejor forma de que la información que tuviéramos procediera del mismo ambiente en que había ocurrido el crimen. Nada de interrogatorios enlatados y esquematizados, era necesario ir directamente al grano, al meollo de la cuestión, ¿lo entiendes?

—Me dejas, me dejáis de una pieza. ¿Era yo la única que no sabía nada?

—Andrés y Elena lo saben desde el principio. Todo fue amañado con su consentimiento y colaboración. Clara se acaba de enterar hace un rato —contestó Dámaso.

El sol de la primavera iba calentando suavemente; la tarde prometía la fina lluvia gallega por lo que lo mejor, de sobremesa, era una siesta en espera de la reunión con el comisario que les aclararía sus dudas. Dicho y hecho, todos se levantaron como con un resorte automático en dirección al albergue.

Elena y Andrés entraron en la habitación y casi sin tiempo a meterse en la cama, le preguntó Elena:

—¿Qué crees que ha pasado?

—No tengo ni idea. Lo que me parece seguro es que hay algo muy importante en relación con la muerte del guía. A lo mejor no murió de infarto —se atrevió a predecir Andrés.

—Y si no ha sido infarto ¿de qué ha muerto? Pues tú estabas allí.

—A ver si ha sido envenenado como los otros —soltó de sopetón.

—Lo que faltaba, otro asesino nuevo. ¿No tendría un cómplice?

—Yo ya no sé nada. Estoy hecho un lío.

—Pues anda que yo —dijo Elena mientras se recostaba en el torso desnudo, buscando apoyo a sus miedos y temores.

Aquella siesta hicieron el amor intensamente tratando de olvidar los presagios que cada uno en su interior albergaban, no sólo en relación con los muertos sino también con las tumbas que sonaban en sus oídos como una campana que repiqueteaba a muerto. El tañido era algo que les acompañó en sus sueños. No podían liberarse de ellos. Tendrían que acostumbrarse a convivir con este trauma. ¿De por vida? Nadie lo sabía. Sólo el tiempo tenía esta respuesta.

17

Alfredo Perigord, padre del guía y descendiente directo de la familia cátara, tuvo varios hijos con diferentes mujeres. Los dos bastardos, Juan y Luis, con una prostituta y dos gemelos en su matrimonio con Leonor. De los dos, se había considerado a Miguel Ángel el primogénito, lo que siempre provocó una envidia en su hermano Alfredo. En su primera infancia se criaron juntos, pero a los diez años, al separarse los padres, cada uno fue con un progenitor. Eran idénticos en todo, hasta en su carácter egoísta y egocéntrico, lo que hacía que en los juegos fueran especialmente crueles con sus amigos. Se desarrollaron en ambientes diferentes y a una gran distancia, ya que uno de ellos creció en Madrid con su padre y el otro en Hamburgo con su madre, pero a pesar de esto eran idénticos y cuando la gente les veía juntos, no sabrían distinguir quién era Miguel Ángel y quién Alfredo, pues el padre llamó al segundo con su mismo nombre. La característica principal de los dos era su crueldad, ya que en los simples juegos que hacían, siempre se notaba la maldad con el resto de sus amigos.

Con el tiempo y ya en una edad adulta el padre les llamó, por separado, y les comunicó el secreto, celosamente guardado toda la vida. El legado de los cátaros permanecía en una tumba de un pueblo de Galicia, llamado Porto Marín. Al no distinguir —para él los dos eran nacidos al mismo tiempo— quién de los dos era el primogénito, basado en las normas del catarismo, el padre decidió que el tesoro lo debían repartir a partes iguales. Por ello, a cada uno y por separado, les dio la misma información.

Ambos decidieron por su cuenta hacerse dueños únicos del secreto. Su posesión les marcó durante ese tiempo y cuando Miguel Ángel empezó con los distintos grupos de peregrinos a visitar la zona, Alfredo decidió que era hora de actuar y le siguió. Al percatarse de que el desenlace estaba cerca y que el tesoro iba a volar en los próximos días, fue el momento definitivo de la decisión final. Alfredo no dejaría a su hermano la gloria de llevarse la riqueza que estaba enterrada; se haría cargo de la misma justo un poco antes y, si era necesario, actuaría con todo el rigor del mundo. Tenía experiencia en los bajos mundos, pues donde se había criado colaboró con bandas relacionadas con la droga y la prostitución. Eso le dio mucho dinero, pero no lo que le daría la tumba, pues en palabras de su padre era una gran riqueza la que estaba enterrada allí. Ese

cementerio era una mina, un diamante en bruto; sólo había que descubrirlo, lo cual no era difícil con los datos que tenía. Su posesión le permitiría regresar a Hamburgo y crear algún negocio que le permitiera vivir sin trabajar.

A su hermano le tenía en el punto de mira, y le seguía a cada paso; por eso cuando en Madrid se puso en marcha con un grupo de peregrinos, se dirigió por su cuenta a Sarria con un tipo de los bajos fondos de Hamburgo al que contrató para que le diera toda la información del grupo. Este tipo siguió al guía desde la mañana a la noche y transmitió toda la información a Alfredo. Aquella noche, al verle con dos peregrinos del grupo que iban a entrar en el bar El Ocaso, se decidió a hacerse el encontradizo con su hermano, al que llevaba varios años sin ver. La sorpresa de Luís y de Juan fue mayúscula al ver a dos personas exactamente iguales, sin ninguna seña externa que los pudiera diferenciar. Una vez repuestos del susto, y aclarada la situación por Miguel Ángel, es cuando se decidieron a entrar en el bar y tomar una copa. En ese bar es cuando el guía dispuso el veneno en las copas de los peregrinos. Por ello, una vez informado de la situación general del grupo y hechas sus cuentas sobre el trayecto posterior, que iban a seguir, se despidió con ciertas palabras duras hacia la labor de su hermano.

Alfredo continuó con sus pesquisas y a los dos días se hizo de nuevo el encontradizo con su hermano. Se había enterado de que los dos tipos aquellos, a los que conoció en el bar unos días antes, habían fallecido envenenados y con un tiro en la sien. Su contacto le había informado convenientemente. No le cupo la menor duda que el autor del envenenamiento había sido su hermano, por lo que decidió utilizar la misma táctica con él y durante el encuentro en Palas de Rei, mientras tomaban una copa le puso el veneno. Este método lo había aprendido en sus labores en los suburbios de la ciudad de Hamburgo. Cuando un tipo era indeseable y toda suerte de conversación y de llegar a un acuerdo se había terminado, es cuando entraba en acción el veneno.

—¿Qué hora es? —preguntó Elena con la cabeza debajo de la sábana.

—Sobre las seis.

—¿A qué hora hemos quedado?

—A las siete dijo que venía el comisario.

—Tenemos tiempo todavía de besarnos ¿no te parece? —dijo Elena, mientras juntaba sus labios con los de él, sin dejarle tiempo a contestar a la pregunta de si le parecía bien o mal.

—Tampoco nos sobra —contestó, cuando pudo despegar los labios de los de ella.

—¿Qué crees que ha pasado?

—Sólo encuentro una explicación, que el guía no haya fallecido de infarto y sea otra la causa. Y si es otra la causa, sólo me puedo imaginar el veneno.

—¿Pero entonces no estaba actuando solo? ¿Es que tenía un cómplice?

—Podía también ser alguien que le estuviera siguiendo. Recuerda que Ana y Clara dijeron que les vieron saludar a una persona en Porto Marín y que les vieron meterse en un bar después. Por lo tanto este tipo podría ser el asesino del guía.

—¿Entonces el guía no fue el que asesinó a nuestros compañeros?

—De eso no hay duda, él mismo me lo reconoció a mí en pleno ataque del infarto o de lo que fuera.

—Pues sí que está complicada la cosa. Es el guía el que asesina con un veneno y después con un tiro en la sien a nuestros compañeros y es el cuarto tipo, ahora, desconocido, el que asesina al guía. ¿Es así?

—Me parece que es así cómo sucedió todo, aunque no te lo aseguraría. Ahora el quid de la cuestión es saber si eran cómplices o bien enemigos que estaban buscando a su manera el tesoro. En una palabra, si iban juntos o por separado. Aquí lo importante es saber el móvil ya que la policía no lo sabe. ¿Qué crees que debemos hacer nosotros? Al parecer somos los que tenemos la información más completa y sí que conocemos el móvil exacto.

—Pues creo que esperar a ver cómo se desarrollan los acontecimientos. Si ahora nos vamos de la lengua vamos a entrar en el vagón de los sospechosos, o al menos de los que tenían algo que contar, y se han callado y eso para la policía nunca es positivo.

—Estoy de acuerdo —contestó Andrés—, el tiempo se nos echa encima. Vístete mientras me afeito y bajamos. El comisario debe estar llegando si no ha llegado ya.

Al entrar en la cafetería, un simple vistazo les indicó que ya estaban todos y que ellos eran los únicos que faltaban.

—El silencio es sepulcral —murmuró Andrés, al oído de Elena, que le contestó lo poco a cuento que venía esa expresión y lo desafortunada que era en estas circunstancias.

—No siempre que hablo lo hago adecuadamente —le dijo de mala gana.

—Ahora que estamos todos aquí, les ruego tomen asiento pues esta será una sesión algo más larga de lo habitual —señaló el comisario desde el centro de la sala—. Ya saben lo que ha pasado y todos los acontecimientos que se han

sucedido, rápidamente, desde hace unos días. Me gustaría que cada uno de ustedes me relatara lo que hizo desde que entró en el albergue, después de cenar, para dormir.

—¿Me permite un aparte? —preguntó Dámaso al comisario.

—Tú me dirás —le dijo ya en la calle y fuera de las miradas del grupo.

—Hay una cosa interesante, que no sé si tendrá importancia.

—Dímela y te diré yo si la tiene.

—Una de las chicas me ha contado, en la comida, que al entrar en el albergue decidieron dar un paseo. Vieron a sus dos compañeros y al guía saludando a otra persona y entraron los cuatro en un bar llamado El Ocaso. Esto a lo mejor es intrascendente, pero si presuponemos que el guía echó un veneno en la copa de los peregrinos, ¿por qué no podemos pensar que esa cuarta persona hiciera lo mismo al día siguiente en la copa de Miguel Ángel?

—Sí, la cosa tiene su lógica. Lo que no entiendo es cómo se nos ha pasado enviar a alguien de la comisaría a preguntar al bar qué es lo que tomaron y qué pasó en ese momento. Nos centramos en si habían regresado los tres juntos al albergue y nos olvidamos de la otra parte que es fundamental. Rehacer el itinerario del asesino y de los muertos es la primera lección de la criminología —y diciendo esto marcó en su teléfono el número de la comisaría y encargó a uno de ellos que fuera a ese bar y le informara lo antes posible de todos los extremos de esa copa—. Eran cuatro, no lo olvides y me interesa todo lo relativo a la conversación entre ellos.

—¿Se sabe ya algo del veneno?

—Todavía no.

El grupo les miró, cuando entraban, con extrañeza e incredulidad. Parecía que el nuevo compañero Dámaso tenía alguna otra actividad que no había confesado. Lo que Clara ya sabía, lo intuían los demás.

El comisario fue preguntando uno por uno, a todos, qué es lo que habían visto, oído o percibido, desde que entraron en el albergue después de la cena hasta la mañana a la hora del desayuno. Como sucedió la otra vez nadie había escuchado nada ni había percibido nada anormal. En el desayuno se enteraron de lo que había sucedido con el guía. La muerte por infarto no se la esperaba nadie.

—Bien, llegado a este extremo es preciso aclarar que el guía no murió de infarto.

—Es lo que dijo el forense —cortó Ana.

—Las cosas no parecen lo que son, a veces, y esta es una de ellas.

—¿Entonces qué es lo que ha pasado? —preguntó Patricia en un soliloquio.

—Pues parece que lo que ha pasado es lo mismo que con vuestros compañeros. El guía fue envenenado. Todavía no conocemos el tipo de veneno, pues el caso está bajo análisis de los forenses, pero en poco tiempo lo sabremos.

—¿Entonces qué es lo que tenemos que hacer, señor comisario? —preguntó Andrés, para no ser el único que no intervenía en las preguntas.

—De momento nada y tan nada, que mañana les toca descanso. Nadie se mueve de aquí. Pueden hacer lo que quieran por el pueblo, pero no alejarse más de un kilómetro de la plaza. ¿Está claro? —dijo con voz de mando.

—Clarísimo —contestó una de las parejas, que para seguir igual no abrió el pico en todo el tiempo.

—Y ahora si no tienen más preguntas me retiro. Ante cualquier información que sea lo suficientemente sensible, deben de llamarme al teléfono —y al decirlo escribió su número en una hoja de papel que dejó encima de la mesa—, aquí les dejo mi número privado. Buenas noches.

El grupo quedó petrificado sin poder moverse. Los últimos datos eran definitivos y, desde luego, trascendentales. Cambiaban todo lo que hasta ahora sabían.

—¿Le dijiste al comisario lo que te contamos Ana y yo sobre la cuarta persona? —preguntó Clara a Dámaso.

—¿No viste que salimos a hablar a la calle? Ahí le di vuestra información, que a mí me parece muy importante, ya que señalará si el guía actuaba en solitario o con otra persona o, en todo caso, si esta persona era amiga o enemiga del guía.

Clara ya se veía protagonista de la investigación; suspiró hondo cuando Dámaso le dijo que su información era importante. Vamos, en una palabra, que podía dar la vuelta a la investigación y que, sin duda, sería piedra angular en la misma. Sin embargo, en ese momento, ella pensaba que era difícil llegar a un resultado.

Mientras tanto, Andrés pensaba de nuevo en los bailes de Ginger Rogers y Fred Astaire, en las películas de su juventud en los cines de sesión continua del viejo Madrid, donde de cuando en cuando, un acomodador pasaba expulsando con un pulverizador el ozono, al tiempo que un Nodo con voz estentórea contaba las noticias del momento, las inauguraciones de pantanos y otras zarandajas de actualidad. Ese olor característico se le había introducido en la fosa nasal y lo llevaba ya impregnado para toda la vida. En una ocasión, viendo

la película *Tres lanceros bengalíes* con su padre, el acomodador se quedó un buen rato con el pulverizador en su fila, dando y dando al ozono, y él no comprendía por qué lo hacía cuando no estaban nada más que su padre y él. Esa imagen la tenía grabada en su pituitaria y en su retina y ambas competían por aflorarla de vez en cuando, especialmente en los momentos más tensos.

Rememoraba sus entradas en el colegio con su abrigo gris marengo en invierno, su jersey gris claro en primavera y su camisa blanca en el verano, aunque poco verano tenía de colegio ya que a mediados de junio venían las vacaciones y entonces se iba a la montaña en el norte de España, donde los tres meses eran poco tiempo para él y sus amigos, que estaban todo el día montados en la dichosa bicicleta, antigua y medio rota, pero ¿por qué no le comprarían una nueva? Todos sus amigos tenían también bicis viejas. ¿Sería que allí donde iba no había nuevas? Debía de ser la moda de aquel entonces, pensó sin demasiado énfasis.

Los días iban y venían, uno detrás de otro, rápidos, veloces, casi sin darse cuenta, sin tiempo para pensar. Todo eran nuevas vivencias, distintas sensaciones y había que recorrerlas todas con la máxima celeridad. Parecía que fue ayer cuando un día se peleó en la plaza del Rey, cercana a su casa. El muchacho aquel iba con su madre, debía ser soltera; tenía un perfil de este tipo: cara triste y solitaria, mirada desdibujada y abstraída. Nunca lo supo, aquel día se pegó con él y ya no le volvió a ver. Esto le produjo un mal sabor de boca que le duró un tiempo. ¿Por qué tendría necesidad de pegarle si no le había hecho nada? Cosas de los chicos, que a veces son injustos y provocadores. Nunca más volvió a repetir una escena igual. Su nobleza le marcó los pasos en el futuro, pero aquella escena del niño en el suelo se repetía una y otra vez. Jamás pudo olvidarlo. Luego vino la juventud y con ella las visitas a la cuesta Moyano para comprar libros y después leerlos en su habitación; los guateques con las patatas fritas, la tortilla, el cap y el fonógrafo o tocadiscos. Las chicas, melena larga, falda corta y mirada sonriente, bailaban y bailaban hasta las diez, hora de recogerse, pues el padre siempre repetía que a las diez en casa. Nunca llegaban a esa hora, más bien las diez y media, pero un pequeño retraso era compartido entre el padre y la hija de una manera aceptable.

En la universidad, la vida era sencilla. Libros y clases en la mañana; estudio en la tarde y finalmente paseo. En el atardecer, cuando los cielos de Madrid se vestían de rojo, salía a dar una vuelta. Unos días con los amigos a tomar unos vinos, otras veces con alguna chica *ye-yé*, que era lo que se estilaba en aquella época. Estaba pasando su vida como una película en blanco y negro, rápida, sin volver la moviola hacia atrás y de pronto la universidad, otra vez el mismo

pensamiento, nuevos amigos, el amor de una compañera, los libros bajo el brazo y la cuesta Moyano, donde iba algunos días a ver libros, a comprar algunos y sobre todo a mirar. Mirar, eso es lo que le gustaba, hojear, pasar las páginas entre los dedos y acariciar la letra impresa. A sus amigos la idea también les atraía, por lo que la visita, de dos o tres días a la semana, a las casetas de libros viejos era obligada. Luego vinieron los exámenes y en julio a Inglaterra a aprender inglés. Era lo que se llevaba entonces y con poco dinero allá iba. Un campo de trabajo, levantarse a las cinco, a las siete recogiendo patatas o fresas y a las ocho de la noche durmiendo. Menos mal que algunos días a las cinco iba al *pub* inglés a tomar unas pintas. El regreso en auto-stop hasta Londres, el tren hasta París, allí unos días recorriendo sus callejas y plazas, comiendo bocadillos y terminando el día en la Ille de France tocando la guitarra con aquel grupo de *hippies* que se encontró en el tren. Luego otra vez el tren desde París a Madrid y después, en octubre, de vuelta a las clases, ver de nuevo a los compañeros, nuevos profesores, nuevas ideas, distintos libros. Todo caminaba deprisa. Ya había terminado la carrera y ¿ahora qué? No tenía idea de lo que hacer; en principio, realizar el doctorado, que era una buena posibilidad para mantener su relación con la facultad otros tres años al menos. Era el tiempo que le costaría hacer la tesis —le dijo su tutor, «pero si te mueves y trabajas duro»—. Hay algunos a los que les cuesta cinco o seis años. Yo no seré de esos —le contestaste— y te pusiste a trabajar sin parar. Pediste una beca para realizar la tesis, era poco dinero, pero ayudaba. Llegó el doctorado en Literatura, premio extraordinario y ¿ahora qué? «Pues la docencia sería una buena cosa para ti»«, le dijo su director de tesis. Si quieres entra conmigo, y en dos o tres años tendrás una plaza con un sueldecillo que te servirá no para subsistir, pero sí para tus pequeños caprichos, tabaco, una copa y sacar de vez en cuando a tu chica a un cine de barrio o una sala de baile». Y allí que estaba, dando clases, publicando y estudiando todo el día. De vez en cuando la Casa de Campo, alguna excursión al pantano de San Juan los domingos y poco más. Seguía con la cuesta Moyano pero ahora, alguna vez, le acompañaba una chica, aunque generalmente iba con su amigo Javier. Era, como él, un obseso de la lectura. «Bibliópata» solía repetir con cierta frecuencia no exenta de ironía. Los domingos por la mañana pasaban dos o tres horas mirando y remirando los libros. Siempre había uno que le faltaba en su biblioteca, pero sus anaqueles eran ansiosos y mantenerlos ahítos era una tarea difícil, por lo que las visitas a la cuesta cada vez eran más frecuentes, hasta que se convirtió en una neurosis obsesiva. Tuvo que acudir a un psicólogo que le trató esa neurosis y aunque nunca dejó de comprar libros, ahora tenía encauzada su patología. La podía controlar. Su plaza, al cabo de los tres años, se convirtió ya en un contrato, que aunque no le daba para hacer

grandes inversiones, sí al menos para poder independizarse de sus padres y no ser una carga para ellos. Al poco fallecieron en un accidente de carretera; eso le alteró en su forma de vivir, tan tranquila, tan poco dada a estridencias y cambios notables, pero la orfandad le hizo mayor, se le echaron los años en las espaldas y así siguió, hasta que un día decidió hacer el Camino de Santiago y allí se encontraba, junto a una chica de la que nunca había oído hablar antes, que no era de su ambiente intelectual, pero que le hacía tilín y con la que le gustaba compartir ciertas intimidades, hasta el punto de haber llegado a compartir cama y cuerpo. Tantos años, tantas experiencias vividas, tantos sueños, realizados unos, rotos otros, tantos momentos en que nunca supo qué camino seguir y, ahora, en unos segundos su película había pasado por delante, sin estridencias, sin alharacas y sobre todo sin ozono. No había pulverizador.

Todo en unos segundos que pasaron entre una frase de Clara y un leve empujón de Elena.

—¿Te has quedado en blanco? —le dijo su novia, poniendo suavemente su mano en el antebrazo.

—No sé qué es lo que me ha pasado. Me vinieron a la cabeza una serie de vivencias antiguas, todas ellas deslavazadas e inconexas, que me han transportado a tiempos remotos, mi infancia y juventud. Aquellos años mozos, que diría el poeta.

—Pues te has quedado traspuesto durante unos segundos. Creí que te había dado una alferecía.

—¿Qué es lo que piensas sobre todo lo que estamos experimentando?

—Cada vez tengo la cabeza más revuelta —contestó Elena—, nunca pensé que iba a tener estas experiencias tan diferentes de mi vida —continuó hablando de una manera automática—. Espero que el tiempo me aclare todas estas sensaciones encontradas.

—Los muertos han dejado en un segundo lugar los incunables y el tesoro de los cátaros ¿no te parece?

—Sí, eso me parece ahora muy lejano. Lo perentorio en este momento es aclarar esta situación e intentar que se cierre el caso lo antes posible.

—¿No has pensado que el guía podría tener un socio que al principio era tal y después se convirtió en su enemigo?

—Esa es la sensación que me invade ahora —contestó Elena mientras se levantaba a pedir una botella de agua mineral.

Clara y Dámaso se acercaron a su mesa y se sentaron con ellos. Al poco, vino Ana y se sentó también.

—Dijiste que me ibas a ampliar la información de la comida. Ya empiezo a hacerme una idea de lo que está pasando —dijo Ana mirando fijamente a Dámaso.

—Pues no vas descaminada. Soy un infiltrado de la policía y estoy aquí por orden del comisario jefe, que me encargó que tratara de investigar desde dentro del grupo lo que había pasado. La muerte del guía sacó a la luz todos nuestros intentos. Por lo tanto, ahora ya lo sabes. Espero mantengas el secreto. En el grupo no todos lo saben y me gustaría que al menos las próximas horas se mantenga el anonimato de mi persona.

—Por mi parte puedes estar tranquilo —contestó Ana sin inmutarse, pues ya debía sospechar algo.

—Son las ocho de la tarde, y aunque mañana no tenemos que madrugar, ya que el comisario dijo que deberíamos estar aquí, podíamos ir a cenar. Al pasar por la plaza vi un restaurante que nos puede gustar. ¿Qué os parece si vamos para allá? —cortó Andrés las elucubraciones.

Los cinco se levantaron y, por educación, les dijeron al resto que iban a cenar a un restaurante que habían visto en la plaza, que parecía interesante. Si ellos querían podían pasarse por allí.

—Muchas gracias —dijo Patricia—, yo no me encuentro muy católica y creo que me quedaré por aquí para acostarme temprano.

—Pues si ella se queda, yo también —añadió José.

Las dos parejas parece que tenían que comentar cosas entre ellos y preferían ir a otro restaurante que estaba cerca del albergue.

El restaurante era pequeño, a lo sumo ocho mesas y sólo dos ocupadas, por lo que a la pregunta del camarero de si tenían reserva, la respuesta por parte de Clara es que a lo que parecía no sería necesaria.

Al final de la cena, Dámaso recibió una llamada de teléfono. Era el comisario.

—Mi madre otra vez —dijo sonriendo tiernamente a Clara, que le miraba con ojos de cordero degollado, y se levantó de la mesa, saliendo a la calle para hablar más libremente.

—Me ha dicho el forense, de viva voz y no por escrito todavía, que el veneno es cianuro.

—¿El del guía o el de los peregrinos?

—De momento sólo el de los dos muertos. El último es todavía demasiado pronto. Parece que el compuesto es ferrocianuro de potasio, un compuesto que se utiliza en industrias de alimentación como la vitivinícola.

—Vamos a ver si es el mismo que el que mató al guía.

—No me extrañaría nada.

Dámaso regresó a la mesa, donde sus compañeros le miraron con ojos de angustia.

—A ver qué es lo que nos dice ahora tu madre —comentó con ironía Clara que ya estaba acostumbrada a que estas llamadas acabaran con una nueva información, en esta saga, que parecía el cuento de nunca acabar.

—Pues me ha dicho que vuestros compañeros murieron envenenados por cianuro. Los tiros en la sien fueron para despistar.

—El cianuro impide que el oxígeno llegue a los glóbulos rojos y actúa alterando la respiración celular —informó Andrés, que siempre tenía la última palabra en la cultura de la conversación.

—Sí, en efecto, parece que el cianuro en su forma de ferrocianuro de potasio, la más extendida, se utiliza en industrias del vino —añadió Clara, la maestra a veces no iba a la zaga de los otros en cultura y conocimiento.

—Sois libros abiertos —cortó Elena, que aunque no poseía gran cultura, sí que tenía grandes dosis de intuición y para el caso que llevaban entre manos, era importante cuanto no definitivo.

Regresaron pronto al albergue. No estaban los cuerpos para mucho paseo y turismo. Sólo lo imprescindible.

Elena y Andrés entraron en la habitación y nada más entrar ella se lanzó a los brazos de él y con un dulce beso selló cualquier secreto que les atenazaba. En ese beso quiso significar que estaban unidos en lo bueno y en lo malo y que si no habían empezado juntos el viaje, sí que al menos lo terminarían juntos. Él comenzó a desnudarla suavemente en una entrega amorosa que durante todo el día se había ido desarrollando, a medio camino entre el amor y el temor. La noche transcurrió con el ardor propio de las circunstancias y al amanecer, agotados, permanecían los cuerpos entrelazados.

Clara, en la puerta de la habitación de Dámaso, dudaba si entrar o no. Durante esos días habíase labrado un cariño muy especial y con él se encontraba segura. No sabía qué decirle y al despedirse, le dio un beso intenso en los labios.

—Tengo miedo de lo que pueda pasar esta noche —le dijo con cara mohína.

—No va a pasar nada, estate tranquila.

—¿Sí, pero y si pasa? —le contestó, incitándole a que le hiciera la invitación.

—¿Quieres pasar a mi habitación? —por fin se decidió.

—Si tú quieres, por mí encantada.

Nada más entrar, sin esperar ningún cambio de actitud, se lanzó a sus brazos y le besó con fuerza, mientras trataba de arrancarle la camisa. Dámaso, más pausado, trató de llevar las riendas de la situación cogiéndola en brazos para llevarla a la cama, donde se entregó durante toda la noche. El día los encontró tranquilos, sudorosos, y relajados como si estuvieran en un estado de liviandad.

18

Sevilla se encontraba a unas ciento diez leguas de distancia, lo que equivalía al menos a unos diez días a caballo, con los correspondientes descansos. Jerónimo no tenía demasiada prisa, ya que había calculado resolver el asunto de los libros en dos semanas y en cinco días ya estaba trotando en dirección a Madrid. Martín aprendió rápidamente a montar a caballo, pues aunque dijo que sabía, la verdad es que era un principiante que a duras penas se mantenía erecto. Pero ya en las primeras leguas recorridas su aprendizaje fue acertado, sin mostrar ningún temor a la distancia que le restaba por recorrer. Los caminos estaban infestados de maleantes, pendencieros, bellacos, facinerosos y toda suerte de delincuentes que hacían su agosto con los viajeros que se aventuraban a ir por esos caminos sin escolta. El grupo de Münzer no tenía problemas pues en una primera ojeada se podía ver que estaban bien pertrechados y eran hombres aguerridos y fuertes. Una cuadrilla de seis personas con estas características era incólume al ataque. Los delincuentes les dejaban pasar sin ni siquiera mirarles a los ojos. El grupo atravesaba rápidamente los parajes más peligrosos sin detenerse hasta llegar a una venta del camino. El ventero les recibía de acuerdo al linaje del caballero Münzer, que se manifestaba a primera vista, incluso antes de bajarse del caballo.

—Habéis de saber que estáis en el mejor lugar para descansar y llenar vuestros estómagos y los de los que os acompañan.

—Nos interesa no sólo cenar, sino también tener aposento limpio y adecuado a nuestras costumbres —contestó Jerónimo, al tiempo que bajaba del caballo.

—Aquí encontraréis buen cobijo y buena cama. No lo dudéis, ya os dije que habéis llegado al mejor sitio. En este lugar han pernoctado gentes de alto linaje, condes, marqueses y algunos enviados del Rey y me temo que también alguna de sus concubinas. Venid y degustad este vino que os ofrezco en prueba de afecto.

—Muchas gracias posadero, ahora nos daremos un buen baño. Llevamos varios días sin hacerlo —dijo Münzer, mientras en su fuero interno rechazaba el servilismo del ventero.

Los baños de agua caliente fueron una delicia que no duró más de una hora y al cabo de ella, cambiada la camisa y los jubones, se sentaron junto al fuego, en

espera de que les sirvieran el carnero prometido. Martín, mientras tanto, ya había echado el ojo a una de las criadas, dándole unos requiebros rápidos, a espaldas de su señor, que hicieron que nada más acabar la cena se introdujera en su catre y le acompañara en su descanso y en su cariño. Ambos, bien equilibrados, hicieron la delicia de Martín, que prometió que al regreso pasaría por allí y le daría un recuerdo de la ciudad de Santiago. De esta manera vería cómo se acordaba de ella. Estas palabras, como si fueran escritas en la arena de la playa, no durarían más que el canto del jilguero o la brisa del viento que las borró, antes que diera la vuelta a la esquina.

En la posada descansaron todos, las caballerías, los soldados, el caballero Münzer y su hijo, Martín y la criada que, por otro lado, no estaba cansada.

Al otro día, muy temprano, se pusieron en marcha, no sin antes prometer el escudero que regresaría pronto con un regalo. Llegaría a Santiago y vendría en un santiamén. La pobre criada lo creyó a pies juntillas pues no conocía dónde estaba esa ciudad y tampoco conoció muchos varones como Martín que la hicieran disfrutar tanto. Por ello prefirió creerle en todo lo que decía y prometía. Los tiempos del amor no estaban para desconfianzas y exigencias.

El último mancebo que la cortejó murió en una pelea entre bellacos y malandrines, por lo que en este momento estaba libre y tenía que aprovechar cualquier oportunidad que se le presentara.

Ya habían cubierto varias etapas, pero la ciudad de Madrid aún estaba lejos, por lo que el caballero decidió tomar unos días de descanso en Toledo. Era una buena ciudad, con un gran nivel de cultura y quién sabe si allí podría encontrar algo de su interés.

—Descansaremos aquí unos días. Sólo quedan unas quince leguas a Madrid y conviene que reposemos, pues llevamos muchos días de viaje.

Toledo se les presentó en toda su majestuosidad y movimiento de gentes. Era una ciudad viva, formada por una red de callejas, vestigio de lo que era una ciudad musulmana. Más tarde los cristianos la dividieron en barrios, dos juderías y una morería donde se agrupaba la población mudéjar.

—Me han dicho que la agricultura y la ganadería junto con los comercios, negocios y artesanía es lo que da vida a esta ciudad —le contaba a su hijo, mientras caminaba despacio por el empedrado—, es la gran ciudad castellana por antonomasia creada a orillas del Tajo.

—Se ve que es una gran ciudad —contestó el hijo.

—En nuestra casa de Alemania leí que es una de las pocas donde conviven las tres religiones monoteístas, la cristiana, la judía y la musulmana. Aquí se

mezclan los mudéjares, los almorávides, los musulmanes, todo el mundo del Islam. Además —continuaba—, es una urbe donde se unen el comercio y los negocios con los matemáticos, científicos, astrónomos y médicos. Aquí se asienta la Escuela de Traductores de Toledo, de la que ya quedan pocos vestigios.

—Padre, cuánto me gustaría tener los conocimientos tuyos.

—Eso no te será difícil, si dedicas más tiempo, en la biblioteca, a la lectura que al ocio, o mejor dicho en tu biblioteca, pues para ti va a ser.

»El casco antiguo de la ciudad está situado en el margen derecho del río Tajo, en una colina de unos cien metros de altura, el cual la rodea en un meandro y el único punto que no cierra es la entrada natural de la ciudad. Ahora lo que procede es que busquemos un albergue para pasar dos o tres días, descansando y paseando por esta gran ciudad. Los cristianos viejos y los conversos —continuó diciendo—, conviven en armonía con otras religiones monoteístas. Por ello esta ciudad es un centro neurálgico floreciente.

Estando en estas disquisiciones y explicaciones, pasaron por delante de un lugar donde rezaba, en tres idiomas, la palabra posada.

—Creo que este sitio es el que nos conviene y andamos buscando —comentó el caballero Münzer. Entra y echa un vistazo a ver qué te parece, los demás seguiremos sin descabalgar hasta que nos des el beneplácito.

La calle era estrecha; los carromatos y caballerías se cruzaban continuamente, por lo que la espera no era cómoda. No pasó más de un minuto cuando salió Albretch y, a una seña suya, todos desmontaron y dejaron los caballos en el cobertizo trasero donde un mozo los tomó para introducirlos en el establo.

—Queremos dos buenas habitaciones, una para nosotros y otra para mis vasallos. Necesitamos un baño y cambiarnos de ropa, más tarde bajaremos a cenar. Preparadnos algo sustancioso —ordenó Münzer, con voz amable no exenta de mando.

—Como gustéis, caballero. Habéis tomado posesión de mi casa y de mi hacienda.

—Muchas gracias, pero no será necesario tanto boato, con una buena cena bien regada nos sentiremos honrados.

Martín lo primero que hizo, de acuerdo a su costumbre, fue irse a la cocina a ver a las criadas, el manantial de la vida, como decía cuando se despedía de ellas. Había dos buenas mozas, prietas de carne una, más enteca la otra y allí quedó fijamente mirando sin decidirse por una u otra. Se acercó a la más flaca y, con requiebros y galanterías, le propuso dormir esa noche con ella, lo que

rápidamente fue aceptado con una amplia sonrisa. La de carnes más lozanas se quedó un tanto desabrida, por lo que Martín no tuvo más remedio que aclarar que iban a estar varias noches y que tiempo al tiempo, todo se podría hacer. De esta manera y ya cerrado el negocio, se dirigió a la mesa, donde ya el carnero hacía presencia en un buen guiso que la mujer del posadero había preparado para sus ilustres invitados.

La cena se prolongó más de lo debido, pues entre la amena conversación de los allí presentes y el vino de una odre abierta al efecto para la situación, el tiempo pasó rápidamente.

Hacia la mitad de la fiesta, apareció un personaje bien vestido, todo de negro, calzas y jubón incluido. El collar de éste era duro, destacando por su blancura especial. Un amplio chambergo con un remate de plumas y una amplia capa, dejaban traslucir una persona de gustos cuidados, de cierta galanura y amante de lo bueno.

—¿Puedo añadirme al grupo? —preguntó sin ningún pudor y sin esperar una respuesta tomó una banqueta y se aposentó en un extremo de la mesa, enfrente de Münzer.

—Ya que no esperasteis mi respuesta, sed bienvenidos a la mesa. Serviros si gustáis.

—De alimento estoy bien servido. Tomaré un vaso de vino.

—Pues estáis en compañía del caballero Jerónimo Münzer, de la ciudad de Núremberg, en Alemania…

—Sé dónde está esa ciudad. En dos años recibiré el título de Bachiller en Leyes por la Universidad de Salamanca.

—Perdonad caballero, supuse que…

—Nunca supongáis nada por adelantado. El silencio escuda y suele encubrir la falta de ingenio y torpeza de lenguas.

—Bien habláis caballero. ¿Puedo conocer cuál es su gracia?

—Me llamo Fernando de Rojas, nacido, en una familia de judíos conversos, hace veinticinco años en la Puebla de Montalbán, a unas cuantas leguas de aquí.

—¿Y vuestra edad?

—Nadie es tan viejo que no pueda vivir un año más, ni tan mozo que hoy no pudiese morir.

—Tenéis razón caballero y me hacéis un gran honor con esta visita.

—Habéis de saber que la Inquisición me ha perseguido por mantener ciertas prácticas del judaísmo y por ayudar a muchos miembros de mi familia, los criptojudíos o marranos. No sé si habéis oído este término.

—Yo conozco las atrocidades que ha realizado la Inquisición, pero esos nombres que acabáis de pronunciar, es la primera vez que los oigo. ¿Y cuál es vuestra profesión?

—Soy escritor. Tengo algún libro de leyes, pero el que me está trayendo de cabeza, mi obra principal que no ha visto aún la luz es la *Celestina,* llamado también *Tragicomedia de Calisto y Melibea*. No sé si seré capaz de finalizarla aunque, justo es decir que ya la tengo muy avanzada y si trabajase un poco más podría publicarla en uno o dos años más.

—Me place sobremanera conversar con vos. Yo soy un amante de los libros y en mi ciudad tengo un castillo del que varias salas están dedicadas a los libros.

—Espero que algún día mi *Celestina* ocupe un lugar predilecto en ella.

—Estad seguro.

—En esto veo, Melibea la grandeza de Dios / ¿En qué Calisto?/ En dar poder a natura que tan perfeta hermosura te dotase y facer a mi inmérito tanta merced que verte alcancasse y en tan conveniente lugar que mi secreto dolor manifestarte pudiesse—el bachiller, sin solicitar permiso para ello, leía unas cuartillas que llevaba bajo el jubón.

—Unos versos preciosos, llenos de fuerza. Vuestra naturaleza es rica y pródiga en imaginación. Os envidio.

—El libro será el principal de mi obra, así lo espero, pues puse mucho empeño en el mismo.

—Tomad otra copa de este vino, pues dicen que los caldos de esta calidad azuzan el ingenio y lo hacen más proclive a la donosura de las letras —y dirigiéndose al escudero le dijo—: Martín, traed otro odre, que daremos buena cuenta de él, si nuestro invitado así le place y nos deleita con su conversación tan viva y fresca.

—En efecto, mi querido amigo. Una conversación fresca, unos buenos amigos, un fuego que calienta y un vino que estimula, son los justos aderezos de la felicidad.

—Yo diría, si me lo permitís, que sería necesario un ingenio capaz de aglutinar lo dicho por vos. Si no hay inteligencia que los conduzca, de nada servirán los amigos y la conversación.

—Quizás el vino sí —se atrevió a añadir Martín, que no perdía ripio de la conversación, hombre más prosaico y más atento a las virtudes de aquel que a las del ingenio.

—Si vuestra merced me quiere agradar, me gustaría que me leyerais lo que hayáis escrito de vuestra obra *La Celestina.*

—Está inconclusa, pero tan avanzada que os haréis una buena idea del libro. He puesto mucha ilusión en el mismo y me agrada que una persona como vos, de vuestra calidad intelectual, alcurnia y linaje me pida que le deleite con la lectura. Es un deseo al que bien sabré hacer honor.

—Pues vamos con la lectura, no se retrase más el acontecimiento.

—Perdonadme, pero la lectura bien nos llevará un tiempo y eso requiere templanza y buen entendimiento. Creo que será mejor si lo posponemos a mañana en mi casa. De esta manera, con tiempo y holganza, podremos deleitarnos con la letra y con los caldos que poseo en mi bodega. Seguro que no os equivocaréis.

—Pues me agrada la idea y me place que la llevéis a cabo. No tenéis más que añadir, como no sea la dirección de vuestra morada. Allí estaremos a la hora que nos digáis. Id con Dios.

—Quedad con él, caballero.

Esa noche, Jerónimo Münzer no paraba de dar vueltas en la cama por la gran emoción de haber tenido la oportunidad de encontrar un escritor, una persona con ingenio tan poco frecuente en nuestros días, pensaba, y que estuviera dispuesto a compartir con él su obra. Estaba deseando que llegara el día siguiente y se felicitaba por la idea que tuvo de pernoctar tres días en la ciudad de Toledo.

Los días que siguieron fueron dedicados al cultivo de las letras y de la vid. Fueron día locos en que, reunidos en la terraza con las estrellas como testigos, proliferaron las tertulias a las que solían acudir lo más granado de la ciudad de Toledo.

Al día siguiente nada más despuntar el alba Münzer bajó al comedor y pidió que le preparasen rápido el desayuno pues el día era corto para el menester que debía realizar. Llegó unos minutos antes de la cita, que él hubiera preferido adelantar, y el licenciado Rojas ya le esperaba.

—Buenos días tenga vuesa merced y los acompañantes.

—Lo mismo le deseamos, llenos de ingenio y locuacidad.

—Me vais a permitir que esperemos unos minutos, ya que una persona muy ilustre vendrá a la cita literaria. No es un espectador apropiado para el texto que leeré, pero dadas sus aptitudes literarias y siendo un prócer de la cultura, no creo que manifieste prevención a la lectura de mi obra.

No había terminado de hacer estos comentarios, cuando un criado se acercó y le dijo que la visita estaba esperando.

—No la hagáis esperar que su trato no lo merece. Decidle que entre sin tardanza—. Y dirigiéndose al caballero Münzer—: me vais a permitir que os presente al cardenal Cisneros, que acaba de ser nombrado arzobispo de Toledo.

—Es un honor para mí conocer persona tan ilustre.

—¿Y a quién tengo el honor de saludar?

—Soy el caballero Jerónimo Münzer de la ciudad de Núremberg, de paso a Santiago de Compostela, acompañado de mi hijo Albretch, donde cumpliré una promesa que hice hace años.

—Es un placer conocer persona de tanta alcurnia. ¿Y cuál es vuestra tarea allá en Alemania?

—Soy médico, estudioso de las letras y de las artes de todo tipo y poseo una biblioteca, que mal está decirlo, es una de las mejores del orbe occidental. Me dedico a coleccionar libros para que las gentes se puedan beneficiar de su lectura.

—Me place lo que contáis. Yo estoy involucrado en un proyecto también de cultura. Estoy tratando de crear los estudios en una villa complutense, cerca de la ciudad de Madrid, llamada Alcalá de Henares. Un antecesor mío, Carrillo de Acuña, ha hecho algún trabajo con la idea de transformar la villa comercial en una villa universitaria, para lo cual el Colegio mayor San Ildefonso será lo primero que desarrollaremos, pero luego quiero crear doce colegios menores.

—¿Por qué doce?

—En honor de los doce apóstoles, donde se pueda estudiar Artes liberales y Teología. También quiero crear otros seis para pobres. La economía vendrá del Colegio Mayor. Si los planes van como deseo y he programado, en cuatro o cinco años inauguraré la Universidad Complutense. Será una Universidad renacentista, humanista y universal.

—Tamaño empeño solo es dado a personas ilustres, con una buena cabeza y una rectitud indeleble.

—La Corona ha puesto en mis manos unos instrumentos que Dios ha permitido y que este vasallo no puede rechazar.

—Pues hechas las presentaciones si me lo permitís os ofreceré un jugo de naranja que os deleitará mientras la lectura de mi libro se lleva a cabo. Habéis de excusarme —dijo dirigiéndose al cardenal— si algún pasaje os resulta excesivamente escabroso. Os ruego penséis en el arte, más que en el detalle.

—Así lo haré si me lo pedís. Me recrearé en el arte del verso y no en la trama, que es prosaica según decís.

La mañana transcurrió apaciblemente, la lectura se llevó a cabo sin interrupciones y al terminar, las preguntas giraron sobre el final que el autor había pensado dar a la trama, ya que la obra quedó cortada abruptamente.

—Me ha gustado ver cómo habéis sabido exponer las costumbres, los devaneos y las miserias de la especie humana. Una obra de gran lucidez. Os auguro un gran éxito cuando la estrenéis —comentó el caballero Münzer.

—Excesivamente escabrosa como decís, pero he de reconocer la chispa que habéis derrochado en la misma —dijo el cardenal tomando un sorbo de jugo—; pienso que las Artes se enriquecerán con esta obra.

—Me alegra oíros a ambos. Opiniones de personas tan ilustres no hacen nada más que estimular mi talento y obligarme a conseguir metas cada vez más altas.

Los días siguientes los pasaron en tertulias parecidas. Martín disfrutaba con ellas.

—Si hubiera conocido a persona tan ilustre y cultivada como vos, mucho antes, mi persona sería otra cosa. Creo que si me permitís estar a vuestro lado, una temporada, aprenderé gustoso todo lo que me queráis enseñar y lo que junto a vos, vuestros amigos me aleccionen.

—Podéis quedaros, siempre y cuando os esforcéis cada día un poco en el desarrollo de vuestro intelecto.

Un amanecer, ya casi presto a continuar el viaje, Münzer recibió una misiva del cardenal. En ella le decía que, a los dos días, iniciaría el camino a la ciudad de Alcalá de Henares y puesto que estaba en su camino le ofrecía continuar el viaje en su compañía. Las amistades, que últimamente estaba teniendo, eran de un alto boato, por lo que a todas luces, día a día, estaba enriqueciéndose, lo que en algún momento serviría para engrandecer su casa y su biblioteca. Su emoción no tenía límites sólo de pensar en las tertulias que tendría a su regreso y en lo que narraría a sus familiares. Había pasado tiempo y ya les echaba de menos, pero el regreso con todo el patrimonio cultural que estaba consiguiendo, bien merecía la pena. Allí, sentado a la lumbre del hogar, rodeado de su esposa e hijos, les contaría historias de un viaje inaudito que le llevó a conocer personajes

tan ilustres, de los que algún día se hablaría en todo el orbe, y quién sabe si sus libros ocuparían un lugar destacado en su castillo.

El caballero no sólo aceptó al instante y con el mismo mensajero le devolvió la aprobación, sino que fue incapaz de dominar su alegría y reunió a su grupo para informarles de la agradable noticia.

Al día siguiente, nada más amanecer, un carruaje tirado por dos caballos y varios caballeros salían de la ciudad de Toledo camino de Alcalá de Henares.

19

Elena se despertó con los besos de Andrés. El día amenazaba lluvia. La niebla se introducía por las rendijas de las contraventanas y decidió quedarse un poco más de tiempo en la cama. Era lo propio sabiendo que ese día lo tendrían que pasar sin moverse. Así estuvo un buen rato, con aquellas imágenes de su juventud tratando de subirse al árbol y sin poder hacerlo; una fuerza exterior la sujetaba y no la dejaba levantar los pies del suelo. Era como si un peso la sujetase a la tierra. Aquél árbol de su jardín en la sierra madrileña, donde todos los veranos la llevaban sus padres a pasar una larga temporada; el médico les había dicho que la niña necesitaba mucho aire y que la sierra madrileña sería beneficiosa para su desarrollo. Un jardín, un tanto destartalado, lánguido, con un aire de romanticismo inserto en un toque de depresión que le influyó y la dirigió durante sus mejores años, su juventud, en aquella escuela de secretariado, donde la enseñaron las normas de la taquimecanografía, el ordenador con sus diferentes vertientes de Excel, Word y demás programas que se utilizaban en los despachos. Después, lo de siempre, los chicos que la esperaban a la salida de la academia, las copas que tomaban en los bares cercanos, los besos furtivos en las esquinas de las calles y luego a casa que al día siguiente había que volver a la academia. Más tarde, un viaje por Europa con un grupo de amigos. Descubrió París y sus calles otoñales, donde la luz del Sena se reflejaba en el barrio latino, la torre Eiffel con su majestuosidad, Notre Dame, la iglesia más emblemática, los *bouquimistes*, los paseos con *le Bâton Mouche*, la visita al Jardín des Plantes, donde uno de sus compañeros la besó apasionadamente —eso lo recordaba bien, pues ella no se negó—, la visita a los jardines de Luxemburgo, la Plaza de la Concordia, el arco del triunfo, llamado también Charles de Gaulle y finalmente la Plaza Vendôme donde el lujo parisino toma forma en sus tiendas plenas de magnificencia y elegancia. Recordaba cómo en el barco la tomó de la mano, ella no se negó, le gustaba la idea de tener un acercamiento más íntimo. El barco cruzó el Sena y ella, apoyada la cabeza en su hombro, miraba el atardecer; el cielo gris rojizo, las nubes que se arremolinaban y un ocaso romántico. Lo estaba experimentando como si hubiera sido ayer y sin embargo ya había pasado mucho tiempo, más del que deseara. En el centro de la plaza Vendôme se quedó un buen rato viendo entrar y salir de los hoteles y tiendas a lo más variopinto de toda Europa. Él le dijo,

nunca supo si medio en serio o medio en broma, si quería aquel anillo del escaparate. Ahora le venía a la cabeza, cuando no pudo visitarle más, pues ya enfermo tenía prohibidas las visitas, y alguien en su nombre le dio el anillo. Lo había comprado al día siguiente. Recordaba que nada más desayunar le dijo que tenía que hacer una gestión y que en una hora regresaría. En efecto, así fue. La gestión fue comprar aquel anillo, como recuerdo de su paseo por las calles de París. Unas lágrimas cayeron entonces por su mejilla, como ahora en que su recuerdo se apoderó de ella. Por fin encontraron un apartamento bien situado en Les Halles, muy cerca del Louvre y de la catedral, un lugar muy cosmopolita donde se encuentran los diferentes grupos étnicos de la ciudad, una representación del proceso de globalización, le decía su amigo del que no se separó en toda la visita a París. Allí en el cementerio de Montparnasse vieron las tumbas de Beckett, Charles Baudelaire y Sartre; más tarde visitaron Montmatre, donde los artistas pintaban, los escritores discutían y los más ancianos recordaban todavía como Modigliani, Chagall y Hemingway, un día estuvieron en una animada tertulia hasta que la luna desapareció y vino el sol. Allí descubrió la vida nocturna de las plazas Blanche y Pigalle, donde en el Moulin Rouge Toulouse Lautrec pintó las bailarinas dando movimiento a sus piernas y trajes con un solo carboncillo, exponiendo la belleza del baile frente a la del cuerpo, tratando de criticar la hipocresía de los poderosos frente a los vicios que ellos practicaban. En esa visita a París, que se prolongó por varios días, conoció la importancia de los autores franceses y se prometió que a su vuelta a Madrid leería las novelas de Víctor Hugo, Alexandre Dumas, Emile Zola, Guy de Maupassant, Gustave Flaubert, Alphonse de Lamartine y los versos de Paúl Verlaine, Stéphane Mallarmé, Arthur Rimbaud y Charles Baudelaire. Sus amigos ya conocían en parte estos autores y no iba a ser menos que ellos. Su amigo, el que la besaba, era un creído al que sólo le gustaba presumir de lo que sabía y había leído. Aquel viaje lo recordaba como si hubiera sido ayer. Cuando regresó ya no volvió a ver a su amigo, el que la besó en el jardín des Plantes. ¿Cómo era su cara? La tenía desdibujada, sus rasgos se habían esfumado y ahora en la cama de un albergue extraño, del Camino de Santiago, no podía recordar cuál había sido su nombre. Bueno, su nombre sí, se llamaba Juan y era de Guadalajara, pero nada más. Acabó la academia y entró a trabajar. Era necesario ganarse unos duros, le dijo su padre, «no pensarás estar toda la vida a nuestra costa. Ya tienes veinte años y debes saber lo que tienes que hacer en la vida. Un día te casarás, tendrás hijos y debes sentar la cabeza. Un trabajo te ayudará a ello». Entró a trabajar en aquella oficina destartalada, casi sin luz, donde un ordenador antiguo, con poca memoria, la esperaba para ser descuartizado por

sus rápidos dedos; lo que aprendió en la academia, conseguir una velocidad buena para poder escribir las cartas de sus jefes. Allí no aguantó más de tres meses, después vino otra y otra, hasta que un día una amiga, en la cafetería un sábado lluvioso, le dijo que en su empresa había una plaza libre, que la antigua secretaria del jefe se había marchado y que estaban buscando alguien que tuviera la formación moderna de una academia donde le hubieran enseñado las cuatro cosas que era necesario conocer. Ése era su perfil, la habían preparado y se sentía segura en un posible trabajo de este tipo. Acudió a la cita, una mañana de un lunes frío, con una neblina que se metía en los huesos. La hicieron esperar un buen rato, pero no estaba para exigir gran cosa, por lo que aguantó a pie firme todo el tiempo que le dijeron. Finalmente, transcurriendo cerca de una hora, la hicieron pasar a un despacho con un gran ventanal, donde se divisaban los tejados de Madrid; era una séptima planta de un edificio del centro. Su futuro jefe se encontraba sentado al otro lado de la mesa y ni siquiera levantó los ojos cuando ella entró. Después de unos segundos, que se le hicieron eternos, él reparó que se encontraba enfrente y casi sin mirarla, le dijo que se sentara. Cuando al cabo de más de un minuto, en el que el silencio se podía cortar con un cuchillo, él le preguntó por su nombre, y se decidió a mirarla, notó una sensación como que la desnudaba completamente. Era un hombre maduro, de unos cuarenta años, más o menos, bien parecido, con el pelo entrecano y una mirada incisiva. Esto era lo que más nerviosa le ponía pues le recorría el cuerpo desde la cabeza a los pies, pero especialmente clavando la mirada con cierta grosería en los pechos. Ella, recuerda, apartó los ojos y miró a la distancia sin saber qué decir. Al poco rato le volvió a preguntar por su nombre, parecía que se había olvidado de la pregunta y de la respuesta. Parecía que esta respuesta la hizo gracia, pero continuó con su misma actitud de persona engreída que se sabe que está en un nivel superior, en un estrato al que la otra persona difícilmente podrá llegar. Después vinieron las consabidas preguntas: que dónde estudió, que dónde trabajó y que cuál era su experiencia laboral, que cuántos años tenía, que cuanto quería ganar y hasta qué punto quería involucrarse. Esta última pregunta le sonó especialmente escabrosa y no sabía el porqué, pero trató de desviar la respuesta con un comentario intrascendente acerca de que en los otros trabajos le dijeron que era una buena trabajadora. Más tarde supo la razón de la pregunta. En la entrevista su imagen le había impresionado, su tipo entraba en los parámetros de sus gustos y parecía que el jefe tenía por costumbre ampliar el trabajo de las secretarias en otras labores fuera de contexto. Recuerda, como si fuera ayer, cómo se levantó de la mesa y dio una vuelta a la silla donde estaba sentada, cómo después le dijo que se

levantara y diera un paseo por el despacho; aquello le molestó sobremanera pero no estaban los trabajos para hacer ascos a cualquier cosa, por lo que aceptó el envite. Parece que el examen lo pasó bien; más tarde sabría que lo que aprobó no fue su capacidad técnica con el ordenador sino su capacidad física en el cuerpo a cuerpo. Recuerda cómo un día, llevaba sólo un mes trabajando, le dijo que aquel sábado la necesitaba para un trabajo extra. Luego supo qué tipo de trabajo era, pero al principio creyó a pies juntillas lo que el jefe le pedía y ella tenía que aceptarlo. Había quedado con una amiga para ir por la mañana al Retiro a pasear, pues aunque era el mes de febrero, había días de sol y le encantaba ver las palomas en el estanque y cómo las parejas de enamorados se entregaban a su ardor, apoyados en los troncos. Pero a pesar de todo, aceptó sin ninguna vacilación y quedó que sobre las diez de la mañana iría a terminar el trabajo que le solicitaba. Estaba esperándola vestido de esport y, nada más verla, le dijo que después irían a comer al Pardo. Era un buen día para pasear por allí, pero mientras tanto quería que le pasase a limpio un trabajo que le entregaba, sin dejar de mirarle lascivamente. Recuerda como si fuera hace cinco minutos, cómo estando frente al ordenador pasando a limpio el trabajo, se acercó por detrás y le tocó los pechos. Se volvió airada y fue entonces cuando él le besó en los labios sin dejarle tiempo a respirar ni hacer otro movimiento de rechazo. Se levantó furiosa y le afeó su conducta y él le dijo que ésta no era la manera de progresar en su empresa. Ella le contestó que no quería esa manera de ascender y que se podía quedar con el puesto. Tomó sus cosas y salió deprisa de la oficina. Afortunadamente estaba la señora de la limpieza por allí y no sucedió otra cosa, como que él la hubiera seguido y forzado. Esa misma tarde, llorando en su habitación, es cuando decidió hacer el Camino de Santiago, cumpliendo de esta manera los deseos de su abuelo. Lo primero que hizo fue contarle a su amiga lo que le pasó en la oficina, más que nada para ponerla en guardia, aunque ella ya sabía muchas cosas que se comentaban entre las secretarias, pero no estaba la situación para rechazar ningún trabajo, por lo que seguiría allí mientras no encontrara otra cosa. Ahora, en la cama, pensaba en lo que había sido su vida, todo había pasado rápidamente, desde que no podía subir a los árboles, hasta el momento en que estaba en esa cama, la de Andrés, un extraño hasta hace una semana y, ahora, una persona que formaba parte de su vida y de su cuerpo. Se había entregado a él de una manera dulce, sin estridencias, con verdadera sensación de cariño; juntos habían encontrado un secreto en unas tumbas antiguas; unidos estaban ante la serie de muertes que les había deparado el destino, en un grupo en el que ninguno se conocía, inmersos todos en esta historia. Y para más detalles, un secreto que había descubierto y otro que tenía

sensación que le quedaba por descubrir. Había llegado al camino huyendo de una situación de acoso y se encontró con otra que no podía controlar, la de los asesinatos. Y añadido a ambas el misticismo que impregnaba todo aquello que recorría. Tenía la cabeza hecha un verdadero lío y necesitaba aclarar sus ideas, por lo que pasar un día sin hacer nada, sólo esperando, sería muy bueno. Pero ¿esperando qué? No lo sabía, sólo le dijeron que debía esperar y eso es lo que estaba haciendo. Miró en derredor y vio allí a Andrés, con la cara embadurnada de crema de afeitar, sin darle importancia a lo que estaba haciendo, con esa sensación que imprimía a todas sus acciones.

Ahora se acordaba de su abuelo, aquel día de un mes de noviembre, cuando ya la enfermedad le había minado las fuerzas y él decía que había llegado al final del camino y le dijo que se sentase junto a él. Tenía que contarle una cosa importante. Era el descubrimiento que hizo en sus años mozos, en el año 1920, cuando paseando distraídamente encontró la tumba y en ella la carta y los incunables. Dejarlo todo igual fue su reacción, pero ahora pensaba que a lo mejor no había sido una buena idea y que debía haber tomado posesión de los mismos. Los podía haber vendido a un coleccionista que le hubiera pagado una cantidad importante de dinero, que le habría aliviado sus últimos años y que, quizás le hubiera servido para costearse el tratamiento médico tan caro. Nunca supo si reaccionó bien y transcurrió toda su vida sin saber a ciencia cierta si debía o no tomarlos. Entrar en el secreto de la historia no le parecía lo más aconsejable, pero cada año en esa misma fecha del mes de abril, volvía a recordar el episodio y volvía a estar sumido en un mar de dudas. Aquel día, cuando descubrió la tumba, se encontró en el albergue con un tipo que no dejaba de mirarle, como si supiera todo, como si estuviera enterado de todo lo que sucedió en el cementerio. Aquella cara se le apareció todos esos años. El hombre, con un gran bigote y una cicatriz que le surcaba media cara, parecía conocer su secreto. Nunca supo, y siempre le invadió la duda, si los incunables seguirían allí. Por eso, ahora, ya cerca de su muerte, en esta conversación personal con su nieta tenía que explicarle todo tal y como sucedió. Tenía que explicarle que aquel tipo no le gustó nada, se pasó toda la noche mirándole mientras cenaba y al día siguiente, muy temprano, decidió coger la carta de Münzer y los incunables y esconderlos en un hueco de la pared. De esta manera los libros estarían a salvo, hasta que su nieta decidiera qué hacer con ellos. Ese tipo, si sabía algo, no los encontraría. Meses más tarde, le decía su abuelo, recibió una carta amenazadora que le preguntaba dónde estaban los libros y qué es lo que había hecho con ellos. Por lo tanto ese tipo sí que sospechaba algo, aunque no sabía el lugar exacto del enterramiento. Esa carta se repitió en dos ocasiones

más, pero su abuelo no hizo caso de ella. Quizás ese tipo era el guía y estuvo siguiéndola en el camino o quizás era el asesino del guía. Cada vez estaba más confusa y cada vez que miraba a Andrés afeitarse, en su cara desaparecía la crema de una manera automática. Ahora cantaba una canción, más bien tatareaba. ¿Por qué los hombres tatareaban canciones mientras se afeitaban o se duchaban? Nunca lo había comprendido, aunque la verdad es que no había convivido con tantos hombres. Sólo aquel de la academia, que la invitó a hacer un viaje a Londres. Fue una primavera y una visita que le encantó, aunque acabó de su amigo hasta las narices. Era insufrible, un tipo mal encarado, sin gusto, desaliñado y torpe. No sabía cómo había decidido embarcarse en esa visita a la ciudad de Londres. Se le indigestaron los monumentos y las calles, pero después volvió con una amiga, meses después, y pasear por Oxford Street desde Totenham Court Road hasta Marbel Arch era una delicia. Cruzarse con tanta gente de mundos tan diferentes, tanta mezcla de personas, ideas, religiones y costumbres era una prueba de la globalización a la que estábamos llegando. Pero lo que más les gustó fue visitar el mercado de Portobello, siguiendo por la calle de Bayswater Road hasta Notting Hill Gate. Un domingo fueron a Hyde Park y lo cruzaron hasta the Serpentine y el Albert Memorial para llegar a Kesington Road y de allí a Knightsbridge y los almacenes Harrolds. Era domingo y estaban cerrados, pero al día siguiente pasaron, pues era obligada una visita a un lugar emblemático. Visitaron Saint James Park, Green Park, el Palacio real, todos los lugares que venían en su guía, hasta que un día desde Westminster pasearon a lo largo del Támesis hasta el King's College London en Temple y al Tower Bridge y la City. Era día de trabajo y los ejecutivos, vestidos de la misma manera, paraguas, cartera y bombín, iban de uno a otro lado, entrando y saliendo de las oficinas de bancos y compañías de seguros. Todo un tráfago de gentes que son responsables de la financiación de gran parte del mundo. Miró de nuevo a Andrés y seguía con el afeitado. No debían haber durado mucho tiempo sus recuerdos.

—¿Estás dormida, cielo?

Esa voz tan dulce le sonaba, la había oído muchas veces, no a lo largo de su vida, sino en los últimos días. Siempre aparecía la voz en momentos en que ella la necesitaba y éste era uno de ellos. Había pasado su vida en unos instantes, al menos eso le pareció, y sin embargo allí seguía con las sábanas revueltas, desperezándose y mirando a la ventana que tenía a un costado, por donde la luz se filtraba cada vez con más intensidad. Eran momentos delicados, melifluos, en especial desde que le conoció. Antes su despertar era duro, abrupto, sin concesiones a la ternura de estos días.

—Estoy en un duermevela.

—Termino enseguida y si quieres bajamos a desayunar. Hoy tenemos todo el día para nosotros, nadie nos ha citado.

—¡Qué maravilla! Un día para ti y para mí.

—Bueno, ya sabes que proponemos algo y el destino nos lleva por otro derrotero.

—Me ducho en cuanto termines y me visto. Dame diez minutos.

—Los que tú quieras, tómate todo el tiempo del mundo. Es temprano. Te espero abajo —dijo y salió de la habitación.

Al abrir la puerta un aire frío se coló sin permiso, todo el ajetreo de la vida fuera de esa habitación entró, alterando el estado de levitación en que Elena se encontraba. Cerró los ojos y volvió a sus sueños. Era un momento onírico que no quería que desapareciera. Después de todo no había tanta prisa y Andrés se tomaría su café sin esperarla. Podía seguir todavía un rato en la cama. Como aquel día, un domingo cuando tenía siete años, en que su padre entró para despertarla y ella se hacía la dormida. Eso le gustaba mucho, era como un juego de ida y vuelta con su padre. Él hacía como que no quería despertarla, y salía del dormitorio, para al rato volver a entrar sin hacer ruido y decirle cosas bonitas. Después se levantaba e iban los dos juntos al parque de la Casa de Campo, al lago, a las barcas. Se sentaban con el sol de la primavera que nacía y ella se tomaba una naranjada y él una o dos cervezas con patatas fritas. A la hora de comer, si hacía buen tiempo, se quedaban en un merendero y si no iban a algún restaurante de la Gran Vía. Los domingos, desde que había fallecido su madre, no se quedaban en casa. Hacían la vida fuera ya que ese día les recordaba mucho su presencia. Esto sirvió para que esa época estuvieran más unidos. Cuando ella tenía veinte años su padre murió en un accidente de coche y ella fue a vivir con su abuelo. Después de terminar el bachillerato, entró en la academia y se puso a trabajar. Antes de fallecer su abuelo, había cumplido ya los veinticinco años, es cuando le contó la historia del Camino, le precisó el lugar donde escondió las cartas, la suya y la de Münzer, en la habitación del albergue y le dijo que fuera y terminara el asunto que él dejó inconcluso.

Unos golpes suaves en la puerta la sacaron de sus pensamientos.

—¿Estás ya preparada? —Andrés subió a la habitación al ver que ella no bajaba.

—Enseguida bajo, estoy terminando —mintió y salió rápidamente de la cama en dirección a la ducha.

No habían pasado más de diez minutos cuando se presentó en la cafetería, fresca y lozana como una rosa en la primavera después de recibir el rocío de la mañana.

—¿Me pediste el desayuno?

—No, pues no sabía si pensabas bajar o quedarte toda la mañana en la cama —contestó Andrés con un tono entre sardónico y serio.

—Pues ya ves que no ha sido así. Aquí estoy con ganas de comerme el mundo. Pídeme el café y el pan tostado, esta vez con aceite.

—Ya lo hice —contestó con una sonrisa—, conozco tus gustos. No en vano me estás dando la paliza con ellos desde hace más de una semana.

—Qué simpático te has levantado, ¿debo reírme?

—Con que me des un beso es suficiente.

—Parece que estás muy pedigüeño.

—Sólo lo indispensable.

Estando en esta conversación intrascendente bajaron Clara y Dámaso con una cara que irradiaba felicidad. Se veía a la legua que habían pasado una gran noche.

—Parece que no habéis pegado ojo —dijo a modo de saludo Andrés, que esa mañana estaba un poco mordaz.

—Ha sido fantástico —contestó Clara como si tal cosa.

—Cuenta, cuenta —cortó Elena.

—Vamos, que a vosotros os lo voy a contar. ¿Qué hicisteis la primera noche en Sarria? Pues igual nosotros. Ya lo sabéis todo.

—Pues dadas las explicaciones vamos a desayunar —sentenció Dámaso, que en esas cosas del amor no quería dejar traslucir sus sentimientos.

Hacia la mitad del desayuno bajó todo el grupo, vamos, lo que quedaba de él, ya que en los días que llevaban habían perdido a tres integrantes del mismo.

Sonó el teléfono de Dámaso.

—Tu madre que te llama —dijo Clara riendo.

—No me deja ni a sol ni a sombra —contestó Dámaso mientras se levantaba y salía a la calle para una conversación más personal.

—¿Qué pasa mi comisario?

—Me acaba de llamar el forense, el guía fue envenenado. No murió de infarto y ahora siéntate, con el mismo veneno que los otros, el ferrocianuro de potasio. El informe por escrito me lo dará mañana pero, tal y como me informó, era segura su afirmación. Así que ya sabes, tenemos tres muertos con el mismo veneno.

—Pues esto no simplifica las cosas, a mi modo de ver.

—En absoluto, las complica y mucho. No sabemos si el guía tenía un cómplice con el que luego salió tarifando o si eran enemigos desde el principio y cada uno iba por su lado. Ahora tendremos que enfocar la investigación hacia lo que te dijeron esas chicas que vieron entrar a cuatro personas en el bar —contestó el comisario.

—Eso me parece un dato muy significativo. Según explicaron la cuarta persona saludó al guía como si no le hubiera visto en mucho tiempo.

—No puede caer en saco roto el hecho de que es el mismo veneno el que se ha empleado en los tres casos.

—En efecto, es un nexo de unión importante. ¿Se le ha ocurrido pensar el por qué ambos asesinos utilizaron el mismo veneno?

—¿Y tú has pensado por una sola vez si hay sólo un asesino que puso el veneno en las copas de los peregrinos y en la del guía?

—Es una posibilidad, señor comisario, pero debe pensar que el veneno actúa rápidamente y en el caso del guía habían pasado más de setenta y dos horas. Por lo tanto no fue envenenado esa noche sino a los dos o tres días.

—Hay que centrar la investigación en los movimientos de Miguel Ángel la víspera del día que fue asesinado. Seguramente salió a tomar algo y allí volvió a ver a esa cuarta persona, discutieron y en un despiste le introdujo los polvos en la copa. Todo pareció un infarto y a nadie se le hubiera ocurrido pensar lo contrario.

—Bien, hoy pasaremos el día por aquí hasta que nos mande algo nuevo. Manténgame informado.

—Adiós y cuídate.

—Tu madre de nuevo, ¿qué te quiere ahora? No te deja en paz, como si tuvieras quince años.

—La información es que el guía murió envenenado con el mismo veneno que vuestros compañeros. Estaba confirmado. Así que a esperar.

La noticia cayó como una bomba entre los cuatro, ya que en ese tiempo Ana se había sentado a la mesa.

—¿Y qué vamos a hacer ahora? —preguntó Elena, que ya no sabía qué pensar.

—Esperar y esperar. El comisario nos dirá algo.

—Pues mientras tanto a pasear y llamar a nuestros respectivos trabajos para ampliar el permiso que solicitamos, pues a este paso es previsible que el Camino se amplíe otra semana más de lo previsto —añadió Andrés, que había dejado varios compromisos en la universidad para la siguiente semana.

—Yo no tengo a nadie que dar cuenta de mi permiso. Me despedí de la oficina dos días antes de salir para Sarria —contestó Elena.

—Pues nosotras sí que tenemos que llamar al colegio, pues nos dieron sólo una semana para este proyecto —dijo Clara, que era la que siempre llevaba la voz cantante.

—Pues son las diez de la mañana, una buena hora para hacer estos deberes quien los tenga que hacer —propuso Dámaso, mientras apretaba la mano de Clara, como signo de cariño y de apoyo—; si os parece volvemos al catre hasta la hora de comer. Este pueblo ya lo hemos recorrido varias veces de arriba abajo.

—Llamamos al colegio —dijo Clara dirigiéndose a Dámaso—, y enseguida estoy en la habitación—. ¿Vamos Ana?

Elena y Andrés entraron en el dormitorio y se echaron derrengados en la cama. No tenían fuerzas para nada. Todo se estaba complicando. Sin embargo, el misticismo del Camino, el amor que sentían ambos y la quietud del lugar, les estimulaba a seguir adelante. Si estaban apoyados entre sí, lo que habían venido a encontrar en el Camino no desaparecería. Cerraron los ojos y mano contra mano, dedos entrecruzados y cuerpos unidos, durmieron varias horas.

En sus sueños vieron toda clase de escenas que variaban entre la ilusión del esfuerzo en común y del recorrido que habían realizado, hasta el miedo a lo que se estaban enfrentando; los enterramientos, los muertos y los venenos pululaban moviéndose como marionetas a su alrededor. Permanecían en el centro y en su periferia todo lo temeroso, escabroso e intimista. Se sentían como una hoja otoñal, movida por el viento que iba de uno a otro lado sin voluntad; eran las circunstancias las que hacían que se agitaran e inclinaran, de uno a otro lado, dependiendo de los acontecimientos. Éstos eran los que marcaban el ritmo y ellos no eran nada más que accidentes accesorios en la escena del camino que estaban recorriendo. Una película en la que los protagonistas actuaban sin personalidad, influidos por el devenir de cada día y sin saber lo que el día venidero les depararía. En este duermevela trataron, sin conseguirlo, de ver alguna luz en su recorrido, algo que les diera respuesta a sus constantes preguntas. Pero la oscuridad les envolvía totalmente y les hacía que cada vez se hundieran más en el pozo en el que estaban encerrados. Un pozo de dudas y contradicciones, de desesperanzas e ilusiones, de luces y sombras. Al despertar, ambos se sintieron como en una nebulosa por la que habían caminado, con la única realidad de sus manos entrelazadas. Una mirada de duda les invadió y un beso cálido les dio réplica a una parte de sus interrogaciones. Al menos estaban los dos juntos y unidos; se enfrentarían con los problemas para dar respuesta al resto de preguntas que habían quedado sin contestación.

20

El gemelo de Miguel Ángel, mientras tanto, esperaba en uno de los albergues del pueblo de Arzúa, a una distancia no superior a dos kilómetros. Para pasar desapercibido se había puesto una peluca, gafas oscuras y un gran bigote que le hacía totalmente diferente de su hermano. Si alguno le veía ahora no podría imaginar que era su auténtica fotografía. No podía arriesgarse a que le vieran.

En la cama, Alfredo, pensaba en cómo había sido separado de su padre y de su hermano y enviado a Alemania con su madre. Allí se educó en una industria vitivinícola de la zona del Rhin, en un pueblecito pequeño, que en invierno se cubría totalmente de nieve y en primavera renacía de nuevo a la vida, para en el verano presentar unos prados verdes, cubiertos de vides, en las laderas de las colinas que rodeaban el río. Allí aprendió a utilizar el ferrocianuro con la finalidad de eliminar los metales pesados en el proceso del vino. Su madre le inculcó el odio tanto a su padre como a su hermano. Desde pequeño, de lo único que había oído hablar era de la palabra venganza. Cuando su padre estaba a punto de morir, le llamó a su lecho y le contó lo de la familia a la que pertenecía y lo del tesoro escondido en un pueblecito perdido de Galicia, en el Camino de Santiago. Le ordenó que se pusiera de acuerdo con su hermano para abrir la tumba, sacarlo y repartir la enorme riqueza que contenía. Ya en el entierro los dos hermanos discutieron agriamente y no llegaron a las manos porque los asistentes les separaron, pero se prometieron odio eterno y lo cumplieron. Su vida desde entonces giró alrededor de la venganza y de la búsqueda del dinero, por lo que dejó su trabajo en la industria en la que trabajaba y se dirigió al pueblo de Sarria, siguiendo los pasos de su hermano, que ahora era un guía de los peregrinos. En Palas de Rei se encontró, sin quererlo, en la calle cerca del albergue con su hermano y los dos peregrinos. Se enteró de que al día siguiente habían aparecido muertos y enseguida recordó cómo su hermano, en un despiste de peregrinos, echó unos polvos en el vino que estaban tomando. Creyó que nadie le había visto, ya que todos estaban mirando la televisión, pero él que conocía el percal no perdió ojo en todo el tiempo. Eso le dio la idea que estuvo tramando durante mucho tiempo. A los dos días, en Arzúa, llamó a su hermano con la excusa de que quería hablar con él sobre la tumba y lo que le dijo su padre, y quedaron a tomar un vino en un bar cercano al albergue. Aprovechó

también una oportunidad y puso el veneno en el vino, de la misma manera que había visto hacer a su hermano. Al día siguiente, las habladurías decían algo sobre un infarto que había tenido el guía. A él nadie le había visto por lo que estaba seguro de que todo quedaría en la clandestinidad. Un infarto y nada más. Esta sería la tesis del forense, pero lo que no calculó es que el comisario mandó analizar las vísceras para ver si había sido envenenado como los dos peregrinos.

Recordaba cómo, de pequeño, era el jefe de una banda de muchachos que se dedicaban a asaltar casas en las que sus dueños no estaban y vendían los enseres que robaban. Por su acento, le llamaban *el extranjero*. Esta parte de su vida, los bajos fondos, las peleas callejeras, las navajas que estaban todo el día funcionando, los robos y atracos, se desarrollaban al tiempo que su maldad iba creciendo. Su vida en este período se labró en Hamburgo. Allí la cercanía del puerto daba cobijo a sus fechorías. Un día, asaltó a un paseante en una esquina de una calle, que ahora no recordaba, a altas horas de la madrugada. El tipo se resistió y él no tuvo reparo en clavarle la navaja. En ese tiempo ya era un arma peligrosa. El sujeto estuvo a punto de morir; él sólo le pudo robar unos marcos, lo suficiente para seguir el camino que le mantenía en la delincuencia. Con la banda, más adelante, se dedicó a atracar con una mayor violencia; en cierta ocasión murieron dos guardias jurados que vigilaban las oficinas. Esto fue demasiado y puso tierra por medio. Se fue a la región del Rhin a trabajar en la industria del vino y allí es cuando recibió el aviso de su padre. Cuando decidió integrarse en el camino de Santiago, siguiendo a su hermano, compró una peluca, unos grandes bigotes y unas gafas oscuras. De esta manera trató de pasar disimuladamente cerca del grupo y tener vigilados a todos, en especial a su gemelo, con el que tenía cuentas antiguas que cancelar. ¡Y vaya si las canceló! Ahora estaba pensando cómo tomando ese vino con su hermano y aprovechando que él se fue al servicio le puso los polvos en el vino y esperó a que se tomara la copa entera. Cumplido su fin se despidió, agriamente de él, y desapareció de escena por unos días. Tenía que esperar a ver qué es lo que pasaba con el informe del comisario, el maldito policía que estaba metiendo las narices en todo. Lo único que había oído era que el guía tuvo un infarto de miocardio fulminante, pero era necesario esperar a ver si hacían más análisis. Si estos se realizaban con seguridad descubrirían el veneno en la sangre y en el estudio de las vísceras, por lo que en este momento era conveniente no aparecer por la cercanía del albergue, aunque eso sí, tendría vigilados a todos, ya que sospechaba que algo no iba de acuerdo a su experiencia. Uno de los tipos, concretamente el que se unió al grupo, no le parecía que tenía un perfil exacto de peregrino. Algo le olía mal, su olfato para detectar estas cosas era muy fino y

nunca le había fallado. En Hamburgo, una vez que un policía se hizo pasar por delincuente con la finalidad de unirse a la banda, él enseguida lo olfateó y le dio pasaporte. Nadie encontró su cuerpo, hundido en el cemento de una obra cercana. Ahora sería un componente más de ese edificio tan alto de la Jungfemstieg, creía recordar. Era posible que tuviera que hacer algo parecido si se repetían las circunstancias pero, ahora, lo mejor era no pensar en estas cosas y ver qué decía el informe final del comisario.

Unos golpes en la puerta le sacaron de su ensimismamiento. El día era triste, gris y lluvioso. La camarera quería hacer la habitación.

—¿Va a salir para que pueda limpiar?

—En quince minutos salgo.

Tenía el tiempo justo para vestirse, ponerse la peluca y los bigotes y salir a la calle. Introdujo en un bolsillo la navaja que le había acompañado en todas sus peripecias. Era su seguridad; no sabía salir a la calle sin ella. Cuando una vez se le olvidó, le parecía que salía desnudo. Tuvo que regresar rápido para recogerla. En esta ocasión, era posible que pudiera necesitarla por lo que no estaba de más que la llevara bien preparada para actuar en cualquier momento.

Al salir se tropezó con la camarera que estaba esperando para entrar en su habitación.

—Buenos días, señor. Hace mal día, convendría que llevara paraguas.

—Buenos días —contestó con un lacónico saludo. El paraguas ya lo llevaba; no iba a estar dando explicaciones.

Al salir, su cara fue azotada por un suave viento y una lluvia pertinaz que no dejaba de caer desde la noche anterior. Abrió el paraguas, que tuvo que sujetar con fuerza, ya que el viento se empeñaba en voltearlo. Afortunadamente, se había colocado la peluca con una buena sujeción, pues el viento amenazaba con desprenderla. En su paseo, se cruzó con poca gente que caminaba deprisa con ganas de llegar a su destino.

Tenía como objetivo tratar de enterarse de cómo estaban las cosas por el albergue y cuál era el veredicto final sobre el cadáver de Miguel Ángel. En el bar próximo al albergue, se tomó un café y leyó un periódico que estaba en el mostrador. Contaban la noticia de la aparición, en el día anterior, del cadáver. Era el guía de un grupo de peregrinos —continuaba la noticia— que al parecer había sufrido un infarto de miocardio. El periódico no daba más detalles de la muerte. No había violencia ni robo por lo que la opinión de la policía era que se trataba de un ataque cardíaco sin más. Alfredo respiró tranquilo. De momento no había que preocuparse.

En el bar todos comentaban el asunto, hacían cábalas y disquisiciones sobre el particular, sin omitir ningún detalle por más escabroso que fuera, aderezado con toda suerte de explicaciones morbosas y exageradas sobre el cadáver y los datos que le acompañaban. En este caso, decían, no había robos, pero vete a saber si no desapareció algo que estaba encima de la mesa —decía el más viejo de los contertulios—, y eso nunca se sabría. Era un tipo fuerte, que hacía ejercicio y no fumaba; es muy extraño el infarto, decía el que parecía más enterado. Se las daba de tener conocimientos médicos y presumía de ello ante sus amigos.

Desde donde estaba en la barra del bar, Alfredo podía ver la entrada y salida del albergue y hasta el momento no había salido nadie a excepción de Dámaso, por lo que decidió seguirle. Desde el principio su fino olfato le indicaba que algo raro se traía entre manos, por lo que no estaría de más seguirle para ver qué es lo que hacía.

Cruzaron, bajo la lluvia, varias calles prácticamente sin gente y el sujeto llegó hasta un bar donde parecía que se había citado con alguien. El coche aparcado en la puerta no le gustó nada. Cuando Dámaso entró en ese bar, del coche negro salieron dos personas; le pareció que una de ellas era el comisario. A la otra no la conocía, pero le dio la impresión de que pertenecía al mismo grupo. No había duda, el tal Dámaso o era de la bofia o un delator o algo parecido. Desde donde estaba no podía oír la conversación y entrar en el bar era demasiado peligroso, por lo que optó por esperar a que salieran. A los pocos minutos el comisario y su acompañante se metieron de nuevo en el coche y Dámaso regresó por el mismo camino al albergue.

Alfredo entró entonces en el bar y oyó la conversación de los parroquianos que estaban en la barra.

—Ya te dije que no era un infarto de miocardio. Oí perfectamente al comisario cómo hablaba de un veneno —le decía el camarero desde detrás de la barra a uno de los clientes con el que debía, por ser asiduo, tener una gran confianza.

—A mí no me cuadraba eso del infarto. Todo era muy raro —decía uno que quería darse de listo.

—Pues a ver qué es lo que pasa ahora, pues el que acompañaba al comisario insistía en que el veneno era el mismo que el de los dos tipos que aparecieron muertos hace tres días en Palas de Rei.

Alfredo tomaba nota mental de los datos, pensando que las investigaciones estaban muy avanzadas y que debía extremar las precauciones. Cualquier paso

en falso sería terrible para sus intereses, dando con su cuerpo en la cárcel para toda su vida. No estaba dispuesto a ello, por lo que debería cambiar de táctica.

Mientras tanto el comisario trataba de estrechar el círculo de los pasos que había seguido el guía la noche anterior a su muerte. Lo primero que hizo, esa mañana, fue dirigirse a Palas de Rei y entrar en los bares cercanos al albergue, donde estuvo investigando si el guía tomó alguna copa acompañado de alguien. En los dos primeros le dijeron que habían cerrado a las diez de la noche y que allí no vino nadie antes de esa hora. En el tercero le dijeron que el guía había estado tomando una copa con dos tipos. Miró el nombre del bar y vio que era El Ocaso, por lo que desechó esta información, que ya la tenía clara. Estaba seguro de que había un bar en el que entró el guía con otra persona y debía encontrarlo. No podía estar lejos. No se desanimó y siguió investigando esa pista, que le llevó a media mañana a entrar en uno en el que sí, en efecto, había estado el guía acompañado de otra persona que tenía su mismo aire. Lo recordaba perfectamente ya que mantuvieron una discusión, muy agria, sobre su padre y algo que estaba enterrado.

—No pude oír bien, pero estoy seguro de que hablaron de una tumba. Yo creo que debería ser la de su padre que estaba enterrado cerca de aquí —le informó el mesero.

—¿Qué tomaron?

—Sólo unos vinos. Me extrañó, ya que uno de ellos casi no probó el suyo. El otro pidió dos más. Al salir me dio la impresión de que no se encontraba bien. No sé si le sentó mal lo que tomó. Se despidieron en la puerta sin casi saludarse. Cada uno fue por su lado en una dirección distinta, ya que salí a la puerta para ver cómo iba el guía, pues parecía bastante enfermo.

—¿Conocía usted al guía?

—Sí, por supuesto. En las últimas semanas, acompañando a otros grupos de peregrinos, solía tomar alguna copa en mi bar cuando pasaba por este pueblo. Era siempre una noche la que pernoctaba aquí. Siempre me dio la impresión de que era muy taciturno y bastante huraño, pero sin plantear problemas.

—¿Por qué dice enfermo y no mareado?

—Muy sencillo, hay bastante diferencia entre ambos estados ¿no cree?

—Me está ayudando mucho con su información. ¿Me podría describir al tipo que iba con el guía?

—Tenía un cierto aire parecido, misma altura, misma complexión e idénticos rasgos faciales, aunque por la barba y el bigote me es difícil precisar.

—Pero ¿diría que eran familiares?

—No me atrevería a tanto, pero que sí se parecían es un hecho. Lo recuerdo perfectamente pues cuando el guía fue al cuarto de baño, el otro se quedó en la barra y me dijo que le pusiera unos pinchos. La voz era muy parecida.

—Es muy interesante todo lo que me está contando. ¿A qué hora se marcharon?

—No estuvieron juntos más de media hora. El tiempo suficiente para mantener una conversación agria. Creo que salieron sobre las diez cuarenta y cinco. Lo recuerdo pues cierro a las once y lo hice al poco rato de que salieran de mi negocio.

—Muchas gracias, por el momento es todo.

El comisario salió muy contento pues el círculo se estrechaba. Fue al albergue para hablar con el encargado. Tenía que cerrar la investigación.

—Buenos días. Soy el comisario García.

—Le conozco, estuvo aquí cuando apareció el cadáver del guía.

—Pues bien, a eso vengo. A hablar de este tema. Me interesa saber si notó algo extraño cuando vino esa noche.

—Serían alrededor de las once. Me dio la impresión de que había bebido bastante, pues se tambaleaba continuamente. Eso me pareció raro, ya que le conocía de otros viajes con diferentes grupos y nunca le había visto así. Le di las buenas noches y ni me contestó. Subió directamente a su habitación. Eso es todo.

—Muy bien, para mí suficiente. Adiós.

El comisario se metió en el coche en dirección a Arzúa y llamó a Dámaso.

—¿Qué hay, señor comisario? —se oyó al otro lado del hilo telefónico.

—Parece que se aclaran las cosas. El guía estuvo tomando, la víspera, unos vinos de la misma manera que los tomó con los dos peregrinos, también el día anterior.

—Muy interesante. Se utilizó el mismo método con el veneno y los vinos.

—Exacto —exclamó el comisario—, el método fue paso por paso idéntico. Pero en esta ocasión el que debió poner los polvos del veneno en el vino fue la cuarta persona que se encontró con él, el día que iba con los peregrinos. La lástima es que no fue el mismo lugar pues el camarero podía haberlo identificado, pero no obstante me dio una información muy interesante.

—¿Cuál?

—El guía entró con otro tipo que se le parecía. Tenían un cierto aire, según sus palabras, en el aspecto general. Incluso, matizó, en la voz.

—¿Y eso qué le sugiere, señor comisario?

—Pues que es posible que fuera un hermano gemelo con barba y bigotes postizos.

—Cada cosa que me cuenta me llama más la atención.

—Tendremos que investigar al padre del guía, para ver qué hijos tuvo y de qué edades. Eso se lo encargaremos a Gómez, que es especialista en este tipo de cosas. En veinticuatro horas o a lo sumo en un par de días, tenemos la respuesta.

—Está bien, no deje de informarme de cualquier cosa.

—Cuídate y no bajes la guardia. Puede estar en cualquier lugar. No sabemos todavía el móvil.

—Así lo haré. Adiós.

La conversación le pilló a Dámaso en la cama con Clara. Afortunadamente no habían llegado a mayores y estaban con los primeros escarceos. Al terminar, Clara como siempre le decía:

—La verdad es que tu madre es un tanto inoportuna.

—No sé si te has dado cuenta de que estoy inmerso en un caso de tres asesinatos y eso es muy grave; tiene preferencia sobre otras cosas como…

—Como el amor ¿quieres decir?

—Bueno… Pues sí, eso quería decir.

—Perdona, tienes razón, soy una egoísta que no piensa nada más que en mí.

—No te pongas mohína.

—Si es verdad. A veces me olvido de lo verdaderamente importante. Cada vez que me acuerdo de los muertos se me pone la carne de gallina —y al decirlo se acurrucó en el torso de Dámaso.

—Dame un beso tontina.

Clara por toda respuesta le empezó a besar intensamente. Efectivamente, no era momento para hacer el amor, pero es que a veces su chico se ponía tan atractivo, que era difícil negarse a seguir su juego.

Se quedaron dormidos después y en ese tiempo Clara soñó que el asesino entraba riendo en la habitación y les mataba. Se despertó inundada de sudor por lo que fue a la ducha y se volvió a meter en la cama. En todo ese tiempo Dámaso no se había despertado.

Con los ojos semicerrados, en un estado de duermevela, se acordaba de cuando era pequeña, en su casa de Valladolid, jugando a los maestros. Ella era la

profesora y le decía a las niñas que tenían que estudiar y las castigaba. Estos juegos, más tarde, se convirtieron en realidad y estudió Magisterio. Con temprana edad entró a trabajar en un colegio. Recordaba cómo sus compañeros de profesorado le gastaban bromas continuamente y ella al principio se enfadaba. Más tarde las aceptaba alegremente e incluso ella se permitía otras. Fue una época muy agradable, en que la docencia de los niños de seis y siete años la llenaba espiritualmente. Los sábados salían de excursión, a diferentes lugares, tratando de armonizar la cultura con el desahogo de la naturaleza. Aquel viaje por la cornisa cantábrica, desde San Sebastián hasta Bayona en Galicia, fue uno de sus mejores recuerdos. Uno de los profesores se enamoró de ella y esto le agradó. Procuraba ir a su lado en todo momento, hasta el punto que los demás les llamaban los tortolitos. Fue un amor primero, sin tapujos, sin estridencias, armónico y tierno. Lástima que sólo duró ese viaje, el más maravilloso de su vida. Al regresar a Valladolid, le dijeron que estaba en el hospital. Parecía que le habían detectado un tumor, una mancha, le explicaron, en el pulmón. Ya le decía ella que el tabaco le mataría, pero eso era una expresión intranscendente. No significaba nada más que era peligroso y no debía hacerlo. Le iba a ver al hospital un día sí y otro también. En ese tiempo se desvivió con él y a la salida de las clases iba directamente a verle, hasta que la enfermera le decía que era hora de que se retirara. A las cuatro semanas de decirle que su novio tenía un tumor, lo enterraba. Estuvo desconsolada durante mucho tiempo. Nada ni nadie la distraía de su dolor. Parecía que éste se le había introducido en los huesos, en los órganos de su cuerpo y que era imposible eliminarlo. Acudió a un psicólogo que enfocó el problema de una manera técnica. Debería encauzar su duelo, le decía, tratando de ver lo positivo, como por ejemplo, recordando aquel viaje que hicieron juntos. Debe pensar en esos paseos que dieron, en esos baños en la playa, en esas visitas a los museos. Y ella pensaba y pensaba, tratando de olvidar su dolor. Esta fase de duelo era muy importante y debía exteriorizarse, hablarla con los demás, con aquella amiga que les acompañó al viaje, Ana creo que se llama —señaló de una manera precisa. «Cuéntele lo que le pasa, sus vivencias, sus pesares y ya verá como todo se hace más llevadero». Ella siguió todas las directrices que le marcaron y al cabo de seis meses se encontró mucho mejor. Seguía recordándolo, pero ahora era un recuerdo dulce y tierno, mientras que antes era un dolor profundo, intenso como si con un bisturí la rajaran de un lado a otro. Un día, su amiga Ana se presentó con un regalo.

—Mira lo que te he comprado, el otro día entré en una librería y vi este libro que me habían recomendado y pensé en ti, pues me habían contado la trama y me pareció que te iba a gustar e incluso hacer bien.

El libro se titulaba *La última experiencia* y trataba de un chico que iba a un proyecto de una ONG, tras haberle diagnosticado un cáncer de pulmón y decirle que sólo le quedaban tres meses de vida. Con este proyecto, pensaba, podría encontrar algo positivo para recorrer el camino que le quedaba para llegar a la meta. A pesar de que entró en el proyecto de mala gana, pesaroso y con mal genio, la solidaridad de sus compañeros, el trabajo y el esfuerzo en unión, y el amor que encontró, le cambiaron toda su perspectiva ante la muerte. Su novia vio también un punto de encuentro en este amor diferente y ese recuerdo dulce y sereno lo mantuvo toda la vida. Clara pensaba en cómo encontró en su lectura la paz que anhelaba, la serenidad ante la muerte, el equilibrio entre el dolor y el recuerdo. Este libro, para ella, fue su mejor medicina y cuando así se lo explicaba a Ana, ella lo entendía y hacía que estas conversaciones durasen mucho tiempo. Así trascurrieron muchos meses y un buen día su amiga le propuso hacer el Camino de Santiago. Allí seguramente encontraría de nuevo esa paz que, con la lectura de ese libro, estaba floreciendo. La época de abril sería buena ya que no habría mucha gente y la temperatura no sería calurosa para andar. Como desventaja, le decía, la lluvia será casi diaria. Cuando pidieron permiso en el colegio, no les hizo mucha gracia, pero Clara expuso como razón fundamental la espiritualidad que necesitaba en esas circunstancias, a lo que la dirección no se opuso, ya que la depresión en la que había caído no era buena ni para ella ni para el colegio; a los alumnos les estaba influyendo negativamente, algunos ya habían dado muestras de ello.

En varias ocasiones habían venido los padres a ver qué es lo que pasaba con sus hijos, pues el rendimiento era muy escaso. Por ello la dirección no opuso ningún reparo al proyecto del viaje; sólo les pidió que lo postergaran hasta que encontraran sustitutos, lo que ocurrió en pocas semanas, por lo que en el mes de abril era factible hacer el Camino. Sólo era necesario buscar un guía, que les hiciese las reservas de los albergues y que tuviera un coche de apoyo. Un amigo les dio la dirección de Internet por la que se pondrían en contacto con él. Entonces todo fue muy fácil. En una semana ya lo tenían todo arreglado y a partir de ese momento, preparar la mochila y ponerse en marcha fue todo uno. Y ahora estaba allí, en la cama, al lado de una persona a la que hacía tan sólo una semana no conocía, pero que para ella había sido en el camino, vamos, en los días que había estado con él, su báculo y su apoyo en las circunstancias tan desagradables y fuertes que estaban pasando. Necesitaba que alguien como

Dámaso la ayudara y orientara sobre lo que hacer y cómo actuar ante tanta adversidad.

—¿Estáis despiertos? —se oyó una voz al otro lado de la puerta—. Elena y Andrés ya nos esperan abajo.

Era Ana que les reclamaba para la comida. Habían quedado a esa hora.

—Enseguida bajamos —contestó Clara, al tiempo que daba un suave codazo a Dámaso, que aún permanecía durmiendo—. Venga tío, despierta ya, que nos están esperando.

—Con lo bien que me encontraba. Soñaba que estábamos en el Caribe, debajo de una palmera y que las olas nos acariciaban y yo te besaba y besaba y, de pronto, vino un pescador que nos dijo que tuviéramos cuidado con el mal de coco.

—¿Qué es eso del mal de coco?

—Pregunté, ¿y sabes qué me dijo? Que el mal de coco es cuando uno de éstos, movido por la fuerza del viento te cae en la cabeza.

—Pues vaya broma —acertó a contestar Clara, que ya estaba vistiéndose.

—La verdad es que el sueño era muy divertido.

—Anda, vístete que nos esperan. Yo voy bajando —dijo Clara mientras le daba un beso apasionado en los labios—. Eres un sol ¿nunca te lo han dicho?

—Sí, mi madre, cuando era pequeño.

—¿La del teléfono? —preguntó con sorna y la sonrisa a punto de estallar.

—No, la otra. El comisario es muy macho y yo también. Fíjate si me dijera que soy un sol, le partía la cara.

—¡Qué bromista eres! —y salió del cuarto.

Abajo les esperaban Elena, Andrés y Ana, que conversaban entre sí. Al cabo de pocos minutos bajaba Dámaso, como siempre, con la sonrisa entre los labios.

—¿Vamos a comer? Tengo un hambre que me como todo lo que se ponga por delante.

—Tendré que tener cuidado entonces —dijo Clara.

Salieron del albergue y se dirigieron a un restaurante que les habían recomendado el día anterior. Cuando llegaron se encontraron a José y Patricia en una mesa y en la otra a las dos parejas.

—O éste es el único restaurante del pueblo o es el que siempre recomiendan —comentó Elena acercándose a las mesas.

—Nos han dicho que es muy bueno y que tienen buen marisco —contestó Patricia que no soltaba la mano de José ni a sol ni a sombra.

El camarero se acercó para preparar la mesa. En el comedor había pocas personas.

—¿Qué les ofrezco para beber?

—Tráiganos un Ribeiro, pero muy frío —pidió Andrés.

Pidieron unas cigalas a la plancha, una de gambas y dos centollos. Les dijeron que allí preparaban el marisco muy bien. Cuando estaban terminando la comida, sonó el teléfono de Dámaso.

—Era el comisario —dijo cuando colgó—, que quiere vernos en el restaurante en media hora, así que le esperamos aquí.

—¿Cómo sabe que estábamos aquí? —preguntó Clara, para quien las llamadas del comisario se le atragantaban ya.

—Es el comisario y sabe lo que se trae entre manos —contestó adustamente Dámaso.

—Pues le esperamos y en paz, no pasa nada —añadió Ana.

Las otras mesas no pusieron reparo. Esperarían a ver qué quería ahora. Estaban inmersos en una serie de asesinatos y dispuestos a colaborar con la policía en todo lo que ellos pidieran. Tenían tanto miedo, su zozobra era tan intensa, que cuanto antes supieran las respuestas sería mucho mejor y además podrían continuar el Camino, ya sin ninguna reserva, si bien los recuerdos les seguirían durante mucho tiempo. La única obsesión de todos era llegar a Santiago, dar el abrazo al apóstol, cumplir con el objetivo del Camino y regresar a sus casas. Por lo tanto esperarían a que llegara el comisario, para que les informara de todo. Necesitaban sus consejos y su dirección. Tenía más experiencia que ellos en estos derroteros y necesitaban una luz que les guiase. La espera era de obligado cumplimiento.

21

Eran las primeras horas de la mañana cuando el sol tímidamente hacía su aparición en un cielo azul, cubierto de nubes algodonosas. El cardenal iba sentado en su carruaje y dos palafreneros en el pescante daban fuertemente, con cierta saña, con el látigo a los caballos cuando se mostraban remisos a continuar la marcha. Completaban el acompañamiento cuatro soldados, que con los tres de Jerónimo Münzer constituían un grupo armado que prevenía por sí solo cualquier ataque. A este grupo había que añadir a Albretch y a su padre, que bien pertrechados, también hacían desistir a cualquier delincuente que esos días merodeaba en el camino.

De Toledo a Alcalá de Henares no había mucho trecho, unas cuantas leguas que se cubrirían en un par de días. Allí visitarían los colegios sobre los cuales el cardenal quería desarrollar la universidad. Era un lugar emblemático. La Reina Isabel le había encargado llevar a la práctica esta idea. Una universidad cerca de Madrid sería un aldabonazo para otras que estaban empezando a nacer como Salamanca, Oxford, Cambridge, Padua y Bolonia. Un país que se considerara pionero en la Ciencia y en el Arte, debía propulsar la creación de universidades, en las que se formaran los futuros alumnos que después serían los adalides en la sociedad. Eso lo tenía claro la Reina Isabel, por lo que a pesar de que el descubrimiento de América se había llevado mucho dinero, sin embargo este proyecto gozaba de su simpatía y había que mimarlo y cuidarlo.

Esa noche llegaron a una fonda cerca de Alcalá. No era hora buena para entrar en la ciudad, por lo que pospusieron su entrada al día siguiente. Ya habían avisado al Palacio Arzobispal de que el cardenal llegaría al mediodía con unos huéspedes.

—En esta posada nos conocen y nos atenderán convenientemente —dijo Cisneros, mientras ponía un pie en tierra, ayudado por los palafreneros, que desde el pescante dieron un salto cuando el carruaje paró ante la puerta—, amigo Münzer.

—Lo que ordenéis Excelencia —contestó el caballero.

—Vuestros deseos son órdenes para mí —se oyó la voz del posadero acercándose al cardenal ante el que se puso de hinojos.

—Levantaos presto. No estamos para ceremonias. Venimos de viaje y necesitamos buen baño y buena comida.

—Y buen vino —contestó el mesero, conociendo los gustos de Cisneros.

—Pues entonces preparad lo dicho, que daremos buena cuenta de lo que tengáis dispuesto. Ahora mostradnos las habitaciones.

—Seguidme, si lo tenéis a bien, cuando gustéis, Excelencia.

El posadero inició la procesión por un corredor luminoso, orientado al mediodía, del que salían varias habitaciones. La principal era la primera, situada nada más entrar, que se utilizaba en las grandes ocasiones cuando pernoctaba alguna persona ilustre y de alto linaje. El cardenal se quedó en la primera y la segunda fue adjudicada al caballero Münzer. Era una buena habitación, inmensa, con dos grandes ventanales que daban, uno al corral y el otro al prado que rodeaba la casa.

—La luz entra por todas partes —dijo Albretch a su padre.

—¿Qué cama eliges?

—Prefiero, si no te parece mal, padre, la que mira al prado.

—En ese caso yo no tengo otra opción que la del corral —dijo sonriendo.

Después del baño y del cambio de camisa y jubón bajaron al comedor, donde ya les esperaba Martín que había dispuesto dos mesas, una para el cardenal, Jerónimo y su hijo y otra para los soldados y él. En ambas había vino en cantidad y los platos preparados para recibir el carnero que estaba recibiendo las últimas vueltas.

—¿Os parece bien cómo dispuse las mesas? —preguntó Martín, que siempre estaba preparado para agradar a su señor.

—Me parece perfecto lo que hiciste.

En ese momento bajaba el cardenal imbuido del boato que siempre le gustaba expresar. Era algo inherente a su cargo, y él lo sabía, por lo que siempre hacía buen uso de ello.

La cena transcurrió en amena conversación entre el cardenal y el caballero Münzer.

—¿Así que vais a Santiago a cumplir la promesa del abrazo al santo?

—Sí, en efecto. Era una espina que tenía clavada y que me voy a quitar ahora. Aproveché el viaje para darme una escapada a Sevilla. Había oído que un coleccionista tenía la *Biblia de 42 líneas*, recién salida de la imprenta de Gutemberg. Era un capricho al que no me podía negar. De esta manera mi biblioteca será una de las mejores del mundo occidental.

—Los libros son el alimento del espíritu, lo mismo que este carnero el del cuerpo —contestó el cardenal, introduciendo un bocado de carne en su boca—. Debéis visitar mi biblioteca.

—Será un honor para mí. Disfruto con los libros, acariciarlos, leerlos, tenerlos. Es la misma posesión lo que hace que mi ansia sea incoercible.

—Tened cuidado, que puede ser pecado lo que me referís, si ese amor se convierte en gula y ansia. Hay límites para todo —decía al tiempo que engullía una pata del carnero.

—Tenéis razón Excelencia. Trataré de corregir mis ansias.

—Debéis hacerlo si no queréis ser condenados al fuego eterno—. Y con ello bebió un vaso de vino—. Este asado está exquisito. Las delicias de la carne, a veces hacen al hombre más humano ¿no os parece?

—En efecto —contestó el caballero sin saber qué decir. Sólo le guiaba el compromiso de llevarle la corriente. Una persona de esta alcurnia y linaje no debía ser contradicha en ningún momento.

—¿Qué libros habéis conseguido en Sevilla?

—La *Biblia de 42 líneas* de Gutemberg, firmada por él mismo y fechada en el año 1454. Es un libro perfecto, consta de dos tomos y 1282 páginas, todas ellas únicas. Llevo también de Isidoro de Sevilla la *Historia de los godos, vándalos y suevos* del año 624. Un cristiano viejo, persona de gran corazón, me regaló otros libros como *El Arte de la guerra* de Sun Tzu, un libro del japonés Kojiki del año 712 y otro de Kells del año 800.

—Buenos libros lleva usted.

—Más de los que en un principio pensaba y eso gracias a la generosidad de buenas personas.

—Si pasáis por mi biblioteca, aún os puedo regalar alguno.

—Será un honor para mí, pero no quiero abusar de vuestra generosidad.

—No os preocupéis. Mi biblioteca no se resentirá por ello.

—Ocuparán en la mía los mejores lugares.

—Así lo espero y ahora quedad con Dios. Me retiro a mis aposentos ya que debo realizar mis oraciones y mañana debemos madrugar.

—Descansad, Excelencia. Hasta mañana.

—Hasta mañana si Dios quiere.

—Eso, si Dios quiere —contestó el caballero algo turbado por no haberlo dicho él.

Alcalá de Henares era una villa que tenía una importante aljama judía. En la Edad Media un gran número de judíos eligió esta villa para trabajar y vivir. Labraron tierras, recogieron cosechas, desarrollaron el comercio de las prendas de vestir y de los objetos de plata, curaron enfermos y cobraron impuestos. En síntesis se insertaron en una ciudad floreciente, viva, que sólo pretendía el crecimiento. Habitaron entre cristianos y mudéjares construyendo sinagogas. Vivieron en la calle de la Valdresería, en la calle Real, en la de los Escribanos y Esparterías, en la de Maestre Pedro y en la del Matadero y de los Roperos, en la de los Tocinos y en la plaza de la Picota. Su barrio era extenso y ocupaba gran parte de la villa. La interrelación con los cristianos era muy intensa, hasta que en 1492, el decreto de expulsión de los judíos de España, hizo que tuvieran que malvender sus propiedades todos aquellos que no quisieron abrazar la religión católica. Los conversos se quedaron en la ciudad y pudieron seguir con sus negocios y propiedades. Aunque muchos de ellos no eran tales y siguieron con su religión en el anonimato. En la ciudad existía un colegio mayor y varios colegios menores que son los que dieron lugar a la creación de la universidad.

—Veréis que es una ciudad que está en pleno apogeo y desarrollo —dijo el Cardenal a través de la ventanilla del carruaje al caballero que iba a caballo.

—Ya me doy cuenta, Excelencia.

—¿Observasteis cuando pasamos por la calle Mayor el Hospital de Nuestra Señora de la Misericordia? Se conoce también como Hospital de Altezana, por sus fundadores. Fue edificado hace muy pocos años, en 1483. Fijaros en el artesonado mudéjar y en el templo adyacente. Estamos muy orgullosos de este edificio.

—Sí, me llamó la atención al pasar.

—Ahora estamos trabajando en el Colegio Mayor San Ildefonso, donde quiero situar el origen de la universidad. Su fachada será, sin duda, una de las mejores fachadas. Aún nos quedan unos años para finalizarla, pero será la sede central de donde arrancarán las diversas ramas del saber.

—Extraordinario. Pensar que no tenía idea de poder hacer esta visita. Mi objetivo era llegar a Madrid, descansar unos días y subir hacia León.

—Hemos llegado al palacio Arzobispal —cortó el cardenal.

En el frontispicio de una verja, un cartel rezaba «Palacio Arzobispal», que daba acceso a un paseo de unos cincuenta metros hasta llegar a la puerta de entrada principal. En ella unos criados esperaban la llegada de los carruajes.

—Mis invitados se alojarán un par de noches aquí. Disponed todo —dijo al que parecía más viejo y experimentado: debía ser el hombre de confianza del palacio.

Los palafreneros ayudaron a bajar al cardenal, ocupándose a continuación de los baúles y demás ropaje. Mientras tanto, Münzer observaba la entrada triunfal en el palacio, algo que le recordaba la entrada de ellos en su castillo de Núremberg. Cerró los ojos y la nostalgia le invadió. Ambas mansiones eran las adecuadas al prestigio de quienes las habitaban. Los criados les acompañaron a los dormitorios del piso superior donde les esperaban sendos baños preparados con agua caliente y perfumes.

—Ahora veo por qué en España decimos que llevas una vida tan buena como un cardenal —dijo Martín riendo.

—Debéis ser más prudentes. No sería bueno que os oyeran —contestó Münzer, para quien estos comentarios estaban fuera de lugar.

El comedor, de una amplitud exagerada, podía recibir al mismo tiempo a cuarenta invitados sentados, estaba en el piso bajo. Sus paredes, forradas de madera, daban un tono de sobriedad no exenta de elegancia y en ciertos lugares de lujo. En varios ángulos del mismo se encontraban mesas y aparadores, todos de madera, a juego con la mesa principal, donde había sendos candelabros encendidos. En uno de los ángulos, una gran chimenea preparada para las ocasiones.

—En el invierno la tenemos continuamente encendida. También la del cuarto de estar. Aquí puede hacer frío y es necesario pasar el tiempo lo más cómodamente posible. Hay muchas visitas y personas que vienen a verme y que se encuentren bien es una obligación para mí.

—Es de destacar la belleza al mismo tiempo que la sobriedad en la decoración.

—He dirigido personalmente todo lo que estáis viendo. Me gustan los pequeños detalles donde reside la vida y la emoción de la estética.

—En efecto, la belleza se basa en pequeñas cosas que unidas, unas con otras, marcan el éxito.

—Sentaos y demos cuenta de las viandas. Di órdenes de que nos prepararan lo más típico de aquí.

—Además de rezar, sabéis hacer la vida lo más placentera posible.

—Es obligación de los pastores de almas que también cuidemos el cuerpo.

El menú estaba formado por sopa de ajo, migas ilustradas con chorizo, huevos fritos y verduras frescas. Como plato principal un asado de cabrito y otro de cordero daban fin a la fiesta. El postre a base de frutas, rosquillas, almendras garrapiñadas y una tarta costrada. El vino era cosecha propia de los campos del Arzobispado.

—¿Sabéis que en este palacio tuvo la primera entrevista Cristóbal Colón con la Reina Isabel? Justo donde ahora estáis sentados estuvo Cristóbal Colón en 1486 contándole a la Reina sus ideas sobre el Nuevo Mundo —explicó el Cardenal—, y un año antes nació en los aposentos de este palacio Catalina de Aragón, tataranieta del rey Eduardo III de Inglaterra y prima en cuarto grado de Enrique VIII y de Isabel de York.

—Entonces estoy sentado en la historia, al menos, en uno de los capítulos más importantes de ella —dijo Münzer con cierta ironía no exenta de orgullo.

—La familia real estuvo alojada varias veces aquí, por eso no es de extrañar que quisieran dar a luz a su hija Catalina en este palacio.

—Hay algo que me ha llamado la atención, parece que existen influencias culturales distintas.

—En efecto, esta villa visigoda fue conquistada por los árabes en el siglo VIII, construyeron un castillo y denominaron a la ciudad Al-Kalam Nahr, que significa castillo sobre el río. La torre albarrana es una parte muy interesante del castillo-fortaleza.

—Pero en lo poco que leí sobre esta villa, decía que fue fundada por los romanos.

—Sí, los romanos la fundaron, en el siglo I, con el nombre de Complutum. Más tarde los vándalos la incendiaron. Como ve, amigo mío, la cultura es la consecuencia, a veces, de los estragos de los hombres y cada sociedad quiere dejar sus huellas, sin importarle lo que hicieron las otras anteriormente.

—¿Y el Hospital de la Misericordia por el que pasamos antes de llegar al Palacio Arzobispal?

—Se llama Hospital de Antezana, en la calle Mayor. Fue fundado en 1483 por el matrimonio de nobles, Luis de Altezana e Isabel de Guzmán, con el fin de poder atender gratuitamente a los enfermos pobres.

—Es un edificio muy interesante en su concepción arquitectónica—. Münzer aprovechaba siempre para estudiar la arquitectura dados sus conocimientos en este campo.

—Hay algo que quiero señalarle y que es importante para entender la historia de esta villa —cortó el cardenal—. En 1118 el Obispo de Toledo, Bernardo de Seridac, reconquistó la ciudad que pasó de esta manera a formar parte de este Obispado. Gracias a él, estamos ahora hablando de historia.

—Excelencia, me habéis dado una verdadera lección, que aderezada con este vino, hace una deliciosa mezcla de culturas. Os estoy sumamente agradecido por la deferencia con la que me honráis.

—Os agradezco vuestra referencia a mi conocimiento tanto como a este buen caldo que nos acompaña. Sin ambos, la vida no sería lo que es ¿no estáis de acuerdo?

—Totalmente de acuerdo —contestó Münzer, para quien la opinión que iba labrándose sobre el cardenal era algo prosaica, debido a la vulgaridad con la que a veces se expresaba, y a su exagerado apego a las cosas de la vida.

—¿Sabe que hace cien años escribió en esta villa el Arcipreste de Hita, también conocido como Juan Ruiz, el *Libro de Buen Amor?*

—¿Conoce su Excelencia que poseo en mi biblioteca uno de los pocos códices que se han editado?

—Qué noticia tan venturosa me acaba de dar.

—Dyos Padre, Dios Fijo, Dios Spiíritu Santo:/ El que nasció de Virgen esfuerce nos dé tanto, / Que siempre lo loemos en prosa é en canto, / Sea de nuestras almas cobertura é manto —recitó el caballero dando muestras de su saber.

—El que fizo el cielo, la tierra é la mar, / Él me dé la su gracia é me quiera alumbrar, / Que pueda de cantares un librete rimar, / Que los que lo oyeren, puedan soláz tomar —contestó el Cardenal, que no quería quedarse corto en eso de alumbrar el verso.

—Es un libro jovial y picaresco, donde una trotaconventos busca los placeres de la vida. Sería como la madre de todas las Celestinas. Me parece que no es una lectura recomendada para un servidor de la Iglesia —dijo Münzer.

—No os olvidéis que en el libro se hacen muchas reflexiones marianas y sobre la Cruz también. Las connotaciones religiosas están en cada verso —contestó el prelado, algo molesto por el comentario.

—Tenéis razón, Excelencia—. El caballero reculó rápidamente para no meterse en otro charco.

—¿Conocéis por ventura ese poema que dice Moza tan fermosa /non ví en la frontera, / como una vaquera/ de la Finojosa?

—Faciendo la vía / del calatraveño/ a Santa maría/ vencido del sueño, /por tierra fragosa/ perdí la carrera, / do ví la vaquera/ de la Finojosa. /En un verde prado/ de rosas e flores, /guardando ganado/ con otros pastores, /la ví tan graciosa/ que apenas creyera/ que fuese vaquera/ de la Finojosa —contestó el caballero, orgulloso de estar a la altura del Cardenal.

—Extraordinario —exclamó el prelado, para quien un interlocutor culto era un placer sólo reservado a las almas nobles.

—Debéis saber que poseo algunas de las serranillas originales del Marqués de Santillana. Desgraciadamente no las tengo todas, pero hace años, antes de su muerte, que como sabéis acaeció en el año 1458, tuve la invitación para visitar su biblioteca de Osuna.

—Lástima no haber podido realizar su visita en este momento. Las serranillas son unos poemitas de arte menor que han recorrido toda nuestra literatura y marcado un hito en ella.

—Hace pocos años, en 1479, murió uno de los mejores poetas líricos de la poesía medieval castellana. Me refiero a Jorge Manrique. *Recuerde el alma dormida, /avive el seso y despierte/ contemplando/cómo se pasa la vida, /cómo se viene la muerte/ tan callando, /cuán presto se va el placer, /cómo, después de acordado, /da dolor; /cómo a nuestro parecer, /cualquiera tiempo pasado/fue mejor.*

—En efecto sus elegías a la muerte de su padre son unos versos plenos de espiritualidad y sentimiento religioso —continuó el Cardenal—. *Nuestras vidas son los ríos/que van a dar en la mar, /que es el morir; /allí van los señoríos/ derechos a se acabar/y consumir; /allí los ríos caudales, /allí los otros medianos/ y más chicos, /y llegados, son iguales/los que viven por sus manos/y los ricos* — terminó el verso con orgullo del que no se queda atrás.

—Muchas veces he pensado —dijo el caballero— en la profundidad de estos versos que, en 1476 cuando murió su padre, estaban dotados de una filosofía y un realismo manifiesto.

—Están impregnados de un concepto sobre el cristianismo de la vida que marcará huella en nuestros alumnos, cuando se estudien estos versos en mi universidad.

—En mi país sólo los más eruditos los conocen, pero a mi vuelta trataré de extenderlos entre los míos —añadió el caballero.

—Con tanto verso y rima, las horas pasaron rápido. He disfrutado mucho con vuestra conversación, que añoro no tener más a menudo en esta villa. Me alegraría sobremanera volver a coincidir con vuesa merced y discutir

nuevamente. Es mi alimento y, quizás, cuando inaugure la universidad podáis acudir como invitado ilustre.

—Eso sería para mí un placer. No tenéis nada más que mandármelo a pedir. Con quince días de camino tengo suficiente. Mis caballerías son las mejores de Alemania.

—Pues así será y si queréis dar una de las conferencias inaugurales sería para nosotros una satisfacción que no olvidaríamos.

—Mucho honor el que me ofrecéis, pero dado mi natural conversar podría hablar sobre la interrelación de la literatura de Alemania y España. Es un tema que nunca se ha tratado y le aseguro, Excelencia, que hay muchos nexos de unión, que hacen que para entender una sea, a veces, necesario conocer la otra.

—Pues así haremos, y ahora disculpadme, debo retirarme a mis oraciones. Es tarde y el tiempo aprieta. No le acompañaré a la cena pues la comida fue muy abundante. Podéis pedir lo que deseéis y mañana, como partís temprano, no estaré con vos. Así que Dios os guíe, terminéis con salud vuestro viaje y regreséis a la tierra patria encontrando a vuestra familia con salud y provecho.

—Muy agradecido, Excelencia. Recordaré esta velada mientras viva.

El cardenal abandonó la estancia al tiempo que el caballero Münzer se dirigía a su hijo para decirle que preparara todo lo necesario junto con Martín para partir al día siguiente.

Cuando las primeras luces rasgaron las tinieblas de la noche, una caravana de varios jinetes cruzaba las empedradas calles en sombras y tomando la dirección de Madrid salían de la ciudad. Había sido una experiencia inolvidable que marcaría un recuerdo durante muchos años y que serviría para que, allá lejos, en Alemania, al calor del fuego en las tardes frías de invierno, una conversación sobre los poetas y escritores de España mantuviera el espíritu de la fraternal relación entre ambos países. No en vano los escritores alemanes se estaban abriendo camino en la Europa culta lo mismo que estaba sucediendo con los españoles. De esta interrelación Jerónimo, dio tiempo después, prueba de su conocimiento.

22

Estaban tomando el café cuando la puerta se abrió para dejar entrar al comisario. Vestía de oscuro, chaqueta y corbata a tono con las circunstancias, sombrero de ala que le tapaba la calva al tiempo que le resguardaba del frío y de la lluvia. Un silencio espeso se hizo con su presencia y las miradas de los allí presentes se cruzaron varias veces.

—Déjenos tranquilos un rato. Que nadie nos moleste —dijo, dirigiéndose al camarero, nada más entrar.

—¿Desea alguna otra cosa?

—Sólo agua, gracias.

Esperó a que trajeran una botella de agua mineral, encendió un cigarrillo y miró a todos con cara circunspecta. Dejó pasar unos minutos, que a todos se les hicieron eternos, y cuando llevaba ya medio cigarrillo tomó la palabra y dijo:

—Parece que ya saben la profesión de Dámaso. Creo que es el momento de que les haga un resumen del estado de la situación pues la intranquilidad, que manifiestan, no es la mejor manera de enfrentarse con el problema —aclaró mientras tomaba medio vaso de agua—. Los acontecimientos se han precipitado en una dirección que nadie preveía.

—Nos está poniendo más nerviosos de lo que ya estábamos. Si su objetivo era tranquilizarnos, me parece que no lo está consiguiendo —dijo Clara, que no apartaba la mirada de Dámaso.

—Está bien señorita, trataré de obviar lo escabroso en esta historia, si eso es lo que desea, y continuando el relato, les diré que, como creo que ya saben, sus dos compañeros en Palas de Rei murieron envenenados y después les dieron un tiro en la sien para despistar. El asesino fue el guía, el cual introdujo el veneno en los vasos de vino la noche anterior. Hasta ahí creo que algunos de ustedes ya estaban al tanto.

—Dámaso nos había contado algo —comentó Clara en voz baja.

—Después apareció el cadáver del guía —continuó sin hacer caso del comentario—. Todos imaginamos, cómo indicaban las apariencias, que había sido un infarto y aquí está la cuestión. A nadie se nos ocurrió pensar que había sido otra la causa, pero el forense, siempre con más experiencia que nosotros en estas cosas, ordenó hacer la autopsia y hete aquí que nos dio la respuesta. La

causa era también el veneno. Entonces analizamos los venenos y son los mismos, el ferrocianuro de potasio, ¿qué les parece?

Nadie daba crédito a lo que estaban oyendo y si Dámaso el día anterior había comentado algo, en este sentido, no le dieron mayor importancia.

—Entonces ya tenemos tres cadáveres envenenados. Investigando la noche anterior a la aparición del cadáver del guía, encontramos que éste había estado en un bar de Arzúa tomando un vino con una persona a la que se encontró en Palas de Rei, según nos dijeron Clara y Ana, y los dos compañeros de ustedes. Ambos testimonios son coincidentes.

Clara y Ana se miraron con complicidad, orgullosas de ser la base principal del desarrollo de la investigación.

—A partir de esta información seguimos tirando del ovillo y llegamos a la conclusión de que el guía fue envenenado por esta persona. Esta mañana estuve en ese bar investigando y he confirmado todos los datos. Ahora sólo nos queda averiguar quién es y qué es lo que le mueve para hacer esto.

—¿Y nosotros qué debemos hacer? —preguntó Clara.

—Estar prevenidos. Hay un asesino fuera que no sabemos lo que busca y quiere, pero con seguridad puede estar amenazando a alguno de ustedes, por lo que deben estar en guardia. Hay que extremar las precauciones con los alimentos y las bebidas.

Un temblor recorrió los cuerpos de todos y Elena y Andrés se miraron preocupados. El comisario no hablaba a humo de pajas. Eran muy graves sus palabras.

—El *puzzle* no está encajado todavía. Estamos siguiendo más puntos en la investigación que ustedes me perdonarán no les puedo adelantar. Y ahora si no mandan otra cosa seguiré con mi trabajo — y dirigiéndose a Dámaso—: ¿quieres salir un momento?

—Me tiene en ascuas, señor comisario.

—Quiero mantenerte en el desarrollo de las pesquisas, aunque éstas de momento son secretas. Ya las haré públicas cuando lo crea conveniente.

—¿Por dónde van los tiros?

—Tengo fundadas sospechas de que el guía y nuestro hombre eran familia, quizás hermanos. El camarero del bar me dejó traslucir inconscientemente que se parecían en varias cosas, aunque uno llevaba barba y bigote, pero está claro que eso puede ser falso. Por lo tanto voy a pedir los datos familiares del guía a ver si por ahí sale algo.

—Bueno, pues ya me dirá algo. Yo sigo por aquí esperando órdenes.

El comisario subió al coche y se dirigió a Palas de Rei. Nada más llegar, tenía en su mesa un teletipo que decía que el guía se apellidaba Perigord. Su padre, hace años, tuvo dos hijos gemelos llamados Miguel Ángel y Alfredo.

—¡Albricias! —exclamó quitándose las gafas.

Fue tal el grito que dio que entraron en el despacho dos ayudantes para ver qué es lo que pasaba.

—El círculo se va estrechando más. Resulta que el guía tenía un hermano gemelo y el camarero dijo que estuvo tomando unos vinos, la noche antes de morir, con un tipo que se le parecía mucho pero que llevaba barba y bigote. Postizos, claro está.

—Entonces la clave está en saber qué pasó con el gemelo. Dice que se llamaba Alfredo ¿verdad? —comentó uno de los policías.

—En efecto. Cursad una orden rogatoria a todos los países de la Unión Europea, para saber si un tipo llamado Alfredo Perigord era uno de sus ciudadanos.

—Se lo pediremos al juez para que la curse.

—Eso quise decir —contestó de mala gana—, moveos ya. El tiempo apremia.

Cuando salieron del despacho tomó el teléfono y llamó a Dámaso. Éste estaba en la habitación con Clara, a punto de meterse en la cama.

—¿Qué hay comisario?

—Vamos por buen camino. El guía tenía un hermano gemelo que se llama Alfredo. El apellido de ellos es Perigord. Hemos cursado órdenes rogatorias, para ver en qué país vivía, pues en España se le perdió la pista cuando era muy pequeño. Sus padres se divorciaron y parece ser que él se crio con la madre en el extranjero.

—Seguiremos investigando. Mañana iré por todos los albergues de Arzúa para ver si un tipo con este nombre se aloja en alguno de ellos. Usted podía mandar a alguno de la división para que hiciera lo mismo en Palas de Rei. Ha tenido que dormir en algún lugar.

—Me parece buena idea. Hasta mañana.

Esa noche Clara y Dámaso vivieron unas horas de amor como nunca hasta entonces habían tenido. La luz filtrada por los visillos de la ventana llegaba tenue y difusa a los cuerpos que, desnudos, la esperaban con verdadera pasión.

—Antes de conocerme a mí ¿qué es lo que hacías, aparte de dar clase?

—Si te refieres a si tuve un novio, te diré que sí. Un profesor del colegio donde enseñaba.

—¿Y qué pasó con él?

—Nada del otro mundo, murió de cáncer —contestó con una sonrisa mordaz a la vez que triste.

—Perdona, no quise ofenderte.

—No es culpa tuya, no lo sabías.

Un silencio espeso invadió la habitación sólo interrumpido por los besos que Dámaso le daba a Clara con el fin de apoyarla en este recuerdo tan íntimo.

—Si no quieres no me cuentes nada.

—Sí, lo quiero. Fue un amor muy bonito. Nos conocimos en un viaje por el norte de España. Antes nos habíamos visto en el colegio, pero no cruzamos más palabras que las propias de las normas de convivencia. En el viaje no se separó de mí y al tercer día ya me…

—Sigue, eso te hace bien.

—Al tercer día ya me besó. Al regresar nos enteramos de que había sido hospitalizado por un nódulo en el pulmón, que se confirmó rápidamente, que era un cáncer irremisible. Al mes de regresar del viaje lo enterramos. Yo me quedé hecha polvo, asistí a sesiones de un psicólogo, médicos, amigas. Nada era suficiente para mi duelo. Leí un libro y eso me ayudó mucho. Después mi amiga Ana me dio la idea de venir al Camino y aquí estoy… Aquí estoy en la cama de un policía ¿qué te parece?

—Pues algo en lo que nunca hubiera pensado.

—¿Y tú que hacías? —hizo la misma pregunta.

—Ser policía.

—No, ya sabes a lo que me refiero, tonto.

—Tuve una novia también. Vivíamos una pasión como tú y un día al volver a casa, me la encontré en la cama con un amigo. Pensaban que yo estaba de servicio en la capital y aprovecharon ese día para ponerme los cuernos. Comprenderás que no les maté en aquel momento por mi juramento de policía, pero ganas me dieron.

—Esa chica no sabe lo que se perdió —dijo Clara besándole en los labios con intensidad al mismo tiempo que ternura.

—O a lo mejor sí —contestó Dámaso con una sonrisa.

En la habitación contigua Elena y Andrés tenían otro tipo de conversación, una escena en la que la ambientación era idéntica. Al tiempo que un beso iba y

otro venía mostraban su amor y también, su preocupación de cómo podían terminar lo acontecimientos.

—¿Cómo crees que va a acabar esta historia? Los dos pensábamos que con la muerte del guía había llegado el final y ahora aparece el hermano para complicarlo todo.

—Pues todavía no han descubierto toda la historia completa.

—¿Pero es que hay más?

—No te lo dije, para no ponerte más nerviosa de lo que ya estabas. Cuando estuve hablando con Miguel Ángel en su habitación, un minuto antes de morir, me confesó que Luís y Juan eran hermanos bastardos. Parece que su padre los tuvo con una mujer de la calle, pero al final de su vida se arrepintió y los llamó para contarles lo del tesoro. Su idea era que lo repartieran entre todos.

—¿Hermanos bastardos? ¿Pero qué me estás diciendo?

—Lo que oyes. Una persona, cuando está en las circunstancias en las que el guía se encontraba, no miente. Me dijo la verdad.

—Pues estamos listos cuando el comisario investigue y sepa que eran hermanos bastardos.

—Pues ahí está el problema, tienen que encontrar un móvil para poder entrelazar las muertes.

—¿Y cómo no me lo dijiste?

—Para no ponerte nerviosa y después con todo este lío se me fue de la cabeza; pensaba que te lo había dicho.

—Entonces, para que me aclare, los tres recibieron la información de su padre en el lecho de muerte.

—No sé si te diste cuenta de un detalle que pudo pasar desapercibido para todos, pero no para mí. El comisario, esta tarde en el restaurante, nos dijo que al interrogar al camarero del bar de la víspera de la muerte del guía, dijo que tenían un cierto parecido.

—Sí, a mí me pareció extraño pero no le di más importancia —contestó Elena.

—Y ahora plantéate como hipótesis simplemente que fueran hermanos y más todavía que fueran hermanos gemelos, ¿qué te parece?

—Increíble, inaudito. Tenemos dos gemelos y dos bastardos. Vaya novelón.

—Pues vamos a esperar acontecimientos pero no me extrañaría nada.

La noche avanzaba con sus sombras y sus miedos, con sus temores y pesares. Elena y Andrés, desnudos los cuerpos, se encontraban ante la cruda

verdad. La realidad les había dado, como una pedrada, en la frente. Durmieron y en sueños vieron todas las sombras saltando a su alrededor. Era un baile fantasmagórico del que no podían zafarse; cada muerto les tiraba de la mano para que bailasen con ellos el baile de la muerte. Ellos se resistían al principio, pero más tarde se integraban en ese baile quimérico e infernal. Las tumbas de los Albretch se abrían y salían los muertos para defender lo suyo. Uno defendía sus tesoros y el otro sus incunables. Y los dos danzaban alrededor del asesino, mientras les increpaban que nunca podrían ser los dueños de los tesoros. La maldición de los cátaros tomaba cuerpo en los muertos y quedaba como amenaza para los vivos. Se despertaron llenos de sudor, inquietos, dando vueltas en la cama y entonces tuvieron un sueño diferente, esta vez sí que fue verdaderamente reparador. Soñaron que encontraban el verdadero secreto del Camino, el de la libertad, el del misticismo, el de la solidaridad, el de la supremacía del espíritu sobre la materia. Cuando se despertaron, con las primeras luces del día, mostraban la cara de los que han encontrado la verdadera felicidad.

23

Mientras ellos dormían, el comisario no perdía el tiempo. Llamó al forense y le encargó que investigara cuál era el ADN de los peregrinos y el del guía. Tenía una teoría que, sin querer decírsela a nadie, tenía que demostrar.

—Tardaremos unas cuantas horas en estudiarlos. Espero pueda llamarte mañana por la tarde.

—Procura hacerlo cuanto antes. Es muy importante.

—¿En qué teoría estás pensando?

—Muy sencillo: que fueran hermanos. En el registro sólo hay inscritos dos que son gemelos, pero los peregrinos podrían ser hermanos bastardos, no sería extraño.

—Muy pronto quizás te pueda dar —aún es pronto para ello— algún objeto para que me identifiques también el ADN.

—De acuerdo, me voy a poner a trabajar a ver si puedo darte alguna noticia mañana.

El comisario colgó el teléfono con la tranquilidad de que estaba siguiendo todas las pistas posibles. Sólo le quedaba encontrar algún objeto que hubiera tocado el cuarto hombre, para estudiar su componente genético. Esta parte le resultaba lo más difícil de todo este laberinto pero tenía confianza en que, más bien antes que tarde, encontraría alguna cosa para analizar. Toda la noche estuvo cavilando. No pudo conciliar el sueño y sólo en la madrugada cayó dormido, más que por sueño, por cansancio. Sus sueños eran terribles, el cuarto hombre en discordia era gemelo y hermano de los otros tres. Tenía que haber un móvil para esas muertes tan extrañas. Su teoría, aún sin demostrar, era que el padre del guía tuvo dos hijos gemelos en su matrimonio y dos bastardos fuera de él. Pero aún si esto se demostraba no podía comprender cuál era la razón para que murieran. ¿Qué tenía que ver el guía con los peregrinos? ¿Qué buscaban que les enfrentó hasta llegar a matar? ¿Qué se interpuso entre ellos? Y ahora la aparición del cuarto le planteaba las mismas preguntas.

La mañana le vino al comisario sentado en el sillón de su comisaría, dándole vueltas a la cabeza, sin poder llegar a ninguna conclusión clara. Todo eran especulaciones, pero en la noche las había visto bastante nítidas. Tan era

así, que las escribió en un papel para poder discutirlas cuando tuviera todos los datos en su mano.

Pidió un café a uno de sus ayudantes que llegaba en ese momento al trabajo.

—Qué mala cara tiene mi comisario. ¿Ha dormido bien esta noche? Parece que ha pasado un camión por encima de usted.

—Me quedé dormido sin darme cuenta. Tomaré un café y me iré a casa a darme una ducha y regreso en una hora.

Una ducha fría en su casa le reanimó. Se cambió de camisa y traje y con un buen desayuno leyó el periódico, que se hacía eco de su caso.

En ese momento, recibió una llamada de Dámaso que quería tener más noticias de cómo iba la situación.

—No poseo más datos aún. Tengo una línea de investigación pero tardará unas cuantas horas más. En cuanto sepa algo te llamo—. El comisario cortó la comunicación.

Se dirigió de nuevo a la comisaría, donde le dijeron que había llamado el forense. Nervioso, dijo a su ayudante que le pusiera en comunicación con él.

—Creo que vas a tener razón —dijo a modo de saludo.

—¿Qué ha pasado?

—Como siempre, tengo resultados preliminares, pero los dos peregrinos eran hermanos.

—¿Seguro?

—Por lo que he visto es seguro. Estuve toda la noche trabajando en los ADN de ambos. A primera hora me metí con el del guía y creo que para el mediodía te podré decir algo definitivo. Me están ayudando dos del equipo por lo que puedo avanzar rápido en la tarea.

—Muchas gracias, Juan Antonio, has hecho un buen trabajo y en un tiempo récord.

—Te llamaré más tarde. Adiós.

Al colgar el teléfono, el comisario se quedó pensativo con la cabeza entre las manos. Una intuición le vino al pensamiento. ¿Por qué los dos hermanos bastardos estaban enfrentados con el hijo legítimo? ¿Era un problema de herencia? No podía serlo, ya que había investigado la vida del guía y su economía y era bastante mediocre. Sus únicos ingresos eran los que ganaba con los grupos de peregrinaje y no eran muchos. Por lo tanto ésta no era la causa. Además había también investigado al padre y éste murió sin dejar herencia.

También siguió el rastro de la persona con quien tuvo los hijos bastardos. No había mucho que decir sobre ello. Era una mujer dedicada a la mala vida con quien tuvo alguna relación. Fruto de ella nacieron los peregrinos. Pero llegado a este punto —escribía en una hoja de papel— le quedaba una parte por investigar. La madre biológica del guía. ¿Estaba separada de su padre? ¿Vivía en España? El segundo apellido de Miguel Ángel era Calvo. Un apellido bastante corriente pero era necesario seguir esta pista. Por el registro comprobó que el nombre de la madre era Luisa Calvo Gómez. Bastante corriente todo. De todas maneras había que ir por esta línea. Entonces pidió que le trajeran los documentos que llevaba el guía encima.

—Sánchez, tráigame la documentación incautada al muerto.

Al poco rato, todos los documentos estaban encima de su escritorio y en una mesa contigua, Sánchez puso las pertenencias recogidas en la habitación.

No era mucho para empezar pero tenía que estudiar todo. Había una postal de Hamburgo que le llamó la atención pues iba firmada por Luisa y sólo decía *Espero te encuentres bien. Yo sigo trabajando para poder vivir. La salud no es muy buena y los médicos me están haciendo análisis. Cuídate. Te quiero. Luisa.*

Podía ser de su madre ¿Y si era así? Era la única pista posible que encontró. Tenía que seguir esta idea, por lo que llamó al juez y le pidió una comisión rogatoria para informarse de una mujer llamada Luisa Calvo Gómez en Hamburgo.

—Tardarán algún tiempo. Ya le diré algo —contestó el juez a la demanda del comisario.

El otro hilo que tenía que seguir era el del ADN de esa cuarta persona, ¿pero cómo podría obtener un objeto suyo? Entonces le vino la idea a la cabeza. Registrar todos los albergues de Arzúa y preguntar por un tipo que se llamara Perigord. Era buscar una aguja en un pajar, ya que nada hacía prever que el cuarto hombre se llamase así. Sólo contaba con su intuición. Pero estaba dispuesto a seguir todas las pistas que se le planteasen y por supuesto su intuición, avalada por muchos años en el Cuerpo.

Llamó a cuatro ayudantes y les dijo que tenían que buscar una persona con barba y bigote que hubiera dormido en algún albergue de Arzúa.

—Os prevengo que es posible que esta barba y bigote sean postizos. He estudiado todos los lugares que alojan peregrinos y son unos cuantos. Entre los cuatro, os tocan cinco a cada uno. Ésta es la lista, divididla en cuatro partes y a trabajar. Antes de dos horas quiero una respuesta.

Los policías salieron rápido en un coche en dirección al pueblo.

Mientras tanto el comisario pensaba, de nuevo en voz alta, al tiempo que en el papel iba escribiendo las ideas y los puntos que estaban claros. Después pidió toda la prensa y empezó a leer las noticias que daban sobre los tres muertos. Todos coincidían en lo sustancial, pero un periodista dejaba traslucir la clave de algo más en el infarto y los tiros en la sien. ¿Habría oído algo en el Instituto Forense?

De pronto, estando en estas disquisiciones, entró un ayudante para decirle que había un periodista en la puerta que quería hablar con él. ¿Qué hacer? Si no le recibía sería un contrariedad y pondría a la prensa en su contra y si le recibía debería ser cauto pues una palabra mal dicha, o fuera de contexto, serviría para desarrollar una teoría que mantuviera el hilo periodístico durante los próximos días y, de esta manera, aumentar las ventas que era, al fin y al cabo, el objetivo final.

—Buenos días. Soy de la *Voz de Galicia* —dijo nada más entrar—. ¿Me permite que le haga sólo unas preguntas? Será poco tiempo el que le robe.

—Usted dirá —contestó el comisario, rebulléndose nervioso en el sillón.

—Es sobre los tres asesinatos.

—Querrá decir dos asesinatos. El tercero fue un infarto de miocardio hasta donde sé.

—Vamos a no engañarnos, comisario. Usted y yo sabemos que no es así. Tengo fuentes contrastadas de lo contrario a lo que usted me está diciendo.

—Si está tan informado no sé por qué viene a mí.

—Me gusta beber de las fuentes y, hoy por hoy, usted es una de ellas.

—La información oficial por el momento es que el guía falleció de un infarto y los peregrinos con un tiro en la sien.

—¿Entonces por qué están haciendo análisis de las vísceras en el Instituto?

—Es el protocolo.

—Hay algo más que el protocolo y usted lo sabe.

—Es todo lo que puedo decirle.

El comisario a estas alturas estaba visiblemente nervioso. Tomó un pitillo que trató de encender al revés. Éste gesto no le pasó desapercibido al periodista.

—¿Me permite que le encienda el cigarrillo cuando se lo ponga correctamente en la boca?

—Vaya, no me había dado cuenta.

—No me ha contestado a lo que le pregunté sobre los análisis de las vísceras.

—Bien, vamos a hacer un pacto. Yo le doy a usted toda la información, como primicia, y usted saca la información cuando yo le diga, ¿le parece? ¿Está de acuerdo?

—Bueno, parece un buen pacto. Me parece razonable.

—Bien, le diré entonces que sí, que en efecto los peregrinos murieron envenenados y no por un disparo en la sien. Esto fue secundario.

—¿Y el guía?

—El guía también murió envenenado.

—¿Entonces hay otra persona más?

—Sí la hay, pero no queremos que trascienda hasta que no avancemos en la investigación.

—Por supuesto. Entonces qué puedo publicar y cuándo.

—Deme cuarenta y ocho horas más.

—Eso es demasiado. Dejémoslo en treinta y seis.

—De acuerdo. Llámeme pasado mañana a mediodía.

—Perfecto, así lo haré. Buenos días.

El comisario quedó tranquilo. Tenía por delante día y medio y eso para él era más que suficiente, dado que la información iba a tamizarla poco a poco. De momento, que se supiera lo de los venenos era un dato importante que no descubriría sus vías de investigación. Quería mantener en secreto lo que iba a hacer. Lo que se había hecho no era tan significativo. No quería que el pájaro, el cuarto hombre, levantara el vuelo.

Entonces se dedicó a terminar de leer los periódicos y contrastar toda la indagación que tenía ante sí. No había nada nuevo. El periodista que dejaba entrever algo más era el que acababa de salir de su despacho. Por lo demás, ninguno aportaba nada diferente.

Eran las doce del mediodía y pidió que le subieran un vermut. Esta búsqueda le desgastaba mucho —se justificó ante su ayudante— y por ello tenía que reponer fuerzas.

No había terminado el aperitivo ni el cuarto cigarrillo de la mañana —estaba fumando demasiado, pensó— cuando sonó el teléfono. Era uno de sus ayudantes para decirle que el tipo al que buscaban en Arzúa se había hospedado en el albergue llamado La Mañana y que lo dejó a primera hora. Se llevó todo el equipaje: una bolsa de viaje. Salió muy precipitado, sin explicaciones.

—¿Qué quiere qué haga ahora?

—Si no han hecho su habitación, entrar en ella y tomar algún resto biológico suyo como algún vaso donde haya bebido, un peine con pelos, cualquier cosa. Llámame en cinco minutos.

No habían pasado más de tres minutos cuando el teléfono móvil volvió a sonar.

—Mi comisario, acabo de encontrar un vaso con agua en la mesilla de noche y un cepillo de dientes que se ha dejado olvidado en el cuarto de baño.

—Mételos en una bolsa de plástico y…

—Ya lo hice.

—Entonces te vas con el material al forense que ya sabe para lo que es. Dile también al encargado que no entre nadie en la habitación. Precíntala y llévate la llave.

—De acuerdo. Seguiré sus instrucciones.

Nada más acabar la conferencia, el comisario llamó al forense para decirle que le llevaban unos objetos con el fin de que identificara el ADN y lo comparara con el que ya tenía y el que faltaba. Quería una respuesta sobre los cuatro.

—¿Sabes algo del ADN del guía?

—En dos horas tendré la respuesta.

—Perfecto, espero tu llamada.

El comisario quedó en espera, pero en sus oídos martilleaba una sola idea. Demostrar cuál era el nexo entre los cuatro tipos. Y cuál era la relación que habían tenido antes del camino. Aquella postal no podía ser nada más que de la madre biológica de los gemelos, que al separarse se llevó a uno de ellos a Hamburgo, donde se crio y creció.

Esa mañana, una buen parte de ella, los peregrinos la pasaron durmiendo. Elena y Andrés hacían cábalas sobre esto y sobre aquello, sin saber a qué carta atenerse. Por el contrario Clara y Dámaso, que se estaban enamorando locamente, cumplían el guión previsto. Se despertaron después de un sueño. Estaban alegres por haberse, entre ambos, contado la vida anterior. Era como un cajón secreto de un bargueño en el que lo que está a la vista no es todo y, que hay algo encerrado que no quiere salir pero que cuando lo hace, y queda expuesto, todo el misterio desaparece y se muestra la auténtica verdad.

Nuevamente sonó el teléfono de Dámaso y como las otras veces no era la madre, sino el comisario.

—Dígame, señor comisario, qué sucede.

—Me acaba de llamar el forense, parece que los compañeros de tu grupo, vamos, los dos peregrinos, eran hermanos.

—¿Hermanos?

—Sí, hermanos. Estoy a la espera de que me digan el parentesco con el guía.

—Me deja estupefacto. Nunca se me hubiera ocurrido algo así.

—Bien, te dejo. Te llamaré más tarde.

—Adiós, señor comisario.

Al colgar Dámaso se echó, de nuevo, en la cama y cerró los ojos. Repetía una y otra vez la palabra hermanos.

—¿Qué es lo que pasa? —preguntó Clara.

—Pues que los muertos eran hermanos.

—Qué cosa tan rara, los dos muertos y los dos haciendo juntos el Camino.

—Llama a Elena y Andrés y vamos a comer algo. ¿Te parece?

—¿Y a Ana le digo algo? —preguntó Clara con cierta ironía.

—Por supuesto, vamos los cinco. Nos vemos en media hora en recepción.

Dámaso tomó una ducha rápida, se vistió y bajó. Quería salir a la calle y hablar tranquilo con el comisario.

—¿Hay algo más? Me dio la impresión que se dejaba algo en el tintero—. Los muchos años trabajando juntos le hacían a Dámaso un buen conocedor de su jefe.

—Estaba a la espera de una contestación, pero en este tiempo me ha llegado. El guía tiene el mismo ADN, son los tres hermanos.

—Me lo suponía —contestó secamente, al tiempo que sacaba un cigarrillo y lo encendía.

—He mandado una comisión rogatoria para ver si la madre del guía vivía en Hamburgo. Se llama Luisa Calvo Gómez, al menos eso es lo que consta en el registro de matrimonio. Apareció una postal firmada por ella.

—Veo que no ha perdido el tiempo.

—Ya que me lo dices hay más cosas. Mandé a varios del departamento a investigar los albergues de Arzúa para ver si un tal Perigord pernoctó en alguno de ellos. Resulta que encontraron un albergue, La Mañana, donde durmió. Recogieron varios objetos que acabo de enviar a analizar. Vamos a ver qué resultado me dan.

—Un bonito caso. Lo está planteando muy bien.

—Seguiremos hablando. Adiós.

Dámaso se quedó de piedra y dio la vuelta a la manzana, tratando de apurar el cigarrillo que había encendido y otro que pensaba encender. Al llegar a recepción estaban ya esperándole.

—Bien, vamos a almorzar —dijo como todo saludo.

—¿Dónde has ido? —preguntó Clara.

—A fumar un cigarrillo.

No quería explicar la conversación completa con el comisario para no asustar al grupo, entendiendo que era mejor decir las cosas poco a poco. Ya habría tiempo para ello.

El restaurante estaba cerca y la mañana se presentaba algo fría y lluviosa; estirar las piernas era agradable. Llevaban un camino nada homogéneo, un día andaban veinticinco kilómetros y a los dos días nada. Así era difícil coger el ritmo, pero esto era lo que había, repetía una y otra vez Ana, quien no comprendía nada de nada de lo que estaba pasando.

—Yo creo que este está bien —dijo Clara, al pasar por uno de ellos en el que entraba y salía gente.

—Cuando hay gente en un lugar quiere decir que es bueno —añadió Ana.

—Por mí vale —contestó Elena.

—Pues si las mujeres están de acuerdo, nosotros no tenemos nada que decir —matizó Andrés echando una mirada de complicidad a Dámaso, que se mostraba preocupado y no atendía la conversación.

El encargado, nada más ver que entraban cinco clientes, les preparó una mesa en una esquina, algo alejada del resto, como le pidió Dámaso, a quien conocían de su trabajo en el pueblo.

La primera parte de la comida transcurrió en silencio, pero al llegar al final, Dámaso lo interrumpió con la información que deseaba transmitirles.

—Me ha llamado el comisario y el informe que le han dado es que vuestros compañeros eran hermanos.

Elena y Andrés se miraron no extrañados sino, más bien, comprendiendo por dónde iban a precipitarse los acontecimientos.

—El mensaje decía que el guía era hermano de los peregrinos —continuó el policía leyendo, sin casi pestañear, el texto a sus compañeros.

—¿Los tres hermanos? —exclamó Clara.

—Es increíble, parece una novela de ciencia ficción —dijo Ana.

—Si me lo cuentan, no me lo creo —contestó Elena mirando con cara de preocupación a Andrés, que no levantaba los ojos del plato.

—Así son las cosas y creo que la investigación deparará más.

—Cuando decidimos hacer el Camino no pensábamos que iban a ocurrir tantas experiencias, ¿verdad? —dijo Ana mirando a Clara.

—Bueno, no todas son malas —contestó ésta, tomando la mano de Dámaso.

Un sonrisa tímida se escapó de los allí presentes, pero nadie se atrevió a añadir una palabra a lo dicho.

—Vamos a dormir la siesta —dijo Elena.

—Este camino se ha convertido en comer, hacer el amor y un muerto, vamos, varios muertos —añadió con sorna Clara.

—Un comentario que tiene su parte romántica, su parte prosaica y su morbosidad. Así que me parece muy completo —zanjó Andrés la conversación, al tiempo que todos se levantaban automáticamente como un resorte.

En el albergue, Elena y Andrés encontraron la habitación revuelta. Habían entrado en su ausencia buscando algo. Lo único que dieron como desaparecido fueron las cartas amenazantes del guía. Esto le dio muy mala espina a Andrés ya que les ponía a ambos, delante del cuarto hombre, como sospechosos. Ahora estaban en primera línea de sospecha. La situación estaba tomando muy mal cariz y esto no le gustaba nada.

—¿Y ahora qué va a pasar? —preguntó Elena.

—No tengo la menor idea. Lo que está claro es que no debemos tomar ningún vaso de lo que sea; sólo líquido embotellado y que la botella la abran delante de nosotros. Por lo demás ir siempre en grupo, cerrar bien la puerta de la habitación. No se me ocurre nada más.

—Yo añadiría que se lo podíamos decir al comisario, ¿no te parece?

—Si se lo decimos, es para contarle toda la historia desde el principio.

Estando en esta conversación introdujeron un papel por debajo de la puerta. Andrés salió rápidamente y no vio a nadie en el corredor, sólo oyó unos pasos que se alejaban deprisa. Salió detrás de la sombra, pero ésta desapareció. No hubo nada. Volvió sobre sus pasos y leyó la nota que Elena ni siquiera había recogido del suelo.

La situación cada vez se está complicando más y esto se debe a vuestra cabezonería. Ya hay tres muertos encima de la mesa, pero no pasa nada porque haya cinco. La única manera de evitarlo es que me deis la información que tenéis y yo necesito. La ponéis en un papel, lo metéis en un sobre en blanco y en una hora, justo en una hora, lo depositáis en la papelera que está según se sale del

albergue, a la derecha. Os marcháis sin mirar atrás. Os estaré vigilando. Si lo hacéis así os dejaré tranquilos. No olvidéis nada de lo que os digo. Soy capaz de todo. Ya lo habéis visto.

Elena se derrumbó en la cama y se echó a llorar. Había llegado al límite de sus fuerzas y así se lo hizo saber a Andrés. Éste trató de consolarla pero sin argumentos para ello. Estaba el ambiente tan negro que era difícil encontrar algo positivo.

—Lo que dijimos antes de extremar las precauciones está teniendo auténtico valor ahora, pero si nos mata se queda sin la fuente de información. Eso está claro, por lo tanto, esto es un reto a ver quién es el que aguanta más.

Mientras Andrés iba diciendo estas cosas, en las que sólo creía en parte, la tranquilizaba y la desnudaba al mismo tiempo. Los dos en la cama, haciendo el amor, se relajaron y vieron las cosas de otra manera. Había pasado la hora, «y ¿ahora qué?», preguntó Elena al despertar. Se durmieron nuevamente. Nada les importaba.

Pasaron la tarde entre el amor, el miedo y el sueño. La puerta bien atrancada les daba cierta seguridad, además no se atrevería a entrar haciendo ruido. Lo suyo era el veneno, el subterfugio, el engaño. Huía de todo lo que significara el cuerpo a cuerpo.

—Eso es muy llamativo y no le conviene —sentenció Andrés, mientras le acariciaba.

Casi al anochecer se despertaron. Andrés llamó por el teléfono móvil a Dámaso para decirle que no iban a cenar y que se quedarían durmiendo en la habitación. No sólo no tenían hambre, sino que el miedo les mantenía en una situación de catalepsia. Ningún movimiento, nada extraño que les pusiese en peligro, por lo que lo mejor era encerrarse en la habitación y dar tiempo al tiempo. Por otro lado no podían decir nada al comisario. ¿Qué le dirían para explicar su silencio sobre las tumbas? ¿Y a Dámaso? ¿Qué le podrían decir? Tenían que mantener el silencio, en una palabra, «ser una tumba sobre la tumba», dijo riendo Elena.

En la noche de nuevo el amor, las caricias, los rumores de complicidad. Las cosas siempre se ven peor, pero ellos juntos y en buen amor, podían al menos encontrar el lado positivo. Al día siguiente tendrían más datos para comentar. Las cosas podían dar un giro diferente. Se durmieron plácidamente, agotados, cansados y con la liviandad que sólo da el amor y la dicha de la entrega.

24

El caballero y su grupo entraban en Madrid a primera hora de la tarde. Desde la distancia se podían ver los distintos edificios en construcción. A lo lejos el Matadero Municipal había iniciado su construcción. Los Reyes Católicos, el año anterior, habían establecido ciertas normas urbanísticas que junto con el empedrado de las calles, contribuían a la mejora del entorno. Sólo tres años antes, en 1492, se había iniciado la expulsión de los judíos de la Villa de Madrid. La ciudad era un hervidero de gentes de todo pelaje, delincuentes, bellacos, mozalbetes que trataban de ganarse la vida como podían, comerciantes que intentaban venderte lo increíble y lo más pintoresco de la especie humana. Eso sin contar con las barriganas y mujeres de la vida, que en soportales y esquinas, tabucos y lugurios, intercambiaban propuestas de negocios y ofrecimientos carnales de toda clase. Era un mundo cambiante, denso en su concepción pero al mismo tiempo, alegre y bullicioso.

El caballero avanzaba, lentamente, entre tanto tráfago de gentes y enseres en la mitad de la vía pública, con la mirada penetrante del que quiere enterarse de todo y, al mismo tiempo, mantenerse fuera de la escena. Era para él como una obra de teatro, en la que los personajes actuaban e interactuaban, en la que en el proscenio había multitud de actores, cada uno interpretando lo que sabía o podía. Sólo un mozalbete de unos veinte años, que sentado en una esquina mantenía la mirada serena y la cabeza firme, captó su atención. Con un gesto de autoridad le llamó a su lado y le preguntó:

—¿Conoces un lugar donde podamos pasar un par de días?

—Claro que conozco. Cómo iba a ser si no.

—Queremos que sea limpio y que podamos dejar las caballerías para que las cuiden.

—Y también que se coma bien —añadió Martín, que siempre estaba al quite de todo.

—Conozco el mejor lugar de por aquí. Seguidme.

El grupo se puso en marcha, detrás del mozo, sorteando toda clase de obstáculos, entre los que eran lo más principal las mesas y taburetes donde estaba expuesta la mercancía. La ciudad no era la Corte española, pero se veía un crecimiento intenso desde el paso de lo que fue fortaleza medieval a una

ciudad burguesa en pleno desarrollo. A cada instante Münzer iba descubriendo todo el marco de la cultura popular, de la educación y de la religiosidad. Las iglesias proliferaban por todas partes y se veía, de cuando en cuando, ciertas actividades literarias en el exterior, con presentación de poetas jóvenes que leían sus versos al respetable en cualquier lugar que se les pusiera por delante.

Cerca quedaban los enfrentamientos entre los Reyes Católicos y Juana la Beltraneja. Madrid, comandada por el marqués de Villena, se puso al lado de ésta, siendo una de las últimas plazas en caer. El alcalde Rodrigo de Castañeda ejerció duras represalias sobre los vecinos que tomaron partido por doña Isabel, siendo los escarceos militares entre ambas facciones el pan de cada día. Pedro Nuñez de Toledo y varios caballeros de su grupo fueron expulsados de la ciudad y tomaron contacto con varios señores con el fin de entrar en secreto en la ciudad. Uno de ellos fue Pedro Arias de Ávila, señor de Torrejón de Velasco, el cual solicitó ayuda a Diego Hurtado de Mendoza, Duque del Infantado. Los tres grupos de caballeros y varios jinetes reclutados en las villas de Hita y Guadalajara se pusieron en marcha y entraron en Madrid a finales de febrero de 1476. La lucha entre la tía y la sobrina se saldó a favor de aquélla, que a partir de este momento labró un reinado pleno de esplendor con Fernando, Rey de Aragón.

Madrid, por lo tanto, a la entrada del caballero Münzer y su grupo, mostraba todo aquel cambio que se prometía para el futuro.

—Veo una ciudad viva, llena de estilo y deseosa de sentar las bases del desarrollo económico y cultural —comentó el caballero, mientras cruzaba los arrabales y se adentraba en el centro de la villa.

—En efecto, señor, hace poco estábamos en guerra y ahora llevamos unos años crecientes, donde el comercio sienta las bases de lo que esta villa será en el futuro —contestó el mozo, dando prueba de una buena formación.

—Me tenéis extrañado con vuestra palabra, ¿dónde os educasteis? —preguntó el caballero.

—Estuve al servicio de un noble de esta ciudad, Vargas y Luján, que en un principio servía a Juana pero más tarde, pidiendo perdón, se pasó al bando de doña Isabel, siendo perdonado. También tuve muchas relaciones con el Duque, don Diego Hurtado de Mendoza. Ellos me enseñaron todo lo que sé, tratando que fuera una persona instruida.

—¿Por qué dejaste de estar a su servicio?

—Cosas de las mujeres. Me enamoré de una doncella que trabajaba con mi ama, la señora de Vargas y Luján. Ésta era amante a su vez del marido de la

sirvienta. Enterado éste de tal situación, puse tierra de por medio, ante el miedo a las represalias que, con seguridad, me tenía preparado el amante despechado y mi señora.

—Cosas de bragueta y faltriquera deben ponerse a buen recaudo en el trabajo —añadió Martín, olvidándose de que él no practicaba el consejo que daba.

—Razón tenéis, amigo Martín, pero ya sabéis que la cabeza no dirige las cosas del corazón.

—¿Cómo os llamáis? —preguntó el caballero, entrando en la conversación.

—Me llamo Alfonso para serviros a Dios y a vos.

—Muy bien Alfonso, vayámonos presto y no os distraigáis de vuestro cometido que es llevarnos a una fonda de calidad —cortó Münzer, espoleando al caballo para acelerar el paso lento, interrumpido de vez en cuando por tanto viandante y puesto de mercancía.

Madrid se había expandido fuera de la muralla cristiana, creando algunas barriadas donde la gente vivía y comerciaba. En la Cava Baja y en la Cava Alta crecieron gran número de posadas como la del Dragón, el León de Oro o la Posada de la Villa, que daban alojamiento a gentes de campo que venían a la villa a vender sus productos, como eran los vinos de Navalcarnero, trigo o caballos.

—Debemos tener cuidado en estas posadas, ya que al tiempo que hay mercaderes, también proliferan algunos malandrines que preparan conspiraciones y que se refugian en ellas —dijo Alfonso, poniendo cara circunspecta y de preocupación.

—No hay miedo, vamos bien pertrechados —contestó el caballero, al tiempo que señalaba a sus soldados—, son los mejores que pude reclutar y de eso doy fe.

Cruzando la Plaza Mayor, bajaron por la calle de Cuchilleros hasta Puerta Cerrada, que tuvo que cerrarse para controlar mejor la entrada de malhechores y evitar el ataque de moros. Más adelante, la Puerta de Moros era la aduana por la que tenían que pasar todos los mercaderes y cosecheros que debían declarar el vino que traían para mercadear.

—Nosotros no tenemos que declarar nada, por lo que buscaremos una fonda que le agrade —comentó Alfonso—. Creo que la del León de Oro sería la más apropiada a vuestro linaje, pues la Posada de la Villa está en obras y no sería cómoda. Además —continuó—, allí se pueden hacer cargo de los caballos,

ya que tienen patio con buenas caballerizas. Cuidan los caballos mejor que a los señores, vamos, es un decir —terminó la explicación con una sonrisa.

Nada más bajar de las cabalgaduras, se acercó un criado para tomarlas de las riendas y llevarlas a las caballerizas donde otros dos se ocupaban de lavarlas y darles alimento. Martín al entrar se fijó en cuantas criadas había y en si estaban de buen ver. A una de ellas, de unos dieciocho años, parece que le gustó pues, al pasar junto a él, le lanzó una mirada cariñosa. Era rubia, con larga melena y unas suaves pecas en la cara que le daban un aspecto de muñeca de porcelana. Martín pensó para sí que esa ave no se escapaba viva. Era una auténtica preciosidad.

Las habitaciones estaban en el piso superior y en todas estaban dispuestos sendos baños. Se cambiaron de camisa y jubones mandando a lavar los otros. Cuando bajaron se encontraron con una gran mesa de madera preparada con manteles blancos, muy limpios, y con buenas copas de vino de Navalcarnero.

Martín ya había intimado con la criada, llamada Juana. Llevaba trabajando sólo unos pocos meses, ya que había llegado a la villa con sus padres desde un pueblo cercano. Parece que estos escarceos primeros, en una conversación rápida, fueron suficientes para encender el fuego y durante todo el tiempo que duró la cena no hacían nada más que enviarse señales positivas. Una mirada, un guiño, una sonrisa suave y pícara alimentaron el ardor juvenil que sólo pudo saciarse dos horas después, cuando la cena dio término y el sueño arrebató la presencia de su señor.

Alfonso, mientras tanto, daba juego a otra de las criadas, que no había servido la mesa y que durante todo este tiempo estuvo en la cocina. Fuera por el calor de la lumbre, o el del ardor juvenil del que también dio muestras, la cuestión es que acabó rendida en sus brazos. Esa noche los dos mozos dieron buena cuenta de la fogosidad que sus cuerpos ansiaban. No una sola vez, sino varias cumplieron con lo previsto y al amanecer, extenuados, sudorosos y contentos, durmieron el sueño de los justos reposando en los brazos de Cupido.

El caballero Münzer y su hijo se despertaron al unísono, con la entrada de unos rayos de luz a través de las contraventanas. El mes de marzo ya estaba en su apogeo. Se levantaron con hambre, por lo que después de lavarse adecuadamente, bajaron al comedor donde ya les esperaban Martín y Alfonso, que habían dejado a sus preciosas mozas en la cama, y daban las órdenes pertinentes para que no faltara nada en el desayuno.

—¿Qué tal habéis descansado, señor? —preguntó Martín con la sonrisa habitual.

—Muy bien, aunque no como tú —contestó el caballero con cierta ironía ya que se dio cuenta del tejemaneje romántico de la noche anterior.

—Ha sido una buena noche, para qué nos vamos a engañar —contestó sonrojándose y mirando para otro lado como si buscara algo que le faltaba.

—Cosas propias del ardor vivaz que con el tiempo se atempera.

—¿Qué deseáis hacer hoy?

—No tengo un plan concreto. Pasear y conocer esta ciudad. Me dijo el posadero anoche que es posible que, en poco tiempo, sea villa y corte de España así como su capital. Eso me parece factible por el creciente desarrollo que veo en la misma. Es una auténtica pujanza lo que vimos ayer tarde al entrar en ella.

—Así es, mi señor, una auténtica pujanza —añadió Alfonso, repitiendo las palabras de su amo.

—Sería bueno conocer lo más característico de la villa y, de paso, si encontramos algún mesón, comer bien.

—Si me permitís os llevaré a la Alcazaba árabe que fue construida por el emir Mohamed I en los años 852 con el fin de defender Toledo del ataque de los cristianos.

—Hace muy pocos días estuvimos en Toledo. Gran ciudad. ¿Entonces fueron los árabes los primeros habitantes?

—No, mi señor. Hubo un núcleo muy pequeño de civilización romana, pero el nombre primero procede de los árabes y es el de *Magerit*. Alrededor de este recinto amurallado se desarrolla la villa, siendo el Rey Alfonso VI el que transformó la mezquita, situada junto a los graneros, lo que se conoce como almudayna, en una iglesia dedicada a la Virgen de la Almudena.

—Muy interesante lo que me cuentas. Fuiste un buen alumno de vuestro señor Vargas y Luján.

—Estuve a su servicio cerca de cinco años y aprendí muchas cosas junto a él. Veis que la ciudad tiene una gran fuerza y esto se debe a que los reyes la visitaban muy a menudo e incluso los Reyes Católicos últimamente la han hecho sede temporal, ordenando un recinto de recreo y cacerías que se conoce como el sitio del Pardo. Está a varias leguas de aquí y si lo deseáis podemos visitarlo.

—No creo que tengamos tiempo de ello —contestó Münzer, sin poner interés, pensando en su castillo de Núremberg y los terrenos que lo rodeaban. Para caza la que él tenía en sus tierras, pensaba con una nota de nostalgia.

—Lo que creo que os gustará es la plaza del Arrabal, viene a ser la Plaza Mayor de la ciudad y un lugar de mercadeo importante. Anoche pasamos por el

Arco de Cuchilleros, ¿lo recordáis? Y llegamos a la Plaza de Puerta Cerrada, edificada sobre una muralla cristiana que se edificó como defensa de esta parte de la villa. No tiene muchos habitantes, unos 3400, la mayor parte cristianos y algún judío converso, ya que hace tres años la Reina Isabel los expulsó.

—Eso me lo contó el Cardenal Cisneros.

—¿Lo conocéis? ¿Estuvisteis con él en Alcalá? Gran persona y muy enterado. Quiere inaugurar una universidad allí. Si yo pudiera, entraría en ella, ya que tengo mucho interés en aprender.

—Si os afanáis como conmigo, con seguridad que estaréis en la universidad.

—Así lo espero, señor.

—Me ha llamado la atención que esta villa está construida en una colina bordeada de barrancos.

—En efecto. Por el fondo de aquel barranco corre un arroyo que se llama de San Pedro, donde llegan las aguas de la colina donde se asienta la ciudad. La puerta de la Sagra se abre al otro barranco, donde hay otro arrabal, disperso e integrado por campesinos, de menor importancia que este donde estamos ahora, que está dedicado a la población mercantil y artesanal.

—Dime algo sobre el Alcázar.

—Como le dije, es en la segunda mitad del siglo IX cuando se construye por orden de Mohamed I. Fue ampliado y transformado, años después, en fortaleza cristiana. Lo más característico es que el alcázar y las murallas constituían las piezas defensivas básicas de la ciudad. Éstas partían de aquél para rodear la almudayna y la medina. En el castillo tenía la residencia el caíd, quien era la máxima autoridad militar y la representación del poder central, el emir o el califa.

—¿Y la mezquita?

—Se encontraba en el interior del castillo con el fin de atender las necesidades religiosas de la población militar. Se convirtió en iglesia de Santa María con los cristianos.

—¿Y en los arrabales quién vivía?

—La guarnición militar trajo a sus familias, una población civil muy numerosa, que a su vez atrajo la presencia de comerciantes, artesanos, quincalleros, jugadores y prostitutas. En la colina de las vistillas hay un emplazamiento que se comunica con la ciudadela por la Puerta de la Vega, comunicado por un puente conocido como alcantarilla de San Pedro.

—O sea que ¿hay varios arrabales? —interrumpió Albretch, que escuchaba la explicación con mucho interés.

—Probablemente cada puerta tuviera su arrabal; el de la Puerta de la Sagra tiene un carácter rural por el componente de huertas y tierras de cultivo de la zona. Pero el arrabal más próspero fue el de las Vistillas o de San Andrés.

—Es una auténtica lección la que nos acabas de dar —señaló Münzer.

El grupo, siempre bien compacto, cruzó callejuelas y rincones donde los comerciantes exponían sus materiales, e incluso pudo ver una verbena que se celebraba en honor de las fiestas de un arrabal.

—¿Hay muchos pobres en la villa?

—Como en todos los lugares. Una de las cosas que tenemos aquí es la Ronda, que por la noche con un farol buscan en quicios y en tabucos a los menesterosos para entregarles pan y dos huevos duros; a los moribundos de estocada o de puñalada para prepararles para el viático del alma y a los muertos para darles sepultura.

—Hombre, esto sí que está bien.

—¿Ha oído esos versos populares que dicen «Dos cuestas tiene Madrid siendo las dos primitivas, una la Cuesta de la Virgen y la otra la de los Ciegos»?

—¿Y el nombre de Virgen de la Almudena de dónde procede?

—Una de las tradiciones, me contó mi señor Vargas y Luján, dice que en el año 712, antes de la toma de la fortaleza, los habitantes de esta villa tapiaron una imagen de la Virgen María en la muralla para esconderla de los árabes. Con la reconquista de la ciudad por Alfonso VI, en el siglo XI, intentaron encontrar la imagen y después de varios días de plegarias, y al tiempo que una procesión pasaba por la Cuesta de la Vega, el fragmento de muralla cayó derruido y apareció la imagen con dos velas encendidas, tal y como fue tapiada. La advocación a Santa María hizo el resto. Claro que lo más probable es que esta imagen fuera tallada en la época de la repoblación cristiana de la villa y se colocara en el altar de la antigua mezquita mayor, lo que fue después iglesia de Santa María de la Almudena. En árabe Al-mudayna quiere decir ciudadela por estar encerrada en el primer perímetro amurallado, de origen árabe, que posteriormente sería rodeado de la fortificación cristiana. San Isidro labrador, que vivió en esta villa hace más de trescientos años, fue muy devoto de esta Virgen, por lo que ambos son considerados patronos de la misma.

—Estoy verdaderamente extasiado con tu conocimiento de esta villa. Al pasear he visto varias casas señoriales.

—Mientras los arrabales fueron ocupados por las clases populares y las minorías judías y moriscas, la villa vieja, que estaba formada por el área urbana delimitada por la muralla del siglo XII, fue ocupada por una élite social que empezó a construir casas con torres y portadas. Mi antiguo señor construyó la casa de los Lujanes, con portada gótica, junto a la de los Bozmediano. En esa época se construyeron diversos hospitales, se habrá dado cuenta, pues hemos pasado por varios de ellos, como el del Campo del Rey, el de la Caridad, el de San Andrés, el de los Pestosos, el de Santa Catalina de los Donados y la leprosería de San Lázaro y San Ginés.

—Me llamó la atención, viniendo hasta aquí, que hay otras puertas en la ciudad.

—Sí, es una buena observación. Enrique IV creó, hace unos años, una cerca con el fin de incorporar a la ciudad la nueva población urbana de los arrabales. No tenía la solidez de las antiguas murallas árabes y cristianas, pero dieron paso a la ciudad a través de una serie de puertas como son la de Toledo, de Atocha, del Sol, Postigo de San Martín y de Santo Domingo.

—Este paseo me abrió el apetito. Creo que deberías de llevarnos a un buen mesón o fogón donde saciemos la necesidad de nuestro cuerpo, ya que nuestro espíritu está por el momento bien completo.

—Iremos a la Cava Baja. Hay varios mesones donde su merced podrá escoger. Son muy refinados y comentados en toda la villa. Mi antiguo Señor solía venir mucho por el del Huésped.

—Pues vayamos a ese, con seguridad será una buena elección.

El comedor estaba bastante lleno de gentes, que por su aspecto externo, eran de buena crianza. El fogón, en una estancia aneja, daba juego a varios tipos de asados. El mesonero les ofreció el típico de la casa.

—Seguro que les agradará, son del gusto de los mejores linajes de esta villa.

—No lo dudamos —contesto Münzer.

—Pueden estar convencidos de que su elección es la mejor. Estos asados tienen el reconocimiento en muchas leguas a la redonda —dijo un judío que, sentado en una mesa contigua con otros tres hombres, no dejaba de chupar una pierna de carnero—. Y lo digo yo, que en tiempos, mi padre tuvo una carnicería en la aljama.

—Encantado de oírle. Me llamo Jerónimo Münzer de la ciudad de Núremberg, en la lejana Alemania, y este es mi hijo. En la mesa de al lado están mis asistentes Martín, Alfonso y varios soldados de mi séquito, que nos acompañan.

—Mi nombre es Abenyvanez Rabí Jaco, soy físico, y mis acompañantes Menehem Cidré y Fraym Abenxuxén de Toledo, que cobran impuestos. El cuarto es Antonio Nebrija, humanista, filólogo, historiador, pedagogo, astrónomo y poeta. Aunque lo más importante de su persona es que es el mejor gramático de nuestro tiempo —dijo el judío con orgullo de contar entre sus amigos con dicho personaje.

—Me dejáis aturdido con vuestro currículum —dijo al tiempo que se levantaba para saludarles—. ¿Deseáis compartir la mesa con nosotros?

—Sería un honor —dijeron al tiempo.

—Contadme, amigo Nebrija, ¿me permitís que os llame así?

—Por supuesto, caballero Münzer. ¿A qué os dedicáis vos en vuestra ciudad?

—Soy también amante de la historia y poseo una de las mejores bibliotecas privadas de Europa. También soy físico, como vos —dijo dirigiéndose a Rabí Jaco.

—¿Y qué hacéis tan lejos de vuestra patria?

—Vine al Camino de Santiago y de paso fui a Sevilla conseguir unos libros para mi patrimonio. Ahora camino ya hacia la ciudad del Santo.

—¿Conocéis la gramática que edité hace tres años? Es la primera de este género.

—He oído sobre ella, pero no he tenido oportunidad de leerla.

—Este año ha publicado el primer diccionario de nuestra lengua —interrumpió Rabí Jaco.

—Muy interesante. ¿Y dónde puedo conseguir estos libros?

—Será difícil, pero trataré de darle una copia de los mismos. En la gramática latina hice dos partes: la Analogía, que trata sobre la morfología, y la segunda que se refiere a la sintaxis, ortografía, prosodia y etimología. He descrito en la oración el nombre, pronombre, verbo, participio, preposición, adverbio, interjección y conjunción, además de gerundio y supino. Ha sido tanto el éxito que ahora estoy traduciéndola a la «lengua vulga»", es decir al castellano. El latín es la lengua superior pero es necesario que otras lenguas, como el castellano, que tienen mucho futuro conozcan mis teorías e investigaciones —terminó la disertación con el orgullo de los que han realizado una gran obra.

—¿Y cómo se os ocurrió escribirla?

—Una razón política me impulsó a ello. Era necesario, como le dije a la Reina Isabel la Católica cuando se la presenté, fijar la lengua que sería la compañera del Imperio que nacería después de la reconquista de Granada y de la llegada de Colón al Nuevo Mundo. Acabo de editar también un diccionario, que ha tenido una gran aceptación, el de español-latín y latín-español.

—¡Qué suerte la mía! Entrar en este figón y encontrarme con vos. Nunca lo hubiera soñado. ¿Dónde os formasteis?

—En la Universidad de Salamanca me gradué en Retórica y Gramática y después estuve en Italia, concretamente en la Universidad de Bolonia, donde desarrollé el aprendizaje del latín y el griego, Teología, Medicina, Derecho, Geografía e Historia y por supuesto, Gramática.

—Habéis tenido una gran formación, sólida y completa.

—Ahora quiere el Cardenal Cisneros que colabore con él en la futura Universidad, ¿lo conocéis?

—¿A quién? ¿A Cisneros? Hace dos días dejé su casa en Alcalá, donde fui su invitado. Una gran persona, amante de las Artes y de las Letras.

—Me ha encargado que corrija la Biblia políglota.

—Gran tarea, que os llevará un tiempo.

—También he impartido clases en Granada, en el patio de los Naranjos de la Catedral, y en Salamanca, donde me casé, pues la incontinencia me precipitó a ello. ¿Me permitís que vaya al baño? La incontinencia que me embarga en este preciso momento es de índole diferente, aunque tenga trayectos coincidentes en alguna parte de su recorrido.

—Por supuesto, debo sedimentar todo vuestro conocimiento.

—Es una persona extraordinaria, aunque corren rumores de que el matrimonio no atemperó el ímpetu de conquistador ni sus ardores, por lo que parece que tiene un gran número de hijos repartidos por este mundo. Sus examantes le acosan, por lo que sus finanzas están en declive —dijo Rabí Jaco, bajando la voz—, nosotros siempre le invitamos a comer.

—Me ha parecido una personalidad muy fuerte, y sin duda dará que hablar en el mundo de las letras.

—¿Habéis tenido la oportunidad de visitar un corral de comedias? —preguntó Nebrija, nada más sentarse.

—Todavía no.

—Decidle a vuestro escudero que os lleve. Acabo de estrenar una obra mía en uno de ellos. Seguro que Alfonso, ¿me dijisteis que se llamaba así?, lo sabe. Se

trata de un gran patio en un conjunto de casas, rodeado de galerías donde se disponen las gentes para ver la obra. Unos están sentados en bancos y otros de pie.

—Con tanto alimento de espíritu estamos olvidando el del cuerpo, tan necesario por otra parte. Tomad este vino que nos ha recomendado el posadero—. Y dirigiéndose a su hijo—: servid a Martín, Alfonso y demás compañía. No es bueno que estén secos y no prueben este delicioso néctar.

—Las musas necesitan buenos caldos —cortó Nebrija—, avivar el espíritu dormido es necesario para transitar por esta vida de miseria —aquí le invadió la tristeza—; el ingenio se nutre de ello.

—¿Cree amigo Nebrija que para desarrollar lucidez en lo escrito es necesario beber?

—Si no necesario, al menos conveniente.

—Pues bebamos y después veamos lo que escribimos —contestó el caballero con una media sonrisa, al tiempo que elevaba su copa y la entrechocaba con las demás.

La tarde pasó rauda, las sombras de la noche invadieron el local y los parroquianos seguían allí, en animada cháchara, libando todo lo que se ponía por medio. El odre dio paso a otro nuevo y así, uno tras otro, varios cayeron en senda batalla con los contertulios, que seguían discutiendo de la mar y de los peces cuanto se les antojaba y les venía en gana. Nebrija, dicharachero y locuaz, contaba una y otra vez cómo había sido su vida, sus idas y venidas surcando las letras y las universidades. Bolonia y Salamanca ocuparon buena parte de la conversación. Tal era su verborrea que repetía, una y otra vez, aquello de que la fatalidad quiso que la incontinencia le precipitase en el matrimonio.

—El destino me hizo recorrer universidades y lechos. En ambos lugares dejé buen recuerdo. Sin embargo, por no tener templanza —decía— perdí la renta de la iglesia y otras más, y me encontré sumido en la pobreza y si no llega a ser por la prosodia y la sintaxis, mi fama hubiera terminado bajo un portón.

La tarde se fue y con ello se vino la noche. Las estrellas y las sombras del tugurio se cernieron sobre los comensales, con lo que Münzer terminó la conversación con un último brindis a las Letras y al Arte.

Se retiraron a sus casas unos, a sus aposentos de la fonda los otros, y todos a descansar. Había sido un día intenso. Quedaron en verse a la misma hora al día siguiente.

El caballero y su séquito caminaron por las calles empedradas unas, en lodazal otras, en dirección a su mesón, donde ya el posadero, nervioso, les

esperaba en la puerta preocupado por si les había ocurrido algo. Las criadas también esperaban como agua de mayo a sus amantes. Habían echado de menos —les dijeron— sus devaneos durante todo ese día. Martín y Alfonso, cada uno con su pareja, se fueron rápidamente al jergón, no sin antes tomarse un par de vasos de vino, para tomar fuerzas y poder entablar la batalla dura que se les presentaba, al menos —pensaron— por las miradas lascivas con que les recibieron en la cocina. No era cosa de perder ese enfrentamiento cuerpo a cuerpo.

—Descansad y cumplid todo lo que podáis —se despidió el caballero Münzer.

—Así lo intentaremos, señor.

La noche estrellada y el negro manto que les cubría fueron testigos de que la batalla se libró en singular enfrentamiento, y durante mucho tiempo, cuando ya los muchachos habían dejado la Villa, los rumores de aquel cuerpo a cuerpo fueron pregonados a los cuatro vientos, con exageraciones y elucubraciones de todo tipo. Hay quien dijo que una de ellas quedó embarazada aquella noche. Nadie supo a ciencia cierta si así fue, pues desapareció como si se la hubieran comido las entrañas de la tierra. Los más entendidos cuentan que fue a su pueblo con sus padres y allí dio a luz un retoño que hizo la felicidad de todos. Años después, Alfonso quiso tener noticias de ella y el posadero le contó lo acontecido por lo que, contrito por haber desaparecido tan rápido, se encaminó al pueblo y allí supo cumplir como un hombre de bien. Se casó como debía y la felicidad bendijo aquel hogar llenándolo de más hijos. La fecundidad de ella iba pareja con la potencia de él, por lo que una y otra dio lugar a una descendencia prolífica.

Pero aquella noche, la batalla fue igual para Martín y para Alfonso. Las criadas quedaron bien templadas, y cuando días después se despidieron entre lágrimas y lamentos, los juramentos de regresar algún día iban y venían alegremente. Entre risas y lloros, todas las promesas quedaron enterradas en el mesón. Aquellos jergones, testigos de sus amoríos, quedaron vacíos, aunque dicen las malas lenguas que no por mucho tiempo, pues hubo caballeros que ocuparon estos lugares más tarde y aún algún bellaco de buena planta hizo también los honores a dicho lugar. «La mancha de la mora con otra verde se quita», les dijo el posadero al día siguiente de verlas tan bien acompañadas. La criada que se fue al pueblo, aun a pesar de que su embarazo comenzaba a florecer, no lo hizo antes de paladear otros cuerpos, de recorrer otras veredas y de beber el agua de otros manantiales del amor. Era su despedida antes de partir

a lugar sereno y tranquilo donde diera a luz el fruto de su galán Alfonso, el cual le dejó dos gratos recuerdos, el del pensamiento y el de la tripa. Sus padres la acogieron con gozo y comprensión, dada la juventud un tanto desaforada que pululaba en la ciudad. En el pueblo las costumbres eran bien diferentes, pero eso no era óbice para que la ternura que manifestaban a su hija y a su retoño no fuera *in crescendo*. Allí se podía criar sano y quién sabe si algún día su padre, atormentado por el arrepentimiento, volvería a cumplir aquello que sólo los hombres suelen hacer.

25

Al día siguiente, una llamada a la puerta despertó a Elena y Andrés, que seguían durmiendo el sueño de los justos. Ya el sol, a estas horas, se filtraba por la ventana y en el pasillo un continuo trasiego de un lado a otro denotaba que no era precisamente momento adecuado para estar durmiendo. Era Dámaso, preocupado por llevar varias horas sin noticias de ellos.

—Anoche cenaron Clara y Ana conmigo. Estuvimos pensando si os pasaba algo.

—Sólo que dormimos como un lirón. Enseguida bajamos.

—Vamos a desayunar fuera. Os esperamos si queréis venir.

—Por supuesto, necesitamos quince minutos, nada más.

—Elena, prepárate, nos esperan para desayunar —dijo mientras cerraba la puerta y se dirigía a la ducha.

No pasaron más de doce minutos cuando los dos estaban en la puerta dispuestos a ir con el grupo.

—Debemos tener prudencia. Ese tipo está vigilando y no sabemos de lo que es capaz de hacer —comentó Andrés, con una mirada de preocupación.

—De lo que es capaz de hacer ya lo sabemos. Lo que hará todavía no está escrito y esperemos que no lo escriba.

—Al menos con nosotros —sentenció Andrés, mientras abría la puerta y miraba despreocupadamente al pasillo.

—Creíamos que os habíais muerto —dijo Clara con la clásica frase de bienvenida—, bueno, no me parece que haya estado muy oportuna con el recibimiento.

La cara de sus interlocutores ponía una nota de extrañeza por las palabras recién oídas.

—No te preocupes, te hemos entendido —concluyó Elena, tomando de la mano a Andrés y apretándola fuertemente, sabiendo que esa frase encerraba muchas acepciones.

—Vamos a ir a desayunar a un lugar del que me han hablado. Se trata de una casa rústica, al lado de un riachuelo, con una cascada de lo más singular y que está a unos tres kilómetros —avanzó Dámaso el programa de la mañana.

—Necesitaremos un transporte —dijo Ana.

—Ya lo tengo arreglado. He reservado una camioneta que nos llevará y nos recogerá cuando le digamos. Para eso están los teléfonos móviles.

—Y para hablar con tu madre —contestó riendo Clara.

La casa estaba en un lugar primitivo, al borde de un pequeño río que terminaba en una suave cascada cuya música alegraba el paisaje y lo convertía en un pequeño paraíso. Algo distinto al mundo material y, al mismo tiempo, cercano al sentimiento. El grupo, al bajar de la camioneta, se quedó extasiado al ver esa pequeña casa de ladrillo, con flores en el porche y en las ventanas. La primavera crecía alrededor de la casa y del porche. Era una floreciente y lujuriosa mezcla de colores, ruidos, brisas y olores. Andrés y Elena se miraron a los ojos y una nube de ternura les recorrió el cuerpo. Habían llegado al culmen del camino, a encontrar la paz interior, la verdadera belleza de las cosas, la reflexión intimista de las personas. Merecía la pena la experiencia del camino, el encuentro con las emociones más personales e internas, las que están en el fondo y que sólo son capaces de aflorar en los momentos más cruciales. Esas eran las que en este momento sentían los dos y por las que, al unísono, pensaban en que había algo diferente que flotaba en el ambiente. El Camino no era sólo recorrer unos kilómetros, traspasar senderos y vericuetos, conversar frívolamente con las gentes, era algo más y ese algo lo estaban descubriendo poco a poco. Ese pensamiento estaba insertándose en su cerebro y, desde luego, ellos no eran los mismos en ese momento tan personal que los que partieron de la ciudad de Sarria. Esta era la reflexión que les embargaba y que estaba apoderándose de ellos. Sus células, no se daban cuenta, cambiaban por minutos.

En la puerta una señora de unos cincuenta años les esperaba para el desayuno.

—¿Les gusta? Aquí he vivido toda mi vida, y desde que me quedé viuda, sólo esta pequeña cascada alegra mi vida con sus notas. Todas las mañanas salgo a oír el ruido del agua, es la música de la vida —terminó diciendo al tiempo que con la mano señalaba la entrada de la casa dando paso a la misma.

—Es un lugar precioso —dijo Elena acercándose a la casa.

—Es una pequeña sorpresa que os quería dar. Quizás sea una de las pocas alegrías que hemos tenido en estos días. La paz que se respira, el aire que nos acaricia y el olor a hierba mojada, son los ingredientes para alcanzar el descanso que necesitamos —concluyó Dámaso su perorata, orgulloso de la idea que había tenido.

—He preparado el desayuno en la parte de atrás. Es un jardín muy acogedor y allí he puesto el café, las tostadas, la mermelada con la mantequilla y el zumo de naranja. Para los que quieran huevos sólo tienen que levantar la mano y en cinco minutos estarán servidos en la mesa.

Ninguno de ellos se decantó por esta última posibilidad ya que la oferta del café, cuyo aroma llegaba a la parte delantera de la casa, era más que suficiente.

El jardín era pequeño, de unos doscientos metros cuadrados, lleno de flores variopintas. Allí estaban entremezcladas las calas con las dalias, las azucenas con las orquídeas y rosas de diferentes colores. En un rincón un conjunto de palmeras pequeñas daban una nota de ambiente exótico.

—No es un jardín cuidado. Me gusta que sea más primitivo. Siempre he huido de lo excesivamente conservado. Soy de las que piensan que las flores y las plantas deben crecer sin demasiados arreglos; en una palabra, ser sólo ellas. Si han sido capaces de nacer a la vida ¿por qué no van a ser capaces de crecer?

—Estamos de acuerdo —contestó Andrés, que todavía no había salido del éxtasis.

—Esto es lo que verdaderamente importa —dijo Elena a Andrés en un susurro.

—Estoy de acuerdo —contestó devolviéndole el susurro.

—Hasta aquí llega el rumor del agua —dijo Clara sentándose en la mesa al lado de Dámaso, que ya estaba sirviendo los cafés.

La mañana caminaba a su cénit y la tertulia, como arma liberadora de la tensión de los últimos días, se plasmaba en las bondades de la vida en el campo frente a las de la ciudad.

—Esta es una vida pastoril —sentenció Clara.

—Te cansarías pronto de ella, eres demasiado nerviosa y necesitas mucho espacio para tus inquietudes —contestó Dámaso, al tiempo que le sonreía, tratando de disminuir la tensión que quizás, pensaba, sus palabras podrían producir.

—Muy simpático —añadió con una media sonrisa a caballo entre la ironía y la contrariedad por las palabras de su chico, como ella le llamaba.

—Algo de razón no me negarás que tiene —apuntó Ana, que aunque desparejada, trataba de no ser un mueble al que observar.

—Pues a ti te pasaría lo mismo —aclaró Clara, insistiendo en su posición—. El espacio es muy personal que se necesita unas veces y otras no. Por lo tanto no es algo sobre lo que se pueda generalizar.

—La conversación empieza a tomar visos de enfrentamiento verbal —conminó Elena a terminarla.

—No lo veo así, cada uno defiende su terreno, sus ideas —contestó Ana.

—Vamos ¿quieres decir que cada uno defiende su espacio? —señaló Clara.

Todos rieron la gracia y lo que empezaba a tener tintes de tensión terminó en una risa sonora que hizo sinfonía con el agua de la cascada.

La señora de la casa estaba encantada pues, a pesar de que la soledad del campo le gustaba, de vez en cuando agradecía las visitas que alegraban su existencia.

—Son casi las dos de la tarde ¿por qué no os quedáis a comer? —sentenció alegremente.

—Es un marrón para usted que tan amablemente nos abrió su casa —apuntó Andrés observando la cara de los presentes con una mirada inquisitiva. Pensaba que lo que le ocurría a él, les estaba pasando también a los demás.

—Tengo queso, embutidos y pescado. No creo que os quedéis con hambre.

—Por mí vale —se atrevió Clara a cortar por lo sano.

—Pues por nosotros también —contestó Elena haciéndose eco de la opinión de Andrés.

—Está bien, pero dejadme que haga una llamada antes —adujo Dámaso al tiempo que se retiraba unos metros para llamar por teléfono.

—Es que tiene complejo de Edipo y si no llama varias veces a su madre a lo largo del día no está tranquilo — interrumpió Clara con mucha sorna, algo que todos entendieron menos, la señora de la casa, doña Justina, como todos la llamaban.

El interlocutor no era otro que el comisario, que estaba dando los últimos toques a su investigación. La tenía prácticamente cerrada.

—¿Entonces ya ha llegado a alguna conclusión? —preguntó Dámaso.

—Casi la tengo cerrada, bueno, en cuanto a la trama principal se refiere, sólo me falta cerrar algunos flecos.

—Me tiene en ascuas.

—Tendrás que tener paciencia. A su debido tiempo todos sabréis lo que ha pasado.

—¿Y cuándo va a ser eso?

—Muy pronto, antes de lo que te lo supones. Necesito que las cosas se vayan sedimentando, pero por lo que he observado van por buen camino. ¿Ahora dónde estáis?

—Estamos en una casa a unos diez kilómetros de la ciudad. Hemos venido a desayunar y todo es tan romántico y dulce que nos hemos quedado a comer.

—Está bien, te llamo sobre las seis. Creo que ya tendré cerrados algunos puntos. Y quién sabe si algo más.

—Veo que esta mañana está excesivamente…

—Perspicaz. Dilo sin miedo.

—Hombre, yo iba a decir reservado.

—Los protagonistas de este asunto han dejado demasiadas rodelas en el camino y aunque ha sido necesario desbrozar pormenorizadamente todo el trayecto, creo que estoy en condiciones de cerrar el tema mañana.

—¿Así que mañana sabremos todo?

—Sí y te voy a hacer una propuesta —decía por teléfono—: ya que no estáis todos en esa casa, llama al resto del grupo y mañana os veo a la hora de comer en ese mismo lugar.

—¿Por qué en este lugar?

—No es un lugar cualquiera, en alguno tendría que ser y ese sitio, que ya conozco perfectamente, así como a doña Justina desde hace muchos años, me parece el lugar perfecto para mis intenciones.

—Cada vez me parece más circunspecto.

—Esa palabra me gusta. Veo que estar con una profesora te cultiva el intelecto.

—¿Cómo sabe que estoy con una profesora?

—Mi oficio es saber todo y conocer todo lo que está alrededor de un problema, ¿o es que no me conoces aún?

—Sí, la verdad, no sé ni cómo hice esa pregunta.

—Bueno, resumiendo, mañana nos vemos a la una de la tarde para comer un buen asado. ¿Me dejaréis que os invite yo?

Dámaso cada vez entendía menos el asunto. Esta trama no era para su cabeza. La tenía en otra cosa —pensó después—, la profesora que no acababa de salir de su pensamiento.

—Bien, entonces nosotros traemos el vino y la tarta de Santiago.

—Me parece bien, dile a doña Justina que prepare una ensalada como ella sólo sabe. Ya verás qué tomates.

—Muy bien, entonces nos vemos mañana.

—Hasta mañana. ¡Ah! antes de que se me olvide, ten preparado el fuego para las doce de la mañana, me llevaré al cocinero para que nos prepare el asado. Ya verás qué rico.

—Está en todo, claro que por eso es el comisario.

—Déjate de peloteo y cumple con tu parte. Hasta mañana.

—Adiós.

—Qué pesada está tu madre esta mañana —se oyó la voz de Clara.

—Pues sí y además viene con sorpresas.

—¿Qué quieres decir?

—Lo que oyes. Tiene sorpresas para nosotros. Mañana hemos quedado a comer aquí un asado, pero no se asuste, doña Justina, que el asado lo ponemos nosotros.

—No entiendo nada —dijo Clara.

—No eres la única. Nosotros tampoco.

—Bueno, la cosa es sencilla, mi madre viene mañana con un asado y un cocinero. Nosotros nos ocupamos del vino y de la tarta de Santiago y doña Justina de la ensalada. ¿Está ahora claro?

—Menos todavía —señaló Ana—, no acabamos de entender qué se le ha perdido al comisario en este entierro.

—Lo que sí que está claro es que en el entierro se le han perdido muchas cosas. Mejor diríamos en los entierros —cortó Dámaso.

—Pues ya nos explicarás —repuso Elena.

—¿Así que el comisario vendrá mañana? —preguntó Doña Justina con cara de alegría—. Hace tiempo que no se deja caer por aquí. Antes venía casi todos los meses, aunque sólo fuera a tomar un café.

—Pues sí. Tiene ya todo cerrado y quiere que mañana estemos todos juntos comiendo un asado, al que nos invita, y nos contará cómo es esta historia. Dice que le quedan por cerrar unos flecos pero que lo hará en el transcurso del día de hoy.

La cara de extrañeza de todos era una verdadera antología del disparate. Nadie entendía nada. El silencio les invadió por unos momentos, sólo interrumpidos por Clara que decía:

—La invitación del asado será un acto de desagravio.

—No lo sé, pero lo que sí está claro es que es un detalle por su parte. No tiene por qué hacer nada, pues de los acontecimientos no es culpable. Yo me encargaré de avisar al resto del grupo. Quiere que estemos todos juntos.

—Eso me parece buena idea, así evitará los dimes y diretes. Toda la información directa y a los personajes de la obra. De esta manera la trama tendrá un buen desarrollo —argumentó Andrés.

—Ya salió el literato —interrumpió Clara, que cada vez columbraba menos qué es lo que quería contar el comisario.

—¿Entonces ha quedado claro todo?

—Sí, creo que me puedo erigir como representante para decir que claro, claro sí que ha quedado, pero que nadie entiende nada —dijo Ana.

Todos rieron la gracia y con ello se levantaron para recoger la mesa y ayudar a doña Justina, pues ya los años hacían mella en su persona. Dámaso llamó al coche para que les recogiera. La tarde daba a su fin. El sol se ocultaba por poniente. El rojo del cielo anunciaba un día cálido y presagiaba que el siguiente seguiría esta misma tónica. Los colores del jardín tomaban un tono amarillo claro y la luz, que poco a poco iba decayendo, se filtraba entre las hojas de la acacia. Elena y Andrés aún tuvieron tiempo de echar una mirada de nostalgia.

Doña Justina observó el gesto triste de la pareja por tener que irse y acercándose a ellos les dijo:

—¿Por qué no os quedáis a dormir esta noche? Total mañana a las doce tendríais que regresar. El grupo restante puede venir por su cuenta. ¿Qué os parece la idea?—. Y a continuación añadió—: aquí no vais a necesitar mucha ropa y para dormir, bueno, eso vosotros veréis —terminó la frase con una media sonrisa que no les pasó desapercibida.

—Estaríamos encantados pero no sabemos si es mucha molestia —contestó Elena.

—Molestia nada. Yo les diría a todos que se quedaran pero no tengo más habitaciones. Vosotros estaréis en la de invitados, aunque la verdad eso no abunda por estos lares.

—Pues si no es molestia nos quedamos ¿verdad? —dijo mirando a Andrés.

—Lo que tú decidas está bien.

—Pues si habéis tomado la decisión nos vamos —concluyó Dámaso, que esperaba esta elección—. Mañana estaremos aquí sobre las doce. Portaos bien —concluyó con una mirada no exenta de picardía.

La luz tamizada por los árboles presentaba ya una tonalidad tibia. La primavera era rica en ese lugar y las flores comenzaban a explotar y presentarse con la belleza de siempre. Elena y Andrés, pidiendo permiso a doña Justina se alejaron a dar un paseo, en una tarde suave, que extrañamente no amenazaba lluvia. Los prados, de un color verde intenso, presentaban la hierba en su mejor momento. Eran días de mucho cambio. El invierno había quedado atrás y la primavera mostraba todo su esplendor vistiendo de ricos colores el campo. Elena disfrutaba con esos paseos. Era para ella parte de la vida y Andrés, no menos enamorado del campo, la acompañaba cogido de la mano. En el horizonte el sol lanzaba los postreros destellos de luz y el sendero por el que avanzaban se mostraba en ese trasunto de la media luz en el que el día no es día y la noche no acaba de llegar, haciendo que todo fuera mágico y sencillo, que el misterio que les envolvía les arropara con sus ropajes de arcano. La pregunta flotaba en el ambiente y Elena no podía ser impasible a ella.

—¿Crees que estamos haciendo bien manteniendo el secreto? La historia no está completa y pienso que estamos haciendo un flaco favor a ella y a la ética.

—Llevo pensando en tu pregunta todo el día. Para ser exactos, desde que llegamos aquí. No me atrevía a hacerla y ahora que lo has hecho tú me quedo liberado.

—Entonces cuál es tu respuesta.

—No lo sé. Es muy difícil darla. Por un lado nosotros no somos dueños de nada, sólo somos testigos de los hechos. Por otro lado ¿qué culpa tenemos si la casualidad puso en nuestro camino esos tesoros? Es una disyuntiva muy difícil y no sé qué decirte.

—¿Crees que vamos a ser más felices con ellos?

—No. Creo que vamos a ser más inestables. Nuestra vida cambiará tanto que nunca dejaremos de pensar en lo que hicimos y deberíamos haber hecho.

—¿Quieres decir entonces que deberíamos plantearnos cambiar de actitud?

—Mira Elena, llevo pensando varios días pero esta mañana, al llegar a esta casa y ver la tranquilidad que se respira, oír el murmullo del agua, una música que aún me acaricia el cerebro, ver las tonalidades de los colores de las flores y de las hojas de los árboles, verte a ti paseando por la vereda de ese camino que nos lleva al huerto, escuchar el canto de los pájaros y saber que tú estabas allí

pensando en mí, me produjo una alteración de mis emociones que hizo que me planteara toda mi vida.

Andrés tomó una piedra y la lanzó a la poza. Su mirada quedó fija en las ondas expansivas que iban formándose. Elena hizo lo mismo. La ondulación se esparcía conforme el pensamiento de ambos fluía en sentimientos.

—A mí me ha pasado más de lo mismo. No puedo repetir lo del murmullo del manantial que aún resuena en mis oídos ni lo de los colores de las hojas, no soy daltónica para no haberme dado cuenta, pero lo que sí te digo es que como en esta casa nunca en mi vida me he encontrado.

—Pues ya somos dos.

—Creo que hemos encontrado el sentido del Camino de Santiago. Este es el verdadero secreto y mañana cuando venga el comisario le vamos a decir toda la verdad, ¿te parece?

—Estoy totalmente de acuerdo. No podría soportar por más tiempo la carga de esta historia en la que han muerto tres personas y hay un cuarto vigilando. Estaba esperando que me lo dijeras.

Elena cerró los labios de Andrés con un cálido beso que se prolongó durante bastantes segundos. El tronco del árbol que les cobijaba sirvió de paraguas a las suaves gotas de agua que caían. Andrés no cabía en sí de alegría por haber descargado su conciencia y, al tiempo, por recibir ese beso que le dejaría una impronta indeleble y que años después, contaría a sus nietos junto al fuego.

—Creo que es hora de regresar a casa. Doña Justina debe estar preocupada por nosotros.

Según se acercaban se podía oler el caldo que estaba preparando para sus invitados.

—¿Dónde estabais? Me teníais preocupada.

—Dando un paseo y encontrando el secreto del Camino. Ya lo hicimos y le podemos asegurar que nunca se nos olvidará. Está escrito con tinta indeleble en nuestro corazón.

—Me alegro que así haya sido —contestó doña Justina, que no tenía idea de lo que estaba oyendo—. ¿Os ha gustado el paseo?

—Es una maravilla el sitio donde vive, en especial en la primavera.

—Ya lo creo y aunque en invierno llueve y hay mucha humedad, a todo se acostumbra una. Llevo aquí desde niña y no he salido a ningún lugar. No necesito a nadie. Cuando murió mi marido, mis hijos me insistieron en que fuera

a la ciudad pero no quise. Al fin y al cabo son pocos kilómetros y pueden venir en un santiamén si los necesitara.

—Entiendo que le guste estar aquí.

—Tengo tiempo para leer y pasear. No penséis que siempre estoy quieta. Todos los días doy un gran paseo, al mediodía, y llueva o truene no lo perdono.

—Así está usted que parece una jovencita.

—Muchas gracias por el cumplido pero sé la edad que tengo y mis limitaciones. Las articulaciones se quejan de vez en cuando y, en ocasiones, las piernas no me responden como quiero. Pero, gracias a Dios, me encuentro bien de salud. Ya os he preparado la habitación. Ahora vamos a tomar este caldo que os he preparado y esta ensalada de tomates.

—Muchas gracias por todas sus molestias, que no olvidaremos. Estamos muy agradecidos —dijo Elena.

La cena transcurrió en una agradable velada en la que doña Justina contó historias de la casa cuando ella era joven, ya que allí nació, conoció a su marido de una aldea cercana y vivió en el mismo lugar. Estaba acostumbrada a sus paredes, a sus ruidos, a los amaneceres llenos de pájaros y a la suave lluvia que acariciaba los muros durante gran parte del día. En suma era una parte de sí misma y, a estas alturas de la vida, no estaba dispuesta a cambiar, por lo que les dijo a los hijos que siempre que quisieran podían venir a verla, pero que ella no se movía de donde estaba.

Les contó cuando se quedó embarazada y el médico venía en bicicleta desde varios kilómetros de distancia. El parto fue en casa asistido por una vecina, que hacía las veces de comadrona, y por el médico que llegó solo a las conclusiones. Los rapaces, como ella les llamaba, crecieron en el campo. Un chico y una chica, sin enfermedades de esas de las grandes ciudades, comiendo de todo sin limitaciones y haciendo ejercicio de la mañana a la noche. Cuando fueron un poco mayores, tuvieron que ir a la escuela cercana, a unos tres kilómetros, que recorrían de ida y vuelta todos los días. No recordaba que nunca hubieran estado enfermos. Después de la escuela, tuvieron que ir a la ciudad a unos diez kilómetros. El autobús pasaba todos los días a las ocho de la mañana y allí estaban todos esperando en la parada. Luego vinieron los estudios superiores. Gracias al sacrificio de ella y de su marido, pudieron ir a la universidad, pero ya en Santiago de Compostela. El chico estudió para médico y la chica empresariales. Ambos trabajaban en la ciudad por lo que podían venir a verla siempre que quisieran, claro que últimamente parecía que tenían mucho trabajo,

pues llevaban casi dos meses sin acercarse y eso que tenían buenos coches. Pero es ley de vida, las cosas son así y no se pueden cambiar. Lo trae el progreso.

—Ahora quieren regalarme un teléfono de esos que se llevan en el bolsillo, pues dicen que debo estar localizada. No sé si me acostumbraré a estos aparatos, son endemoniados, pero no se puede ir contra el desarrollo, claro que sí se puede controlar y no dejarse absorber por el mismo.

Las historias se sucedieron una detrás de otra, a cada cual más interesante pues significaban otros parámetros de vida, distintas concepciones y enfoques.

—Cada vida es un universo, ¿verdad? —terminó diciendo.

—Las personas somos diferentes, si todos fuéramos iguales esto sería muy aburrido —añadió Elena, que no había perdido ripio de todas las historias.

—Es muy interesante todo lo que ha contado. Sirve para la reflexión. Nosotros que venimos de mundos diferentes, quién lo diría, a veces nos hacemos la pregunta de si estamos o no equivocados y donde está la razón.

—Yo no diría dónde está la razón, sino dónde está la felicidad. Cada uno la encuentra en un lugar diferente y eso es lo importante, encontrarla. Algunos lo hacen al principio de la vida, otros en la mitad y algunos al final. Han desperdiciado toda la vida para encontrar la felicidad al final de los años —concluyó Doña Justina.

—Le faltó decir que algunos no la encuentran —dijo Elena.

—Esperaba que lo dijeras tú —contestó sonriendo.

—Pues ya ve que lo dije.

—Sí, pero no me dijiste lo más importante, si la encontraste.

—Quizás no debería decírselo pero la encontré en el Camino y me di cuenta en su casa.

—Ya me había fijado y he llevado la conversación a este punto para que destaparas tu intimidad. En una palabra, para que te desnudaras. Claro que en un sentido figurado.

—Y tú Andrés, que andas muy callado, ¿qué me dices?

—Pues le digo lo mismo, que me ha pasado exactamente igual que a Elena. Fue llegar a su casa y sufrir una transformación. Ahora ya no me interesan cosas que antes de venir al camino me interesaban. He cambiado mis apetencias, mis objetivos en la vida, en suma, me he transmutado en otra persona. Ya ve que necesito poca cosa para desnudarme —terminó Andrés con una carcajada que contagió a las dos mujeres.

—Pues ya que nos hemos desnudado todos creo que es una buena hora para irnos a dormir. El amanecer es precioso y os lo aconsejo si no se os pegan demasiado las sábanas. Ya sabéis cuál es vuestra habitación, subiendo la escalera la segunda a la derecha. El balcón da al jardín. Mañana lo saborearéis con deleite.

—Una pregunta, doña Justina. Me ha llamado la atención lo bien que utiliza los términos y cómo se expresa. ¿Dónde lo aprendió? —preguntó Elena.

—¿No os lo dije? Soy maestra, aunque sólo trabajé en la escuela de al lado. Nunca tuve interés en trasladarme a un sitio más grande.

—Me lo estaba imaginando.

—Ya he visto que eres muy perspicaz.

—Sí, pero no tanto como usted.

Esta conversación se estaba celebrando mientras subían las escaleras. Andrés iba delante encendiendo las luces e indicando el camino.

—Hasta mañana, buenas noches.

—Que descanséis. Os tendré preparado el desayuno temprano.

—¿A qué llama temprano? —se oyó la voz de Andrés, que había reculado al verse atacado en la hora del despertar.

—Una hora prudente puede ser entre las ocho y las ocho y media, ¿qué os parece?

—Está bien. Buenas noches —dijo Andrés mientras cerraba la puerta de la habitación.

Elena y Andrés, a pesar de que la conversación les encantó, estaban deseando quedarse solos en la habitación para conversar acerca de la posición que debían tener, al día siguiente, cuando viniera el comisario.

—¿Entonces le contamos todo? —escupió Elena nada más entrar.

—Yo creo que sí. Descargamos todo lo que llevamos dentro. Yo ya no puedo aguantar más esta presión que me atenaza.

—Lo que me gusta es que lo vamos a contar en presencia de todo el grupo para que no haya malas interpretaciones.

—La felicidad que hemos descubierto en el Camino es la que en este momento nos embarga. Yo personalmente no quiero otra —contestó Andrés mirando con arrobo a su pareja.

—Yo tampoco. Creo que hemos encontrado el secreto. Cada uno debe hallar su propia respuesta en el camino y nosotros ya lo hemos hecho. Quiero hacer

mía esta respuesta, ensimismarla, que se introduzca en las células de todo mi cuerpo y que, a partir de ahora, sea la luz que me guíe en mi vida.

Andrés como toda respuesta la besó apasionadamente. Esa noche vivieron la noche más libre de todas. Se habían desembarazado de las ataduras que estos últimos días les ligaban a un mundo sórdido, material y sin sentido. Ahora eran ciertamente felices. Habían decidido, verdaderamente, ser libres y leales al Camino. No vinieron con esa intención pero la espiritualidad, el misticismo y la reflexión les hicieron ver donde realmente estaba la verdad. Y la verdad, Elena y Andrés, la encontraron en el camino recorrido aunque la conocieron en una casa, aislada, olvidada, inmersa en un paraje poco transitado, donde se respiraba libertad, contemplación, éxtasis y meditación personal. El mundo, que habían conocido hasta ahora, no era el que deseaban vivir a partir de este momento.

26

A los pocos días, cuando ya el cuerpo y el espíritu estaban saciados de Madrid, iniciaron el camino hacia el norte. Pensaban hacer una próxima parada en Salamanca, donde alguien les había dicho que la universidad estaba en pleno apogeo intelectual. Sin embargo, también les dijeron que en el camino prosperaban los tribunales de la Santa Inquisición establecidos unos años antes, en 1480, aunque la Santa Hermandad databa de 1476. En ellos se combatían las prácticas judaizantes de los judeoconversos españoles y se perseguía a los infieles, como fueron los cátaros en el Languedoc francés.

En el mesón donde durmieron la noche anterior, a la entrada en la ciudad, departieron amable conversación con un muchacho joven, de unos veinte años de edad, hijo primogénito del humanista Antonio de Nebrija. Al conocer que habían estado con su padre pocas jornadas antes en la ciudad de Madrid, comenzó un discurso extenso sobre las bondades de la ciudad de Salamanca a cuyas puertas se encontraban.

—Mi nombre es Marcelo de Lebrija, primogénito del famoso hombre del Renacimiento, autor de la primera gramática que vio la luz hace pocos años y del primer diccionario que, recién este año, está editado.

—¿Y qué hacéis por estos andurriales?

—Voy camino de Alcántara, donde profesaré en la Orden. Me dedico en parte a escribir pero no llego a la talla y al conocimiento de mi padre. He comenzado a escribir un libro que se titula *Triaca del alma, Triaca de amores y Triaca de tristes*.

—Parece interesante el libro —contestó Jerónimo.

—De momento sólo hice pequeños apuntes al mismo y algunas anotaciones que espero desarrollar en la ciudad de Alcántara. Mi idea es imprimirlo en la imprenta de mis hermanos Sancho y Sebastián de Nebrija en la ciudad de Granada. Aunque creo que pasarán muchos años antes de este acontecimiento.

—Lo importante es comenzar. El camino se anda solo. Mirad nosotros, venimos de Alemania, hemos visitado varias ciudades y llegado a Sevilla, y desde allí Toledo, Alcalá y Madrid han sido testigos de nuestra intelectualidad y comedimiento en el estudio y la tertulia.

—¿Entonces sois hombres del Renacimiento?

—Tratamos de serlo. Debemos reconocer el paso que ha significado, en la historia de los hombres, el cambio del mundo medieval al moderno. Esto ha impregnado todos los ámbitos desde el campo artístico al social.

—En efecto, la conquista de Constantinopla en 1453 ha significado este paso decisivo.

—Es necesario redescubrir al hombre como individuo y la realidad que le rodea por su influencia en la transformación de las artes, ciencias y letras. En una palabra, el cambio del pensamiento —añadió el caballero Münzer.

—Esto es lo que le he oído decir muchas veces a mi padre. El hombre completo, armónicamente desarrollado en lo físico y en lo intelectual, que no limita su saber a un solo campo sino que lo extiende a lo universal. El prototipo de mi padre es Leonardo da Vinci. ¡Cuántas veces se lo he oído decir!

—Es necesario desarrollar la exaltación del hombre y del mundo. Son los dos ejes de mi pensamiento y es por esto que estoy aquí, camino de Santiago y conversando con vos.

—Debemos revalorizar la antigüedad clásica, expandir y divulgar la cultura y crear universidades. Mi padre, como sabe, es un defensor del latín pues con esta lengua se comunica con los intelectuales de Europa. Supongo que habrá oído su obra magistral *Lexicon hoc est Dictionarium ex sermone latino in hispaniensem*, conocido también por el título de *Diccionario latino-español*, que en este momento está en la imprenta y que verá la luz en los próximos meses.

—Estuve en Madrid departiendo muchas horas en amable conversación con su padre. Me dijo entre otras cosas que enseñó Gramática y Retórica en Salamanca en el año 1473, casualmente donde inició sus estudios. A propósito, contadme algo sobre la imprenta en España. Conozco algo de Núremberg, pero desconozco qué es lo que se ha impreso aquí.

—El primer libro en España ha sido realizado hace pocos años. Según me comentó mi padre fue el llamado *Sinodal de Aguilafuente*, en el año 1472 en Segovia, en la imprenta de Juan Párix. Provenía de la ciudad de Heidelberg.

—Quizás se formó con Johannes Gutenberg en la ciudad de Maguncia. Yo poseo la *Biblia de 42 líneas* impresa en el año 1454, en dos tomos y 1282 páginas —y al decirlo esperó, breves instantes con el pecho henchido, buscando la mirada de admiración de su contertulio.

—Posiblemente Juan Párix estuviera en Maguncia unos años antes. Su presencia en Segovia se debe a que fue llamado por el obispo Juan Arias Dávila. En el tiempo que estuvo en esta ciudad imprimió varios libros. Después marchó

a Toulouse, donde falleció. Es la globalización de la cultura, ¿ha oído alguna vez este término?

—Es la primera vez que lo oigo.

—Mi padre lo ha estudiado. Afirma que el Renacimiento es la aplicación de la cultura y de las artes al proceso de desarrollo del hombre.

—Buena interpretación. La utilizaré en mis conferencias en Alemania.

En ese momento se acercaron los escuderos con unas botellas de vino de la región pues, entre tanta conversación, los gaznates estaban secos, en buenas palabras de Martín.

Mientras los humanistas conversaban en un ameno discurso, los mozalbetes departían con las criadas del mesón. Pronto olvidaron a las otras, aunque Martín de vez en cuando se ponía tierno al recordar a su amada, con quien pasó horas muy agradables y difíciles de olvidar. Ahora, sin embargo, tenían ante sí unas jóvenes lozanas y hermosas, de pechos prietos y suaves caderas, que les llevaron por los caminos del amor. Afrodita hizo los mayores estragos en los camastros y jergones en las diferentes ciudades y pueblos por los que pasaron y, ahora, no iba a ser menos, por lo que se aprestaron a la lucha en singular batalla cuerpo a cuerpo.

Al día siguiente, ambos mozalbetes, ante una jarra de vino y unos huevos fritos, contaban sus experiencias y escarceos exagerando todo el encuentro. Parecía más un juego de palabras que de hechos, pues la imaginación sustituía la realidad, tanto más, cuanto mayor era la bebida y menos el caldo que quedaba en la botella. Al cabo, ya sin palabras y sin vino que beber, dieron nuevamente con sus huesos en el mullido almohadón de las carnes de sus amadas que les esperaban deseosas de volver a libar el amor en el manantial primigenio. Así les encontró el posadero, buen conocedor de los efluvios de la juventud y al tiempo, comprendiendo la fogosidad de la misma, no tuvo reparo en ofrecerles cobijo y trabajo en su mesón si así lo deseaban. Una propuesta de esta naturaleza no podía por menos ser agradecida pero negada, ya que se debían a su señor hasta llegar a la ciudad de Santiago y, ahora, que estaban a algunas leguas menos que cuando partieron, no era momento de finiquitar la andadura. Las mozas querían seguir departiendo en el jergón que les daba pábulo al deseo. No estaban aún ahítas, por lo que solicitaban nuevas batallas en el campo del amor. Los mozos, sin embargo, querían un descanso entre batalla y batalla, dada la lucha tan desigual y encarnizada que se libraba, siendo menester firmar la paz, aunque fuera de vez en cuando. Una lucha tan arraigada era difícil de mantener, aun cuando fuera la fogosidad y el efluvio del vino los que la dirigieran.

Afortunadamente Morfeo vino en su ayuda y quedaron dormidos, y aunque no fuera la cama de ébano de *Las Metamorfosis* de Ovidio, ni las flores de adormidera, sino más bien un jergón y un caldo de la región, el sueño que libraron fue de los que marcaron historia. Al día siguiente, después de muchas horas de sueño, donde a caballo entre la realidad y la quimera los juegos proliferaron, el mesonero decidió interrumpir el gozo de los jóvenes, ya aliviados por tantos encuentros, llamándolos al orden en representación de su amo, que requería de sus servicios.

Acudieron prestos los jóvenes, colocándose los pantalones, mesándose los cabellos y poniendo en orden la faltriquera para dar, al menos, una imagen, aunque sólo en una mínima parte, de limpieza y aderezo. El desaliño era la tónica de la vestimenta, lo que hizo que el caballero Münzer les llamara la atención y reprendiera adecuadamente. Cariacontecidos y contritos fueron al establo a lavarse y cambiarse de ropa. Delante de su señor no cabía tamaña osadía. La galanura en las personas no estaba circunscrita sólo a las clases altas. Todos debían vestir acorde con su educación y empleo. Y en este caso, su oficio requería esta costumbre.

—Disponed todo, pues mañana al alba iniciaremos el camino hacia la ciudad de Salamanca. Quiero entrar con las primeras luces. Las torres de la catedral se ven desde lejos y es un espectáculo, según me han contado, digno de verse. El río y los puentes adornan la vista según nos vayamos acercando.

—Descuidad, mi señor. Prepararemos todo convenientemente y, al alba, ensillaremos y estaremos prestos a partir. Ahora descansad que nosotros nos ocuparemos de todo.

—Así lo espero. Buenas noches.

Los mozos se ocuparon de preparar todo para partir al día siguiente. No olvidaron nada y tan es así que tampoco descuidaron despedir oportunamente a sus mozas, que les esperaban en sus respectivos jergones. Aquella noche la despedida duró varias horas y varios intentos, que dejaron un dulce sabor en ellas, lo que significó que con las primeras luces los lamentos y lloros fueran acompañados de silencios y caricias. Todo quedó, poco después, en sosiego. En minutos, el alba enviaba sus luces a un camastro vacío, sin simiente; un campo yermo que no volvería a recibir, en un tiempo, la majestuosidad de la naturaleza. Sin embargo, su fuerza era tal, que al cabo de unas horas, quizás algunos días, el manantial de la vida volvería a fluir con el ímpetu que lo hace la cascada desde la montaña. La naturaleza era pródiga en el amor.

El camino hacia Salamanca era frío. Los últimos días del mes de marzo anunciaban un comienzo de la primavera pero, aún, quedaban los rescoldos del invierno. A lo lejos, entre la bruma, se divisaban las agujas de la catedral y según se iba acercando el grupo, se cruzaban cada vez más con carros y caballerizas que iban al mercado. De cuando en cuando un carruaje de algún noble avanzaba veloz hacia la ciudad.

—¿Es importante el lugar donde nos encontramos? —preguntó Albretch a su padre.

—Esta es la ciudad universitaria por antonomasia. El germen de la misma fue el Estudio General de 1218, que fue el segundo de España. El primero fue el de Palencia, fundado entre 1208 y 1214, aunque sin embargo, Salamanca fue la primera universidad cuando en 1255 obtuvo la bula papal de Alejandro lV. Es una de las más antiguas del orbe junto con Bolonia, Oxford y La Sorbona. El origen, según he leído, corresponde a las Escuelas catedralicias de 1130, aunque no es hasta 1218, como te dije, que obtiene la categoría de Estudio General por un documento de un Rey de León cuyo nombre en este momento no recuerdo.

—Alfonso lX rey de León —añadió Marcelo de Lebrija, que se había ofrecido a acompañarles, ya que debía continuar sus estudios de Teología.

—¿Y dónde se dan las clases? —preguntó Albretch.

—En este momento ya hay edificios propios de la universidad pero al comienzo las clases se daban en el claustro de la Catedral Vieja, en casas que se alquilaban al cabildo y en la iglesia de San Benito. A principios de este siglo fue fundado, por el Obispo Diego de Anaya Maldonado, el Colegio Mayor de San Bartolomé, aunque justo es decir que el cardenal de origen aragonés llamado Pedro de Luna impulsó la compra de solares, la construcción del Hospital del Estudio y las Escuelas Menores y Mayores. También se crearon colegios mayores y menores para el alojamiento de los estudiantes.

—Veo que estás enterado —afirmó el caballero Münzer.

—Tuve que aprenderlo, era lo primero que debías conocer: la historia de la universidad. Pasé varias semanas con estos temas. Antes de conocer la Gramática, la Retórica y la Teología es necesario saber de historia. Me estoy preparando para entrar en la Orden de Alcántara y quiero hacerlo lo mejor posible.

Con la conversación no se dieron cuenta de que ya habían entrado en la ciudad. Era una mañana fresca, donde los comerciantes iban y venían en dirección a la Plaza Mayor. El río se perfilaba con unos tonos ocres y luminosos cuando recibía la luz del sol. Aunque era un día frío cuando el sol calentaba se

agradecía, pues acariciaba suavemente. Varios puentes atravesaban el Tormes y servían de unión entre las dos riberas que, de otra manera, estarían aisladas para el comercio. Esos días abundaba en la ciudad. Se desarrollaba alrededor de las calles de Alabarderos, Escuderos, Sordolodo, Serranos y Puerta de San Juan del Alcázar y de San Pablo. El río Tormes circundaba la ciudad donde se localizaba la mayor parte de la población, unos veinte mil habitantes pues el resto, unas familias desperdigadas, se situaban en la margen izquierda del río. Los reyes Católicos impulsan la construcción de la Catedral Nueva y de los edificios de mayor abolengo de la época.

—¿Sabe que el claustro de esta universidad se reunió para tratar del viaje de Colón a América? —sacó Marcelo del ensimismamiento al caballero Münzer.

—No lo sabía, eso debió de ocurrir hace pocos años.

—Efectivamente. Aquí recibió no sólo el apoyo de los Reyes Católicos sino también del astrónomo salmantino Abraham Zacut. Los dominicos le facilitaron alojamiento en el convento de San Esteban.

—Ha sido un descubrimiento que todavía no hemos podido digerir. Creo que serán necesarios muchos años para ver la impronta que tendrá en toda Europa —contestó Jerónimo.

—¿Dónde queréis que os lleve? —preguntó Marcelo.

—A un buen mesón, donde podamos cambiarnos y asearnos un poco. También será bien recibido una buena comida y su acompañamiento.

—En la calle de los Alabarderos conozco un buen lugar que os placerá.

—Pues vayamos allá.

—Estamos ya casi, a la vuelta de la esquina, dos cuadras a la derecha y llegamos. Es un lugar donde vienen personas de su alcurnia.

—Ya tengo ganas de llegar y darme un buen baño —señaló el caballero ante el asentimiento de su hijo, que cabalgaba a su vera.

Al llegar a la posada salió el posadero, acompañado de dos mozos, a recibirles al percatarse del linaje de sus visitantes.

—Tomáis posesión de esta mi casa —dijo servilmente y casi de hinojos.

—Muchas gracias. Disponed de lo necesario para mí y para mis hombres. Buen aposento, buena comida y buenos vinos, no sin que antes recibamos un buen baño —contestó imperativamente Münzer.

Martín y Alfonso tomaron las caballerías y las llevaron al establo, donde los mozos del lugar se afanaban en limpiarlas y darles comida y descanso. Al pasar por la cocina echaron un ojo a las criadas. Había dos mujeres entradas en años y

dos jovencitas que, a juicio de ellos, les harían llevadera la estancia en la ciudad. Estaban acostumbrados a vivir la vida de una manera prosaica y en esa universidad no estaban dispuestos a cambiar. Además los estudiantes, que los sábados venían a la posada, también serían bien recibidos por ellas.

—*Lo que natura non da, Salamanca non presta* —dijo Martín sonriendo y mirando a las mozas que estaban en actitud más que provocativa, libidinosa.

El gesto de ellas, lejos de ser de rechazo, tuvo su nota de candor a caballo entre lo cómico y lo femenino.

—Luego nos vemos —y acompañaron la frase con un gesto de simpatía.

Münzer y su hijo dedicaron un buen rato al aseo. Les dieron dos habitaciones contiguas en el piso superior. Los soldados estaban en el inferior y en una habitación grande para el servicio masculino acomodaron a Martín y Alfonso.

—Si las cosas nos van bien haremos poco uso de este camastro —afirmó Martín, que ya estaba deseoso de conocer a una de las chicas. Su fogosidad no tenía límites y allá donde fuera quería dejar el pabellón muy alto, y en esta ciudad, tan famosa por su universidad, no quería ser estudiante del amor sino sentar cátedra del mismo. Era necesario aprestarse al envite y para ello nada mejor que unas buenas viandas, que ya el posadero comenzaba a servir en la mesa.

—Marcelo, ¿nos puedes enseñar la ciudad después de la comida? —preguntó el caballero Münzer con voz estentórea y tono imperativo. Y dirigiéndose a Martin y Alfonso—: vosotros os quedaréis aquí. No os necesito.

—Como gustéis. Podemos ir a la catedral. Creo que os gustará, así como la Plaza Mayor, con sus típicos soportales.

La mirada de complicidad de Martín y su amigo era de las que hacían época. Nada mejor y más agradable que la orden que les dieron. Dedicarse al devaneo del amor en horas de trabajo y cumpliendo un ruego, era algo que no se esperaban. Tiempos mejores vendrían, pero difícil superar los que ahora tenían ante sí.

La tarde transcurrió de manera diferente para Münzer y su hijo que para los escuderos. Los soldados, por su parte, fueron a descubrir alguna casa de diversión de las que abundaban en la ciudad, al menos por los comentarios que el posadero, de una manera discreta, les dijo. Martín y Alfonso departieron con las mozas, primero de palabra y después con hechos; la tarde entera y hasta bien entrada la noche, cuando el caballero regresó, no descansaron en su empeño de sentar doctrina en el albergue. Con el ruido del amo, se vistieron rápidamente y

fueron a ver qué necesitaba. «La despedida, —les dijeron a las mozas— no es por mucho tiempo. Debéis esperarnos. Regresaremos en cuanto nos hayamos librado de nuestras obligaciones». Así ocurrió poco tiempo después; no eran necesarios los servicios. El señor y su hijo venían cansados de recorrer la ciudad y querían descansar.

—El día siguiente lo tenemos libre —le dijo Martín a Alfonso, que ya se aprestaba a retirarse a la otra habitación—. Dijo el señor que no nos necesitará y que podemos levantarnos a la hora que queramos, así que nos solazaremos todo lo que podamos.

—Buena ocasión tienes para demostrar todos tus conocimientos —dijo Alfonso.

—En efecto, pero vos no quedaréis en la zaga.

—Así lo espero, pues si vos tenéis la Cátedra de Retórica yo tengo la de Gramática.

—Será la de Gramática parda —contesto Martín acompañando la frase con una carcajada y un vaso de vino que se echó al coleto.

—No perdamos tiempo y vayamos.

—Sí, vayamos, no sea que nuestro lugar esté ya ocupado por aquello de que quien fue a Sevilla perdió su silla.

Las mozas les esperaban ansiosas de amor y placer. Eran tiempos en que la carne imperaba, era la que mandaba y dirigía la vida, en los mesones y los mozos no estaban para hacerle ascos a esa carne fresca y recién salida de la parrilla. Una noche más, unos escarceos ambientados en un escenario diferente, pero todo igual, arrumacos, caricias, devaneos y a la postre la consabida despedida acompañada de sollozos y lamentos, ofrecimientos incumplidos, palabras vacuas y sin sentido, aventadas por el paso del tiempo. Era como escribir en la arena de la playa promesas que nunca se cumplirán y que al poco de expresarlas pierden su sentido. Pero la despedida tiene toda su fuerza de expresión en ese momento y en ella los escuderos tenían gran experiencia. No en vano habían ensayado muchas veces este instante y en el que, a fuerza de repetirlo, eran unos magistrales actores de carácter.

Salamanca mostró lo mejor de sí misma al caballero Münzer y acompañantes. Sus largos paseos por las callejas y plazuelas empedradas fueron testigos de una ciudad en pleno apogeo que trata de salir del anonimato y meterse en el centro de la historia merced a una universidad ágil, fresca y lozana que daba una pátina cultural a cualquier rincón. El desarrollo urbano tomaba cuerpo en esos años de esplendor y lozanía.

—Podíamos tomar unos vinos en este figón ya que llevamos mucho andado y el cuerpo también necesita reposo —apuntó Münzer, señalando una casa de postas que hacia chaflán, y que ocupaba la parte delantera de un corral con un establo en el que permanecían varias caballerías.

—Habéis elegido bien. Es un lugar de visita obligada por los paisanos del lugar y también por los extraños —contestó Marcelo, que parecía conocer a la perfección el sitio.

El lugar estaba lleno de visitantes por lo que el caballero requirió una mesa bien situada y apartada de gritos y contiendas. El mesonero, al darse cuenta del linaje de quien le visitaba, le dio una que tenía reservada para otro grupo.

—Creo que esta le complacerá.

—Me complacerá más si me traéis buen vino. Me han dicho que aquí se puede beber uno de los mejores de la ciudad.

—No sólo de la ciudad, sino también de la región. No hay a cien leguas a la redonda uno mejor. Es un caldo sin par, difícil de encontrar si lo intentáis —oyó que le decía una voz de la mesa contigua.

—Así lo espero, caballero.

En ese instante Marcelo saludaba con mucho respeto a una dama que estaba sentada con el que había realizado el comentario sobre el vino. Y dirigiéndose a Münzer le dijo:

—¿Me permitiréis que os presente a una de mis profesoras más sobresalientes? Se llama Beatriz Galindo y es escritora y humanista, ya de gran fama en la universidad.

—Encantado de conoceros. Soy el caballero Münzer de la ciudad de Núremberg en Alemania, de camino a dar el abrazo al Apóstol Santiago.

—Yo soy Beatriz Galindo, profesora de esta universidad donde me eduqué en el latín, gramática y otras materias. He sido preceptora de la Reina Isabel la Católica.

—Buena presentación tiene pues, a pesar de su juventud, la acompañan dotes intelectuales raras de ver en una señora.

—¿Pensáis por ventura que una mujer no puede ser culta y enseñar en la universidad?

—Por supuesto que no, pero no me negaréis que es extraño a fuer de ser raro.

—Tiempos nuevos vienen y con ellos el cambio. La Universidad de Salamanca está contribuyendo a ello.

—¿Sabe mi señor cómo la llaman? —interrumpió Marcelo.

—La Latina, por su vasto conocimiento de esta materia. Es capaz de traducir a los clásicos y en especial a Aristóteles con especial primor y soltura.

—Nunca imaginé encontrar a una persona como vos en un lugar…

—¿En un figón queréis decir? Hay que mezclarse con el pueblo para conocerlo. Si queréis enseñar, es necesario conocer antes las disciplinas de la vida y, nada mejor que acudir a un sitio como este para ello.

—En eso tenéis razón. Yo lo hago constantemente —añadió al tiempo que bebía un vaso de vino.

—¿Y vos a qué os dedicáis?

—Soy de la ciudad de Núremberg, donde poseo un castillo y, modestia aparte, una de las mejores bibliotecas del mundo occidental. Enterado de la riqueza cultural de España y de los libros que están circulando decidí, al tiempo que quería realizar el Camino de Santiago para dar el consabido abrazo, una visita a la ciudad de Sevilla, donde me habían indicado que existían incunables de gran valor, que en mis anaqueles tendrían un buen protagonismo.

—Buena decisión habéis tomado y en la mejor ciudad estáis para ello.

—¿Conocéis algún librero que me pueda ofrecer algo que me interese para mi colección?

—Alguno conozco y si ahora tenéis tiempo podemos ir a hacerle una visita.

—Tiempo para ello siempre hay y si no lo hay se busca —dijo el caballero al tiempo que se levantaba y daba órdenes a su hijo de que abonase la consumición.

—Cerca de aquí, como a cinco cuadras, está la tienda de un gran amigo mío que tiene bastantes libros que estoy segura le encantarán.

—Estoy dispuesto a seguirla a donde me diga.

La tienda era un lugar estrecho lleno de libros, tanto en el mostrador como en la trastienda, a la que se daba acceso a través de una puerta cubierta por una sucia cortina. El librero, hombre entendido, intelectual al uso, enteco y con larga barba, ligeramente adusto, como el puesto requería, les atendió si no de mala gana, al menos con poco interés, aunque al cabo de una pequeña introducción por parte de la Latina, su adustez se transformó en prontitud y colaboración.

—Enséñame ese libro de Aristóteles que es mi preferido y que siempre te recabo cuando vengo por tu tienda.

El librero, ante la posibilidad de que se le presentaba una buena venta, cambió la cara y manifestó la mejor de sus sonrisas.

—Seguís por lo que veo enamorada del mismo. Eso, desgraciadamente y no me lo toméis a mal, es bocado para otros paladares.

—Ya lo sé y por ello traigo quien lo pueda saborear mejor que yo.

—El libro está impreso en Sevilla en el año 1465 y son tres tomos de Retórica, realizados para Per Afán de Ribera ll en la Cartuja de Santa María de las Cuevas —explicó el librero mientras se lo mostraba al caballero Münzer.

—Es de una belleza sin par. Casualmente vengo de Sevilla y no me lo han mostrado.

—Sólo hay dos ejemplares del mismo. El otro está en un monasterio del Císter en Francia.

—¿De dónde sois, caballero?

—Soy alemán, de la ciudad de Núremberg.

—En ese caso os mostraré la *Historia del mundo* de Werner Rolenvick, impreso también en Sevilla en 1480. El autor es un cartujo alemán que nació en 1425.

—Sí, lo sé. La primera edición de esta obra data del año 1470 en la ciudad de Venecia.

—Veo que sois un gran bibliófilo y conocéis los libros, pero quizás desconocéis que es el primer libro impreso en España con ilustraciones. Es copia exacta de la edición de Venecia. Debo señalar como hecho importante los números arábigos del texto y de la foliación.

—Os extrañará pero lo conocía, así como la letra gótica y romana del mismo. Debéis tener en cuenta que el autor es de mi país y, como tal, muy conocido por los que nos dedicamos a estos menesteres de la cultura y la lectura.

—Sin embargo no lo tenéis, pues vuestra cara es de auténtico gozo. Si os lleváis los dos puedo haceros un buen precio.

—Quizás me pueda interesar. Decidme vos.

—Por ambos os lo puedo dejar en….

—Decid presto un precio y no dudéis más.

—Veinte doblones de oro, diez por cada uno.

—Lo pensaré —contestó el caballero dando la vuelta sobre sus talones.

El librero, al ver que se escapaba una venta que ya tenía para sí asegurada, recapacitó y saliendo en pos le dijo:

—Sin embargo podía dejarlo ambos en dieciocho.

—Quizás me deje caer por este lugar otro día.

—Bueno, creo que me ha caído bien. Teniendo en cuenta que uno de los autores es coetáneo suyo, le puedo hacer aún un mejor precio.

—Dígame pues —dijo el caballero sin volverse y ya desde el quicio de la puerta.

—Podrían ser quince doblones.

—Dejémoslo en diez y no se hable más —contestó echando mano a la faltriquera y sacando una bolsa de monedas.

El librero, a quien los ojos se le hacían chiribitas, se dirigió al mostrador para envolver convenientemente los libros. El caballero, al mismo tiempo, depositó la bolsa en el mostrador y con una amplia sonrisa recabó el asentimiento de su hijo y de la Latina, que hasta este momento habían estado en silencio.

—Esto enriquecerá mi biblioteca —dijo orgulloso.

Regresaron al mesón, no sin antes agradecer a Beatriz Galindo la cortesía que había tenido con él. Al llegar, dieron órdenes de que buscaran a los escuderos para que les sirvieran. Los muchachos estaban perdidos entre las sábanas y las carnes desparramadas ubérrimamente. Habían luchado con ardor guerrero y ahora, en el descanso, se aprestaban a dormir un rato. La interrupción, por los gritos del posadero, trastocó sus planes. Se levantaron prestos y, a medio vestir, fueron raudos a ver qué es lo que quería su amo y señor.

—Mañana partimos hacia la ciudad de León. Allí pernoctaremos un par de días y nos dirigiremos a Sarria, donde, ya cerca de Santiago, prepararemos la entrada para el abrazo del Santo. Así que disponed de lo necesario para la partida. Ahora comeremos y descansaremos para poder salir al alba.

—Como ordenéis, señor. Estamos a vuestra disposición.

—Dejaros de monsergas y cumplid con lo señalado.

Poco tiempo después, el silencio invadió el mesón. Eran los únicos moradores del mismo, por lo que era fácil conciliar el sueño, dada la quietud del ambiente. En el sueño, cada uno tuvo su parte diferente. El caballero Münzer soñó la inauguración de su biblioteca, con una fiesta y la animada concurrencia de los mayores intelectuales del centro de Europa. El fasto y el gusto por lo refinado le llevó a pensar que sus incunables eran la envidia de los allí presentes, y que todos alababan el gusto y la exquisitez de cómo estaban impresos, además de valorar la dificultad de encontrarlos en España. No podían imaginar la cantidad de vericuetos y complicaciones con las que se enfrentaron.

Por su parte Martín soñó que estaba, en un lecho de flores, rodeado de bellas mujeres haciendo el amor con cada una de ellas y que entraba el mesonero para preguntarle, si se encontraba bien y, qué es lo que quería para almorzar. Una persona de su linaje debía en todo momento sentirse bien. Eran tiempos difíciles pero él tenía el gozo y el placer plenos. El sufrimiento era para los otros, había que estar estaba preparado para ello.

Morfeo y sus efluvios se extendieron por el mesón. Sus moradores recibieron sus consecuencias. Pero la noche, con su manto negro en un cielo tachonado de estrellas, cubrió la ciudad, cómo tantas y tantas veces lo hizo desde que el mundo es mundo. Todos se recogieron, en silencio, y en la plaza sólo se oían los pasos de los viandantes sobre un suelo empedrado.

27

El día les encontró desnudos, plenos de amor, con una felicidad incoercible. En el exterior, el sol comenzaba a dorar el verde valle ribeteado de flores de distintos colores. La alegría de la primavera les rodeaba. El nacer de la naturaleza era un acompañamiento de la libertad floreciente que comenzaba a crecer en sus corazones. Era una pléyade de sensaciones y emociones difíciles de evitar. A través de la ventana, el pretil del porche se veía diferente del día anterior. Estaba cargado de flores que desprendían irisaciones de distintas tonalidades. La primavera estallaba en su ventana y la libertad en su corazón.

Unos suaves golpes en su puerta les transcribieron a la realidad. Venían desde la quimera de la imaginación y aterrizaban en la suave realidad de la vida.

—El desayuno está preparado. Cuando queráis os caliento el café.

—Bajamos en diez minutos —contestó Andrés mientras se lanzaba a la ducha.

Los diez minutos se convirtieron en casi media hora pero, finalmente, bajaron hechos unos pinceles, alegres, frescos, aureolados. Doña Justina se percató enseguida de la nueva imagen que transmitían. Al menos a ella le parecía que no tenían nada que ver con el día anterior, cuando cruzaban el umbral de la puerta tímidos, envarados y encorsetados por sus pensamientos.

La mesa que había preparado doña Justina era un conjunto pictórico del romanticismo siglo XlX, como se atrevió a definir Andrés, con su consabida formación literaria. Un mantel ribeteado de flores recibía sendas tazas de porcelana, llenas a rebosar, de café recién preparado. Dando un toque de distinción, unos platillos, a juego con las tazas de café, contenían mantequilla y mermelada, tostadas y pastas. Para cada uno, un par de huevos con bacón y un vaso de zumo de naranja. Finalizaba el cuadro con una bandeja de frutas variadas, melón, piña y manzana, principalmente.

—Me he atrevido a poneros los huevos fritos pues imagino que huevos de corral no tomaréis todos los días.

—Imagina bien, doña Justina —contestó Andrés, que ya había comenzado a atacarlos.

—¿Qué tal habéis descansado? —y al decirlo se le escapó una media sonrisa.

—Muy bien. Ha sido maravilloso, oír los pájaros al amanecer y, ver el verde valle ribeteado por una luz que se definía clara y sencilla —contestó Elena.

—Es la primera vez que oigo que la luz sea sencilla.

—Quiero decir que es una luz libre, no es la de las ciudades llenas de humos, donde las envidias y los golpes bajos campan por sus respetos. Esto hace que la luz no sea tan pura, tan…

—Te entiendo perfectamente.

—¿Usted no desayuna?

—Ya lo he hecho hace una media hora. Me levanto muy temprano y desayuno frugalmente pero, en esta ocasión, os acompañaré con un buen café. Es una excepción, el médico me tiene dicho que no abuse. Ya sabéis, por la tensión…

—Pues será por la tensión, porque parece una chavala.

—Muchas gracias hijo, pero las arrugas no sólo están en la piel. El alma a veces también las presenta, pero me da la impresión que vosotros, desde que habéis llegado aquí, os habéis quitado algunas, ¿no es así?

—Es usted muy perspicaz. Estaba remiso a decírselo, pero esta visita a su hogar me ha transformado. Bueno, nos ha transformado, ¿verdad Elena?

—En efecto. Antes, pequeñas cosas me enervaban y ahora las veo con una óptica diferente. Es como si me hubiera puesto unas gafas que me dieran una visión distinta de los problemas.

—Todos deberíamos tener esas gafas, al menos por una temporada —contestó doña Justina.

—Por lo que he visto usted las tiene puestas todo el día.

—A veces me las quito y, no creas, me arrepiento enseguida y me las vuelvo a poner.

—Nosotros, ahora, las llevaremos siempre que podamos y nos lo recordaremos cuando uno quiera quitárselas.

—Veo que habéis tenido un buen aprendizaje.

—Por supuesto y comenzaremos con él, hoy mismo. Será al mediodía.

—¿Tan exacto es el momento? —preguntó doña Justina.

—En efecto, ya lo verá.

—Nos gustaría dar de nuevo un paseo antes de que venga el resto de la pandilla, ¿no le importa, verdad? —inquirió Elena.

—Cómo me había de importar. Pasead mientras podáis. Yo recojo la mesa.

—Antes de nada, nos encantaron las historias que nos contó anoche. Fue una velada excepcional.

—Muchas gracias. La podemos repetir siempre que queráis.

El sendero, como la noche anterior, expendía el aroma de la rosa. El rumor del agua era una música que en la mañana, junto con el canto de los pájaros, resbalaba por los oídos para componer una sinfonía. Los ojos de Elena a vista de Andrés parecían manantiales de luz y de paz. Era una mirada de eternidad. El camino, ahora, caracoleaba en una serie de revueltas que circundaban el aprisco, verde intenso, plagado del ganado de los vecinos. Un joven pastor, junto a un alheño del camino, cantaba una endecha por haber perdido a su amada. La voz del llanto en el alma quedó, en la distancia, salpicada de silencios y suspiros. Era el cuadro del romanticismo en la campiña. Ese que todos hemos imaginado alguna vez.

—La sabiduría es la realización plena de la vida y, nosotros, en este momento la estamos consiguiendo —dijo Andrés cortando el momento mágico.

Elena, de nuevo, como cuando le impresionaba algo, le besó apasionadamente, por no decir desaforadamente, ya que su amor estaba pleno de dicha y energía. La primavera se manifestaba por doquier de una manera ubérrima y a pesar de la suave lluvia, el cálido paseo era un instante de encantamiento, como si el tiempo se hubiera parado en esa escena y no importara nada de lo anterior y de lo venidero. Era sólo ese momento, ese segundo, donde la vida muestra su esplendor más mirífico. El pastor, al oír el ruido de las pisadas, se rebulló en el tronco donde estaba apoyado y comenzó otra triste balada, acompañada esta vez por una guitarra. El tiempo se paró en este instante. Nada importaba. Lo crucial ahora era aspirar intensamente la vida plena que se mostraba. Una pléyade incoercible de sensaciones y emociones les traspasó y, en ese mismo momento, decidieron que habían llegado al fondo del secreto. Al inicio, se presentaba como un pozo donde nunca llegarían y ahora habían penetrado hasta su mismo fondo, habían traspasado todos los obstáculos que encontraron en su deambular, para llegar a encontrar la verdadera respuesta. Ésta era lo único que importaba. No podrían vivir nunca en paz y libertad, si no tomasen la decisión que acababan de tomar. Era la respuesta ante la vida, al menos ante su vida, y además era la correcta.

El paseo significó un punto más en su decisión, y cada instante, cada situación, demostraba que habían tomado la decisión apropiada.

—Debemos volver ya, va a venir el grupo y el comisario. Además, debo preparar el fuego —señaló Andrés.

—Como quieras. No me atrevía a romper esta magia, pero a veces es necesario ir a la realidad.

Según estaban llegando doña Justina ya estaba preparando en el porche una gran mesa de madera y unas sillas. El mantel, en esta ocasión, era más acorde con las circunstancias de la comida. Un asado no podía servirse en un mantel de flores donde el romanticismo inundara el ambiente. Era necesario un mantel blanco, impoluto, donde todo significara campo y jardín.

Andrés empezó a preparar el fuego ya que la hora del asado se acercaba. Esperaba, de un momento a otro, que llegara el resto de la gente con el vino que habían encargado traer. No había casi comenzado el fuego a hacer la brasa para el asado cuando se acercó el coche con los compañeros. Minutos más tarde, llegaba el comisario con el cocinero, tal y cual había prometido. Descorcharon unas botellas de vino y brindaron por la vida.

—Me gustaría, ahora que estamos todos juntos, dirigiros unas palabras —cortó el brindis el comisario.

—Estamos todos en ascuas —contestó Dámaso, que era el que tenía en ese momento la voz cantante.

—¿Lo de ascuas lo dices por nosotros o por el pobre carnero? —adujo sonriendo Clara, que siempre añadía algo a lo que decía su chico.

—Bueno, iremos al grano. El caso, vamos a llamarlo el caso del camino, ya está resuelto. Empezaré por el principio, pues dado que os he mantenido en alerta y en interrogatorios varios e impedido que siguierais el viaje, en justa correspondencia debo daros una explicación —comenzó su discurso mientras al mismo tiempo tomaba un vaso de vino—, para que todos sepáis a ciencia cierta lo que ha ocurrido.

»En Sarria comenzasteis el viaje un grupo de personas que no os conocíais y sin embargo, algunos llegasteis a congeniar —y al decirlo miró de soslayo a Elena y Andrés, que ocupaban una esquina de la mesa—, y quizás muy íntimamente, lo que a mi modo de ver es bueno —hizo un nuevo receso con un vaso de vino—. El camino transcurrió sin mayores comentarios hasta Palas de Rei donde aparecieron muertos, con un tiro en la sien, vuestros compañeros Juan y Luis. Esta circunstancia no estaba clara ni para el forense ni para mí, ya que no se oyeron ruidos ni había señales de lucha o de robo. La autopsia señaló un veneno en las vísceras, lo que demostraba que el tiro en la sien se hizo ya a dos cadáveres y que tenía como misión despistar las indagaciones posteriores. Hasta aquí todo claro, ¿verdad?

—Está clarísimo y algo ya sabíamos —contestó Clara.

—Pues bien, el estudio forense no sólo demostró que habían sido envenenados sino que eran hermanos. Había entonces que ver quién y dónde les había dado el veneno. Quedaba también conocer el móvil del crimen. Nuestras pesquisas nos llevaron a un bar, y aquí debo señalar que fue uno de vosotros el que nos informó, en el que la noche anterior estuvieron tomando un vino con vuestro guía. Quedaba pues saber la relación que tenían entre ellos. ¿Me vais siguiendo?

—Fácil no es, pero lo vamos intentando —contestó Ana—, y ya puestos a dar información las que dijimos que estuvieron tomando unos vinos con Miguel Ángel fuimos Clara y yo.

—En efecto, éste fue un pilar básico en la investigación. El Ocaso se llama el bar.

Ana y Clara se miraron con complicidad.

—Os tenemos que felicitar —dijo Dámaso.

—Continúo. Por diferentes conversaciones con alguno de vosotros llegué a la conclusión de que el guía tenía algo que ocultar y por eso inicié la pista de intentar relacionarle con los muertos. Mientras tanto ideé que Dámaso, creo que a estas alturas lo sabéis todos, uno de mis mejores policías —aquí el interfecto sacó pecho y su chica le apretó la mano, algo que no pasó desapercibido para el comisario—, se hiciera el encontradizo con Andrés, como si fuera un antiguo compañero de estudios y se infiltrara en el grupo. Esto puso en guardia al guía, que no se creía totalmente que fuera un hecho casual. Tratando de continuar con la pista de ver cuál era la relación entre Miguel Ángel y los muertos, mandé a uno de mis policías al bar donde habían estado tomando unos vinos para ver si encontrábamos algún detalle. El recepcionista del albergue nos confirmó que entraron los tres juntos. Relacionar la muerte con el guía no era difícil. Cuando éste apareció muerto, los indicios lo presentaban como un infarto fulminante, pero siguiendo con el proceso deductivo tomamos muestras de las vísceras, viendo que se había utilizado el mismo veneno, el ferrocianuro de potasio. ¿Cuál era la relación que había entre los tres? Ésta era una pregunta que me rondaba en la cabeza. ¿Y el móvil? Y ahora aparecía un nuevo asesino. ¿Me vais siguiendo?

—Con cierta dificultad pero vamos avanzando —dijo Ana.

—En este momento lo que se presentaba ante nosotros era un nuevo crimen y otro asesino por lo que era necesario conocer los movimientos del guía la noche anterior. Personalmente fui a varios bares en la cercanía del albergue y en uno de ellos me dijeron que, la noche anterior al crimen, estuvieron dos

personas parecidas, aunque una de ellas tenía bigote y pelo largo, tomando unos vinos. Parece que discutieron algo sobre su padre, una tumba y una herencia. Sospeché que el bigote y la peluca eran postizos. A partir de este momento centré la investigación en el padre del guía, sospechando que pudiera tener una relación con el guía y el tipo que le acompañaba en la víspera de su muerte. Parte de esta historia ya la sabe alguno de ustedes. En este momento tenemos tres muertos. El último había tomado unos vinos con una cuarta persona, que hasta este momento no sabemos quién es. Me llega un teletipo en el que me dicen que el apellido del guía es Perigord, que su padre estuvo casado y que tuvo dos hijos gemelos, Miguel Ángel y Alfredo. Cursé una orden rogatoria a los países de la Unión Europea para saber si un tal Alfredo Perigord vivía allí, teniendo en cuenta que sus padres se habían divorciado y la madre se había ido con él a Hamburgo. El ADN demostró que el guía era hermano de los muertos Juan y Luís. Al no estar registrados como hijos directos de Perigord, se podía pensar que eran hijos bastardos. Por otro lado, uno de mis policías me trajo el cepillo de dientes que el cuarto hombre se había dejado en el cuarto de baño. El ADN demostró que era hermano del guía. Por lo tanto los cuatro eran hermanos, dos gemelos y dos bastardos. ¿Está claro?

—Cada vez lo está complicando más —dijo Ana.

—Al mismo tiempo el registro me señaló el nombre de la madre del guía. En la documentación incautada del guía aparecía una postal firmada por Luisa Calvo Gómez desde Hamburgo. Los dos hijos bastardos los tuvo con una mujer de la vida de la que se enamoró. Por lo tanto los cuatro eran hermanos. ¿Pero cuál era el móvil? ¿Qué relación tenían entre ellos? Esta era la incógnita que quedaba por descubrir. Hasta aquí todo claro ¿verdad? ¿Hay preguntas?

—Si me permite, señor Comisario, ahora quería yo tomar la palabra —inició Andrés el discurso.

—Pues dime lo que desees.

—Seguro que se van a quedar como una piedra pero Elena y yo estamos decididos a contarlo. Toda su explicación ha sido perfecta hasta llegar al punto del móvil. No lo saben.

Varios del grupo se rebulleron en la silla. El comisario, contrariamente, estaba tranquilo y sin inmutarse. Sospechaba lo que se le venía encima.

—Cuéntanos lo que desees —terminó el comisario.

—La historia es larga e interesante. A más de uno de vosotros le extrañará todo y le parecerá una novela de intriga, pero es la realidad.

—Déjate de circunlocuciones.

—Cuando llegamos a Porto Marín, un día me llamó Elena a su habitación y me enseñó una carta que estaba enterrada en un hueco de la pared de su habitación. La carta estaba fechada en abril de 1945. En ella se relataba la historia de Jerónimo Münzer, caballero de la ciudad de Núremberg, que había venido a España en busca de unos libros, unos incunables de mucho valor para la biblioteca de su castillo, una de las mejores del mundo occidental. En ella contaba que los había enterrado en una tumba del cementerio medieval de ese pueblo. La tumba en concreto era la de su hijo Albretch que murió cuando un grupo de bellacos les asaltaron en el Camino de Santiago, cerca de la ciudad de Sarria. Los libros no los pudieron robar, ya que inteligentemente los había mandado con otro grupo.

La cara de los oyentes era de época, entre la incredulidad y la extrañeza. Nadie se atrevía a comentar nada ni hacer preguntas. Todos se miraban continuamente.

—Cuenta lo de la otra carta —comentó Elena.

—Junto con ésta, había otra carta fechada en abril de 1920 por un tal Luis Sastre. En ella se decía que la anterior la había encontrado en una tumba del cementerio, cercano al albergue, donde estábamos y que había decidido dejar la tumba, y su contenido como estaba, después de haberla abierto y revisado. La carta y la suya explicativa las puso en un agujero que hizo en la pared de la habitación donde dormía Elena. Y ahora la pregunta ¿por qué Elena descubrió las cartas?

Todos se quedaron extasiados ante la pregunta y la falta de respuesta que conllevaba. Nadie sabía a ciencia cierta qué decir.

—Muy sencillo. Luis Sastre era su abuelo, que le contó poco tiempo antes de morir el descubrimiento, y le dijo que decidiera ella lo que quisiera hacer en relación con los incunables. Parece que en un paseo por el cementerio medieval dio con la tumba de Albretch y hurgando en ella, encontró un resorte, que al dar una vuelta le mostró un pequeño cofre con la carta de Münzer. Esto se lo amplió a Elena años después y ya cuando la muerte le pisaba los talones.

En este momento el grupo empezó a moverse inquieto. Verdaderamente era una historia truculenta, de las que nadie se esperaba encontrarse.

—Una pregunta ¿tenéis las cartas? —dijo el comisario.

—Por supuesto. Están en el albergue.

—Bueno, sigue.

—Al día siguiente, Elena y yo fuimos a la tumba provistos de pala y pico y desenterramos los incunables. Encontramos fácilmente la lápida de Albretch

Münzer. La verdad sea dicha las obras eran de una belleza sin par y las enterramos, cerca de ese lugar, para ver qué es lo que hacíamos después. Cuando regresábamos, nos cruzamos con el guía y poco tiempo después con Luis y Juan, pero a estos hechos no les dimos importancia. Más tarde aparecieron muertos y coincidió con una carta amenazadora por parte de alguien, que enseguida nos hizo sospechar que era del guía, en la que nos decía que le diéramos toda la información que teníamos—. Andrés bebió un vaso de vino para poder continuar. Los demás respiraron profundamente. El comisario, tranquilo, encendió un cigarrillo.

—Aquí había una equivocación muy importante. El guía se estaba refiriendo a otra tumba de un tal Albretch Montagut. Entré un día en su habitación y encontré, encima de la mesa, otra carta fechada en abril de 1250. Parece que el mes de abril tiene mucho significado en esta historia. Estaba firmada por Guillaume Perigord, un importante cátaro, que transmitía el mensaje para todas las generaciones venideras de que el apellido Perigord debería mantenerse con el primogénito de la casa. También contaba que en el año 1213, su padre Armand y él mismo habían enterrado un importante tesoro de los cátaros y, así mismo, dando el mandato a su hijo Hugo en recuerdo de Hugo Payens, fundador de la Orden de los Templarios. En la carta se decía que Pedro de Castelnou en 1208, antes de morir en la hoguera, predijo que aquel descendiente que hiciera el camino en el mes de abril del año 2010 y encontrara el tesoro, podría quedarse con él, con la única obligación de construir una abadía en ese lugar.

—¿Por qué el mes de abril? —preguntó Ana.

—Fue el mes cuando Pedro de Castelnou fue martirizado y muerto en la hoguera.

—Como veis la equivocación de las tumbas es lo que les hace fijarse en nosotros. Ellos buscaban la del tesoro, ignorando todo lo relacionado con los incunables. Cuando recibí la carta amenazante del guía me fui a su habitación y me contó muy nervioso que él era el primogénito y el que debía heredar el tesoro. Que sus hermanos bastardos quisieron quedarse con él y por eso les envenenó. Parece que su padre, antes de morir, se lo dijo a los cuatro, con la idea de que se lo repartieran, pues era una importante cantidad de oro que sería suficiente para todos. Enseguida comprendí la equivocación con los nombres, el guía siempre se refería a la tumba de los cátaros y no a la de Jerónimo Münzer. La codicia de unos y otros terminó la historia. Hasta aquí todo lo que Elena y yo sabemos.

Todo el grupo permanecía en silencio, mirándose unos a otros incrédulamente. Ninguno se había atrevido tan siquiera a probar el vino que tan generosamente Dámaso había traído.

—Ahora me toca a mí —aseveró el comisario—, estaba esperando que Andrés y Elena me lo contaran antes de que yo terminara la historia. Con su explicación entiendo mucho mejor todo.

—¿A qué se refiere?

—Hemos detenido al cuarto hombre. Se llama Alfredo Perigord, hermano y asesino del guía. Ha confesado todo. Su padre les reunió uno por uno y les dio la información del tesoro. Utilizaba, como yo sospechaba, bigote y peluca postizos. Cometió, sin saber que sospechábamos del nombre, la equivocación de registrarse así. Inspeccionamos, lo que no fue difícil, todos los albergues de la ciudad y citamos a aquellos que se habían registrado con el nombre de Alfredo. No eran nada más que cinco, por lo que tardamos muy poco tiempo en ponerle el ojo. Pan comido, ya sabéis.

Elena apretaba la mano de Andrés con fuerza. Los asistentes a la mesa estaban extasiados, sin comprender aún todos los vericuetos que la historia les había puesto ante ellos.

—¿Y ahora qué va a pasar con las tumbas? —preguntó Clara.

—Buena pregunta. Ni yo mismo lo sé. Daremos el informe completo a las autoridades y ellos decidirán. Lo que quiero aclarar es que estoy orgulloso de la declaración de Elena y Andrés. No esperaba menos habiendo conocido al padre de Elena en el colegio.

—Queremos decir Elena y yo que aquí hemos encontrado la verdadera felicidad del camino y que mantener el secreto de las tumbas hubiera hecho desaparecer lo que ahora sentimos. Hemos encontrado, en esencia, lo que significa el camino y no lo vamos a perder por un tesoro terrenal. Preferimos que quien lo necesite se haga cargo del mismo.

—Sería una pena que los incunables permanecieran enterrados toda la vida —comentó Elena.

—Trataremos que ocupen un lugar destacado en algún museo o biblioteca. Con el dinero se podrá hacer mucho. De lo que no me cabe duda es que habrá alguna recompensa para los que lo han descubierto —apuntó mirando a la pareja de enamorados que cada vez se apretaban las manos con más calidez—, ya sé que ésa no era vuestra idea pero es lo justo.

—Pues bien está, lo que bien acaba —terció Clara en un arrebato de espontaneidad.

—El asado ya está listo —interrumpió doña Justina—, así que cada uno con su plato id al cocinero que nos dará un trozo. No olvidéis serviros la ensalada.

El grupo se levantó como un resorte y se dirigió hacia el fuego que había preparado Andrés donde el asado recibía los últimos toques. El comienzo del almuerzo transcurrió en silencio, pues todavía pululaba en el ambiente lo curioso de la explicación y cómo, generosamente, Elena y Andrés habían terciado en la misma para dar un tono de honestidad.

Al poco rato, el vino, el frescor del jardín y la camarería, hicieron estragos y el pesar de hacía solo unos pocos minutos, se transformó en alegría desparramada por todas partes. El sol, en ese momento, expandía todos sus rayos, haciéndose eco de la felicidad y del gozo de los presentes. Era el resurgir de una nueva era, en la que cada uno había encontrado su propio mensaje en el camino, pero sin lugar a dudas diferente del que se habían imaginado al partir. Ahora serían distintos, enmarcando los problemas con una óptica específica para cada uno. Ese era el verdadero secreto que habían descubierto y fue necesario llegar a esa casa para darse cuenta de ello. Proseguirían el camino con una mirada más limpia, más sincera, más clara, como el agua del manantial que brotaba cerca. Dándose cuenta Elena de este cambio surgido en el grupo después de su historia, se atrevió a comentar que era necesario repetir ese Camino, al menos, cada dos años, aunque sólo fuera como recordatorio de sus nuevos parámetros ante la vida. Todos asintieron entre risas y miradas cálidas de felicidad y amor. Un nuevo día renacía ante ellos.

28

León, cubierto por una bruma, se divisaba a lo lejos, perfilándose en la distancia las torres de la catedral, cuya construcción se inició en el año 916 por el rey Ordoño ll como señal de agradecimiento por haber vencido a los árabes en la batalla de San Esteban de Gormaz, y fue regida por monjes de la Orden de San Benito. El paso de Almanzor a finales del siglo X devastó la ciudad y con ello parte de la catedral. Años después, doña Urraca inicia la construcción de una segunda catedral, más en consonancia con las aspiraciones de la cristiandad románica, con un estilo gótico en mampostería y ladrillo y tres naves rematadas en ábsides semicirculares. Esta catedral se mantuvo hasta el año 1205 en que se inicia la construcción de una tercera que no finaliza hasta el siglo XV. Jerónimo Münzer y su grupo lo que divisaban son las torres que se yerguen soberbias sobre el resto arquitectónico.

—¿Veis la Catedral? —avanzó a preguntar Münzer.

—Está la bruma muy espesa, pero al fondo se divisan las agujas —contestó Albretch.

Con la vista en las torres, espolearon a los caballos para llegar lo antes posible. Querían acudir a misa de doce, ya que les dijeron que merecían la pena los cantos gregorianos de la misma. En el camino a la ciudad se encontraron varios carruajes con mercancías que iban al mercado. Una lluvia fina acariciaba la piel; los caballos sudorosos caminaban al trote con ganas de llegar al descanso prometido. Hacía un día especialmente destemplado, pues aunque no excesivamente frío, el viento ayudaba a que la temperatura exterior se manifestara más baja. Los caballos avanzaban a paso rápido por las calles empedradas y aunque nadie del grupo conocía el itinerario las agujas de las torres eran suficiente guía, para llegar a las puertas de la catedral en breves minutos, una vez cruzado el puente. Una moneda sirvió para que un par de mozos que se encontraban en la entrada se ofrecieran a cuidar las caballerías mientras el grupo estaba en el interior de la iglesia.

—¿Conocéis algún lugar donde podamos descansar una noche? —preguntó el caballero al salir de la catedral.

—A unas cuadras de aquí hay un lugar que imagino os agradará —contestó el mozo que parecía más espabilado.

—Indicadnos el camino que os seguiremos. Os ganaréis otra moneda.

—Somos dos, señor —contestó el mozalbete, manifestando su desparpajo.

—El camino sólo es uno.

—Pero por el mismo pueden caminar varias personas y en este caso caminan dos juntas —no parecía amilanarse el mozo.

—Sea como deseáis. No vamos a discutir por un ardite de menos o de más.

La posada, como bien indicó el joven, estaba a pocos minutos de la plaza, por lo que el grupo pudo caminar a pie. Martín y Alfonso sujetaban las riendas de los caballos. Los soldados caminaban atrás, vigilando cualquier movimiento extraño. Desde el principio, ésta era su norma y de ella no se habían apartado ni un ápice.

Al llegar a la posada les recibió el mesero con grandes pompas y solemnidad. Rápidamente se percató del linaje de las personas que lo visitaban y quería estar a su altura en prestancia y educación.

—Mientras nos aseamos, preparadnos de comer. Tenemos buen paladar así que os debéis esforzar en darnos lo mejor.

—Así se hará. Os daré lo mejor de mi casa.

—Qué esté bien acompañado con buenos caldos de la región.

Mientras tanto Martín y Alfonso se ocupaban de otros menesteres, lejos de los prosaicos de la comida y bebida. Estaban viendo qué es lo que era lo mejor de la casa, aparte de la comida. Enseguida se percataron que en un rincón del comedor, cercano a la cocina, estaban dos mozas de buen ver, algo más entecas que las de Salamanca, pero con una sonrisa natural y fresca. Algo así como un prado recién regado por la lluvia. Ellos pacerían esa noche, sin prisa, con calma y fruición, degustando la fruta carnosa ávida de bocas hambrientas. Bastó una simple mirada, un sencillo gesto para que tomaran buena cuenta de lo que se les avecinaba y estuvieran prestas a cualquier requiebro y solicitud. La muralla se había desmoronado con la llegada de los jóvenes, que sin un atisbo de duda, se acercaron para dejar sentado la cita de la noche, el lugar de la misma y con quién iría cada una.

Mientras tanto, el caballero Münzer y su hijo tomaron posesión de los aposentos donde se asearon convenientemente para la cena.

Al bajar, una hora después, al comedor, tenían preparada una mesa con dos cubiertos. En la mesa contigua los soldados y Martín y Alfonso se preparaban a comenzar a beber, esperando a sus amos para dar inicio al guiso, cuyo olor inundaba la sala. En una de las mesas contiguas conversaban un grupo de personas, que por su vestimenta parecían gente educada. El mesero se acercó al

oído del caballero Münzer y le comentó que era el afamado pintor palentino, llamado Pedro Berruguete, en visita por esta ciudad. Los otros personajes, de su escuela pictórica, le acompañaban de vez en cuando.

—Podéis decirles que si lo desean estaríamos encantados de que nos acompañaran en este guiso y, en todo caso, con este maravilloso vino.

No habían transcurrido unos minutos, cuando ya los cuatro caballeros tomaban su jarra y se trasladaban a la mesa.

—Sed bienvenidos. Me llamo Jerónimo Münzer y este es mi hijo. Somos de la ciudad de Núremberg y estamos de camino para dar el abrazo al santo.

—Yo soy Pedro Berruguete, pintor, y estos son mis amigos y alumnos de mi escuela de pintura. Uno de ellos es mi hijo Alonso.

—Pues brindemos por esta ventura de, compartir juntos, este guiso y beber este caldo de la región.

—Quizás queráis conocer algo de mi persona. Nací en Paredes de Nava, en Palencia, hace cuarenta y cinco años. Me he formado en Salamanca e Italia donde he trabajado con artistas del Quattrocento. Esto me ha servido para realizar varios retablos en Toledo, Ávila y otras ciudades. Pero de la obra que más me enorgullezco es de la Iglesia de Santa Eulalia de mi pueblo.

—En mi tierra pude leer algo acerca de vos. Sois un representante típico del Renacimiento, ese movimiento cultural en las Ciencias y en las Artes, que ha significado la difusión de las ideas del humanismo, determinando una nueva concepción del hombre y del mundo. Yo también me considero un representante de este movimiento y consecuencia de ello, en parte, es el viaje en el que estoy embarcado. Dar el abrazo al santo, comprar libros e incunables y recorrer los caminos de España, conociendo a las gentes, conversando con ellas; en una palabra, compartiendo unos momentos de cultura y humanidad, que me servirán de acicate para en mi país hacer las cosas mejor.

—En mi viaje por Europa no tuve oportunidad de visitar Alemania, pero según tengo entendido, es un país en continuo crecimiento, donde la cultura tiene un gran desarrollo. No en vano, la imprenta viene de ahí.

—En efecto. Esta es una de las razones por las que como le dije inicié el viaje. Deseaba obtener, para mi biblioteca, algunos incunables y me hablaron de Sevilla, donde algunos de los libreros podían tener lo que buscaba. Afortunadamente mi viaje tuvo éxito y mi castillo poseerá obras de un valor inestimable.

—Debéis tener cuidado en el viaje desde aquí a la ciudad de Santiago. Los delincuentes, en estos días, merodean en busca de alguna buena tajada —apuntó Pedro Berruguete.

—Van bien defendidos con los soldados —repuso su hijo Alonso, que hasta entonces no había abierto la boca.

—Sí, pero nunca se sabe, en los tiempos que corren.

—Tomaremos precauciones y esperamos llegar a dar el abrazo sin ningún contratiempo.

La comida se prolongó por varias horas. Martín y Alfonso temían que no llegarían a tiempo a su cita. La noche había hecho su aparición sin casi avisar y las mozas, nerviosas, en la cocina no dejaban de cuchichear y lanzar miradas lascivas a los mozos que se deleitaban, mientras tanto, en acabar las jarras de vino.

Al cabo de un buen tiempo que se había desarrollado en amable conversación, el caballero Münzer decidió irse a acostar, pues según sus palabras al día siguiente deberían iniciar el viaje hacia la ciudad de Sarria, próxima parada, donde pensaba estar un par de días.

—Creo que es un buen momento de retirarnos, amigo Berruguete. Ha sido para mí un gran placer conversar con vos, con vuestro hijo y el resto de la escuela pictórica que dirigís. Si pasáis alguna vez por mi país, no dejéis de visitarme. Allí encontraréis alojamiento, buena conversación y mejores vinos. Los del Rhin tienen fama en la Europa occidental.

—Estad tranquilos que así lo haré. Ahora debo terminar un par de retablos que me han encargado, pero cuando los acabe quién sabe. Marchad con Dios y que el regreso a vuestra casa sea feliz. Dad en mi nombre un abrazo al apóstol. Yo le visité hace un par de años y fue emocionante.

—Quedad también con Dios. Espero algún día contemplar sus obras.

Con esta breve despedida el caballero y su hijo se dirigieron a sus habitaciones, no sin antes remarcar que querían salir a las siete de la mañana, por lo que debería estar todo preparado con tiempo suficiente.

Martín y Alfonso dieron un suspiro de alivio al presentir que en poco tiempo estarían folgando desaforadamente pues ya la carne les llamaba a rebato.

La noche pasó con rapidez y lascivia a ultranza. Las batallas y escarceos fueron de los que hicieron época y sin nada que envidiar a los de Salamanca, Madrid y otros lugares. El pendón fue enarbolado en todo lo alto, dígase con el sentido más completo de la sentencia. Al amanecer los mismos llantos y

suspiros, las mismas promesas y ofertas, todo sucedía en un *déjà vu*, un proceso paramnésico que a Martín se le presentaba como idéntico al vivido en los otros jergones. Se encontraba imbuido de una sensación de extrañeza en la que no sabía discernir entre lo real y el sueño. Cambiaban las caras, los cuerpos eran distintos, pero sin embargo, las situaciones, las palabras, las promesas eran todas iguales. Tardó un tiempo en aterrizar a la realidad de la posada de León, donde su amo le había dicho, horas antes, que debía estar todo preparado para el inicio del viaje. El final era Sarria y su consecución era primordial para todos. Santiago se encontraba cerca y ahora que faltaban pocas leguas no debía fallarle a su señor.

Afuera, la niebla rodeaba la posada, lamiendo las paredes de piedra por las que grácilmente resbalaba. Las luces del día aparecían tímidamente en el horizonte. Cada día, con la primavera ya entrada, amanecía antes, por lo que el inicio del viaje sólo necesitaría que desapareciese la neblina.

Al terminar de preparar el avituallamiento para el camino, fue llamado a presencia de su amo, el cual le reconvino sus excesos y desahogos en lo tocante a la carne.

—Eres joven —le dijo—, pero debes tratar de dominar tus impulsos que de manera exagerada pueden llevarte por el camino del mal.

Martín se quedó cariacontecido y preocupado con las palabras de su amo a quien respetaba y quería.

—Debo así mismo decirte una cosa. El camino hacia Sarria es complicado y los bellacos proliferan por esos pueblos que, estimulados por la cercanía de la ciudad de Santiago, hacen de las suyas. Estos andurriales no son para ir con riquezas, y mi linaje estimula a los ladrones. Por lo tanto, escucha muy bien lo que te voy a decir, caminarás delante de nosotros, como a una distancia de varias leguas y sólo acompañado de Alfonso. Llevarás contigo los libros que hemos adquirido y nos han regalado, así como algún dinero —el caballero descansó en su explicación y bebió un vaso de agua—, ya que tú pasas desapercibido y nadie puede pensar que tienes cosas de valor.

—¿Está seguro de lo que me dice?

—Totalmente. Lo llevo barruntando hace días y según nos acercamos a esta región lo tengo más claro. Nadie podrá pensar nada de ti y sin embargo todo de mí.

—¿Y los soldados?

—Ellos irán conmigo. En caso de que nos ataquen, podrán defendernos. Nos veremos en la posada de Sarria. Me han dicho que hay una muy acogedora

que se llama Posada del gato. Si todo sale bien, llegaremos una hora más tarde que vosotros.

—Como gustéis. Ya sabéis que mi lealtad a vos es inmensa.

—Pues entonces dejad preparadas nuestras caballerías y partid. Cuanto menos le digáis a Alfonso tanto mejor. No debe saber nada de lo que transportáis. Sólo le diréis qué vais delante a preparar el aposento. Nada más. ¿Está claro?

—Meridianamente. Os esperaré en la posada con una buena jarra de vino.

—Dejad alguna para los demás.

Dicho y hecho. Todavía resonaba el eco de las últimas palabras de Münzer sobre el vino, cuando ya los caballos de Martín y Alfonso partían en dirección al camino que llevaba a la ciudad de Sarria.

Una hora después, el caballero y su séquito iniciaron también la marcha. En la salida, la luz afirmaba que el día estaba avanzando. Eran cerca de las ocho de la mañana y ya los caballos enfilaban el camino. La mañana era húmeda pero templada. No corría viento y la brisa era más un señuelo que algo indicativo del frío. Avanzaban a buen paso, dejando atrás las últimas casas de León, y ante sí tenían un sendero que caracoleaba entre verdes prados y caminos con lodazal. Las cercas mantenían sujeto al ganado que pacía tranquilamente. Algunos labradores se cruzaron en su camino. Unos iban y otros venían, pero todos se afanaban en esas labores que les ocupaban la mayor parte de las horas del día. Había que preparar el mercado, recoger la cosecha y organizar los serones con el material para la venta. Los burros pasaban con sus albardas y capachos llenos de fruta. En los carros, los campesinos quitaban los aperos de labranza para dejar sitio a las espuertas, que contenían la fruta y verdura, que debían vender en el mercado de la plaza esa misma mañana. Algún gañán caminaba junto a las carretas tratando de dirigirlas por el centro del camino, evitando los barrizales que por la lluvia del día anterior impedían una andadura tranquila. El grupo caminaba unas veces compacto, otras disperso, tratando de sortear los obstáculos de personas, burros y carromatos que a su paso encontraban en el camino.

Conforme avanzaba la mañana el sol calentaba más y más, por lo que tuvieron que descansar en una fonda del camino, cerca ya de Ponferrada. En el albergue les dieron noticia del paso, una hora aproximadamente antes de llegar ellos, de dos mozos cantando y en animada charla. Pararon allí mismo y tomaron una fruta y prácticamente sin descabalgar continuaron la marcha. El grupo hizo más o menos algo parecido. Tomaron varias piezas de fruta y agua

fresca continuando el camino a los pocos minutos. Tenían todavía una buena distancia hasta llegar a Sarria, donde esperaban llegar hacia el anochecer. Andar por esos caminos de noche no era aconsejable. Todas las personas con las que hablaron les recomendaron no parar hasta llegar a Sarria.

Era de noche ya entrada, cuando llegaron a la Posada del gato, donde Martin y Alfonso les esperaban provistos de sendas jarras de vino. El camino lo habían realizado, afortunadamente, sin interferencias de ninguna clase. Un poco cansados, pero ya se habían aseado y lavado convenientemente e incluso habían oteado al personal femenino de la posada, que no presentaba ninguna particularidad que les llamase la atención, por lo que este extremo lo habían desechado nada más llegar.

—Gracias a Dios estamos todos sanos y salvos —dijo Münzer nada más cruzar el umbral de la puerta.

—Y bien provistos de bebida —contestó Martín.

—Dad órdenes de que preparen viandas mientras nos lavamos.

—Ya encargué un buen asado. No en vano llevamos un par de horas aquí y aparte de lavarse y beber, no hay otra cosa que hacer.

—Bajamos en unos minutos. Que preparen la mesa.

De esta manera el caballero subió las escaleras rápido, dando órdenes a diestro y siniestro. Al bajar la mesa estaba dispuesta, buenas jarras de vino acompañaban a los platos del asado, del que dieron buena cuenta en breves momentos ya que llevaban todo el día sin apenas probar bocado, a excepción de la fruta del camino.

Al terminar la cena el caballero llevó a un aparte a Martín para encarecerle de nuevo su disposición y presteza en el transporte de los libros.

—Debes tener mucho cuidado —le insistió encarecidamente—, me han informado que el camino de aquí a Porto Marín es el más peligroso, parece que es en esta parte donde merodean más los delincuentes. Mañana repetiremos lo que hemos hecho en el día de hoy. Tú sales temprano, acompañado de Alfonso, y nos esperas en Porto Marín. Está a pocas leguas de aquí. Me han dicho que hay una iglesia fortaleza llamada de San Juan o de San Nicolás, construida por la Orden Militar y Hospitalaria de San Juan de Jerusalén, Rodas y Malta que es obligado visitar. Así que como la distancia es corta nos veremos en la posada que está a la entrada de la villa y que no tiene pérdida, ya que es la única que hay. Pienso, si no hay contratiempos, que estaremos al mediodía, por lo que puedes encargar la comida. Después, podemos visitar la iglesia.

—Descuidad que sabré cumplir como hasta ahora y que los libros llegarán sanos y salvos.

—En vos confío, amigo Martín, dejadme que os llame así.

Martín, muy ufano por lo que acababa de oír, subió las escaleras para descansar.

El caballero y su hijo también se retiraron pues la cabalgada había sido larga y el reposo era necesario. La noche y el silencio invadían todas las estancias. Era la hora de las brujas.

Al día siguiente, Martín y Alonso, no partieron demasiado temprano pues la distancia no era larga y querían caminar a buen paso y con la luz del día. Con toda seguridad llegarían al mediodía sin afanarse en el trote. Los caballos estaban frescos y nada presagiaba problemas en la marcha. Llegaron a la posada en menos de dos horas y se dispusieron a esperar al caballero Münzer y su séquito.

Alrededor del mediodía llegaron maltrechos y heridos. Habían tenido un contratiempo con un grupo de maleantes, que les cogieron desprevenidos a la vuelta de un recodo.

—Estaban agazapados entre la maleza y con la sorpresa a favor nos asaltaron y dieron muerte a mi hijo —sollozaba el caballero al tiempo que señalaba el cuerpo sobre la grupa del caballo—. Querían robarnos y no encontraron nada. Fue una lucha desigual, eran seis bellacos de la peor calaña y fácilmente pudieron matar a mi hijo que no tuvo tiempo de defenderse. Los soldados dieron muerte a dos de ellos y el resto huyó por el bosque.

El caballero, al tiempo que describía la situación, se sentaba en una silla de la posada, con las manos entre la cabeza, llorando del dolor que le producía el haber perdido a su hijo.

—Nunca pensé que acabaría el camino de esta manera.

Martín no sabía cómo animar a su amo y le ofreció un vaso de vino que él rechazó amablemente.

—Mi señor, mañana nos ocuparemos del entierro. Aquí cerca hay un cementerio y podremos darle cristiana sepultura. Llamaremos a un cura para que rece las oraciones que convengan.

—¿Y qué haré yo? —preguntó consternado el caballero.

—Continuaremos para dar el abrazo al santo. Eso es lo que hubiera querido Albretch.

—Tenéis razón. Tú y Alfonso disponed de lo necesario para proceder al enterramiento y ahora mandad subir el cuerpo a la habitación. Dejadme solo con él. Quiero tenerle junto a mí el mayor tiempo posible.

Esa noche Jerónimo Münzer la pasó completamente en vela. De a poco entraban, Martín o Alfonso, para ver si necesitaba alguna cosa y tratar de acompañarle en la soledad de la muerte.

Al día siguiente, un pequeño cortejo de ocho personas iba en compañía del muerto. Un día gris lluvioso y triste les recibió en la mañana. El cielo lloraba con ellos la pérdida del joven que en su afán de recorrer el camino perdió la vida.

A pocas leguas el abrazo al santo, la catedral, la misa y aquí en el hueco de un cementerio lejano de su casa su cuerpo yacería y con él, por deseo expreso de su padre, los incunables que le habían acompañado todo el tiempo. Todo el interés por los códices y los libros desapareció en ese momento. Todo debía estar bajo tierra. No podía ver ni un minuto más esos incunables y mucho menos en la biblioteca de su castillo. Cualquier referencia a ellos sería como una puñalada en su alma. Algún día, cuando las heridas estuvieran restañadas, regresaría por ellos, pero ahora no era el momento de llevárselos consigo. La tierra, al caer sobre el féretro, daba un tono seco. Un golpe tras otro, en la soledad del bosque, era una melodía triste que al caballero se le grabó en el cerebro. El presagio de la muerte se extendió a los pocos asistentes a la ceremonia. No hubo tañido de campanas, sólo el bisbiseo de las oraciones en latín, que dejaban traslucir una nota de tristeza y pena. El caballero y Martín recogían la tierra y la echaban con fuerza sobre la madera. Cuando acabaron, pusieron la lápida con el nombre de Albretch Münzer. Este menester lo había encargado Martín, la víspera, a un marmolista del pueblo. Con la cruz que remataba la sepultura y un padre nuestro quedó terminada la ceremonia. Allí quedó solo el muerto y enterradas las ilusiones.

El caballero quiso partir cuanto antes a Santiago. Ya sólo le quedaba dar el abrazo al santo y regresar cuanto antes a su país. Habían salido del castillo dos personas y entraba sólo una. Ante el santo imploró por su hijo y durante varios minutos todas las escenas de su vida, el camino recorrido en España, le pasaron por la mente. Ahí quedaba Sevilla, Alcalá de Henares, Madrid, Salamanca, León. También quedaban los recuerdos de las ricas conversaciones con Fernando de Rojas, el Cardenal Cisneros, Antonio de Nebrija, Beatriz Galindo, el pintor Berruguete, Marcelo de Lebrija, los judíos. Todos los recuerdos se agolpaban en su cerebro y recorrieron como una película rápida todas sus vivencias. Era la moviola de la vida. Le acompañaría todo el tiempo. Lloró en silencio, mucho

tiempo, ante la pasiva mirada de Martín y Alfonso. Cuando acabó les llamó para decirles que regresaba solo a su casa.

Martín le dio un abrazo diciéndole que quería regresar con él. No tenía familia ni nadie que le esperase y por ello quería ser su sirviente todo el tiempo que lo requiriese.

—Regresarás conmigo, pero no como mi sirviente, sino como mi hijo. Salí con uno biológico y regreso con otro diferente, pero que me hará feliz. Y tú, Alfonso cuídate y regresa a tu casa— le dijo mientras le daba un abrazo y le alcanzaba una bolsa de dinero—. La necesitarás para reiniciar una nueva vida.

—Os llevaré en mi recuerdo —le contestó Alfonso, al tiempo que daba sendos abrazos al caballero y a su amigo Martín.

Las caballerías apretaron el paso en dirección a la salida de la ciudad. Atrás quedaron muchas cosas, pero el caballero tenía una nueva ilusión, el hijo que el santo le había proporcionado. Allí había encontrado el secreto del camino, en esa plaza del Obradoiro, cuando Martín le dio un abrazo y le dijo que quería continuar con él.

Epílogo

Los días habían pasado rápidamente. El grupo avanzaba, por el camino, con velocidad de crucero. Andrés y Elena no se separaban en ningún momento. Clara y Dámaso lo mismo. Éste había pedido unos días de permiso al comisario para acabar el camino junto con su chica. Ella se lo había pedido encarecidamente y él no podía negarse. Estaba perdidamente enamorado y no quería dejar pasar la ocasión. La etapa desde Arzúa a Pedrouzo era de unos veinte kilómetros, más o menos la mitad de lo que quedaba para llegar a Santiago. Por el camino se encontraron con varios Concellos y ermitas, como la de San Paio del siglo XVIII, la de Santa Irene y su fuente barroca. La llegada al albergue fue celebrada con alegría, ya se sabían tocando la imagen del santo. El camino les dio lo que ninguno imaginó. El comisario se despidió en Arzúa prometiéndoles que iría a verles a la catedral. Les citó después de la misa en un bar de la calle da Raiña, cercano a la Praza do Obradoiro.

En Pedrouzo poca cosa había que ver, por lo que cada uno se dedicó a contar su experiencia personal adquirida en el viaje. Todos expusieron las cualidades que para ellos había tenido el camino. Quien más o quien menos había cambiado en parte y todos se prometieron volver al año siguiente, pero sin guía. Ellos mismos organizarían el camino y, si era necesario, alquilarían una furgoneta para que les transportase las mochilas.

La cena resultó de lo más animada. Cada uno contaba su anécdota particular. Había adquirido un conocimiento del resto que les hacía ser más libres y espontáneos. No tenían freno en sus manifestaciones por lo que la conversación circuló por derroteros amables.

Andrés y Elena eran los más divertidos. Habían sabido captar en toda su intensidad el mensaje del Camino y eso les hacía exteriorizar sus sentimientos. La frescura de sus comentarios y la espontaneidad de los mismos, era buena muestra de los cambios que habían tenido y del mensaje percibido. Todos, en una u otra medida, habían sufrido una transformación pero en ellos era especialmente significativa. Clara y Dámaso también daban buena muestra, aderezado al mismo tiempo por el amor que les invadía.

Aquella noche fue especial ya que se habían desprendido de la piedra que llevaban a cuestas. Esa era, de una manera gráfica, como Elena lo describía. Llevaban un peso enorme que no les dejaba caminar con ligereza. No era

cansancio de andar —decía Elena— sino más bien pesadez en el camino del pensamiento, en la presencia de sentimientos encontrados y por ello pesados, que les aprisionaban y atenazaban, sin dejarles posibilidad de expresar su propio yo, de que aflorase su verdadero sentimiento. Por ello, ahora, libres ya de la carga, se encontraban en la cama entregándose el uno al otro, en un acto de generosidad y amor.

El día les encontró liberados. Sin ataduras anteriores y la luz que traspasaba la ventana era más pura y cristalina. Como el agua del estanque de doña Justina. Allí pudieron captar la vida en plenitud y recibir el mensaje del camino en su total intensidad.

—¿Te has fijado en que la luz que entra por la ventana es más limpia que la de los otros días? —preguntó Andrés.

—¿Es más limpia o la ves tú más limpia?

—Quizás tenga razón y sea yo el que la vea más clara. A propósito, no le hemos dado al comisario las cartas que tenemos.

—Antes de despedirnos en Arzúa, le pedí permiso para quedárnoslas como recuerdo. Hizo una fotocopia para el expediente y me las devolvió. Las enmarcaremos y las pondremos en nuestra casa ¿te parece? —Elena, siempre pensando en el recuerdo.

—Me parece una idea magnífica. Así cada vez que las veamos nos acordaremos de toda esta experiencia y se las daremos a nuestros hijos.

—Creo que toca levantarse. Hemos quedado para la última etapa en el bar de la esquina a las ocho y son las siete y media —añadió Elena.

—Sólo necesito diez minutos para la ducha.

—Cuando salgas yo quiero otros diez minutos ¿vale?

A las ocho en punto estaban en el bar con un café y unas tostadas con aceite. Esa mañana tenían hambre. Era la etapa final para dar el abrazo al apóstol.

Iniciaron el camino unos minutos después de lo normal. Era el último día y querían saborear plenamente todos los momentos que se les presentaban. Amanecía de otra manera, al menos esa era la impresión que tenían. La mañana era clara, sin un ápice de viento, a los sumo una ligera brisa. Estaban ya en plena primavera y el aire se tornaba cálido de cuando en cuando. Elena y Andrés estaban contentos, liberados y el recorrido final era como alcanzar el cénit del objetivo que se habían marcado al inicio, pero ahora sin trabas, con una mirada más limpia, más sincera, más… no sabían expresar lo que sentían. Aquel día no amenazaba lluvia, era como si la naturaleza, sabiendo que terminaban el

Camino, quisiera obsequiarles con el regalo del sol. El cielo sin nubes, de un azul pálido, les acogía con una amabilidad infinita.

—Tengo mi maleta llena de palabras que no sabría expresar adecuadamente —se atrevió a decir Elena, mientras acompasaba su deambular al sentimiento que le embargaba.

—A mí también me ocurre lo mismo. Parece como si desde ayer fuera otro hombre, como si mi espíritu se hubiera transformado. Me encuentro modelado de manera diferente.

—Es el cambio de lo superfluo por lo profundo, de lo efímero por lo permanente. Sucede en ocasiones, aunque vislumbro que en este momento nos ha pasado con más intensidad.

Al tiempo que mantenían esta conversación, el camino se iba llenando de más peregrinos que caminaban con más vigor, pensando que ya les quedaba menos y que el objetivo final era alcanzable, algo que quizás se presentaba como muy difícil al inicio. Aquella mañana, todos caminaban deprisa, sin detenerse más del tiempo consabido, ya que llegar a dar el abrazo del santo era la meta prefijada y había que estar a las once de la mañana para hacer las colas, solicitar el certificado, la llamada compostelana y oír misa a la una. Antes del camino, Elena y Andrés, no tenían pensado implicar el viaje con connotaciones religiosas, pero desde el día anterior se habían comprometido a dar el abrazo y a la misa. La transformación que les invadió era verdaderamente importante. Cuando llegaron al Monte del Gozo sintieron una emoción que penetró en su espíritu. Estaban gozosos, era el monte, era su monte. Lo habían conquistado, pero no como los demás peregrinos, sino de una manera diferente, con un estilo distinto y desde luego con unas consecuencias que en ese momento estaban lejos de adivinar.

Más tarde, años después, una tarde de invierno, los dos sentados ante la lumbre, rodeados de nietos, saboreaban con deleite esa sensación que tuvieron al llegar a la Plaza del Obradoiro, donde todos se mezclaban, donde las emociones a flor de piel se transformaban en sonrisas y abrazos.

Era difícil describirlo pero lo tenían todo guardado en la maleta que tenían junto al fuego, esa maleta de recuerdos y palabras, de sensaciones y sentimientos; una maleta que se habían traído del Camino y que guardaban, como oro en paño, junto a la chimenea, junto a la cama, junto a la mesa del despacho; allá donde estaban tenían esa maleta. A veces, cuando estaban tristes, cuando la vida les había tratado con una contrariedad, la abrían, la miraban, se sonreían y la cerraban a la par que se cruzaban las miradas. Ante el desplante

del devenir, la emoción del sentimiento compartido. Ante las peripecias y contradicciones, el recuerdo sincero del secreto del Camino. Habían conseguido entrar en ese arcano, en ese proceloso mundo del corazón limpio, reposado, de la mirada cristalina y de la sonrisa pura. El abrazo al santo fue la última sensación emotiva de esa mañana, después la cola de la compostelana y la entrada en la catedral. Allí todos juntos. Clara y Ana, Dámaso, José y Patricia, se miraban emocionados, con esa sensación del agua remansada en el estanque de la vida.

Habían cubierto una etapa en su transcurrir y el secreto del Camino se había apoderado de ellos. Cada uno a su manera, había descubierto una estampa diferente, pero todos habían recibido el influjo de la misma. Ninguno sería el mismo al regresar a sus casas, la transformación que les embargaba era consecuencia del camino. Al salir, la despedida fue intensa, desgarradora si cabe. Todos se abrazaron, mientras caía una suave lluvia que les indicaba que el camino seguía en sus vidas, que no había terminado; continuaría todo el tiempo que quisieran y les marcaría mientras vivieran.

Sus nietos, muchos años después, oían en silencio las explicaciones que les daban Elena y Andrés. La fotografía que presentaban era nítida, aunque a veces pudiera estar algo desdibujada por el paso del tiempo, pero hasta ahora, cincuenta años después, aún conservaba sus rasgos y su color. Fue el descubrimiento del secreto del camino lo que les guió toda su vida.